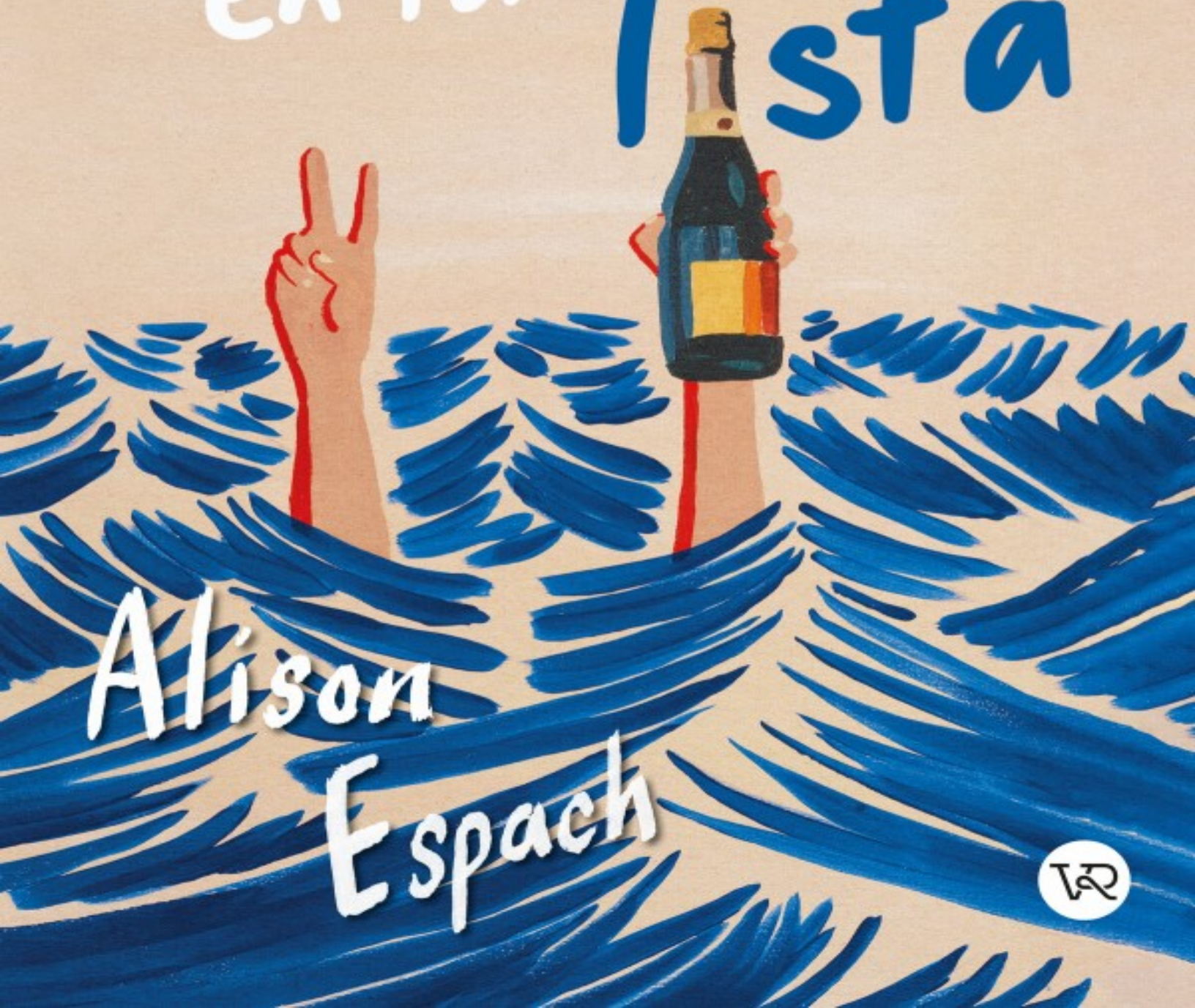
The Wedding People, New York Times best seller

No estás en la lista

GOODREADS CHOICE 2024 FICCIÓN



Alison Espach



Una novela apasionante y extraordinariamente sabia sobre una invitada inesperada a una boda y las sorprendentes personas que la ayudan a empezar de nuevo.

Es un día precioso en Newport, Rhode Island. Phoebe Stone llega sola al majestuoso Cornwall Inn con un vestido verde, tacones dorados y sin ningún equipaje. Todos en el vestíbulo piensan que es una invitada más a la boda, pero en realidad es la única huésped que no está allí para ese gran evento. Ha ido al hotel porque llevaba años soñando con ese viaje y esperaba compartirlo con su marido, pero ahora está sola, tocando fondo y decidida a darse el último lujo de su decadente vida.

Mientras tanto, la novia ha previsto cada detalle y cada posible desastre que pudiera depararle este fin de semana, excepto una

cosa: Phoebe y su plan. Sin embargo, contra todo pronóstico, las dos mujeres se ven dispuestas a compartir sus secretos más íntimos desde el mismo instante en que se conocen.

Con momentos que van desde lo absurdamente cómico hasta lo desgarradoramente tierno, *No estás en la lista* de Alison Espach es, en última instancia, una mirada matizada y conmovedora sobre los caminos sinuosos que podemos tomar hacia lugares que nunca imaginamos y sobre los encuentros azarosos que a veces son necesarios para reconducir nuestra vida.



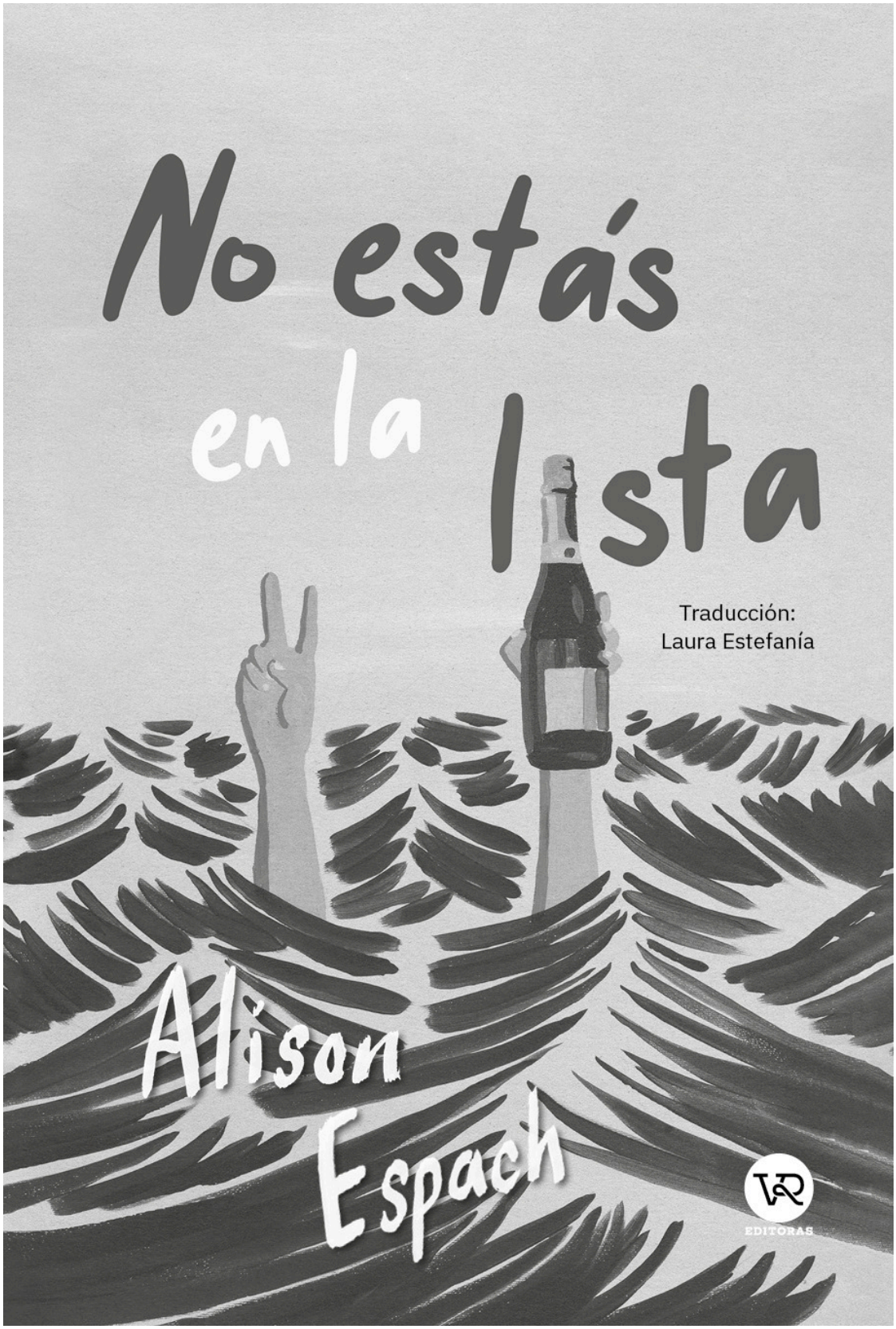
Alison Espach es licenciada en Bellas Artes por la Universidad de Washington en San Luis y profesora de escritura creativa en el Providence College de Rhode Island.

Sus novelas se han convertido en lecturas recomendadas por el *Chicago Tribune, The New York Times* y Barnes and Noble. Ha escrito para diversos medios, entre ellos *Vogue, Outside* y *LitHub.*

No estás en la lista es un *best seller* de *The New York Times, Publishers Weekly* y *USA Today,* y se publicó en más de veinte países.

No estás en la lista

Traducción:
Laura Estefanía



Alison Espach

EDITORAS

A todos los desconocidos que le ponen magia a los días más sombríos.



¡Fue horrible, gritó, horrible, horrible!
Aun así, el sol daba su calor. Aun así, superamos las cosas.
Aun así, la vida iba poniendo un día después del otro.

Virginia Woolf, *La señora Dalloway*

MARTES



La recepción de apertura

El hotel es tal cual lo que quería Phoebe. Está posado al borde del acantilado como un perro viejo y majestuoso que la ha estado esperando. No puede ver el océano detrás, pero sabe que está ahí, del mismo modo en que, cuando se acercaba a casa con el auto, podía sentir a su marido en el escritorio tecleando su manuscrito.

El amor era un cable invisible que los conectaba todo el tiempo.

Phoebe baja del taxi. Un hombre en un uniforme morado se le acerca con tanta seriedad que parece un movimiento coreografiado hace mucho tiempo. Eso le asegura que está haciendo lo correcto.

—Buenas noches —dice el hombre—. Bienvenida al Cornwall Inn. ¿Me permite su equipaje?

—No tengo equipaje —responde Phoebe.

Cuando se fue de St. Louis, le pareció importante dejar todo atrás: el marido, la casa, el equipaje. Era hora de seguir adelante y ella lo sabía porque era lo que habían acordado el año pasado, al final de la audiencia de divorcio. Phoebe estaba muy conmocionada por cómo había terminado la conversación, por la forma en que su marido le dijo: "Bueno, cuídate", como si fuera el cartero diciéndole que le fuera bien. No era capaz de otra cosa más que de meterse en la cama, beber gin-tonics y escuchar el ruido del refrigerador haciendo hielo. No es que hubiera algún otro sitio adónde ir. Estaban en medio

del confinamiento, cuando solo se salía de casa a buscar gin y papel higiénico y ella daba clases virtuales con la misma blusa negra todos los días, porque ¿qué otra cosa se suponía que debía ponerse la gente? Cuando terminó el encierro, ya no se acordaba.

Pero ahora Phoebe se encuentra frente a un hotel del siglo XIX en Newport, luciendo un vestido de seda color esmeralda, la única prenda de su armario de la que puede decir con honestidad que sigue enamorada, sin duda porque era la única que no había usado nunca. Con su marido nunca hicieron nada tan elegante como para ese vestido. Eran profesores. Eran sencillos. Relajados. Tan cómodos junto al fuego con el gatito en el regazo. Les gustaban las cosas básicas, lo que estuviera en cartel, lo que dieran por la tele, lo que hubiera en el refrigerador, la camisa que se viera más normal, porque ¿no era ese el objetivo de la ropa? ¿Demostrar que eras normal? ¿Demostrar que cada día, pasara lo que pasara, eras una persona que podía ponerse una camisa?

Pero aquella mañana, antes de subir al avión, Phoebe se despertó y supo que ya no era normal. Igual se hizo una tostada. Se duchó. Se secó el pelo. Buscó los apuntes para el segundo día del semestre de otoño. Abrió el armario y miró toda la ropa que se compraba antes solo porque parecían camisas que llevaría una profesora al trabajo. Hileras de blusas de colores lisos, las versiones femeninas de las que llevaba su marido. Sacó una gris, la sostuvo frente al espejo, pero no llegó a ponérsela. No podía ir a trabajar, ponerse delante de la impresora de la oficina y mantener una expresión de interés mientras su colega hablaba largo y tendido sobre la sorprendente importancia del queso en la teología medieval.

En lugar de eso, se puso el vestido esmeralda. Los tacones dorados de su boda. Las grandes perlas que su marido le había puesto en los ojos como una venda la noche de bodas. Se subió a un avión, se bebió un gin-tonic impresionantemente bueno, tan agradable y fresco que apenas sintió las ampollas al salir del avión.

Phoebe le da al hombre veinte dólares, y él parece sorprendido de que le den propina por no hacer nada, pero para Phoebe no es nada. Hace mucho tiempo que un hombre no se levanta apenas la ve salir de un coche. Años desde que su marido salía de su escritorio para saludarla cuando llegaba a casa. Es agradable que alguien se ponga de pie por ella, sentir que su llegada es un acontecimiento importante. Oír el ruido de los tacones al avanzar por el viejo camino de entrada de ladrillo. Siempre quiso hacer ese sonido, sentirse grande y digna al entrar en una sala de conferencias, pero en su universidad había alfombras.

Sube las escaleras, pasa junto a los grandes faroles negros y los leones de granito que custodian las puertas. Cruza las cortinas y entra en el vestíbulo y esto también se siente como lo correcto. Como retroceder en el tiempo a un mundo más antiguo que probablemente no era mejor, pero al menos estaba cubierto de terciopelo.

Entonces ve la cola para el registro de entrada.

Es muy larga, el tipo de cola que esperaba ver en el aeropuerto, no en una mansión victoriana con vistas al océano. Sin embargo, allí está la cola, que se extiende por todo el vestíbulo y más allá de la histórica escalera de roble. La gente que está en la cola también parece fuera de lugar con sus rompevientos, sus vaqueros y sus calzados deportivos. Las camisas normales que solía ponerse

Phoebe. Es gracioso su aspecto tan común y corriente al lado de las cortinas de terciopelo y los retratos de hombres barbudos con marcos dorados que cubren las paredes. Parecen personas sólidas y modernas, amarradas a la tierra por sus maletas resistentes como el titanio. Algunos hablan por teléfono. Algunos leen en sus teléfonos, como si estuvieran listos para estar en esta fila para siempre, y quizá lo estén. Quizá ya no tengan familia. A Phoebe le resulta tentador pensar así, creer que todo el mundo está tan solo como ella.

Pero no están solos. Están en grupos de dos o tres, algunos tomados del brazo, otros con una sola mano apoyada en una espalda. Están contentos, y Phoebe lo sabe porque de vez en cuando alguno de ellos anuncia lo contento que está.

—¡Jim! —grita un anciano, abriendo los brazos como un oso—. ¡Me alegro mucho de verte!

—Hola, abuelo Jim —le responde un hombre más joven, porque parece que casi todos los de la fila se llaman Jim. Los Jim intercambian violentos abrazos y saludos—. ¿Dónde está el tío Jim? ¿Ya está aquí?

Hasta la joven que trabaja en la recepción parece contenta, tan entregada a mirar a cada invitado profundamente a los ojos, preguntándoles por qué están aquí, aunque todos dicen lo mismo, y entonces ella les da la misma respuesta: "¡Ah, están aquí por la boda! Qué maravilla". Su emoción por la boda parece auténtica y puede que lo sea. Tal vez es tan joven que cree que la boda de los demás tiene que ver con ella de algún modo.

Así se sentía Phoebe cuando era joven, pensando durante un mes qué vestido se iba a poner, aunque estuvo en la órbita exterior de todas las bodas a las que asistió.

Phoebe se suma a la cola. Se para detrás de dos chicas jóvenes que llevan en el brazo vestidos del mismo verde. Una de ellas todavía tiene alrededor del cuello su almohada de avión *animal print*. La otra tiene un rodete tan alto que los mechones rojos le cuelgan sobre la frente mientras hojea una revista *People*. Están enfrascadas en un debate susurrante acerca de qué vuelo fue peor y cuántos años tiene este hotel en realidad y por qué la gente está tan obsesionada con Kylie Jenner. ¿Se supone que nos tiene que importar que esté más buena que Kim Kardashian?

—¿Está más buena? —pregunta Almohada en Cuello—. En realidad, siempre me parecieron las dos igual de feas.

—Creo que eso se aplica a todas las personas —afirma Rodete Alto—. Todas las personas tienen algo que las hace feas. Hasta la gente que está buena, en un sentido profesional. Es como la norma de oro.

—Creo que quieres decir norma sagrada.

—Tal vez.

Rodete Alto dice que, aunque entiende que ella es de una belleza promedio, algo que recién pudo admitir después de cinco años de terapia, sabe que se le notan demasiado las encías cuando sonríe.

—Nunca me di cuenta —dice Almohada en Cuello.

—Es porque no sonrío del todo.

—En todo este tiempo que te conozco, ¿nunca hiciste una sonrisa completa?

—No desde que terminamos el colegio.

La fila avanza y Phoebe mira hacia el cielorraso artesonado, que es tan alto que empieza a preguntarse cómo lo limpian.

Otro "¡Ah! ¡Está aquí por la boda!" y Phoebe empieza a darse cuenta de cuántos invitados a la boda hay en el vestíbulo. Es perturbador, como en aquella película *Los pájaros* que tanto le gustaba a su marido. Una vez que identifica a algunos, ya los ve por todas partes. Invitados a la boda se relajan en el banco de terciopelo malva. Invitados a la boda se apoyan contra las estanterías empotradas en la pared. Invitados a la boda arrastran maletas tan futuristas que parece que podrían sobrevivir a un viaje a la luna. Los hombres en uniforme morado las apilan y forman altas y robustas torres de maletas, justo al lado de un gran cartel blanco que dice Bienvenidos a la Boda de Lila y Gary.

—Tu norma no aplica a Lila —dice Almohada en Cuello—. En serio, no se me ocurre nada que la haga fea.

—Es cierto —reconoce Rodete Alto.

—¿Recuerdas cuando fue elegida para ser la novia en nuestro desfile de moda del último año?

—Ah, sí. A veces, me olvido.

—¿Cómo puedes olvidarte de eso? Pienso una vez a la semana en lo raro que fue eso.

—¿Quieres decir porque nuestro tutor insistió en caminar hacia el altar con ella?

—Me refiero más bien a que algunas personas parece que nacen para ser novias.

—De hecho, creo que nuestro tutor vendrá a la boda.

—Qué raro. Pero es algo bueno. Significa que voy a conocer a alguien en esta boda —dice Almohada en Cuello.

—Ya sé. Yo casi no conozco a nadie —agrega Rodete Alto.

—Exacto, desde la pandemia, estoy como, bueno, supongo que ya no tengo amigos.

—¿No es cierto? La única persona que puedo decir que conozco ahora es mi mamá.

Se ríen y luego intercambian anécdotas de sus terribles vuelos y Phoebe hace todo lo posible por ignorarlas, por mantener la mirada fija en la magnificencia del vestíbulo. Pero es difícil. Los invitados a bodas son mucho más ruidosos que la gente normal.

Cierra los ojos. Le empiezan a doler los pies y, por primera vez desde que salió de casa, se pregunta si debería haber traído un par de zapatos cómodos. Tiene tantos alineados en su armario, tan seguros de sí mismos, sin hacer nada.

—¿Qué sabes del novio? —susurra Almohada en Cuello.

Rodete Alto solo sabe lo poco que le contó Lila por teléfono y lo que aprendió googleándolo.

—Gary es un poco aburrido si lo googleas —dice Rodete Alto, y luego susurra algo acerca de que es un médico de la Generación X con entradas tan poco pronunciadas que hay muchas posibilidades de que muera con la mayor parte de su pelo—. ¿Cómo no lo googleaste después de que Lila te pidió que fueras dama de honor?

—Estuve desconectada de Internet —explica Almohada en Cuello —. Me lo exigió mi terapeuta.

—¿Durante dos años?

—¿Estuvieron comprometidos tanto tiempo?

—Le propuso casamiento justo antes de la pandemia.

Avanzan de nuevo en la fila.

—¡Dios, mira este empapelado!

Almohada en Cuello espera que su habitación mire al océano.

—Mirar el océano te hace un cinco por ciento más feliz. Leí un estudio.

Por fin se callan. En su silencio, Phoebe está agradecida. Puede volver a pensar. Cierra los ojos. Hace que mira a su marido en la cocina y admira su risa. A Phoebe siempre le encantó su risa, cómo sonaba desde lejos. Como una sirena en la distancia, que le señalaba adónde ir.

Pero entonces uno de los Jim grita:

—¡Aquí viene la novia!

—¡Jim! —exclama la novia.

La novia sale del ascensor y entra en el vestíbulo con una banda brillante que dice novia, para que no haya confusión. No es que pueda haber confusión. Está claro que es la novia; camina como la novia y sonríe como la novia y gira como la novia mientras se acerca a Rodete Alto y a Almohada en Cuello en la cola, porque la novia puede hacer las cosas así durante dos o tres días. Es una celebridad momentánea, la razón por la que todo el mundo ha pagado miles de dólares para venir aquí.

—¡Estoy tan contenta de verte! —grita la novia. Abre los brazos para abrazarla, y las bolsas de regalos cuelgan de sus muñecas como pulseras de algas marinas tejidas.

Almohada en Cuello y Rodete Alto tenían razón. Phoebe no puede identificar nada que haga fea a la novia, qué podría ser lo único feo en ella. Se ve exactamente como se supone que debe verse: grácil y menuda con su vestido blanco de verano, sin marcas de ropa interior. Su pelo rubio está recogido en un arreglo de trenzas tan romántico y complicado que Phoebe se pregunta cuántos tutoriales habrá visto en Instagram.

—Estás preciosa —le dice Rodete Alto.

—Gracias, gracias —responde la novia—. ¿Qué tal los vuelos?

—Tranquilos —miente Almohada en Cuello.

No mencionan la imprevista bandada de gaviotas, ni el aterrizaje de emergencia, porque la novia está aquí. Es su trabajo mentirle a la novia durante toda la boda, haber disfrutado sus viajes hasta aquí, estar encantadas ante la perspectiva de una boda en Newport después de dos años sin hacer prácticamente nada.

—¿Cuándo vamos a conocer a Gary? —pregunta Rodete Alto.

—Estará en la recepción más tarde, claro.

—Claro que sí, me imagino —acota Almohada en Cuello, y se ríen.

La novia reparte las bolsas de algas marinas (con "provisiones de emergencia") y las mujeres suspiran cuando sacan botellas de licor de tamaño normal. De todo tipo, explica la novia. Cosas que compró cuando ella y Gary estuvieron de viaje por Europa el mes pasado.

Escocés. Rioja. Vodka.

—Ah, qué sofisticado —opina Rodete Alto.

La novia sonríe, orgullosa de sí misma. Orgullosa de ser el tipo de mujer que piensa en otras mujeres menos afortunadas mientras viaja por Europa con su prometido médico. Orgullosa de haber vuelto como una mujer que sabe qué beber y qué no.

—Aquí tienes —le dice la novia a Phoebe con tal intimidad que la hace sentir como si fuera una prima perdida de la infancia. Alguna vez jugaron a las damas en el sótano de su abuelo o algo así. Le entrega a Phoebe una de las bolsas y después le da un fuerte abrazo, como si hubiera estado practicando los abrazos de novia igual que el marido de Phoebe solía practicar los apretones de

manos antes de las entrevistas—. Solo un detalle para agradecerte que hayas venido hasta aquí. ¡Sabemos que no ha sido fácil llegar!

En realidad, fue muy fácil para Phoebe llegar hasta aquí. No interrumpió la correspondencia ni le encargó a algún chico del vecindario que regara el jardín ni le pidió a Bob que cubriera sus clases como hacía siempre antes de las vacaciones. Ni siquiera limpió las migas de tostada en la encimera. Tan solo se puso el vestido, salió de casa y se marchó como nunca antes se había marchado.

—Ah, yo... —empieza a decir Phoebe.

—Ya sé, ya sé lo que estás pensando —la interrumpe la novia—. ¿A quién se le ocurre beber vino de chocolate?

La novia es buena. Una novia muy buena. Te asusta que te hablen así después de dos años de intenso aislamiento, de decir "¿Qué es la literatura?" a un mar de cuadrados negros en su ordenador, y ninguno de los cuadrados lo sabía, o a ninguno de los cuadrados le importaba, o ninguno de los cuadrados ni siquiera la escuchaba. "¿Qué es la literatura?", preguntó Phoebe una y otra vez, hasta que ni siquiera ella supo la respuesta.

Y ahora recibir un abrazo y una bolsa de vino con chocolate sin motivo. Que una bella desconocida la mire a los ojos después de tantos años sin que su marido la mire a los ojos. A Phoebe le dan ganas de llorar. Le hace desear que estuviera aquí para la boda.

—Pero es mejor de lo que crees —asegura la novia—. Parece que a los alemanes les encanta.

La novia sonríe y Phoebe ve un poco de comida atascada entre sus dos dientes delanteros. Ahí está: lo único que hoy hace fea a la novia.

—¿Siguiente? —llama la mujer de recepción.

Phoebe tarda un momento en darse cuenta de que le toca a ella. Ve que Rodete Alto y Almohada en Cuello ya están entrando en el ascensor. Toma la bolsa, le da las gracias a la novia y se dirige a la recepción.

—También debes de estar aquí por la boda —supone la mujer. Se llama Pauline.

—No —admite Phoebe—. No vine a la boda.

—Ah —suspira Pauline. Parece decepcionada. Confundida, en realidad. Sus ojos parpadean hacia la novia en la distancia—. Pensé que todo el mundo estaba aquí para la boda.

—Definitivamente no estoy aquí para la boda. Pero hice una reserva esta mañana.

—Oh, te creo —asegura Pauline, tecleando mientras habla—. Creo que alguien ha cometido un grave error. Incluso podría haber sido yo. Tendrás que disculparnos, estamos un poco faltos de personal desde el Covid.

Phoebe asiente.

—Escasez de mano de obra.

—Exacto —confirma Pauline—. Bien, ¿cómo te llamas?

—Phoebe Stone.

Es verdad. Este es su nombre, el nombre que ha llegado a pensar que es suyo. Sin embargo, siente que está mintiendo cuando lo pronuncia ahora, porque es el apellido de su marido. Cada vez que se oye a sí misma decirlo, siente como si la sacara de su cuerpo de un empujón. Hace que se vea a sí misma desde arriba, como un pájaro, como deben verla los de la boda, y está segura de que desde allí arriba también pueden ver lo único que la hace fea: el pelo. Hay

que hacer algo con ese pelo. Esta mañana se olvidó completamente de peinarse.

—Aquí tienes —dice Pauline.

Ahora está tan concentrada en brindarle un servicio de calidad que ni siquiera levanta la vista cuando uno de los invitados a la boda entra por la puerta y se resbala detrás de Phoebe.

—¡Tío Jim! ¡Dios mío! ¿Estás bien? —grita la novia.

El tío Jim no está bien. Está en el suelo, gritando algo sobre su tobillo, y también sobre el suelo, que es un suelo malísimo, dice, por no decir que es un suelo de mierda. Los hombres de uniforme morado se reúnen a su alrededor y empiezan a pedirle disculpas por el suelo, que sí, sí, están de acuerdo en que es el peor suelo del mundo, aunque Phoebe puede ver que es algún tipo de mármol italiano.

—Ya está —dice Pauline. Pauline es una heroína—. Estás en Los locos años veinte.

—¿Cada habitación es una década? —pregunta Phoebe. Se imagina que cada habitación tiene su propio peinado. Su propia guerra. Su propio conjunto de triunfos y fracasos bursátiles. Su propia definición de feminismo.

—¡La verdad es que no sé cuáles son todos los temas! —exclama Pauline—. Soy nueva. A mí me parecen un poco aleatorios. Pero la tuya es una buenísima pregunta.

Abre el cajón y busca la llave correcta.

—Es nuestro *penthouse*. La única habitación con una buena vista al océano.

Parece ensayado, como si Pauline le susurrara algo a cada huésped para que se sienta especial. *Es nuestra única habitación con*

un escritorio de la casa de los Vanderbilt. Es nuestra única habitación con un suministro infinito de papel higiénico.

—Maravilloso —dice Phoebe.

—¿Qué te trae al Cornwall Inn?

Aunque sabía que le iba a hacer esta pregunta, Phoebe se sobresalta. Cuando se imaginó aquí, no se imaginó teniendo que hablar con nadie. Para decirlo en pocas palabras, no tiene práctica.

—Este es mi lugar feliz —suelta Phoebe. No es toda la verdad, pero no es mentira.

—Ah, ¿así que te has alojado aquí antes? —pregunta Pauline.

—No —responde Phoebe.

Hace dos años, Phoebe vio una publicidad del hotel en una revista, el tipo de revista que solo leía en la sala de espera de la clínica de fertilidad. Miró las fotos de la cama victoriana con dosel, con vista al océano, y pensó: ¿Quién planea sus vacaciones hojeando una revista de viajes? Se enfadó con esa gente, aunque no conocía a nadie que hiciera ese tipo de cosas. Sin embargo, unos días después, cuando su terapeuta le pidió que cerrara los ojos y describiera su lugar feliz, se imaginó a sí misma en aquella cama con dosel porque solo podía imaginarse feliz en un lugar en el que nunca había estado, en una cama en la que nunca había dormido.

—Pues este sí que es un lugar feliz —le asegura Pauline.

Phoebe toma la llave. Ya han conversado demasiado. Ha fingido demasiado tiempo que es normal, y no va a pagar ochocientos dólares por quedarse aquí y fingir que es normal. Podría haberlo hecho en casa sin ningún problema. Siente que se está cansando, pero Pauline tiene muchas más preguntas. ¿Le gustaría añadir un

paquete de spa? ¿Le gustaría reservar una visita con la tarotista de la casa? ¿Quiere una almohada normal o una almohada de coco?

—¿Qué es una almohada de coco? —pregunta Phoebe.

—Una almohada —responde Pauline— con coco adentro.

—¿Las almohadas son mejores así? ¿Con coco adentro?

Eso es lo que habría preguntado su marido. Un mal hábito de ella, el resultado de haber estado casada diez años: imaginar siempre lo que diría su marido. Incluso cuando no está. Sobre todo, cuando no está. Phoebe nunca pensó que acabaría siendo una mujer así.

Pero si algo le habían enseñado los últimos años, era que nunca se sabe en quién te vas a convertir.

—Las almohadas son mucho mejores así —afirma Pauline—. Créeme, ya verás. Te enviaremos una enseguida.

Phoebe entra en el ascensor y siente alivio cuando las puertas empiezan a cerrarse. Por fin, alejarse de los invitados a la boda. Hacer algo para variar un poco. Tener la llave de un lugar que no es su casa.

—¡Tengan las puertas! —grita una mujer.

Phoebe sabe que es la novia antes de verla. Grita como si se mereciera este ascensor. Pero nadie se merece nada. Ni siquiera la novia. Phoebe pulsa el botón para cerrar las puertas, pero la novia mete una mano entre ellas. No se abren de golpe como una esperaría, quizá porque el Cornwall se construyó en 1864. Un hotel antiguo no tiene piedad, ni siquiera a la novia.

—¡La puta madre! —grita la novia.

—¡Oh, Dios! —exclama Phoebe. Abre las puertas, mira la mano de la novia y no puede creer lo que ve—. Estás sangrando.

La novia se levanta el corte en el dorso de los nudillos como una niña y acepta el pañuelo que le ofrece Phoebe sin dar las gracias. Phoebe aprieta el botón y las puertas vuelven a cerrarse. Las mujeres no dicen nada mientras la novia se desangra con cortesía en el pañuelo y comienzan a ascender. Phoebe oye cómo la novia intenta estabilizar la respiración, observa cómo se oscurece el pañuelo que lleva en la mano.

—Te pido disculpas —dice Phoebe—. No me di cuenta de que pasaría eso.

—No te preocupes, todo va a estar bien —se esfuerza la novia. Se aclara la garganta—. Entonces, ¿estás con la familia de Gary?

—No —responde Phoebe.

—¿Eres de mi familia?

—¿No sabes quién es de tu propia familia? —pregunta Phoebe. La pregunta le da ganas de reírse, y es una sensación extraña. Es la primera vez que tiene ganas de reír en meses. Años, quizá. ¿Cómo es posible que la novia no conozca a su propia familia? Phoebe conocía a toda su familia. No le quedaba más remedio. Era muy pequeña. Solo Phoebe y su padre, tan pequeña que cabía en su vieja cabaña de pescadores.

—Tengo una familia muy grande —explica la novia, como si fuera un gran problema.

—Bueno, yo no soy de tu familia —aclara Phoebe.

—Pero tienes que ser de una de las dos familias.

—No —insiste Phoebe—. No soy de ninguna familia.

Había sido una verdad demoledora, de la que empezó a darse cuenta después del divorcio y se hizo más fuerte con cada fiesta que pasaba, hasta que esta mañana se despertó en una casa tan

silenciosa que por fin comprendió lo que significaba no tener familia. Comprendió que siempre sería así: solo ella, en la cama, sola. Ya ni siquiera se oía el maullido de su gato, Harry, en la puerta.

—Pero todo el mundo está aquí para la boda. Me aseguré de ello. —La novia mira la bolsita con el regalo en las manos de Phoebe, confundida—. Esto tiene que ser algún tipo de error.

La novia lo dice como si Phoebe fuera la gran pesadilla que siempre ha temido. Phoebe es algo que está mal en un momento en el que se supone que nada tiene que estar mal. Porque cada pequeño detalle durante una boda tiene el poder de parecer un presagio, como el fuerte viento que sopló en el parque, que volcó los platos de papel y provocó un escalofrío en Phoebe el día de su propia boda. Deberíamos haber comprado platos de verdad, pensó, algo pesado y sustancioso.

—No hay ningún error —sostiene Phoebe.

Este es el lugar feliz de Phoebe. El lugar que ha elegido Phoebe de entre todos los posibles. ¿Cómo se atreve la novia a hacer sentir a Phoebe que no debería estar aquí?

—Pero si no viniste para la boda, ¿entonces para qué viniste? —le pregunta la novia en un tono mucho más bajo, como si por fin hubiera surgido su verdadera voz. Porque ahora, en este espacio privado con una persona que no vino a la boda, la novia no tiene que ser la novia. Puede hablar como quiera. Y Phoebe también. Phoebe no es Rodete Alto ni Almohada en Cuello. No es nadie, y lo único bueno de no ser nadie, se da cuenta, es que ahora puede decir lo que se le dé la gana. Incluso a la novia.

—Vine para suicidarme —suelta Phoebe. Lo dice sin dramatismo ni emoción, como si fuera un hecho. Porque eso es lo que es. Espera a

que la verdad aturda a la novia y la envuelva en un silencio incómodo, pero la novia solo parece confundida.

—Eh, ¿qué acabas de decir? —pregunta la novia.

—Dije que vine a suicidarme —repite Phoebe, esta vez con más firmeza. Se siente bien decirlo en voz alta. Si no puede decirlo en voz alta, probablemente no podrá hacerlo. Y tiene que hacerlo. Lo ha decidido. Ha llegado hasta aquí. Siente alivio cuando las puertas empiezan a abrirse, pero la novia pulsa el botón para cerrarlas.

—No —dice la novia.

—¿No? —pregunta Phoebe.

—No. De ninguna manera vas a suicidarte. Esta es la semana de mi boda.

—¿Tu boda dura una semana?

—Bueno, unos seis días, para ser precisa.

—Es una... boda larga.

La boda de Phoebe duró una sola noche. Había intentado no darle mucha importancia. ¿Por qué? Ahora parece una tontería no haber celebrado algo bueno cuando tuvo la oportunidad. Pero Phoebe y su marido se habían graduado hacía un año, estaban entrenados para vivir de una beca con una botella de vino barato y un bonito árbol a lo lejos. Y una boda era todo un espectáculo, pensaba Phoebe. Cada vez que encargaba flores o probaba otro trozo de pastel o les contaba a sus amigas lo feliz que estaba, tenía la horrible sensación de estar fanfarroneando.

—En realidad, una semana es bastante normal ahora —asegura la novia con un tono que hace que Phoebe se sienta vieja—. Y la gente viene de muy lejos para estar aquí.

Pero a Phoebe no le importa.

—Esta es la semana más importante de mi vida —suplica la novia.

—Para mí también —dice Phoebe.

Phoebe aprieta el botón para que se abran las puertas, pero la novia vuelve a cerrarlas, y eso enfada a Phoebe, tan enojada como cuando queda atrapada en el tráfico camino al trabajo. Todas esas luces rojas delante de ella le daban ganas de gritar, pero nunca lo hacía, ni siquiera en la intimidad de su propio coche. No era una gritona. No era el tipo de mujer que le planteaba exigencias al mundo, que esperaba que la calle se despejara solo porque ella tenía prisa. No era como la novia, que se estira tan autorizada con su faja reluciente como si fuera la única novia que ha existido en el mundo. A Phoebe le dan ganas de arrancarle la banda, de sacar la foto de su propia boda, de demostrarle que una vez fue novia y que las novias pueden convertirse en cualquier cosa. Incluso Phoebe.

Pero entonces el pañuelo ensangrentado cae al suelo. Cuando se agacha a recogerlo, la novia suelta un sollozo y mira a Phoebe como si ya se hubiera arruinado toda su vida.

—Por favor, no lo hagas —suplica la novia, y a Phoebe le da de nuevo esa sensación, como si la conociera, como si la novia se lo pidiera de una prima a otra.

—Nadie se dará cuenta —promete Phoebe—. Podría poner algo de jazz ligero de fondo, pero no lo oirás.

—¿Es todo mentira? ¿Es una broma de mal gusto o algo así? ¿Jim te ha metido en esto?

De su bolso, Phoebe saca su antiguo discman y un CD titulado "Saxo para amantes". Una de las pocas cosas que trajo de casa. De la primera noche de su luna de miel en los Ozarks. Un pequeño motel en la ladera de un cañón con un jacuzzi en forma de corazón

que humedecía toda la habitación. Su marido encontró el CD en el equipo de música. "Saxo para amantes", leyó en voz alta, y se rieron un buen rato. "Pues póntelo, amante", dijo ella, y bailaron hasta que se desnudaron.

—Ay, Dios mío —se atemoriza la novia—. Lo dices en serio. ¿Vas a hacerlo aquí? ¿En tu habitación? ¿Cuándo?

—Más tarde —responde Phoebe—. Al atardecer.

Va a fumar un cigarrillo en el balcón. Va a pedir al servicio de habitación. Comerá algo rico mirando el agua. Comerá un postre elaborado. Escuchará el CD. Se tomará un frasco de analgésicos para gatos y se quedará dormida en la gran cama con dosel mientras se pone el sol. Va a ser rápido, bonito y totalmente incruento, porque Phoebe se niega a hacer que el personal del hotel limpie como tuvo que limpiar su amiga Mia después de que su marido Tom se cortara las venas. "Eso es egoísta", dijo el marido de Phoebe cuando se enteraron, y Phoebe estuvo de acuerdo, porque Tom sobrevivió. Porque parecía importante que marido y mujer estuvieran de acuerdo en algo así. Pero también porque Phoebe es una persona ordenada, dueña de la creencia de que cada libro ocupa el lugar que le corresponde en la estantería y que la sangre siempre debe estar dentro de nuestro cuerpo, incluso después de la muerte, especialmente después de la muerte, y qué horrible para Mia, tener que arrodillarse y fregar la sangre de su marido para quitarla de la pastina.

—No habrá ningún desorden —promete Phoebe.

—No —insiste la novia con firmeza—. Por supuesto que no. Esto no puede ocurrir. Esto no puede ser real.

Pero su herida es un círculo rojo que sigue ampliándose. La novia lo mira y pregunta: "¿Cómo has podido hacerme esto?".

Pero ¿Phoebe le está haciendo algo? Si no es Phoebe, algo más la arruinará. Así son las bodas. Así es la vida. Siempre es una cosa tras otra. Es hora de que la novia aprenda su lección.

—Aunque no lo creas, esto no tiene nada que ver contigo —dice Phoebe.

—¡Claro que sí! —exclama la novia—. ¡Esta es mi boda! La estuve planeando toda mi vida.

—Lo estuve planeando toda mi vida.

Recién cuando Phoebe lo dice, se da cuenta de que es verdad. No es que siempre haya querido acabar con su vida. Pero ha sido una idea, un botón de autodestrucción que Phoebe nunca olvidó que estaba ahí, incluso en sus momentos más felices. ¿Y de dónde viene esta tristeza? ¿Se la transmitió su padre como una enfermedad de la sangre?

—Por favor —suplica la novia—. Por favor, no hagas esto aquí.

Pero tiene que hacerlo. Este es el único lugar que le parece correcto: un hotel de cinco estrellas a miles de kilómetros de casa, lleno de extraños ricos que no se sentirán mal por su muerte, y un personal tan bien entrenado que simplemente asentirán ante su cadáver y luego lo trasladarán en silencio en el ascensor de servicio por la mañana.

Pero aquí está la novia, que ya se siente mal.

—Por favor —vuelve a decir la novia, como una niña, y a Phoebe se le ocurre que eso es lo que es. Veintiséis años. ¿Veintiocho, tal vez? Una niña como lo eran ella y su marido cuando se casaron. La novia aún no entiende lo que significa estar casada. Compartir todo.

Tener una sola cuenta bancaria. Orinar con la puerta abierta mientras le cuentas a tu marido una historia sobre pingüinos en el zoo. Y luego, un día, despertar completamente sola. Mirar atrás y ver tu vida entera como si hubiera sido un sueño y pensar: *¿Qué carajo pasó?*

—¿Y tu marido? —intenta la novia, cuando ve el anillo de boda de Phoebe—. ¿Y tus hijos?

Phoebe ya no quiere dar más explicaciones. Le da un último pañuelo.

—Tómalo como un regalo de boda —sugiere Phoebe—. Espero que ustedes dos sean muy felices.

Se abren las puertas. Es el último piso. Phoebe por fin llegó. Pero, por supuesto, no importa dónde esté. Puede estar en el último piso, junto al océano, o en el pequeño dormitorio de su casa. No existe tal cosa como un lugar feliz. Porque cuando eres feliz, cualquier lugar es un lugar feliz.

Y cuando estás triste, todos los lugares son tristes. Cuando se tomaron esas espantosas vacaciones en los Ozarks, eran tan felices que se reían de cualquier cosa. Y las toallas eran de tan mala calidad y tan cortas, pero no importaba, porque dejaban ver las piernas futboleras de su marido hasta el muslo. "Me estás escandalizando", decía ella.

—¡Lila! —grita Rodete Alto desde el final del pasillo.

No hay escapatoria para ninguna de los dos. La novia se alisa el vestido, se prepara para volver a ser la novia, pero entonces ve un punto rojo en el dobladillo.

—¿Es sangre? —le pregunta a Phoebe.

El vestido está arruinado. Las dos lo saben. Son dos mujeres que han sangrado en su ropa interior durante la mayor parte de sus vidas, y saben que no hay forma de salvarlo. Pero la novia respira hondo cuando se acercan Rodete Alto y Almohada en Cuello y abre los brazos para saludarlas de nuevo. Phoebe se pregunta cuántas veces más tendrá que hacer esto la novia esta noche.

—¡Estamos en la misma planta! —exclama Rodete Alto, mientras Almohada en Cuello observa el corte en la mano de Lila, pero no dice nada. Son buenas damas de honor, y se niegan a señalar las cosas que afean a la novia.

—¿En qué habitación están? —pregunta Lila.

—El Gloucester —responde Rodete Alto—. ¿Se pronuncia así?

—Creo que se debes decir Gloster —acota Almohada en Cuello.

Phoebe empieza a caminar por el pasillo, dejando a la novia totalmente atrapada en la telaraña de su boda, la que se tejió de pequeña, soñando con este momento.

¿Se acordarán de ella Rodete Alto y Almohada en Cuello mañana por la mañana, después de que se hayan llevado su cuerpo? ¿Pensarán: La mujer muerta es aquella con la que te vimos en el ascensor? ¿O solo recordarán haber visto a la novia?

El vestíbulo se oscurece a medida que avanza, iluminado únicamente por un candelabro de cobre perfectamente colocado. Phoebe pasa junto a una alcoba con una máquina de hielo que le recuerda a otros hoteles, hoteles de menor nivel, del tipo de los que elegía en su vida anterior, cuando iba a congresos y daba charlas sobre las tramas matrimoniales del siglo XIX. También hay una máquina expendedora, pero está oculta tras una alta pared de pan

de oro, como si fuera un acuerdo entre ricos. Es un hotel agradable. Si quieres hacer algo que no debes, por favor, hazlo en privado.

Dentro de la habitación, Phoebe cierra la puerta con traba. Le satisface el sonido metálico y agudo. Vuelve a estar sola. Apoya la espalda contra la puerta y, antes de admirar la vista del océano o las borlas doradas de las lámparas, baja la vista y se da cuenta de que aún tiene la bolsa con el regalo en la mano. Saca el vino de chocolate alemán. Una botellita de algo llamado Everybody Water, un agua embotellada muy costosa. Una vela servida a mano por la dama de honor, quienquiera que sea. Un paquete de *cookies* que se parecen a las Oreo lo máximo que permite la ley. Nunca volveré a comer una Oreo, piensa Phoebe. Y son estas pequeñas cosas las que no puede aceptar. El no volver a beber vino. No volver a sentir el dedo de su marido en la espalda. El cuerpo que siempre quiere ser un cuerpo.

Abre el vino de chocolate alemán y bebe un sorbo. La novia tiene razón. Es mejor de lo que hubiera creído.

—En el Cornwall, podemos ir a navegar en un ganador de la America's Cup —le dijo Phoebe a su marido, Matt.

—Podemos alquilar un coche antiguo y dar vueltas como un par de imbéciles —agregó Matt.

Era enero de hace dos años. Estaban en la cama, mirando en Internet, tratando de planear unas buenas vacaciones, algo que Phoebe y Matt decidieron que necesitaban después de su última visita a la clínica de fertilidad. Los embriones habían sido malos, todo había sido una pérdida de tiempo y dinero, y Phoebe había abortado, aunque el médico nunca lo diría con esa palabra. Dijo: "Fue un embarazo no viable" y "Sugeriría que no te embarcaras en un sexto ciclo en este momento", y durante todo el viaje de vuelta a casa, Phoebe no podía dejar de sentir que su cuerpo no tenía nada que ver con ella. Su cuerpo no era más que un trozo de tierra, como los campos de soja sobreexplotados a lo largo de la autopista. Phoebe bebió whisky por primera vez en meses y Matt se quedó mirando la luna por la ventanilla hasta que dijo: "Vayamos a algún sitio divertido en las vacaciones de primavera".

Ahí fue cuando Phoebe recordó el hotel victoriano de la revista. Encontró el Cornwall Inn en Internet.

—Mira, podemos sentarnos en el jacuzzi mirando al mar —dijo Phoebe.

—Podemos aspirarnos unas ostras y coordinar para reírnos exactamente al mismo tiempo —añadió, y se sintió bien al hacer esta lista de cosas nuevas que de repente querían hacer juntos.

Al final, Matt se durmió, pero el cuerpo de Phoebe seguía demasiado inestable para dormir. Seguía sangrando. Se quedó despierta mirando el hotel, analizando las habitaciones y las excursiones; había tantas excursiones entre las que elegir. Podían hacer *paddleboard* con focas. Hacer un "viaje acuático" en un balneario cercano. Visitar la casa de Edith Wharton en una caminata por los acantilados. Hacer yoga junto al océano, aunque nunca lo había practicado. Pero le gustaba la idea de convertirse en una mujer que hiciera yoga junto al mar.

Armó una detallada hoja de cálculo con las excursiones, porque era investigadora de profesión. Llevaba una larga lista de todos los libros que había leído y las frases favoritas que había tomado de ellos. Escribió una tesis en la que daba cuenta de todas las caminatas que dio Jane Eyre en la novela de Brontë. Llegó a dominar el alemán en un año y el inglés medio al siguiente. Y después de tener sexo con su marido, siempre quería profundizar más en este tema, como: ¿Cuándo se usó por primera vez la palabra *cunt* en la lengua inglesa? Y Matt se reía y decía: "Shakespeare, ¿no te parece?", y Phoebe continuaba: "Apuesto a que fue Chaucer". Y entonces ambos lo buscaban y se enteraban de que doscientos años antes de Chaucer, había una calle en Oxford llamada Gropecunt Lane.

Le encantaba que Matt la malcriara. Eran muy parecidos. Él también era investigador, aunque nunca lo diría. Era filósofo. Leía libros los viernes por la noche y sobreanalizaba publicidades con ella, y se sumergía con ella en largos debates acerca de cómo debían llamar a sus partes íntimas durante el sexo, aunque lo único en lo que estaban de acuerdo era en que nunca las llamarían partes íntimas.

Pero cuando Phoebe le enseñó la hoja de cálculo a la mañana siguiente, Matt dijo: "¿Has hecho una hoja de cálculo de la diversión?", de la misma forma que una vez dijo: "¿Has hecho una hoja de cálculo del sexo?". Y sí. Phoebe tenía treinta y ocho años. Ya no podían permitirse el sexo casual si querían tener un bebé. Pero cuando llegaba el momento del sexo, él la miraba desde el otro lado de la cama como diciendo: "OK, ¿estamos en fecha?", y ella lo miraba como si él no fuera nada, solo el jarrón de la mesita de apoyo.

—¿De verdad esperas que me crea que la gente se va de vacaciones sin antes hacer una hoja de cálculo de la diversión disponible? —preguntó Phoebe.

Era una broma, pero él no se la tomó como tal, así que no pareció una broma. Se limitó a mirarla como si estuviera decidiendo algo que tenía que ver con ella. Una mirada corta, pero su marido no necesitaba mucho para llegar a una conclusión. Su marido era un lector de textos cuidadoso y astuto. Una vez escribió un artículo de treinta y cuatro páginas sobre una sola palabra de Platón.

—Seguro que es genial —le dijo, y se despidió de ella con un beso.

Matt no era el hombre más guapo del mundo, pero lo había sido para ella. Y parecía que se estaba poniendo más buen mozo con la edad. Las canas que se iban apoderando de su pelo castaño, la sonrisa que la desarmaba. Su marido todavía podía salir al mundo y tener hijos sin ella (era algo que pensaba cada vez que salía de casa rumbo al trabajo. Se preguntaba si él también lo pensaría).

—Te veo a la noche —le dijo Phoebe y se fueron a dar clases a la misma universidad en dos autos separados. Ella daba literatura y él, filosofía. Se comió una barrita de cereales en su escritorio. Se fue a una reunión y pasó por delante del gigantesco despacho de Bob, el premio consuelo por tener que ser jefe de departamento. Estaba escuchando un cuarteto de cuerda lo bastante alto como para que ella lo oyera.

—Hola —le dijo él, impostando un fuerte acento británico. Phoebe subió las escaleras, pasó frente a la puerta de su marido, que estaba abierta, pero no del todo, porque estaba con una estudiante. Una morocha. Una chica. Siempre dejaba la puerta abierta si había una chica en su despacho, incluso si lo único que hacía era escucharla describir su relación con la Biblia.

—Nunca me di cuenta de que se podía leer como si fuera un libro —decía la chica—. Nunca entendí que seres humanos de verdad escribieran la Biblia. Creía que la había escrito Dios. ¿Es una estupidez eso?

—No es ninguna estupidez —le aseguró el marido de Phoebe.

Después, Phoebe fue a la reunión del Comité de la Sala de Profesores Adjuntos, formado en su totalidad por hombres con apodos monosilábicos que de alguna manera pasaban por nombres profesionales. Jack. Jeff. Stan. Russ. Vince. Mike. Phoebe era la

única mujer y la única adjunta, convocada para responder preguntas sobre cómo querrían una mujer y un adjunto que fuera este futuro espacio de oficinas.

—¿Phoebe? —preguntaba Mike—. ¿Qué te parece?

Era un embarazo inviable.

—¿Crees que las sillas deberían tener mesitas adosadas o no? Russ dice que las mesitas se ven muy industriales —dijo—. Queremos que te sientas como en casa. Pero las mesitas eliminan la necesidad de mesas de café.

A los hombres de éxito de todo el mundo siempre se les festeja su capacidad de eliminar algo para dejar más espacio para otra cosa. Como los tres pólipos que le extirpó del útero la doctora Barr para hacer espacio para sus futuros hijos.

—Me parece que van a quedar mejor las mesas de café de verdad —dijo Phoebe. Y todos se fueron a casa, los hombres con sus esposas y Phoebe con su marido. Pero él aún no había llegado.

Voy a tomar algo con unos compañeros del trabajo. Ese era el mensaje que le mandó.

Se sirvió un poco de vino que había sobrado y se preguntó quiénes serían esos compañeros. No podía preguntar, porque sabía que quedaría como controladora, y ella se esforzaba mucho por no serlo, sobre todo en esta delicada etapa de su matrimonio. Se esforzaba por que no le importara un carajo el modo en que estaba perdiendo a su marido, pero ¿por qué? Claro que le importaba. Era su marido.

¿Estaría tomando algo con Bob? Bob guardaba una botella en su escritorio, como hacen los profesores en las películas sobre profesores. Pero ella sabía que a su marido no le gustaba tanto

beber con Bob. "El hombre bebe para destruirse", dijo una noche, cuando volvió de una fiesta en la facultad que se alargó demasiado, sobre todo por culpa de Bob.

A veces toma algo con Rick o Adam o Paula de su departamento. ¿Quizás Mia? Aunque desde que Mia y Tom habían tenido un bebé hacía nueve meses, Mia aún no había vuelto al mundo. Y Matt la habría invitado si hubiera ido con Mia, porque Mia era la mejor amiga de Phoebe en el trabajo, si es que a la gente se le permitía tener mejores amigos en el trabajo. Phoebe nunca estaba segura. Pero se habían vuelto bastante cercanas en sus oficinas contiguas, y aún más después de que el marido de Mia intentara suicidarse hacía dos años. Phoebe se había propuesto invitar a Mia y a Tom a cenar casi todos los fines de semana, porque Mia se empeñaba en hablar con Phoebe cuando muchos de los otros profesores titulares no lo hacían. En esas cenas, Tom hablaba de todas las cosas que estaba haciendo para sentirse mejor: meditaba tres veces al día y se suscribía a revistas de senderismo y dejaba de comer azúcar refinado porque era su disparador, algo que les explicó una noche cuando le ofrecieron pastel. Tom necesitaba ser honesto y abierto sobre su depresión, porque avergonzarse de su depresión solo lo deprimía más. Todos estuvieron de acuerdo, lo entendían perfectamente, y aun así Phoebe y Matt no pudieron evitar intercambiar miradas después de que se fueran Mia y Tom.

—No sé qué puede ser lo que tenga a Tom tan deprimido. ¿No están intentando tener un bebé? Y Mia es preciosa —le había dicho Phoebe a Matt, porque así de segura estaba del amor de su marido por ella. Podía reconocerlo cuando otras mujeres eran más

hermosas, había aprendido a una edad temprana que no era la mujer más atractiva del mundo. Lo había aceptado.

Pero esa noche, se bebió el vino y agregó información a su hoja de cálculo de la diversión y no se sentía bien. Tampoco se sentía divertida, que era lo que su marido le había pedido específicamente. "Tenemos que divertirnos", le había dicho. Y tenía razón. Ya se reían más. Apenas dormían juntos. Era difícil, con su cuerpo siempre sintiéndose tan mal. Pero ella quería hacer algo por él. Algo que nunca había hecho. Algo divertido.

"Cuando llegues a casa, te voy a sacar la leche", le escribió a su marido en el móvil. Pero solo con mirar la frase *sacar la leche* se puso nerviosa. Así que la borró, escribió "hacer eyacular", y luego volvió a poner "sacar la leche", porque no sabía si era mejor ser correcta o divertida, y ¿por qué le parecía que siempre tenía que elegir entre las dos cosas?

CUANDO MATT VOLVÍA a casa después de ir a beber, venía con champán. Rara vez compraba champán. Cuando lo hacía, se sentía obligado a bromear al respecto.

—He ido de caza y nos he traído champán —dijo.

—¿Estamos celebrando algo? —preguntó Phoebe—. ¿O solo estamos bebiendo champán?

Lo vio ir a buscar dos copas. Esperó a que dijera algo sobre su mensaje, pero no dijo nada. ¿Se lo había enviado a la persona equivocada? Levantó el teléfono, pero no, ahí estaba el mensaje, colgando torpemente al final de la conversación.

—Estamos de celebración —dijo—. Tengo novedades.

Nunca llegaban a casa del trabajo con novedades reales. El trabajo era siempre lo mismo. Era bueno o malo u ocupado o simplemente OK. Los estudiantes eran perezosos o entusiastas o inspiradores o deprimentes. Escribían mal los nombres de personajes históricos o hacían comparaciones básicas entre Virginia Woolf y el cubismo. Se perdían el parcial porque se les había vuelto a morir la abuela (¡tan de repente y por la noche!) o estaban listos para salir, blandiendo los lápices.

—¿Cuáles son las novedades? —preguntó ella.

La botella de champán se erguía sobre la encimera como un dios verde. Odiaba esta mala sensación en el estómago. Esta suposición de que lo que eran buenas noticias para su marido no podían ser buenas para ella.

—Me he enterado de que me han otorgado el premio Landers al Académico del Año —dijo. Su marido hizo girar el corcho y se oyó un fuerte disparo en toda la habitación.

—Oh, guau —dijo Phoebe.

¿Cómo celebraba la gente? Phoebe recordaba haber lanzado confeti al aire en Año Nuevo. Se acordaba de hacer yip-yip-yip en lo alto del cañón de Arkansas. Pero, en general, estaban bastante fuera de práctica.

—No lo puedo creer todavía —dijo.

Phoebe sí podía creerlo: sabía que en algún momento ganaría el premio. La facultad era muy pequeña y el premio se lo daban a la mayoría de los profesores si permanecían allí el tiempo suficiente, aunque a Phoebe nunca le ocurriría, porque los adjuntos no recibían premios. Tampoco tenían coberturas médicas, a pesar de que ella hacía exactamente el mismo trabajo que su marido, un profesor

titular de filosofía con un seguro médico que cubría las visitas de su gato al dentista. Y eso estaba bien entonces, porque estaban casados y tenían suficiente amor y dinero entre los dos para comprarse una casa y hacer las cosas que hace la gente que acaba de comprarse una casa, como sembrar un jardín y renovar la cocina con una losa de cuarcita y hacer seis embriones en un laboratorio.

Pero no se sentía bien cuando su marido ganaba premios. Ni cuando estaban en un acto de la facultad y alguien le sugería que solicitara el nuevo puesto de titular en Filología Inglesa. Qué oportunidad, qué momento oportuno para que muriera Jack Hayes. Pero ella sabía que no la considerarían. Solo había publicado una vez desde su graduación, y eso no era suficiente. Era Matt quien tenía que decir las cosas que Phoebe no podía, como "Phoebe está trabajando en su libro todavía", y luego le preguntaban de qué trataba y se daba cuenta de que no podía describirlo. Dijo algo sobre los espacios domésticos en *Jane Eyre*. Algo sobre la cultura ambulante de la época victoriana. ¿Sobre el feminismo? Ya no lo sabía. Ahora todo aquello la aburría. Cada vez que abría su tesis en el ordenador, se sentía como si se sentara a tomar un café con un antiguo novio del que no se imaginaba que volvería a estar enamorada.

—Felicitaciones —le dijo Phoebe a su marido—. Es genial.

Phoebe sonrió y besó a Matt en la mejilla. Le apretó el brazo como si fuera a violarlo más tarde, y tal vez lo haría. Tal vez él había visto el mensaje y la llevaría a la planta alta y esta noche sería la noche en que todo cambiaría, cuando ella se inclinaría sobre la cama mientras él la tomaba por detrás. O quizá lo harían cara a cara, mirándose a los ojos, como cuando se enamoraron por primera vez.

—Tendré que dar un discurso en la cena de entrega de premios en febrero —le dijo su marido.

—¿Es algo malo dar un discurso?

Si Phoebe tuviera que dar un discurso en febrero, eso sería muy malo. Phoebe empezaba a odiar tener que pararse cada día delante de sus alumnos, todos ellos esperando en silencio a que demostrara lo que sabía. ¿Acaso no lo había demostrado ayer? ¿Y anteayer? ¿Por qué tenía que levantarse todos los días para demostrar sus conocimientos si no parecía importar cuántas veces lo hiciera? Al final de la hora, estaba agotada, y no se sentía mejor hasta que llegaba a casa, y se tomaba una copa de vino.

—Dar un discurso es genial —dijo Matt—. Necesitamos cosas que nos den ilusión.

Y tenía razón. No tenían nada que les diera ilusión, que era todo el punto de planificar las vacaciones.

—Toma —le dijo mientras le ofrecía una copa de champán. Era delgada y frágil. Se puso nerviosa con solo sostenerla—. Sé que realmente no significa nada para un ascenso, pero tiene que ayudar al menos un poco.

El objetivo de su marido antes era casarse con ella y formar una familia. Ahora se concentraba mucho en un ascenso.

—Por supuesto —dijo ella—. Todo ayuda.

—Salud.

Ella bebió.

—Este champán es bueno —dijo él.

Ella no pudo evitar notar que, en la historia de la vida de su marido, él nunca había comprado un champán malo.

—Lo es —dijo ella. Le encantaba el primer sorbo de champán. El primer sorbo siempre la devolvía a la vida. Al parque donde hicieron su primer brindis como matrimonio. A los cálidos balcones nevados en Año Nuevo. Pero el segundo y el tercer sorbo eran siempre tan secos que volvían a matarla—. Sí que es bueno.

Su marido... qué gran académico. Y los estudiantes lo adoraban. Siempre estaban reunidos fuera de su despacho. En sus ojos resplandecía la adoración. En ellos se leía: "Es un genio, y ni siquiera se manda la parte". Y era verdad. Sabía mucho. Hablaba tres idiomas y podía mantener una larga conversación sobre cualquier tema, desde la cultura de la bebida en la antigua Grecia hasta la política local de St. Louis, pasando por el problema del dopaje en los Juegos Olímpicos o la especie de pájaro que había en su comedero. Su inteligencia fue una de las razones por las que se enamoró de él. Pero resultaba molesto ver cómo las jóvenes la adoraban, porque nadie adoraba a la suya. La gente se sorprendía o la desaprobaba. Ni siquiera Bob era ya un fan.

—¿Sabes cuál es tu problema, Phoebe? —le había preguntado Bob unos días antes. Ahora Bob era técnicamente su colega, ya no era su asesor de tesis, ya no tenía que preocuparse por su historial de publicaciones. Pero lo hacía. Y Phoebe lo entendía. Phoebe también estaba preocupada. Habían pasado diez años desde que se graduó y ella seguía aquí, en la misma universidad, recorriendo los mismos pasillos académicos, enseñando como adjunta, sin haber avanzado nunca como los demás de su camada, sin haber podido convertir su tesis en un libro de verdad. No sabía cuál era el problema y odiaba las ganas que tenía de que Bob se lo dijera. ¿Cuánto tiempo de su vida había pasado en esa misma actitud, esperando que alguien

decidiera algo concluyente sobre ella? Ese era su problema, lo sabía. Pero Bob dijo:

—Piensas demasiado. —Y eso la sorprendió de verdad. ¿No era eso bueno? ¿No era esa la razón de ser de un académico?

NO FUE HASTA más tarde en la cama que Matt vio el texto.

—Oh, mierda —dijo—. No lo había visto. Lo siento.

Se disculpó, pero no llegó a tocarla. Ella estaba tan avergonzada que cambió de tema.

—Deberíamos reservar el Cornwall —dijo Phoebe.

—¿Qué? —preguntó Matt.

—El hotel. Para las vacaciones de primavera. El Cornwall.

—¿Era el caro?

—Muy caro.

—¿Caro como rehipotecar la casa?

—Como ochocientos por noche

—Eso es... demasiado, Phoebe.

¿Pero no se trataba de eso? ¿Ser demasiado? ¿Ser imprudente? ¿Ser extravagante? ¿Hacer lo que les diera la puta gana porque, si no podían tener hijos, al menos podían divertirse gastando la cuenta de ahorros que Phoebe había abierto diez años atrás para sus hijos?

Era lo que Phoebe necesitaba. Pero podía sentir que él ya no. Él hoy había cambiado. Había ganado un premio. Tenía algo divertido que le daba ilusión y ni siquiera había tenido que comprarlo. Se lo había ganado, y qué bien debía sentirse, de maravilla, al haberse ganado de nuevo un lugar digno en el mundo.

—¿Por qué no vamos a los Ozarks? —dijo Matt—. Siempre nos gustó.

Phoebe se quedó mirando al techo oscuro. La invadió una sensación de pánico, como cuando era niña, y se perdía en el supermercado, miraba a su alrededor y se daba cuenta de que todo el mundo se parecía a su padre. Todos llevaban los mismos vaqueros.

—No —dijo Phoebe.

Siempre iban a los Ozarks. Pasaron la luna de miel en los Ozarks y se iban de vacaciones de primavera a los Ozarks, y las caminatas eran algo hermoso que la hacían sentir tan contenta a Phoebe como para disfrutar del *happy hour* nocturno. Phoebe siempre había sentido que la diversión había que ganársela, que sus vacaciones también debían ser un trabajo, algo que requería mucho equipamiento.

Pero Phoebe estaba cansada de trabajar. Ahora toda su vida le parecía trabajosa. Incluso las cosas que antes eran las más divertidas, como leer en el verano o tener orgasmos durante el sexo o conversar con su marido en la cena. Ahora le parecían cosas en las que tenía que ser muy buena, para demostrar que todo seguía siendo normal. Que incluso sin un bebé serían felices. E incluso sin un libro, los diez años que había pasado intentando escribirlo habían valido la pena. Porque se le estaba haciendo cada vez más difícil creérselo. Casi todas las noches, hacía un repaso de toda su investigación, de todas las hojas de cálculo, de todas sus anotaciones, sus documentos y sus inyecciones y pensaba: ¿Pero qué carajo hice?

—Los Ozarks son para familias —le dijo Phoebe a Matt.

Estaban llenos de niños que volaban cometas. Padres y madres que usaban sombreros iguales y paseaban por el bosque comiendo helados con banderas de Estados Unidos.

—Nosotros somos una familia —dijo Matt.

—Pero no tenemos una familia.

—Tenemos a Harry.

Harry era su gato, siempre acurrucado entre ellos justo antes de acostarse. Lo compraron hace diez años. Lo que querían en realidad era un perro, pero decidieron que no era un buen momento para un perro. Igual fueron al refugio "solo para mirar" y se dieron cuenta de que en un refugio es imposible "solo mirar". Había un gatito naranja con la nariz pegada a la jaula, que decía "miaumiaumiaumiaumiaumiau".

"Harry", leyó Matt de la ficha de adopción, y les sonó mal, demasiado de persona, pero se pasaron una década queriendo a Harry más de lo que creían normal. Le daban premios a Harry por no hacer nada y luego se preguntaban si estaba mal darle premios por no hacer nada. ¿Por ser un gato nada más?

—¿Por qué espero que seas más que un gato cuando lo único que quiero es que seas un gato y listo? —le preguntaba Phoebe a Harry, como si fuera un psiquiatra el que estaba sentado entre los dos, y así es como se veía Harry muchas veces: tan digno, con una patita cruzada sobre la otra como si esperara pacientemente su turno para decir algo sabio.

—Harry no es nuestra familia —le recordó Phoebe—. Es nuestro psiquiatra.

—Bueno, está bien. Es una línea muy borrosa.

Se morían de risa haciéndole a Harry preguntas profundas, oscuras y existenciales. "¿Me autoboicoteo en el trabajo porque no tengo madre, Harry?". Y Matt respondía: "Por supuesto", con la voz de Harry; Phoebe no hubiera podido describirla, pero esa era la voz de Harry, los dos lo sabían.

—Harry cree que deberíamos ir a los Ozarks —dijo Matt, y ella se ablandó un momento. Siempre se sentía muy unida a Matt cuando hablaban así, a través de Harry. Le hacía sentir que tal vez los tres podían ser una familia—. Harry quiere ir a caminar al cañón otra vez.

—Bueno, pero puedes decirle a Harry que, si nos quedamos en ese motel de mierda una vez más, me suicido —dijo Phoebe.

Los dos se rieron un poco porque Harry abrió los ojos y miró a Phoebe como si hubiera entendido, pero también porque sabían que Phoebe no era de las que se suicidaban. Phoebe tomaba multivitaminas todos los días desde que era niña. Phoebe se cepillaba el pelo antes de acostarse. Phoebe era muy normal, y a su marido le gustaba así. Ser normal era su gran ilusión, algo que su marido le confesó en su primera cita.

—Desde que era niño, supe que quería ser normal cuando fuera grande —bromeó—. Pero en serio. Es verdad —y Phoebe lo comprendió. Su infancia había sido en extremo solitaria, con una madre muerta y un padre deprimido y sin hermanos con los que hablar por las noches, y ese es el motivo por el que empezó a leer libros. Al principio eran cuentos de hadas, porque las protagonistas eran niñas como ella, niñas cuyas madres morían en una frase. "Tu madre era una mujer maravillosa que murió al darte a luz", le dijo su padre una mañana, y ella se sintió fatal. Sintió que había arruinado algo por el mero hecho de existir, y así había sido. ¡Su madre! Esa

hermosa mujer que aparecía dando caminatas en todas las fotografías. Y su padre… también estaba en la foto. Sonreía y caminaba por los Ozarks con su mujer embarazada, y Phoebe había sentido pena por aquel hombre normal que nunca llegó a conocer. La chica normal que nunca llegó a ser.

—¿Pero por qué ser normal se siente como un crimen? —le había preguntado Phoebe a Matt.

En el posgrado, había sido vergonzoso ser normal. Todas las personas que había conocido Phoebe se habían impuesto la misión de ser espectaculares y deliciosamente raras, y se sentía impresionada y confundida por lo bien que se veían sus colegas con sus calcetines y tacones altos. Phoebe no podía ponerse ese tipo de cosas, no podía cruzar los límites de la moda, y no sabía por qué exactamente, salvo por la razón de que nunca quiso que nadie se diera cuenta de que ella era rara.

Así que se ponía shorts de jean y sandalias con velcro en cuanto las temperaturas pasaban los diez grados. Nunca se teñía el pelo y lo único que se le ocurrió cuando un poeta la llevó a un concierto de ruido fue: "Esto es un poco ruidoso". El poeta la besó al final de la noche, se rio un poco en su boca mientras le decía: "Eres tan... normal", y en aquel momento lo sintió como un cumplido, pero días después, durante los que no supo nada de él, miró su colección de abrigos de Banana Republic acomodados todos para el mismo lado y se dio cuenta de que no había sido un elogio.

—Bueno, no importa, porque yo soy muy normal —le había dicho a Matt. Era un alivio no sentir que tenía que comprarse el guardarropas entero de nuevo solo para ir a un bar con él.

—Ya quedamos, entonces —dijo—. ¿Dónde está el sacerdote?

Y así se había sentido todo durante años, tan maravillosamente normal. Se casaron en un parque público, invitaron solo a sus amigos más íntimos y a la familia, porque desconfiaban del dinero, de los grandes gestos. Cuanto más grande es el gesto, más vacío es el sentimiento. Cuanta más boda necesitas, menos feliz debes ser.

Phoebe lo creía de verdad en ese entonces. Pero ahora la absoluta simplicidad de sus vidas le resultaba aplastante. Cuando Matt se acercó para tocarla, Phoebe pudo ver y sentir toda la experiencia incluso antes de que empezara.

—Ojalá hubiera visto antes tu mensaje —dijo Matt—. Ojalá, de verdad me hubiera gustado.

Cuando se inclinó para besarla, su ternura la hizo retroceder. Odiaba su delicadeza. En el último tiempo, la fantasía de Phoebe había sido que él le hacía cosas terribles. Cosas tan horribles que no podía confesarlas nunca, porque sabía que eso significaba que algo estaba cambiando dentro de ella, que algo oscuro se estaba espesando y se estaba volviendo lodo. Así que solo le dijo:

—Te amo.

RESERVARON UN HOTEL en Ozarks para marzo. Y todos los días que siguieron a ese, Matt ya estaba levantado desde temprano, con la corbata anudada y se iba a trabajar. Pero Phoebe iba un poco más despacio. Algunas mañanas, la atravesaba un torbellino emocional y otras estaba tan entumecida que era impenetrable. No supo cómo explicarle esta contradicción a su nuevo terapeuta cuando se lo preguntó. Repetía: "Me siento... desconectada. No, me siento triste.

No, me siento...” y se quedaba en silencio esperando que el terapeuta completara la respuesta, pero nunca lo hacía.

—Siento que me estoy volviendo una loca de mierda —le dijo a Harry la noche anterior a la premiación de su marido. Harry era el único que sabía con qué frecuencia decía “mierda” mientras corregía trabajos. “¿En serio? ¿Qué mierda es esto?”.

Cuando propuso el curso acerca de cuentos de hadas, pensó que sería divertido. Pero se sentía cada vez más perturbada por los trabajos de los alumnos en los que se comparaba la infertilidad de la madre de Rapunzel con “un tipo de veneno”. Se había olvidado de todas las mujeres estériles de estas historias, o tal vez nunca se había fijado en ellas. Había estado demasiado ocupada con todas las madres muertas.

—¿Y por qué se mueren todas las madres de los cuentos de hadas? —le preguntó Phoebe a Matt, que estaba sentado en el sofá junto a ella corrigiendo trabajos.

—Porque eran premodernos. Las madres... se morían mucho.

Pero tenía que haber algo más. Parecía que la historia no funcionaría si no se moría la madre; la madre muerta era un punto de la trama, una condición previa necesaria para la historia de la niña. Porque Cenicienta nunca habría sido el centro de la novela si su madre hubiera estado viva. (Ni Jane Eyre, pensó Phoebe). La madre tenía que morir para que la niña empezara en un lugar de desesperación, porque de eso trataba siempre la historia. Por eso le habían gustado. Ver crecer a la niña buena, ver a la niña esforzándose mucho por conseguir lo que quiere, y luego ver lo feliz que llega a ser.

The end.

Y esa también había sido la historia de Phoebe: una nena tan buena. Tan callada. Tan estudiosa. El mejor promedio de su escuela secundaria, luego de la universidad, y luego encaró una formación de posgrado para forjarse una vida, y lo había hecho. Se enamoró, obtuvo un doctorado, se casó. Compró una casa con su marido. Y entonces, después de cinco agotadores ciclos de fecundación in vitro, cuando todo parecía perdido, por fin se quedó embarazada utilizando el último embrión. Durante diez semanas, se frotó loción en el vientre y pudo sentir cómo se lanzaba hacia el final feliz que haría que todo, incluso la muerte de su madre, pareciera una parte necesaria de la historia.

Pero luego se acabó, en menos de una oración. Un día estaba embarazada y al día siguiente ya no. Había sentido la sangre entre las piernas, y cada vez que se acordaba de la sangre, pensaba: No, no, no, esto no puede terminar así. Porque este final se burlaba de la muerte de su madre. Este final era muy trágico. Se parece más a una novela rusa, donde todos los personajes viven una aventura enloquecida y al final los asesinan a todos.

—Los rusos sabían lo que hacían —dijo Phoebe la mañana de la entrega de premios, y le encantaba poder decirle ese tipo de cosas —. Tal vez necesito aceptar que mi vida es una novela rusa.

—Olvidas que no he leído las novelas rusas —respondió Matt, sirviéndose café en su termito.

—Lo que quiero decir es que una historia puede ser bella no por la forma en que termina, sino por cómo está escrita.

—Es cierto —dijo Matt—. Pero no llegaste al final.

Estaba claro que Matt no estaba listo para ser un personaje de una novela rusa. No estaba listo para que su vida fuera una tragedia,

aunque fuera una tragedia hermosa. Se había ido a su trabajo, a escribir su discurso y a presentar un nuevo libro a su editor sobre la filosofía de hacer cosas, mientras Phoebe se quedaba en casa escribiendo. "¿Por qué se mueren todas las madres?", tecleó, pero luego se sintió demasiado deprimida para continuar. Así que se levantó y preparó un desayuno muy elaborado. Se tocó en la cama y pensó en su marido sujetándola contra la pared por el cuello, diciéndole cosas obscenas. Luego, salió a pasear y observó los buzones con formas divertidas. De camino a casa, se detuvo en la tienda de vinos de Joe. Solo le compraban vino a Joe, a nadie más. Era un hombre calvo de grandes y anchos músculos que les hacía un montón de preguntas sobre el idioma inglés cada vez que ella compraba algo. "Disculpe, profesor. *¿Conversate* es una palabra?", preguntaba Joe. "Yo nunca la oí. Pero esa chica dice que es una palabra".

Señalaba a la joven que estaba siempre sentada en el taburete junto a la caja registradora, puro delineador y uñas violetas. Siempre había una jovencita, a veces trabajaba en la tienda y a veces venía a visitar a Joe y se sentaba en un taburete durante horas, porque eso era lo que les gustaba a las chicas.

—Todo es una palabra —dijo la chica—. Alcanza con que la pronuncies. ¿No es así, doctora Stone?

Esta chica era estudiante en la universidad, pelo castaño oscuro, ojos oscuros. Estudiaba psicología. Nunca había tenido a Phoebe como profesora, pero dijo que había "oído hablar" de ella.

—Es verdad —dijo Phoebe—. Pronúnciala durante diez años y acaba en el diccionario.

—Diez años —dijo Joe—. ¿Con eso es suficiente?

Joe quería caerle bien a Phoebe porque quería caerles bien a todas las mujeres. Le parecía que caerles bien era el primer paso antes de acostarse con ellas. Y a veces, Joe le caía bien. Cuando Joe despotricaba contra los comentarios autoritarios de los políticos populistas o cuando miraba una película de Disney y se reía de todas las payasadas. Pero entonces vio a la chica en el taburete y la taza enfrente de la caja registradora que decía: "Fondo para Polvos".

En ese momento, estaba media llena.

—Así es —dijo Phoebe.

Su marido nunca hizo comentarios sobre el Fondo para Polvos después de que se fueran, como si no estuviera bien reprender a otro hombre por su Fondo para Polvos o, si realmente le llamaran la atención sobre eso, tuvieran que encontrar otro lugar para comprar vino, y este era el más cómodo y tenía la mejor selección. Así que pagó las botellas y dijo: "Nos vemos, Joe", y trató de no preguntarse si su marido alguna vez dejaba dinero en el Fondo para Polvos cuando no estaba.

CADA FEBRERO, para la entrega de premios, a la que iban siempre, Phoebe llevaba el mismo vestido. Un Calvin Klein negro que se había comprado hacía años para su orientación laboral. Un vestido que nadie jamás alabó pero que nunca nadie insultó. Un vestido diseñado para no llamar la atención.

Le sorprendió que aún le entrara, que le siguiera quedando bien como siempre, y eso la deprimió. Esta noche quería sentirse diferente. Quería entrar a la ceremonia de premiación y llamar la atención. Porque, si no iba a tener hijos, al menos debería tener vestidos magníficos. Así que condujo hasta el centro comercial y no

se detuvo hasta que el vestido esmeralda llamó su atención. La seda era increíble al tacto, como si le resbalara agua fresca por el cuerpo; ¿por qué siempre le había dado miedo usar seda? ¿Vestir con ropa de colores fuertes? Le sentaba bien el esmeralda. Resaltaba los tonos rojos de su pelo castaño. Las motas verdes de sus ojos. Su piel aceitunada.

Lo compró sin pensar, sin preguntarse qué pensaría su marido, qué pensaría Bob, qué pensaría Mia. Tanto era lo que le gustaba.

Pero antes de la cena, cuando volvió a ponérselo, se sintió ridícula de pie sobre su alfombra beige junto a sus sábanas de franela. El vestido de seda era demasiado. Quinientos dólares. Y la cena iba a ser en el gimnasio. ¿En qué estaba pensando? Era largo hasta el suelo, un vestido pensado para una boda, no para una ceremonia de premiación en una universidad de artes liberales de Missouri sin un cobre.

Volvió a ponerse el vestido negro. No quería avergonzar a su marido. Sabía que últimamente había estado avergonzándolo. Sabía que había sido un poco descuidada, a veces demasiado borracha cuando él llegaba a casa.

—¿Has escrito hoy? —le preguntó cuando volvió a buscarla. Le sugirió que fueran en un coche.

—Sí —mintió.

Se miró en el espejo. Ahí estaba de nuevo, pensó, y, sin embargo, se sentía como si estuviera en algún lugar lejano, todavía en la clínica de fertilidad, viendo a Matt estrechar la mano del médico. O tal vez en el río Ouse, viendo a Virginia Woolf llenarse los bolsillos de piedras. Se preguntó cuántas piedras habría usado Woolf. ¿Cómo estaría de fría el agua?

—Estás preciosa —le dijo, y cuando lo dijo, ella lo sintió.

Se peinó y se fueron a cenar.

La cena era un acontecimiento demasiado elaborado para un gimnasio. La universidad pagaba cinco mil dólares al año por traer a un orador invitado, algún célebre académico que pudiera hablar tanto de la crisis en Oriente Medio como del valor de una educación en artes liberales o de las condiciones laborales en China y el valor de una educación en artes liberales o de la recesión y el valor de una educación en artes liberales.

—De verdad te ves tan elegante —volvió a decirle el marido antes de que entraran en el gimnasio. Parecía que se lo decía a los dos. La rodeó con el brazo y, sin más, volvieron a ser marido y mujer.

Bebieron vino blanco y comieron pollo al marsala con verduras al vapor. Se sentaron en una mesa de gente como su marido. Gente con trabajos de verdad. Bob. Susan. Brian. Mia.

Después, una serie de discursos y aplausos por los logros de otras personas y, por último, volcán de chocolate. Se comieron el postre y comentaron que no era del todo un volcán. Hablaron de sus alumnos, de sus trabajos en general, y el consenso en la mesa fue que eran muy gratificantes, pero también muy duros.

—¿Duro? —preguntó la mujer de Bob. Era cirujana en un hospital local—. Todo lo que hace Bob en su oficina es beber cervezas alemanas y escuchar a Bach.

—¡Y ni hablar de tus vacaciones de verano! —dijo Tom. De acuerdo con el programa de su doctorado, Tom y Mia solo podían tomarse una semana de vacaciones, y luego hablaban de esas

vacaciones durante el resto del año—. ¡Así que no se quejen, profesores!

Se rieron. Tom tenía razón. Sus trabajos eran maravillosos, confesó su marido con las manos en alto.

Las luces se atenuaron y el coro de estudiantes empezó a cantar desde el escenario con velas. Pero incluso en la oscuridad, Phoebe podía sentir la verdad: el gimnasio bajo sus pies. La línea de faltas que atravesaba la pista de baile. La forma en que la miraban como si no fuera otra cosa que la mujer de Matt. Sobre todo, los que no la conocían de verdad, como Susan, del Departamento de Filosofía, que cada año olvidaba su nombre. Siempre tenía la misma pregunta para Phoebe:

—¿Y tú a qué te dedicas?

—Doy clases —dijo Phoebe.

—Phoebe da clases aquí —dijo su marido.

—Ah, qué bien, ¿qué enseñas? —preguntó Susan.

—Casi todo lo que Bob me pide que enseñe —dijo Phoebe—. Sobre todo, los cursos de literatura que tienen que tomar todos los estudiantes de primer año. Todo, desde los comienzos de la literatura hasta Internet.

—¿Pero cuál es tu campo de estudio? —preguntó Susan.

—Literatura Victoriana —dijo Phoebe.

—Phoebe está dando ahora mismo un seminario sobre el cuento de hadas —añadió Matt—. Y está terminando un libro sobre *Jane Eyre*.

Los últimos diez años, Phoebe ha estado terminando su libro sobre *Jane Eyre*. Luego más premios. Cuando se oyó el nombre de su marido, él sonrió.

Dejó la servilleta. Subió al escenario. Recogió su premio y todos en la mesa le aplaudieron y sonrieron. Mia se apoyó en el hombro de Phoebe.

—Debes estar orgullosa —dijo Mia.

Lo estaba. Mira a mi marido, pensó, mientras él volvía a la mesa sonriendo. Volvió a sentarse y todos lo felicitaron, mientras él se esforzaba por no parecer demasiado contento.

—Tienen que dárselo a todos en algún momento —dijo, lo que se sintió como una pequeña traición, porque siempre había sido un chiste interno—. Te apuesto a que incluso Bob lo obtendrá algún día.

Bob se rio.

—Los alumnos lo adoran —dijo Mia, y había algo en la forma en que lo decía, como si conociera a los alumnos mejor que Phoebe. Como si Mia y Matt ocuparan una casa juntos sin ella.

Pero Phoebe no dijo nada. Se sintió mal y dijo: "Disculpen". Fue al baño. Se miró en el espejo.

Él piensa que eres hermosa, pensó, hasta que se sintió mejor.

Pero antes de volver a la mesa, vio a su marido hablando con Mia. Mia echó la cabeza hacia atrás para reírse, y su marido también se rio, abrió mucho la boca, más de lo que Phoebe había visto en meses. Incluso cuando veían la televisión y Phoebe se acurrucaba contra él, mantenía la boca cerrada.

Pero en este momento con Mia, podía ver al antiguo Matt, el que conoció años atrás en la sala de ordenadores, alguien relajado y divertido y feliz con ella. Y Mia también parecía feliz. Algo que no había ocurrido desde que se deprimió Tom años atrás.

Phoebe volvió a sentarse a la mesa y, de repente, la belleza de Mia parecía diferente.

No era solo un hecho. Era una situación.

PHOEBE NO MENCIONÓ a Mia hasta que estuvieron en casa.

—No parece justo que Mia pueda tener tres libros y además ser tan hermosa —dijo Phoebe. Esperaba que sonara a broma.

—Ah —dijo Matt—. Sí. Es muy divertida.

—Yo no he dicho eso. Dije que era hermosa.

—¿Qué haces? —preguntó—. Pensé que lo habíamos pasado bien esta noche.

—Lo pasamos bien —dijo Phoebe.

La besó.

—Estabas preciosa esta noche.

Él quería sexo, ella se daba cuenta. Pero ella no quería. O tal vez no quería que él fuera dulce en ese momento. En sus fantasías, él ya nunca era dulce con ella. En sus fantasías, ya ni siquiera era ella con quien se acostaba, aunque el terapeuta había insistido en que la fantasía seguía siendo una buena noticia.

—Es bueno que al menos incluya a tu marido —le había dicho.

Cuando iba a desvestirse, su marido le dijo:

—No, no te quites el vestido.

Se quitó la camisa, los pantalones, y cuando caminaba hacia ella, se lo imaginó entrando en la tienda de vinos de Joe, y a la chica sentada en el taburete como siempre. Está haciendo los deberes para su clase. No, no sabe dónde está Joe.

—¿Alguna novedad hoy? —pregunta su marido, y la chica responde:

—Deja que te enseñe lo que tenemos.

Lleva a su marido a la parte de atrás para enseñarle el último cargamento de vino. Se agacha para recoger unas botellas y su marido camina hacia ella, le pone las manos en la cintura y la centra de la forma en que lo hace cuando realmente quiere tener sexo, cuando quiere que ella sea solo tetas y culo y coleta. Le tira del pelo, y es entonces cuando sus muslos se aprietan alrededor de él, y solo entonces, cuando Phoebe finge que no conoce para nada a su marido, llega al orgasmo.

Después de acostarse, no podían mirarse a los ojos. Ella se quitó el vestido negro y su marido se sirvió un vaso de whisky y no se molestó en poner cubitos de hielo y salió a mirar las estrellas porque eso es lo que ha hecho la gente desde el principio de los tiempos. Y, aun así, Phoebe no creía que fuera el final. Realmente no podía concebir el final. Pensó que dentro de unas semanas irían a Ozarks a pasar las vacaciones de primavera, y entonces quizá, solo quizá, intentaría la fecundación in vitro una vez más, porque ¿quién sabe? Quizá funcionara la sexta vez. Quizá los médicos estuvieran equivocados.

Pero unas semanas más tarde, en marzo, el mundo se apagó y no hicieron nada. Se quedaron en casa. Enseñaban a través de sus ordenadores. Miraban mucho por la ventana. Ella lloraba demasiado, y él bebía demasiado, y a veces a Phoebe le preocupaba que pudiera dejarla. A veces era ella la que quería irse. Pero cuando se imaginaba que se iba, su marido siempre le rogaba que se quedara. Se ponía de rodillas, apretaba la cara contra los muslos y se abrazaba a ella como un niño. "Por favor, Phoebe", decía en su fantasía. "Por favor, Phoebe. Te necesito". Luego le explicaba por qué la necesitaba y que los niños también la necesitaban. Y entonces,

ella se quedaba. Cada vez que se imaginaba que dejaba a su marido, siempre terminaba quedándose. Era una fantasía, en la que había niños y los niños siempre la necesitaban. Tenía que imaginar que se iba solo para poder imaginar que se quedaba. Tenía que imaginarse a sí misma en la puerta y a su marido gritando "¡No, Phoebe, no!" como si ella fuera un perro. Y realmente no sabía por qué, en su fantasía, quería que la trataran así.

—¿CÓMO TE FUE? —le preguntó Matt.

Era agosto, la noche antes de que empezara el semestre de otoño. Su última cena juntos, pero Phoebe aún no lo sabía. Tal vez Matt tampoco lo sabía. Tal vez, durante esa cena, aún estaba decidiendo. Quizá si ella hubiera respondido algo más interesante, algo que no fuera "Bien", él se habría quedado.

—¡Bien! —dijo—. ¡Bien! ¿Escribiste hoy?

—Un poco.

Aquella mañana, Phoebe se esforzó mucho por escribir. Las vacaciones de verano estaban llegando a su fin y ella no tenía ningún compromiso, así que preparó su cafetera y su ordenador, cerró las persianas y puso sobre su escritorio dos dedos de whisky y un cigarrillo, su futura recompensa por terminar una página. Y la terminó, y tomó unos sorbos de whisky y encendió el cigarrillo, pero no fumó. Le gustaba el olor, la sensación de tenerlo entre los dedos, y empezó a sentir que no estaba en su escritorio para escribir, sino para beber y fingir que fumaba.

Matt salió de su escritorio, se oyó un portazo y ella apagó el cigarrillo. Por fin comprendió a qué se refería su tutor cuando le dijo:

“No combines tus buenos hábitos con tus malos hábitos”. Cuando Bob se lo había dicho años atrás, ella solo tenía buenos hábitos. Corría 3,1 millas cada dos días, bebía chupitos de jengibre en la cafetería local, siempre lavaba la ropa los domingos, planeaba sus cursos en junio antes de que el verano se le escapara, y estas cosas buenas siempre habían sido suficientes. Habían sido el centro de su vida. Su casa. Sus alumnos. Su investigación. Su marido, su vínculo físico con este mundo desde el día en que lo conoció. Pero ahora ni siquiera podían mirarse a los ojos cuando se hacían preguntas.

—¿Estabas fumando en tu oficina hace un rato? —preguntó Matt.

—No —dijo ella, y técnicamente no era mentira. Pero Matt no lo entendió. Matt dijo que olía el humo, dijo que era malo para su cuerpo, lo que irónicamente hizo que ella quisiera fumar. Llevaba años pensando en lo que debía meterse en el cuerpo para convertirlo en un súper útero, y estaba harta. Que se joda mi cuerpo, pensó, pero no lo dijo.

—¿Cómo te fue? —le preguntó y se sintió como uno de esos horribles personajes de un poema de T. S. Eliot.

¿Qué hago ahora? ¿Qué hago? Saldré corriendo como estoy, y caminaré por la calle con el pelo suelto, así como estoy. ¿Qué haremos mañana? ¿Qué haremos siempre?

Sin embargo, cuando Matt la dejó más tarde esa noche, realmente la sorprendió.

Nada la había conmocionado tanto como esto. Hizo lo que hacía siempre antes de dormir. Se quitó el cinturón y lo enrolló. Se duchó y luego se puso una camisa vieja de esas que solo se ponía para estar en casa. Pero enseguida se puso unos vaqueros, se puso el cinturón

y preparó un bolso. "Estoy enamorado de Mia", repetía él, y ella no terminaba de creérselo. Su fantasía no era así.

Pero esta no era su fantasía. Era la de él, y ella no sabía cómo funcionaba. Se quedó mirándolo, esperando a que soltara el bolso, pero no lo hizo.

Las lámparas con flecos de seda dorada de Los locos años veinte hacen que Phoebe quiera beber antes de lo que debería, y es ridículo que piense cosas así, que aún intente imponerse reglas como que no debería beber, cuando en unas pocas horas se quitará la vida.

Se sirve un vaso lleno de vino de chocolate alemán. Se niega a pasar sus últimas horas en este planeta preocupada. Ha pasado demasiado tiempo preocupándose por qué beber, dónde ir de vacaciones, qué ponerse, qué decir, si era más excitante escribir *orgasmo* o *venirse* y ¿para qué? ¿Qué importaba qué pusiera? Su marido se fue igual.

Phoebe bebe un sorbo de vino. Abre las cortinas. Son pesadas y de color verde azulado, dignas de una reina o una estrella de cine. Podrían bloquear toda la luz del mundo si ella quisiera, pero Phoebe quiere ver el océano. Phoebe nunca ha estado junto al océano, un hecho que horrorizaba a la mayoría de la gente, pero que le daba ternura a su marido. En algún momento le gustaba que Phoebe no corriera por ahí sintiendo la presión de conquistar cada experiencia del mundo.

Sin embargo, Phoebe pensaba que estaba mal abandonar el mundo antes de ver el océano, igual que estaba mal que Matt le

hubiera pedido el divorcio a treinta millas de distancia por Zoom. Debería haber vuelto de casa de Mia una última vez para recordar la belleza del mundo que tenían juntos. La moldura que él mismo había pintado a mano. Pero habían pasado cinco meses desde que empezó la pandemia cuando le pidió el divorcio y le dijo que no podía volver. Matt, Mia y su bebé ya eran una "burbuja". Matt se sentó frente a un estante repleto de baratijas que había traído Mia de París como si fueran suyas y dijo: "Lo siento mucho". Y "¿Estás bien?" Y "Por favor, dime que estás bien".

Phoebe deja los analgésicos del gato en la mesita de noche. Mira el océano que se extiende frente a ella. Desde aquí arriba, el agua parece más tranquila que en las películas. Parece una alfombra plana y fiable, como si no supiera nada de lo que está por venir. Y es cierto que Phoebe esperaba más del océano, tal vez porque leyó demasiados libros de Herman Melville en los que el océano lo sabe todo sobre el futuro: presagia la muerte con cada estruendo de una ola.

Pero que así sea. Hace una llamada.

—Hola. ¿Puedo pedir un servicio para la habitación, por favor?

Phoebe quiere regalarse una gran comida decadente antes de morir. Quiere comer langosta y cangrejo. Quiere comer ostras, beber vino y romper la capa dura de una *crème brûlée* por última vez.

—Lamentablemente, hemos suspendido el servicio de habitaciones por la recepción inaugural de esta noche —explica Pauline.

—¿La recepción de apertura? —pregunta Phoebe—. ¿Así le dice?

—Sí. Siento mucho las molestias —se disculpa Pauline. Parece realmente desolada—. Por favor, comprende que estamos faltos de personal debido al Covid.

—Está bien, lo entiendo —la tranquiliza Phoebe, pero la invade el pánico ante la noticia—. ¿No me pueden traer algo, cualquier cosa?

—Bueno, hay comida en la recepción —indica Pauline.

Phoebe cuelga. No puede bajar. De ninguna manera puede aparecerse en la recepción. No ha venido hasta aquí solo para ver a gente feliz comiendo cosas caras. Y se niega a que su última comida sean imitaciones de Oreo de la bolsita de la boda o Doritos de la máquina expendedora. Eso sería demasiado triste.

Si así son las cosas, entonces no comerá. ¿Qué sentido tiene? ¿Por qué se llevaría ostras perfectas a la tumba?

Pero ahora no sabe qué hacer con ella misma. Había planeado comer durante una o dos horas. Había planeado que la comida se sintiera como el acontecimiento final de su vida. Se sienta en la cama y se queda mirando el agua. Es una sensación extraña, no tener otra cosa que hacer más que sentir la brisa del mar en la cara. Durante los últimos diez años, ha tenido que hacer demasiadas cosas y poco tiempo para hacerlas. Tenía la tesis que debía convertirse en libro, la investigación que debía convertirse en un PowerPoint, el sexo que debía convertirse en un bebé y los alumnos que necesitaban que ella les dirigiera la vida. Así lo expresó su alumno Adam ayer por la mañana, cuando entró en su oficina y le anunció que Phoebe estaba a cargo de su vida.

—Pero yo no soy tu consejera —le dijo Phoebe.

—¿No?

—No —dijo Phoebe.

La conversación se habría terminado ahí si su marido y Mia no hubieran entrado en su oficina, que también era donde se encontraban la fotocopiadora y la cafetera. La facultad nunca

construyó la sala de profesores adjuntos; el comité quebró tras los recortes presupuestarios de la pandemia. Bob había cedido la que había sido su oficina a la nueva profesora contratada después de que Phoebe decidiera seguir dando clases en forma virtual durante el segundo año de la pandemia. Y ahora que había vuelto, Bob no sabía qué hacer. No había otro sitio donde ponerla que al lado de la cafetera y del pastel que había traído Jane, la secretaria.

Mia y Matt pusieron cara de asombro al ver a Phoebe, pero enseguida dijeron "Hola", como si fuera cualquier otra colega del departamento, y Phoebe no podía pensar con claridad. No podía respirar. No podía saludar. Se quedó mirando fijamente a su alumno Adam, concentrada en la nariz mientras le decía:

—Tal vez pueda ayudarte.

—Bueno, estoy pensando en dejar la universidad —dijo Adam. Phoebe oyó que su marido servía los dos cafés y que Mia agregaba la leche—. Quiero dedicarme a fabricar pantalones.

—¿Quieres dedicarte a fabricar pantalones? —preguntó Phoebe, que no sabía qué había que preguntar después de esa pregunta, así que dijo—: ¿Qué tipo de pantalones?

Su marido revolvía el café y tal vez su marido la estaba mirando, tal vez reconocía el vestido negro Calvin Klein que se había puesto con el solo objetivo de que él recordara la última vez que habían tenido sexo. Pero ella no se atrevió a mirar.

—De cualquier tipo, todos los pantalones —dijo Adam.

Su marido y Mia le pusieron la tapa en las tazas.

—¿Pero no puedes fabricar pantalones y seguir estudiando? —preguntó Phoebe, y para ese momento su marido y Mia ya se habían ido, y Adam dijo:

—Quizá —y Phoebe sintió que iba a vomitar o a desmayarse.

Después, recogió sus libros y se fue a dar clase, e intentó enseñar un poema de John Donne, pero sus alumnos de Literatura Inglesa no eran fans del autor.

—¿Por qué parece que Dios está como violando al que habla? —preguntó un alumno.

Todos se rieron. Esperaban que Phoebe dijera algo, un contexto, un marco en el que situar todo lo que resultaba confuso y extraño.

—Es, en esencia, una carta de amor al Señor —dijo Phoebe.

—¿Por qué alguien le escribiría una carta de amor al Señor? —preguntó otro alumno.

—Pero, por Dios, no es una carta de *amor* —dijo la chica—. En pocas palabras, le está pidiendo a Dios que lo viole.

—Eso es lo que entendí yo también —dijo otro alumno—. Pero qué bueno que lo dijeras.

Esto hizo que algunos chicos soltaran una risita, lo que hizo que otra estudiante levantara la mano y declarara que no había "nada divertido en una violación, ni en el siglo XVII, ni ahora, y ni siquiera cuando le ocurría a un hombre blanco muerto".

—No está escrito para ser gracioso —aclaró Phoebe.

—Bueno, por supuesto que no es gracioso, al hombre lo están *violando*, doctora Stone. ¡Por Dios!

—Entonces, ¿es un poema gay? ¿Dios es gay?

—Dios es lo más antigay que hay.

—¿Por qué se ríen todos? No tiene ninguna gracia.

—¡No intento dar gracia! *Todos saben* que soy gay.

—Se trata de saber que quieres ser mejor —dice Phoebe—. Pero no saber qué cambio tienes que hacer. Por eso le suplica al Señor

que lo obligue a ser mejor, que lo cambie.

—Es todo muy retorcido —opina un alumno, y Phoebe coincide.

Phoebe no recuerda bien qué pasó después, excepto a uno de los jóvenes de pie junto a su escritorio.

—¿Está bien, doctora Stone?

—Estoy bien —responde Phoebe.

Los alumnos parecían no haber experimentado ninguna transformación cuando se marcharon, excepto la chica que seguía despotricando contra el poema a una amiga:

—No creo que nadie deba *enseñar* ese poema.

Phoebe volvió a su oficina, que en realidad no era una oficina. No estaba bien, pero quizá podría ponerse bien. Solo necesitaba una taza de café. Y hacer fotocopias de un poema de Whitman antes de la clase de Introducción a la Literatura. Ayer no tuvo tiempo de hacerlas: había estado demasiado ocupada, demasiado abrumada, arreglándose las uñas, retocándose las raíces, preparándose para su gran regreso al *campus*. ¿El vestido negro era demasiado para el primer día o no era suficiente?, se preguntaba, porque no había visto a su marido desde la audiencia del divorcio, y una pequeña parte de ella seguía pensando que, si se ponía el vestido negro, volverían a ser marido y mujer.

Pero solo estaba Mia, esta vez junto a la fotocopiadora. Phoebe se dio cuenta de que Mia siempre estaría allí.

—Se atascó el papel —dijo Mia, y Phoebe hizo un movimiento de cabeza, porque un atasco de papel no era culpa de nadie. Es algo que pasa, que era exactamente lo que le había dicho su marido sobre el romance. Algo que pasa.

Pero ¿por qué? Phoebe no se atrevía a preguntárselo a su marido. Porque ella sabía por qué. Miró a Mia con sus grandes pendientes de madera, sus vaqueros negros agujereados y un abrigo rosa *oversize* que, de algún modo, la hacía parecer más delgada. A Phoebe le pareció estúpido pensar que su marido se dejaría seducir por un sencillo vestido negro de corte evasé. ¿Por eso era tan difícil enfadarse con Mia? ¿Porque Phoebe sabía, en algún punto, que Mia era mejor que ella? Ahí parada, con sus grandes pendientes de colores, hacía que Phoebe se preguntara por qué tenía que ser siempre ella misma.

—Lo siento —dijo Mia y se puso de rodillas.

En las fantasías de Phoebe, así se ponía Mia para disculparse con ella: se arrastraba literalmente a sus pies. Phoebe no podía creer lo que estaba ocurriendo y sintió que la invadía una fuerte emoción.

Pero entonces Mia añadió:

—Lo siento, solo me llevará un minuto. —Y eso enfadó mucho a Phoebe.

Porque un atasco de papel siempre tardaba más de un minuto. Phoebe lo sabía. Mia lo sabía. Mia empezó a abrir todos los cajones que la máquina le decía que abriera, pero, aun así, Mia no entendía lo que tenía que hacer, no sabía dónde estaba el cajón cinco, y aquí es cuando Phoebe la habría ayudado a buscar el cajón cinco, pero se negó a hacerlo.

—*¿Esto* es lo que lamentas? —le preguntó Phoebe.

Los ojos de Mia se desviaron hacia el escritorio de la secretaria, como si quisiera sugerirle a Phoebe que no hiciera esto aquí, tan cerca del pastel de Jane, y Phoebe entendió de golpe por qué los romances acababan con la muerte de alguien. Su rabia era

calamitosa, demasiado grande para el zumbido de esta pequeña y silenciosa oficina.

—Te acostaste con mi marido —dijo Phoebe, no tan alto como para ser un grito, pero lo bastante alto como para que lo oyera Jane.

—Mira, siento haberte hecho daño —susurró Mia—. Siento que pasara como pasó. Pero no lamento lo que pasó. No puedo lamentarlo. Lo amo.

—No, yo lo amo —dijo Phoebe—. Es *mi* marido.

Se sentía tonta, peleando por su marido con una compañera que tenía el brazo metido en el cajón cinco, como si estuviera a punto de ayudar a dar a luz un documento. No se suponía que fuera así. En su fantasía, Phoebe nunca menciona a su marido. En cambio, Phoebe pronuncia un apasionado y sonoro monólogo acerca de lo horrible persona que es Mia, la mayor traidora de todas las traidoras, una vergüenza para las mujeres, y después Phoebe sale de la oficina, y del edificio, sintiéndose victoriosa, para no volver nunca más.

—No es tu marido —dijo Mia—. Ya no.

Phoebe se enloqueció. Se sentía como una niña que llora cuando su padre no le deja darse un baño porque tiene que ir a trabajar.

—Muy bien, Phoebe, haz una rabieta, a ver de qué sirve —le había dicho su padre. Y fue entonces cuando aprendió que las rabietas no servían para nada, salvo para que su padre se fuera de la habitación.

—Creía que eras mi amiga —dijo Phoebe con calma. Intentaba recuperar la calma. No podría soportar que Mia se marchara, que la dejara sola con este horrible sentimiento.

—Yo era tu amiga —dijo Mia—. Y siempre lamentaré haber dañado nuestra amistad.

—*¿Dañado?* La *arruinaste*. Arruinaste todo. Mi vida. Mi trabajo. Mi matrimonio.

—Realmente me caes bien, Phoebe. Y espero que de alguna manera podamos ser amigas cuando todo esto pase. Pero yo no arruiné tu matrimonio. Eso no es culpa mía. La única razón por la que Matt se enamoró de mí fue porque tu matrimonio ya se había terminado.

Como para concluir su declaración, Mia sacó el trozo de papel. Mia resolvió el atasco, pero ya era demasiado tarde. La clase había empezado hacía cinco minutos. Phoebe ya estaba divorciada. Phoebe había firmado los papeles definitivos. Su ira no podía cambiar nada.

Se abrió la puerta. Stan, el americanista, le echó un vistazo al vestido negro y dijo:

—¡Guauuu, Phoebe, qué lindo vestido!

No supo qué más hacer salvo decir: "Gracias".

Entonces Mia salió con delicadeza de la oficina con los papeles en la mano, y Phoebe se quedó parada un momento, sintiéndose completamente despojada y aplastada, como la tierra en el lugar en que acaba de caer una bomba. Se dirigió al aula con las manos vacías, saludó a sus alumnos y, sí, comprendió por qué nunca le devolvían el saludo: una lección que aprendió Phoebe en la clase de yoga del mes pasado, cuando el instructor siempre saludaba y todos esperaban a que le respondiera otra persona primero. Todos esperaban siempre que fuera otro el que se atreviera. Eran como Phoebe.

Pero Phoebe estaba harta de ellos. Harta de sí misma. Harta de todo.

Salió de la clase sin decir una palabra, se subió al coche y se fue a su casa. Para cuando entró en la cocina, le temblaban las manos. Algo estaba muy mal. Llamó a su terapeuta, pensando que podría ayudarla, pero él también le sonó mal.

—Escucha, antes de que tengamos otra sesión, hay algo que tienes que saber —dijo el terapeuta, ¿y por qué sonaba igual que su marido antes de dejarla?—. Lo he pensado mucho, Phoebe, pero por desgracia voy a tener que rechazar tu nuevo seguro médico —le dijo su terapeuta—. Es muy poco ética esa empresa, y me niego a trabajar con ella.

Luego le recordó que lo que estaba haciendo era poner un límite, como si esto fuera una lección para ella, un aprendizaje.

—Tendrás que pagar esta sesión de tu bolsillo, y todas las que siguen, si quieres continuar —añadió.

Le colgó. No le alcanzaba para continuar. Matt le pagaba una pequeña pensión alimenticia, pero apenas alcanzaba para cubrir los pagos del seguro que había contratado desde que perdió la cobertura anterior tras el divorcio. Mil dólares por mes, solo para catástrofes. El solo hecho de tratar de mantenerse con vida había empezado a conducirla hacia la bancarrota, y aunque Phoebe había sido tan buena administradora de sus cuentas como investigadora, los ahorros para los hijos se estaban empezando a agotar. Iba a tener que volver a solicitar trabajo como profesora, algo que ya sabía que sería en vano, porque ya lo había intentado en agosto.

Así que iba a tener que vender la casa. Era la única solución. Pero no podía soportar vender la casa. La casa era lo único que le quedaba. Y Harry.

—Suponiendo que te lleves a United —bromeó, y al menos aún podía bromear. Al menos aún tenía a Harry. ¿Y dónde estaba Harry? Hizo sonar su frasco de analgésicos, lo que siempre hacía que Harry viniera corriendo porque las pastillas tenían sabor a atún. Pero Harry no venía corriendo, y ella se dio cuenta. Se dio cuenta antes de encontrarlo en el sótano, hecho un rulo.

Estaba demasiado angustiada para enterrarlo. En lugar de eso, condujo hasta lo de Joe, se emborrachó como una cuba y se despertó con tal dolor de cabeza, con tal presión en el pecho, que supo que su vida había terminado.

Pero, aun así, era martes. El segundo día del semestre. Tenía otra Introducción a la Literatura a las diez y media. Se hizo tostadas. Repasó sus viejos apuntes sobre *Hojas de hierba*. Vio los garabatos de su yo del pasado en los márgenes junto a las líneas: "El brote más pequeño demuestra que en realidad no hay muerte... ¿Alguien ha supuesto que es una suerte nacer? Me apresuro a informarle que es igual de afortunado morir, y lo sé". Siempre había pensado en secreto que esas frases eran una estupidez, hasta aquella mañana en que puso la blusa gris delante del espejo. No, no se pondría esa blusa. No iría a trabajar. ¿Para qué tomarse la molestia? Ya podía ver todo el día, toda la larga y solitaria vida, antes de que ocurriera.

Whitman tenía razón. Qué alegría sería morir, pensó, no ser más que tierra. No ser más que una planta. Volver a ser bella pasando a formar parte de la tierra.

Es una forma encantadora de pensar en la muerte. Es circular. Y siempre le gustaron los finales hermosos y circulares en la literatura, aunque no fueran realistas en lo más mínimo. Probablemente por eso era la única en su clase de literatura victoriana a la que

realmente le gustaba el final de *Jane Eyre*. Le gustaban los finales de todas las tramas matrimoniales. Los libros eran ordenados y deliberados. Tenían éxito en sus propios términos. Los finales siempre reflejaban los comienzos. Los autores tenían un poderoso control sobre las narrativas. Las muertes se colocaban en una especie de orden cósmico que hacía que todos se sintieran mejor de estar vivos, porque ocurrieron fuera del escenario, en el sur de Italia o a la orilla del mar, donde a los personajes se les otorgó la gracia y la dignidad de morir en lechos más hermosos que el suyo propio.

Dejó la blusa. Miró los analgésicos de Harry y reservó una habitación en el Cornwall.

Se sienta en la cama con dosel e intenta relajarse, pero estar relajada ante su muerte le está resultando difícil, incluso en esta cama king-sized con dosel. Aún siente que debería estar haciendo algo importante. Todavía se siente demasiado ella misma en su cabeza, preocupándose por todas las cositas que están arruinando su hermoso final, como la sangre en el vestido de la novia. El sonido de la descarga del retrete en la habitación de al lado. El olor del refrigerante del aire acondicionado, por no hablar de los invitados a la boda, que se están reuniendo de a poco en el patio de abajo.

Ha comenzado la recepción inaugural de la novia.

Se pone los auriculares de su discman para ahogar las voces de la gente que habla abajo. Pero el CD está tan rayado que la música salta. En lugar de tranquilizarla, la pone nerviosa. Así que se los quita, sale al balcón y se enciende un cigarrillo.

Esta vez, lo fuma de verdad. Espera que con el cigarrillo el acto de sentarse en una silla parezca más elevado que simplemente sentarse en una silla. Suelta humo como si estuviera posando para un cuadro. *Mujer fumando y bebiendo mientras reflexiona*, lo hubiera llamado.

Pero cuando expulsa el humo al aire salado, empieza a toser muy fuerte, le quema los pulmones.

—Carajo —protesta. No es una sensación agradable—. Puaj. Es un verdadero asco.

Sin embargo, vuelve a aspirar, porque cuando imaginó su muerte, se imaginó a sí misma fumando. Imaginó que funcionaría como un metrónomo que marcaría el tiempo. Que la mantendría estable. Porque no tiene nada que la mantenga estable. Ni cena para comer, ni música para disfrutar, ni equipaje para deshacer, ni marido al que llamar, ni libro que terminar, ni mesadas que limpiar, ni hormonas que inyectarse, ni vacaciones que planear, ni vida futura que organizar en hojas de cálculo. Ya no queda tiempo y, por extraño que parezca, no hay urgencia por nada.

Fuma el resto del cigarrillo lentamente. No quiere sentirse apurada. No quiere salir frenética por una ventana como Septimus en *La señora Dalloway*, una escena que le disgustó tanto que se convirtió en el único libro del posgrado que nunca terminó de leer.

Le ruge el estómago. Espera no tener demasiada hambre para suicidarse. Bebe otro sorbo del vino de chocolate. Al menos el vino es en parte chocolate, piensa. Al menos tengo este balcón. Observa las olas a lo lejos, pero nunca llegan a romper. Es como el jazz en la recepción de abajo: las notas suben y bajan, suben y bajan, pero nunca llegan a un fin.

Se asoma sobre el borde para ver mejor la recepción. Reconoce que siente curiosidad. Siempre le han gustado las bodas, ve cualquier programa de televisión o lee cualquier libro hasta el final si anuncia una boda. Así es como pudo terminar esas largas novelas en el posgrado, leyendo cientos de páginas solo para ver a la gente casarse.

Busca a la novia, pero solo ve a Rodete Alto y Almohada en Cuello, que sacan bebidas de una bandeja. Los Jims, de pie bajo unas luces feéricas, discuten con caras de hombres que quieren matarse, y la sorprenden cuando rompen a reír.

Al menos estoy en el último piso, piensa, en el balcón, desde donde puede mirar y juzgar sin que nadie se dé cuenta, como las gaviotas que vuelan en círculos en el cielo. Desde aquí puede verlo todo, incluso cómo será estar muerta, porque ése es uno de los pocos dones que le da la depresión: la visión aérea. Ya sabe cómo será el mundo sin ella, porque el pasado agosto se quedó sentada en casa mientras los demás volvían a sus oficinas, a sus rutinas, a sus papeles, y sabe que la novia también podrá hacerlo. Puede que la novia se quede boquiabierta ante la noticia del suicidio de Phoebe, pero luego dará un paseo por la playa para calmarse. Sentirá cómo la brisa le echa el pelo hacia atrás. Estará agradecida por el sol. Por su champán. Se reirá y se apoyará en el hombro de su novio, con su hermoso pelo cayéndole en la cara, y Phoebe habrá caído en el olvido al atardecer.

—Hazlo de una vez —la insta Phoebe.

Pero entonces llaman a la puerta, como si alguien la hubiera oído. Se apresura a apagar el cigarrillo, cierra la puerta del balcón y la sensación de esconder el cigarrillo le resulta extrañamente familiar. Le hace creer que marido está en la puerta, aunque por supuesto que no está. Ni siquiera sabe dónde está.

—¿En serio estás fumando? —pregunta la novia.

La novia entra en la habitación como si fuera suya. El vestido de la novia ya no tiene sangre: es otro vestido blanco, más vaporoso y con volados en las mangas.

—Claro, sí, por favor, entra —le pide Phoebe.

La mano de la novia está envuelta en gasa, y Phoebe se pregunta quién la vendó. ¿Gary, el novio que apenas tiene entradas en el pelo? ¿Su cariñosa madre? ¿Será la novia el tipo de mujer que tiene una madre cariñosa? Sí, decide Phoebe. Con los años, Phoebe ha aprendido a detectar quién tiene una madre cariñosa y quién no, porque cree que una madre cariñosa les da a las personas una confianza en sí misma que Phoebe nunca tuvo. Phoebe nunca podría irrumpir en la habitación de otra persona y dar órdenes como si fuera la suya.

—No se puede fumar —indica la novia.

La novia habla más alto de lo necesario, como los actores en el escenario, pero encerrados y protegidos detrás de la cuarta pared, y por primera vez, Phoebe se pregunta a qué se dedica realmente la novia. ¿Es actriz? O tal vez sea una azafata de avión, buena para anunciar cosas a cuarenta y siete pasajeros.

—En realidad, es una de las pocas cosas que me quedan y que sí puedo hacer —dice Phoebe. Como para demostrarlo, Phoebe vuelve a salir al balcón.

—En realidad, no —contesta la novia, y la sigue—. Esta es una habitación para no fumadores.

—Menos mal que estoy en el balcón, entonces.

—Por cierto, ¿cómo *has* conseguido un balcón de verdad? —pregunta la novia, como si esta fuera la verdadera traición—. Mi balcón es solo como la sugerencia de un balcón.

Hace una pausa para estudiar la vista.

—Es decir, ¡puedes ver todo el océano desde aquí! ¿Por qué diablos Pauline no me pondría en esta habitación? Pedí

específicamente una habitación con vista a la orilla.

—Bueno, una habitación con vista a la orilla, va a mirar a la… orilla.

—Pero pensé que orilla significaba... que podías ver la costa.

—La orilla se refiere a la línea donde el océano se encuentra con la tierra.

Phoebe espera que Lila se ruborice, pero no se avergüenza. Solo se enfada más.

—¿Quién diablos querría una habitación con vista a la orilla, entonces? —pregunta Lila—. ¿Por qué anuncian una vista a la orilla como si fuera algo especial? Si quisiera ver casas, me quedaría en casa y miraría casas por mi propia ventana. ¿No?

Phoebe enciende otro cigarrillo, y espera que el humo haga que la novia se vaya. Pero ella no se mueve.

—Por cierto, el balcón forma parte de la habitación —dice la novia —. Así que en realidad no se puede fumar ahí.

Phoebe siente la repentina necesidad de discutir. Tiene un impulso contradictorio que rara vez pone en práctica, pero que se agitaba en su interior durante las clases o en una fiesta cuando alguien tenía la osadía de hablar en términos absolutos. Nunca lo llevó a la acción porque nunca quiso que la acusaran de hablar en términos absolutos. Esas personas eran las que menos le gustaban.

¿Pero qué le importa ahora? Más le valdría salir a mostrar al mundo lo que ha aprendido en todos estos años de estudio.

—La palabra *balcón* procede del italiano *balcone* —explica Phoebe —. Deriva del italiano medieval *balco*, que originalmente significaba "andamio". Y esa viene de la palabra proto germánica *balkô*, que probablemente significaba algo así como "viga".

La novia se queda ahí parada, confundida.

—Así que, en conjunto, sabemos que la palabra *balcón* se refería originalmente a la viga o estructura que sostiene el balcón —Phoebe suelta una larga y lenta exhalación de humo antes de su conclusión final—. Así de lejos está de la habitación. El balcón ni siquiera es el balcón.

—¿Quién *eres*? —pregunta la novia.

La novia parece realmente impresionada, y Phoebe admite que no ha perdido la capacidad de disfrutar de este tipo de momentos. "El conocimiento es poder", le decían todos sus profesores de niña, y por eso pasó la mayor parte de su juventud en rincones silenciosos de las bibliotecas, leyendo libros tan rápido como podía. Quería ser más fuerte, más grande. Sabía que nunca sería más alta que su padre, nunca sería más grande ni más fuerte, y que esa era la única manera de ver algún día más allá de la casa paterna.

—Soy victorianista —responde Phoebe.

—¿Eh?

—Una especialista en literatura decimonónica —reformula Phoebe, pensando que podría tener más sentido para la novia.

—Todavía no sé lo que significa —dice la novia.

—Investigo la literatura del siglo XIX.

—¿Y la gente te paga para eso?

—No muy bien.

—¿Y el siglo XIX es el 1800?

—Correcto.

—A mí eso es lo que más me ha costado siempre.

—A muchos de mis alumnos les pasa.

—Pero tengo veintiocho años. Trabajo en una galería de arte —se lamenta la novia—. Debería saberlo.

Phoebe está lo suficientemente sorprendida por esta nueva información como para querer hacer su primera pregunta a la novia.

—¿Eres curadora de arte? —le pregunta Phoebe.

—Mi madre es curadora —agrega la novia—. Soy su ayudante. Pero un día, se supone que yo seré la curadora.

Lila espera como si Phoebe debiera hacer otra pregunta, pero Phoebe no quiere saber nada más de la novia.

—Aunque sinceramente, después de que me case, creo que voy a abandonar —confiesa la novia—. No soy muy buena para eso. —Luego confiesa que no se ha sacado muy buenas notas durante toda la carrera de Historia del Arte en la universidad—. Nunca entendí por qué mi madre estaba tan obsesionada con el arte. Estudié arte durante cuatro años y, la verdad es que ahora entiendo menos. En serio, ¿para qué sirve?

Otra vez, la novia mira a Phoebe y se queda esperando.

—¿Me lo estás preguntando? —dice Phoebe.

—¿Alguna vez conversaste con alguien?

—La verdad es que hace tiempo que no lo hago.

—Me doy cuenta.

—Y para serte sincera, yo tampoco estoy muy segura de para qué sirve.

Cuando Phoebe se inscribió en el posgrado, tenía ideas muy claras y bellas sobre el arte, cómo el arte es lo que nos eleva, el arte es la magnificencia arrancada del asqueroso repasador de cocina de la existencia. El arte nos ayuda a sentirnos vivos. Y esto había sido cierto para Phoebe: leía libros y se quedaba muy impresionada. Solía

pasear por las galerías, inspirada por el hermoso impulso humano de crear. Pero eso fue hace años. Ahora no soporta ni siquiera mirar sus libros. No puede soportar la idea de leer cientos de páginas solo para ver cómo se casa otra vez Jane Eyre.

—Bueno, me da alivio oír eso —dice la novia, como si fueran primas, otra vez—. Nadie lo admite nunca. Todo el mundo en la galería se pasea diciendo: "Oh, vaya, mira este lienzo blanco. Mira lo que ha hecho este pintor con todo este espacio en blanco. ¡Ha decidido no pintarlo! Ha desafiado las convenciones de la pintura al no pintar. ¿No es atrevido? ¿No te dan ganas de pagar miles de dólares por él?". Y algunas de las personas responden: "Sí, sí, la verdad es que sí".

Phoebe siente lo fácil que sería caer en esta conversación informal sobre las falsas promesas del arte. Siente que quiere despotricar contra la literatura y contra el hecho de que al final no la salvó, pero el sol empieza a ponerse. Phoebe está a medio terminar su segundo cigarrillo. Vuelve a mirar las pastillas de la mesita.

—¿A qué has venido? —pregunta Phoebe.

La novia parece ofendida por la franqueza de la pregunta.

—He venido a decirte que dejes de fumar —responde Lila, y su voz tiene otra vez un tono agresivo—. Y para advertirte que si no cambias de opinión acerca de...

Pero no puede articular las palabras.

—¿Suicidarme? —pregunta Phoebe.

—Sí. Entonces voy a comunicarlo en la recepción.

—No pueden hacer que un invitado que paga se vaya porque el invitado está triste.

A Phoebe le divierte la idea. "Lo siento mucho, pero todos hemos votado y hemos llegado a la conclusión de que estás demasiado triste para quedarte aquí".

—No estás triste, eres *una suicida* —aclara la novia—. Deberías irte del hotel y buscar ayuda inmediatamente.

—Ya lo intenté.

Cuando su marido la dejó, Phoebe intentó muchas cosas. Se presentó a cuarenta y dos trabajos como profesora. Tomó clases virtuales de pintura. Compró una bicicleta nueva con un bonito manillar, como le sugirió su terapeuta virtual. "Ve a vivir experiencias reales", le ordenó el terapeuta virtual. "Lee libros de verdad sobre tu enfermedad". Así que leyó libros reales sobre la depresión. Libros escritos por personas deprimidas reales. Escribió en diarios reales. Descargó una aplicación de meditación. Desayunó bananas todos los días. Empezó a tomar Lexapro, pero lo dejó porque no la hacía sentir mejor, solo le imposibilitaba llegar al orgasmo. Y ese fue el único momento en el que se sintió aliviada de ella misma: en esos pocos momentos en los que podía tocarse y llegar al orgasmo, pensando en que su marido era un hombre espantoso.

Pero el orgasmo no la salvaba, porque después, seguía siendo ella misma. Sollozaba. Se registraba en aplicaciones de citas, intercambiaba mensajes con un hombre que se hacía llamar Transatlántico y hablaba mucho de su trabajo en biotecnología. Pero pasó que Transatlántico conoció a otra persona, alguien en la vida real, explicó, y ella borró su perfil, encendió la televisión y, básicamente, nunca la apagó.

—¡Entonces al menos espera a que acabe la semana de la boda! —exige la novia.

—No voy a cambiar la fecha. Esto no es un turno con el dentista.

—De verdad no lo entiendo. ¿Por qué tanta prisa? —pregunta la novia—. Vas a estar muerta para siempre, ¿sabes? Podrías esperar una semana sin problema.

Porque si no lo hace esta noche, Phoebe sabe que perderá el sentimiento. Sabe que esto es el tipo de cosas que requiere un cierto sentimiento. Y si pierde ese sentimiento, tendrá que levantarse mañana e irse a casa. Tendrá que limpiar las migas de la mesada. Tendrá que enterrar a Harry. Luego, tendrá que conducir hasta la escuela con su blusa gris y ver a su marido tomar café cada mañana con otra mujer.

—No es que vayas a vivir mucho más —observa la novia—. Podrías esperar a la muerte.

—¿Sabes algo de mi historial médico que yo no sepa?

—Eres de mediana edad, obviamente. Y fumas. Y bebes. Te daría como, veinte años, máximo.

—Eso es muy alentador. Gracias.

—Mi padre era perfectamente sano, salía a correr cada dos días y se mandaba traer esas vitaminas verdes gigantes de Suiza, y ni siquiera llegó a cumplir setenta.

—Tal vez lo mataron las vitaminas —supone Phoebe.

—Fue el cáncer de colon.

Phoebe sabe que debe decir "Siento tu pérdida". Pero no puede sentir pena por nadie más en este momento. Así que no dice nada.

—¿Cómo no te asusta? —pregunta la novia—. A mí me da pánico morirme. Lo único que me preocupaba en los últimos dos años era contagiarme de Covid y morirme antes de poder celebrar mi boda.

—¡Bueno, eso lo explica todo! Yo ya tuve mi boda —concluye Phoebe—. Parece que ya puedo irme.

—¿Pero y si te vas al infierno?

—¿De verdad vas a decirme que te preocupa que vaya al infierno?

—Siempre me preocupa ir al infierno.

—¿A quién asesinaste?

—A nadie. Una vez tuve que escribir un trabajo sobre *el Infierno* de Dante cuando estaba en el internado —dice orgullosa—. Me saqué sobresaliente. Pero después tuve pesadillas en las que me veía atrapada en las distintas versiones del infierno. Se puso tan mal que tuve que ir a ver a mi tutora.

Dijo que su miedo al infierno era inesperado, porque a pesar de ir a un internado católico, no fue educada en la religión. Solo fue a la abadía de Portsmouth porque allí estudió su padre, católico. Pero su madre procedía de una familia de protestantes que se remontaba al *Mayflower* y siempre que Lila volvía a casa en las vacaciones, su madre le susurraba cosas y le decía que los católicos eran una mierda.

—Y yo pensaba: *ah, gracias, esto no es nada confuso* —dice Lila.

Las pesadillas duraron años.

—Y eran realmente espeluznantes. Como una vez que me quedé atrapada corriendo en un circuito y alguien me golpeaba usando mi propia pierna como arma. Otra vez me convirtieron en el roble que había fuera de la casa de mi padre y sangraba cada vez que mi madre arrancaba una de mis hojas.

Phoebe suelta el humo tan lentamente en el aire, que es casi hermoso.

Piensa que lo hace cada vez mejor.

—Eso es lo que les pasa a los suicidas en Dante —aclara Lila—. Excepto que no es mi madre la que arranca las hojas, obviamente. Es un montón de arpías desconocidas.

—Eso he leído —acota Phoebe.

—Entonces, ¿cómo puedes correr ese riesgo? No digo que Dante tenga razón. Pero quiero decir, ¿y si Dante tiene razón?

Mientras trataba de explicarle sus sentimientos a su marido, Phoebe había aprendido que no se puede explicar este tipo de oscuridad a alguien que nunca la ha sentido. Y la novia es muy parecida a su marido. Phoebe se da cuenta por la forma en que viste, todo tan ajustado a su cuerpo, su pelo peinado a propósito, con una raya en medio. Es como un personaje de una novela de Austen, a veces decepcionada por la secuencia de los acontecimientos, pero nunca destruida psíquicamente por ellos. Nunca paralizada por el horror existencial. Siempre capaz de encontrar alivio en un largo paseo por el campo o en el ajetreo del día. Y así había sido Phoebe también, durante sus estudios de posgrado y la mayor parte de su matrimonio. No podía entender por qué alguien como Tom quería morir. ¿Pero Mia es tan hermosa? ¿Pero Tom es médico? ¿Pero tienen un bebé? Phoebe solo podía pensar en términos prácticos en algo así, igual que la novia ahora.

Así que Phoebe se esfuerza por hablar el idioma de la novia.

—La cuestión es que este hotel es muy caro —explica Phoebe—. No puedo alojarme aquí y esperar toda la semana.

—Problema resuelto —dice la novia—. Yo pago.

—No —se niega Phoebe.

—¿Por qué no?

—Ni siquiera te conozco. Y es demasiado dinero.

—¿Quieres saber cuánto me he gastado ya en esta boda?

La novia parece emocionada, como si llevara todo el día buscando a quién contárselo.

—No.

Cuanto más sepa Phoebe de la boda, más difícil será todo.

—Un millón de dólares —dice, y luego se vuelve hacia el océano como si fuera a llorar—. Es lo que me dio mi padre cuando se enfermó. Me dijo que su último deseo era que su única hija se casara antes de morir. Pero antes de que pudiéramos celebrarla, murió. Y luego hubo una pandemia mundial durante dos años. Así que lo menos que podrías hacer es no morir tú también.

Phoebe nota en su voz que está a punto de llorar. Ahora más que nunca es importante sonar contundente.

—Mi muerte no tiene nada que ver contigo.

—¡Claro que sí! ¡Va a ocurrir aquí, durante mi recepción inaugural!

La novia empieza a inspirar lentamente y luego cuenta hasta cuatro mientras espira. Al observarla, Phoebe siente un viejo impulso, una ternura, el tipo de cosas que sentía cuando una alumna se sentaba en su despacho al borde de las lágrimas. Estaba frente a un dilema: podía quedarse callada y fingir que no se daba cuenta de la desesperación, porque tenía que llegar a clase en cinco minutos y desempacar la desesperación suele llevar más tiempo. O podía suavizar la voz y hacer una pregunta más, como "¿Te pasa otra cosa en realidad? ¿Estás bien?" y ahí es cuando la joven empieza a contar entre lágrimas toda la historia de su vida. Phoebe llegaría tarde a clase, pero la alumna se sentiría mejor, y ella también.

Pero la novia no es su alumna. Phoebe no tiene la responsabilidad de preocuparse, ni siquiera de fingir que se preocupa. No hará

preguntas sobre su padre muerto. No se implicará por la boda. No cambiará la fecha de su suicidio.

—¿Sabes cuánto me he gastado solo en esta noche? —pregunta la novia.

Phoebe observa cómo el cigarrillo arde entre sus dedos, una larga nariz de ceniza que crece con cada segundo de silencio. Phoebe esperará a que se apague.

—Cincuenta mil dólares. Sí, eso es. Cincuenta mil dólares.

Pero Phoebe no debe parecer muy impresionada, porque la novia continúa.

—Encargué orquídeas exóticas de Borneo para los centros de mesa. Tomé clases de caligrafía para aprender a escribir a mano cada una de las tarjetas de mesa. Hice rociar a mano cada copa de cóctel con grasa de guanciale. Contraté a la misma banda de jazz que tocó en la boda del príncipe Guillermo. ¿Y sabes cuánto tiempo me llevó averiguar quién tocó en la boda del príncipe Guillermo? ¿Cuántas horas pasé en los tablones de anuncios?

—¿No contrataste a un organizador de bodas para hacer eso? —pregunta Phoebe, realmente sorprendida.

—¿Crees que le confiaría a una organizadora de bodas el dinero de mi padre moribundo? —pregunta Lila.

—¿Sí?

—Este dinero fue lo último que me dio mi padre en esta vida. No iba a regalar el treinta y tres por ciento a un organizador de bodas que me sugirió que sería bonito aterrizar en paracaídas en mi propia recepción. No. Quería que mi padre estuviera orgulloso de cómo lo había gastado, y sé que lo estaría. Sé que esta va a ser la puta boda más bonita, y si me despierto con tu cadáver rodando por el

vestíbulo mañana por la mañana, deberías saber que nunca me recuperaré de algo así.

—Yo tampoco —dice Phoebe.

—¡Deja de hacer eso! —le exige Lila—. ¡Deja de repetir todo lo que digo!

La novia empieza a llorar de verdad, y es extrañamente satisfactorio y horrible a la vez. Es como ver que demuelen un hermoso edificio.

—¿Cómo puedes bromear con esto? —pregunta la novia, entre lágrimas.

Phoebe no lo sabe. Pero cuando su marido la dejó, su primer impulso fue bromear al respecto. Se pasó días llamando por teléfono a amigos de la universidad con los que hacía años que no hablaba, diciendo "Bueno, de todas formas, nunca me gustó ese tipo", con una voz aguda que no sonaba como la suya, porque quería impresionar a la gente como se había impresionado ella cuando leyó lo que dijo Edith Wharton después de ver "señor y señora Wharton" escritos en el libro de huéspedes de un hotel que nunca había visitado.

—Parece que ya he estado aquí —dijo Wharton.

Pero sus amigas se rieron incómodas. Sus amigas habían estado en la boda, habían visto lo enamorada que estaba Phoebe.

—Está bien estar triste porque tu marido te dejó —dijo una de ellas, y Phoebe se sintió estúpida por intentar bromear al respecto: bromear era lo único que le quedaba.

—Lárgate —le ordena Phoebe con voz severa.

—No puedes decirme que me vaya —le pide la novia—. Este es el hotel de mi boda. ¡Vete tú!

Phoebe no sabe cómo algunas chicas llegan a ser así: chicas como la novia, como Mia, que tratan todo, incluso esta mansión del siglo XIX, incluso al marido de Phoebe, como su herencia. Phoebe había sido educada para sentir pena por todo: pena por haber nacido, pena por casi ahogarse, pena por sacarse un distinguido en un examen en lugar de sobresaliente, pena por no tener hijos, pena por no llegar a las tres últimas diapositivas del PowerPoint. A veces, Phoebe enviaba a su clase correos electrónicos de disculpa después de las clases cuando no terminaba a tiempo. Porque era una buena profesora. Una buena mujer. ¿Pero cuál es el límite? ¿Cuándo la Phoebe buena se convirtió en la Phoebe nadie?

Ella no lo sabe. Pero sí sabe esto.

—¡Pagué ochocientos treinta y seis dólares para quedarme en esta habitación una sola noche! —grita Phoebe—. ¡Esta es *mi* puta habitación!

La novia se queda paralizada, como si nadie le hubiera gritado nunca tan fuerte. En el silencio de la novia, Phoebe espera que le venga algún mal sentimiento, pero se siente tan eufórica que le hubiera encantado haberle gritado así a Mia. A su marido después de que le contara lo del romance, pero entonces no podía gritar. Seguía esforzándose por ser la mejor versión de ella misma, por ser razonable, por salvar el matrimonio, por hacer las preguntas adecuadas, por reunir toda la información, como si comprender pudiera ayudarla a resolver el problema. Pero no importaba cuánto le dijera, ella nunca entendió. Estaba harta de la información, harta de todas las cosas que nunca dijo o hizo.

—*¡Fuera!* —grita Phoebe.

—Bien —dice la novia—. Da igual. ¿Qué me importa? Solo *muérete*.

—¡Lo haré!

Phoebe vino aquí a morir así que morirá.

Pero entonces la novia gruñe "*Bien*" tan enfadada que enseña los dientes lo suficiente para que Phoebe la vea de nuevo: la comida.

Phoebe no puede creer que siga ahí. Phoebe se imaginaba que alguna de sus amigas ya se lo habría dicho. Pero tal vez la novia es el tipo de mujer que no tiene amigas así, amigas que son sinceras incluso cuando resulta embarazoso. Tal vez por eso está aquí, en la habitación de Phoebe, en lugar de estar en la recepción tomando un cóctel saborizado con grasa.

—Que la pases bien en el infierno —añade la novia.

La ceniza del cigarrillo cae sobre la pierna de Phoebe. Le sorprende la quemadura. Se siente como si algo horrible se estuviera poniendo en acción. El mundo se ha vuelto malo. La novia bajará a su recepción con comida entre los dientes y Phoebe morirá.

Pero todavía no.

—Espera —le pide Phoebe, porque no puede enviar a una mujer a su boda con comida entre los dientes. Aunque la novia crea lo contrario, Phoebe no es un monstruo—. Tienes algo entre los dientes.

A la novia se le cae la cara.

—Pero no he comido nada desde esta mañana.

La novia se acerca al espejo del baño, que es tan alto como la habitación. Se hurga en los dientes mientras dice:

—¿En serio he estado todo el día con comida entre los dientes y nadie ha dicho nada?

—Tal vez nadie se dio cuenta.

—Oh, créeme, la gente de aquí se da cuenta de todo. —Se inclina más cerca del espejo, pica más fuerte—. La madre de Gary se ha dado cuenta de que mi vestido de esta noche es "muy juvenil", que es el código para que diga que parezco una puta impía. Y Marla, mi futura cuñada, se ha dado cuenta de lo caro que es este hotel, aunque nunca lo dirá. Se limitará a enumerar el precio de cada plato del menú hasta que todos queramos gritar. —Lila se aleja del espejo —. ¿Tienes hilo dental?

—Parece que he olvidado el hilo dental.

Lila mira alrededor del baño.

—Se supone que tienen de todo aquí.

Phoebe la ayuda a revisar el contenido de la cesta de mimbre más bonita que ha visto en su vida, pero solo hay loción de ginseng. Sales de baño hibiscos. Gel de baño de tomillo. Cuando levanta la vista, la novia está al teléfono.

—¿Puedes traer hilo dental a Los locos años veinte? —solicita la novia—. Sí, está bien. Esperaré. Gracias.

—¿Por qué pides que lo traigan aquí? —pregunta Phoebe cuando cuelga.

—Esperemos en el balcón —es todo lo que dice la novia, como si ahora fueran un equipo y su único trabajo fuera devolver los dientes de Lila a su perfecto estado. Pero cuando Phoebe no cede, añade—: Creo que puedes posponer la eternidad durante treinta minutos. Mira, un kit de observación de aves.

Levanta unos prismáticos del escritorio e ignora el folleto sobre las aves del Atlántico Norte.

—¿Treinta minutos? —pregunta Phoebe, pero sigue a la novia hasta el balcón—. ¿Cuánto tardan en subir un poco de hilo dental?

—Carlson tiene que ir a comprarlo a la farmacia. Parece que no tienen.

—¿Así que va a ir a comprarlo a la farmacia?

—Es su trabajo.

—¿Ese es su trabajo?

Lila se encoge de hombros y cruza las piernas.

—Me llamo Lila.

Suena gracioso oír a Lila presentarse tan formalmente después de todo esto, y Phoebe debe estar sonriendo burlonamente porque Lila pregunta:

—¿Hay algo divertido en mi nombre?

—No —responde Phoebe—. Es un nombre precioso.

Es como a Phoebe le hubiera gustado llamarse cuando era más joven. Phoebe había leído demasiados libros de Sweet Valley High en los que la chica más guapa del grupo se llamaba Lila. Uno de los primeros iconos de belleza con pelo castaño que había conocido Phoebe hasta Lila, de *Friday Night Lights*, que tenía una larga melena castaña tan espesa que a Phoebe le dieron ganas de mudarse al sur y sumarse a un equipo de fútbol americano.

—Es un apodo. En realidad, me llamo Delilah —dice Lila—. Mi madre me puso el nombre de su artista favorita. Y ni siquiera como una artista clásica famosa. Es una mujer que vive en Bushwick y gana millones pintando abstracciones de bebés comiendo fruta en forma de vientre.

Phoebe se sirve un poco más de vino y le ofrece la botella a la novia. ¿Por qué no? Tienen treinta minutos. Y es su vino.

—Esto *es* mejor de lo que pensaba —dice la novia mientras bebe un sorbo. Se asoma sobre la baranda para ver la recepción en su apogeo—. Vaya, realmente se puede ver todo desde aquí arriba.

La novia mira por los prismáticos y empieza a pronunciar nombres como si estuviera avistando animales salvajes en el zoológico.

—Ahí están Nat y Suz —señala Lila—. Marla. Mi madre. Jim. El tío Jim.

Phoebe siente que la novia quiere que le haga más preguntas, y lo cierto es que tiene una.

—¿Cuántas personas en tu familia se llaman Jim? —pregunta Phoebe.

—Los Jim son de la familia de Gary. El padre de Gary, su tío y el hermano de la esposa muerta de Gary.

—Oh. ¿Gary estuvo casado?

—Sí. Tuvieron una hija. Luego su esposa murió de cáncer. Raro, ¿no es cierto?

—No lo sé. ¿Se suponía que era inmortal?

—Es raro que el hermano de su esposa muerta esté *aquí* como su padrino. Gary le insistió a Jim. Me decía: "Lila, vamos, el hombre es mi hermano".

Dice que es verdad que están muy unidos.

—Vieron morir a una mujer juntos y ahora están unidos de por vida, supongo. Jim viene todos los sábados, a pesar de que es el único día libre de Gary, y nos lo pasamos viendo cómo Jim corta pescado en la mesa de la cocina mientras fanfarronea. Dice: "Estuve en casa construyendo mi hidroavión", aunque sé a ciencia cierta que no tiene ninguna de las piezas. ¿Y sabías que su tío abuelo solía estar en la mafia?

—¿Qué tan metido estaba su tío en la mafia?

—Ese no es realmente el punto.

—¿Cuál es el punto?

—La cuestión es que no entiendo por qué Jim tiene que estar encima nuestro todo el tiempo. No hubieran sido amigos si Gary no se casaba con su hermana.

Explica que su prometido, Gary, es un apuesto médico que vive en Tiverton y pasa su único día libre haciendo experimentos científicos en el jardín con su hija, y Jim es un ingeniero que no puede mantener una novia más de un mes, por lo que siempre está tirándose lances con todo el mundo.

—Incluso conmigo —agrega—. Me compró una falda por mi cumpleaños. ¿No te parece raro?

—No lo sé. ¿Necesitabas una falda?

—Eso es exactamente lo que me preguntó Gary, y yo le dije: "¡Ni siquiera importa si necesito una falda!". ¿Por qué el cuñado de mi prometido me regalaría una falda por mi cumpleaños? Ni siquiera es una falda normal.

—¿Qué es una falda normal?

—Cualquier tipo de falda que le comprarías a una mujer y no sería raro.

—No creo que esa falda exista.

—Esta era una especie de falda profesional. Del tipo que comprarías en Macy's o algo así para llevar con una chaqueta haciendo juego. Y cuando se la enseñé a Gary, me dijo: "Sí, creo que Jim no sabe comprarles regalos a las mujeres".

A Phoebe le gusta cómo imita Lila la voz de Gary. Parece que a Lila se le dan bien las voces.

—Me decía: "Lila, este es un hombre que le compraba tampones al por mayor a su propia hermana cuando estaban de oferta".

—Bueno, eso no está del todo mal —observa Phoebe. El padre de Phoebe casi siempre hacía como si la regla no existiera, y Phoebe también hacía como si no existiera. Se sentía criminal tirando un tampón a la basura, como si estuviera tirando un cadáver ensangrentado, porque a su padre no se le ocurría dejarle la tapa al cesto de basura, así que a menudo los tiraba por el retrete. Cuando el retrete se atascaba una vez al año, ella sabía que era culpa suya, pero miraba a su padre con la sopapa y no decía nada.

—Gary creía lo mismo. Gary es tan buen médico. Él solo ve lo bueno que hay en las personas.

—Esa no es... mi experiencia con los médicos.

—Bueno, tal vez solo tiene este punto ciego cuando se trata de Jim. Es que cuando murió Wendy, Jim le lavó los platos durante un año seguido, y llevó a su hija a la escuela cuando Gary no tenía fuerzas, y ahora Jim es un héroe para siempre. Y también Wendy. La esposa muerta.

Las palabras *esposa muerta* caen con fuerza a los pies de Phoebe.

—¿Puedo sugerir otra forma de decirlo? —pregunta Phoebe.

—No hay otra forma de describirla. No se puede utilizar su nombre. Cada vez que se pronuncia su nombre, alguien tiene que sufrir un colapso mental. A veces es su hija. A menudo, soy yo. Pero, aun así.

Lila da un sorbo a su bebida y vuelve a mirar su fiesta.

—Estaremos todos pasándolo bien sentados en la playa o algo así y, de la nada, Jim dirá: "¿Recuerdas cuando Wendy intentó hacer una cometa con latas de cerveza?".

—¿Es eso posible?

—Parece que sí, pero no voló —le cuenta Lila—. Y bien, lo entiendo. A sus ojos, soy el reemplazo de su hermana muerta y quiere que siempre lo tenga presente. Pero esta es la semana de mi boda. Y no puedo dejar de tener esta horrible sensación de que de alguna manera Jim va a arruinarla. Quiero decir, si no te le adelantas.

Entonces Lila vuelve a escanear la recepción con los prismáticos como si estuviera buscando a Jim. Cuando lo encuentra, entrecierra los ojos alarmada.

—Dios mío, ¿en serio Jim le está tirando los galgos a mi *madre*?

Le entrega los prismáticos a Phoebe.

—¿Cuál es tu madre? —pregunta Phoebe.

—La que parece que está a punto de salir en *Bailando con las Estrellas*.

—¿Puedes ser más específica?

—Eso es muy específico —responde Lila. Pero entonces señala a una mujer con un vestido amarillo.

Incluso con los prismáticos, Phoebe no puede ver mucho más que un hombre y una mujer hablando con bebidas en la mano. De vez en cuando, Jim se inclina y pone la mano en el hombro de su madre. Pero no parece un gesto insinuante. Más bien familiar.

—Parece como si estuvieran, ya sabes, hablando —dice Phoebe.

—Con mi madre no se habla por hablar —explica Lila—. Con ella, es como si siempre estuviera vomitando información, como si aquí estuviera el último libro sobre Gaudí que acabo de leer y ahora te lo voy a contar todo textualmente. Y mi padre solía sentarse allí y aguantarlo durante treinta años, hasta que finalmente explotó y nos

dijo que odiaba el arte moderno. Nos lo confesó en su lecho de muerte. ¿No es horrible?

—Espera, ¿qué? —pregunta Phoebe—. ¿Tu padre confesó en su lecho de muerte que no le gustaba el arte moderno?

—Así es —responde Lila—. Mi padre llamó desde el hospital y pidió que lo pusieran en el altavoz, y estábamos todos reunidos, porque nunca sabíamos qué llamada iba a ser la última, y dijo: "Queridos, todo hombre debe aceptar su verdadera naturaleza al final de su vida, y ya es hora de que yo haga lo mismo", y mi madre dijo: "¿Estás seguro de que es una buena idea, Henry?". Y mi padre dijo: "Siempre he despreciado el arte moderno, en particular a los cubistas y todo lo que vino después".

Su padre culpaba especialmente a Picasso de haber dignificado todo el movimiento que se alejaba de la pintura como representación.

—Y quizá en otras familias esto no parecería una gran confesión, pero el matrimonio de mis padres se había construido básicamente sobre el hecho de que eran unos grandes y benévolos defensores del arte contemporáneo —dice Lila—. Mi padre le compró a mi madre su primer cuadro.

Se enamoraron comprando arte juntos. Se hicieron un nombre creando una de las colecciones de artistas contemporáneos más importantes del país. Cada año concedían una subvención de quinientos mil dólares a la NEA. Todo ello ayudó a dar sentido a los millones que su padre ganó con la gestión de residuos. Ayudó a dar sentido a los vertederos de basura que tenía su padre por todo el país.

—Así que descubrir que solo hizo todo esto para impresionar a mi madre al principio —dice Lila—. Inserta un montaje de monólogos de mi madre sobre cómo su madre tenía razón, cómo nunca debería haberse casado con un hombre mucho mayor que se dedicaba literalmente al negocio de la basura, y cómo se atrevía ese hombre a llamar basura a cualquier cosa, y mucho menos *al cubismo*, y ahora sabe que realmente debería haberse casado con el primo de su prima, Gregory Lancaster, como su madre le había sugerido, porque le salió el tiro por la culata. Gregory sigue vivo.

Phoebe mira a través de los prismáticos y ve que Jim se está alejando. Espera a ver si a la madre de Lila se le dibuja algo en la cara. Se pregunta si es duro estar sola en esta boda tras la muerte de su marido. ¿Le preocupa con quién va a hablar después? ¿Cuánto tiempo tendrá que estar allí sola?

—Y por eso ahora mi madre está convencida de que cometo un error al casarme con Gary, igual que ella —comparte Lila.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Me lo dice! Cuando está muy borracha, a las dos de la tarde, dice esas cosas. Me dice cosas como "Lila, no tienes que casarte solo porque el último deseo de tu padre era verte casada. ¿Y eso qué importa? ¡Él ya está muerto!". Y luego me aconseja que debería pensarlo dos veces antes de casarme con un hombre mayor que se dedica a la gestión de residuos, como hizo ella.

—Pensé que Gary era médico.

—Mi padre era propietario de vertederos. Gary es gastroenterólogo. Trabajos totalmente diferentes, pero mi madre me dice: "Como he dicho, los dos están en gestión de residuos. Dos hombres, en una misión para ayudar al país a lidiar con su mierda".

Lila se queda callada un momento, como si estuviera haciendo una reflexión profunda, quizá toda la trayectoria de su vida.

—¿Te imaginas tener una madre que te hable así?

—Mi madre está muerta.

—Oh. Bueno, entonces tienes suerte. Mi madre se limita a monologar —dice Lila, como si ella no estuviera haciendo exactamente lo mismo ahora—. Y es el motivo por el que no va a dar ningún discurso en la boda. Yo le decía: "Mamá, la madre de la novia ni siquiera tiene un discurso", y ella decía: "Sí, ¿y por qué crees que es así, Lila? ¿Por qué crees que los hombres siempre han querido que la madre de la novia guarde silencio? —La novia bebe otro sorbo—. Y yo dije: "¡No se trata de hombres! Se trata de ti. ¿Por qué te confiaría un discurso? ¡Solo vas a emborracharte y decir que Gary es demasiado viejo para mí o algo así!".

Phoebe se pregunta cuánto tiempo podría seguir Lila sin una interrupción. Una vez más, se pregunta si esa es la diferencia entre crecer con y sin madre. Tener una madre te hace creer que todo el mundo quiere oír lo que piensas. Tener una madre te ayuda a hablar sin pensar. Te permite confiar en tu yo más horrible, gritar y llorar, sabiendo que tu madre te seguirá queriendo al final. En su adolescencia, Phoebe se asombraba a menudo de lo mal que sus amigas trataban a sus madres, y las madres lo aceptaban sin más, porque las madres sabían que a veces ellas también eran horribles. Las madres habían cometido sus propios errores.

Pero la madre de Phoebe estaba en lo alto de la repisa de la chimenea, en un marco dorado, como una santa mártir. Bajo su mirada, Phoebe se cuidaba de no cometer errores. Phoebe era callada y obediente, nunca hablaba demasiado rápido ni demasiado

alto, porque nunca quería ser una carga para su padre. También se había sentido así durante su matrimonio: nunca lloraba demasiado ni contaba historias durante la cena. Cuidaba de llevar siempre un pijama bonito a la cama. Cuidaba de no perder nunca el control. Incluso al final, cuando se enteró del romance, se mantuvo tan tranquila que su marido estaba perplejo.

—Te lo estás tomando tan bien —le decía Matt.

Pero Lila habla sin parar, sin transiciones claras entre un tema y otro, dando por sentado que Phoebe, una total desconocida que ya ha anunciado varias veces que se quiere morir, está interesada en oír todos los detalles sobre su vida personal. Phoebe no sabe si es el espectáculo más espantoso o el más impresionante que ha presenciado en su vida.

De cualquier manera, Phoebe está interesada.

—¿Cuánto te lleva Gary? —pregunta Phoebe.

—Solo once años y medio. Tiene cuarenta, pero apenas se le nota.

—Ah —dice Phoebe, que no está impresionada para nada—. No está mal. He visto cosas mucho peores.

—¿Cómo qué? —La novia parece esperanzada.

—Como ese historiador de setenta y cinco años de mi universidad que tuvo un romance con la secretaria de veintiséis.

—Jesús. Eso es raro.

—Sobre todo porque ella ni siquiera intentaba obtener un doctorado —dice Phoebe. Se siente bien hablar así de su antigua vida. Como si se tratara de un divertido tema de conversación con Lila—. Nunca supimos exactamente por qué lo hacía. ¿Qué ganaría esta secretaria sin aspiraciones a una educación superior saliendo con un académico geronte casado?

—Quizá estaba enamorada —supone la novia—. No todo es una patología, ¿sabes? Yo decía: "Mamá, no todo tiene que ver con la muerte de papá". Ni siquiera sabía que papá se estaba muriendo cuando conocí a Gary. Gary vino por casualidad a nuestra galería de arte en busca de algunos cuadros para llenar su casa nueva y, dos días después, llevé a mi padre a su gastroenterólogo porque esperábamos malas noticias, y me sorprendió ver que Gary era el médico. Realmente una coincidencia increíble. Gary y yo sabíamos que tenía que significar algo.

Pero su madre no estaba convencida.

—Mi madre me dijo: "Todos sabíamos que tu padre iba a morir". Y yo: "Bueno, sí, siempre he sabido que algún día mi padre moriría. Pero tal vez, solo tal vez, ¿es posible que Gary y yo estemos enamorados? ¿Por qué todo tiene que ser sobre la muerte inminente de mi padre?". Y mi madre dice: "Yo no hice las reglas, cariño. Háblalo con Freud". —La novia suspira—. Tendríamos que habernos casado en cuanto me lo propuso —continúa—. Mi padre estaba bien entonces, respondiendo a los tratamientos como Gary dijo que lo haría. Pero acabábamos de entrar en cuarentena, así que pospusimos la boda una y otra vez, pensando que la cuarentena acabaría en cualquier momento. Y entonces mi padre empeoró mucho y después de que lo hospitalizaran, no me pareció bien celebrar nada. Quiero decir, apenas decía cosas con sentido sobre el final. Estaba tan drogado con morfina que era insoportable atender sus llamadas. Lo poníamos en el altavoz y decíamos: "Hola, papá", pero luego no había nada más que una larga pausa dramática hasta que, finalmente, decía: "¡Eseeeeenciaaaas naturales!".

Phoebe está confundida.

—¿Esencias naturales?

—No lo sé —responde la novia—. Eso es lo que dijo. No tenía sentido. Hubo un... silencio... ¡y luego eseeeeenciaaaas naturales! Y yo le dije: "Bueno, papá. ¿Qué *pasa con* las esencias naturales?". Pero colgó. Y después se murió. Y esas fueron literalmente las últimas palabras que me dijo mi padre.

Phoebe mira a Lila y Lila mira a Phoebe. La tristeza de la historia es tan descarnada, su voz tan monótona al relatarla, que estallan en una carcajada tan intensa que sorprende a Phoebe. Cada vez que están a punto de calmarse, la novia exclama: "¡Eseeeeenciaaaas naturales!" y Phoebe vuelve a lanzar una carcajada. La hace sentirse exultante.

—Basta —dice Phoebe—. No puedo respirar.

—¿No era ese tu objetivo? —pregunta la novia.

El comentario malicioso hace que la cosa vuelva a ponerse tensa entre ellas. Phoebe no recuerda la última vez que se rio así. ¿Quizá aquella vez con su marido en los Ozarks cuando encontraron el CD de Saxo para amantes? Pero de eso hace tanto tiempo. Y ni siquiera se rieron de verdad: sonrieron, bromearon y luego se acostaron. Pero nunca, pensó Phoebe, se habían reído de verdad.

Phoebe mira hacia la recepción, ve camareros con camisas blancas repartiendo puntitos de comida. Mujeres con vestido de noche comiendo aceitunas de palillos. La gente ya va por su segunda copa. Phoebe se pregunta por qué Lila está tan preocupada porque se arruine su boda millonaria y no parece preocupada por perderse el comienzo.

—En realidad es la hermana de Gary, Marla, la que peor lleva todo esto —acota la novia.

—¿Qué cosa?

—Nuestra diferencia de edad.

—Pensé que estábamos hablando de tu padre.

—Estoy cansada de hablar de mi padre. Mi padre está *muerto*. Ya ha pasado un año y medio y es hora de aceptarlo de una vez, aunque mi madre no pueda.

—Bien, entonces Marla.

—Marla siempre que estamos juntas me dice que soy demasiado joven. Como hoy en el vestíbulo, me dijo: "Espera, ¿qué saben los de veintiocho años? Se me olvida". Y ni siquiera piensa que eso es grosero. Actúa como si fuera curiosidad profesional, como si estuviera conociendo a las de veintiocho años como especie.

—¿Es antropóloga?

—Es abogada, o bueno, lo era hasta que se convirtió en alcaldesa de su ciudad. Y ahora actúa como si fuera el ser humano más moral que jamás haya pisado la tierra. Mientras tanto, es la que probablemente tendrá que dimitir por tener una aventura con un juez federal. ¿Y yo digo algo al respecto? No.

Ahora Phoebe está realmente interesada. Siente curiosidad por los amoríos, como si cualquier amorío pudiera enseñarle algo sobre el de su marido.

—¿Por qué tuvo una aventura con un juez federal?

—Debe de tener un fetiche con los jueces, porque su marido es exactamente eso —dice Lila—. Excepto que él es un juez normal. Pero, sinceramente, no sé mucho más que eso. A Gary no le gusta hablar de la vida sexual de su hermana, y es comprensible, y el resto de la familia no sabe nada. Y ella nunca me habla de eso, es obvio. No tenemos una relación cercana. Pero sí sé que sus hijos y

su marido apenas le hablan, y ese es el motivo por el que es casi seguro que no vendrán a la boda. Y se lo merece. Porque se arruinó la vida, de verdad. Y a veces, quiero decirle "¿Qué sabes, Marla? ¿Sabes algo? Porque incluso las de veintiocho años saben que ser alcalde y tener una aventura con un juez federal es una idea malísima".

—¿Se lo dijiste?

—¡No! Nunca le diría eso a Marla. No se le puede decir nada a Marla. Está muy a la defensiva.

Llaman a la puerta y Lila se apresura a abrir.

—Su hilo dental —dice Carlson y lo presenta en una regia bandeja plateada como si fuera una comida. Se ve tan pequeño en la bandeja que a Phoebe le dan ganas de reírse otra vez. Pero a Lila no le hace ninguna gracia.

—Gracias, Carlson.

Lila empieza a usar el hilo dental mientras Phoebe le da una propina.

—Ahora me siento mucho mejor —afirma Lila, como si todos los problemas hubieran desaparecido ahora que el cuerpo ha recuperado su perfección. Toma el cepillo de la cesta de mimbre. Se acomoda el flequillo lateral. Se pone una toallita fría en la nuca. Está tan tranquila, tan firme, que casi parece sagrada, como ver a una monja prepararse para el Señor.

»Supongo que debería ir abajo —dice la novia, como si ahora ni siquiera quisiera ir. Ahora quiere quedarse aquí y beber vino que en realidad es chocolate y hablar mal de toda su familia con Phoebe. Phoebe casi quiere eso también. Hacía mucho tiempo que Phoebe

no se sentaba a hablar así con otra mujer. Pero Lila pone la mano en el pomo de la puerta—. ¿Qué puedes hacer? —le pregunta Lila.

—¿Cómo dices?

—Es lo que me dijo mi padre después de recibir el diagnóstico. Yo no podía dejar de llorar, y él me decía: "Lila, ¿hay algo que te sientas capaz de hacer ahora mismo en lugar de llorar?". Y siempre había algo.

—¿Qué era? —pregunta Phoebe.

—Me daba un baño muy largo —responde la novia.

Cuando la novia se va, Phoebe se siente sola en la gran sala y se sorprende. Se siente sola, como en casa después de apagar la televisión. Todos esos personajes que la distraían de la realidad de su propia vida —el monólogo de la madre y el padre moribundo y el cuñado sórdido y el amable médico y la hermana del novio— se han ido.

Entonces vuelve la oscuridad. Entonces vuelve a sí misma, y odia tener que volver siempre a sí misma, a vivir sola dentro de su cuerpo inviable. Le recuerda por qué está aquí, lo que ha venido a hacer, pero ahora hay algo que no encaja. El sol está demasiado bajo en el cielo y piensa en cosas en las que no tiene que pensar, como: ¿Tendrá que renunciar Marla? ¿Será que Lila se va a casar con su padre en realidad? ¿Y es lo que hizo Phoebe también?

No. No pensará en su marido ni en su padre. Ha pasado demasiado tiempo de su vida pensando en su padre y en su marido.

Phoebe se sirve lo último que queda de vino. Quiere dejar de pensar. Pone los analgésicos en la mesita de noche. Abre el frasco y el olor a pescado le da náuseas. Había olvidado que las pastillas tenían sabor a atún. Pero no se desviará de su plan. No le dará la razón a su terapeuta, que una vez le dijo que ella nunca se suicidaría.

—No eres ese tipo de persona —le dijo, y ella se había quedado tan devastada por la afirmación que se negó a verlo durante tres semanas.

—Eso que has dicho estuvo fuera de lugar —dijo cuando regresó, y él estuvo de acuerdo.

—Esto es bueno, estamos progresando, me alegra ver que te atreves a criticarme.

Pero su comentario la había herido, le había confirmado sus peores temores acerca de sí misma: ni siquiera tenía las agallas necesarias para suicidarse. No era del tipo audaz. No era como Mia, que se cortó el pelo por la pandemia, que terminó su tercer libro con la palabra *puta* en el título, que tuvo la osadía no solo de acostarse con el marido de otra, sino de empezar una nueva vida con él. Mia era modernista, le gustaban los experimentos, las formas atrevidas, los poemas que no se entendían un carajo. Si Mia quería suicidarse, se metería piedras en el bolsillo y caminaría hacia el agua, como Virginia Woolf.

Pero Phoebe no quería morir al aire libre. No quería pasar frío. No quería luchar contra los mosquitos. No quería hundirse en las profundidades de un mar turbio e interminable. Le gustaban las cosas conocidas y cómodas. Le gustaban los rincones de lectura acogedores. Los libros que siempre acababan igual, los personajes de novela fácilmente reconocibles por sus atuendos. Camas con elaborados doseles que la protegían del mundo, y tal vez ese sea el problema. Quizá esta cama es demasiado bonita. Le hace sentirse agradecida de estar tan lejos de la suya.

Tampoco está cansada. Se siente muy alerta. Muy consciente del perfume de la novia. Aún puede sentirlo en el aire, aunque no puede

identificarlo. Puede ver la copa de la novia sobre la mesa de mármol. Su pintalabios en el borde, un rojo malva que Phoebe imagina que eligió hace un año solo para esta semana. Ya sabe demasiadas cosas sobre la novia. Su verdadero nombre: Delilah.

Pero tampoco debería pensar en Lila. No debería pensar. Bob tenía razón, piensa demasiado. Piensa y piensa y piensa hasta que se cansa tanto de pensar que nunca termina lo que ha empezado. Nunca convirtió la tesis en un libro; rara vez terminó una conferencia a tiempo; no pudo decidir cuándo empezar a tener hijos hasta que fue demasiado tarde. Y ahora aquí está, haciendo lo mismo, esforzándose porque su suicidio sea una obra maestra, algo que los críticos puedan aplaudir durante años, cuando en realidad lo que tendría que hacer es suicidarse. Ser temeraria por una vez en su vida, como Mia. Como Woolf. Abrir el frasco y tragarse todas las pastillas con un sorbo rápido de agua, que es exactamente lo que hace.

Y entonces está hecho. Por un momento, se siente orgullosa de sí misma. Lo hizo. Pero en cuanto se sienta en la cama y cierra los ojos, empieza a pensar otra vez. ¿Serán suficientes las pastillas? ¿En qué se diferencian las dosis para gatos de las dosis para humanos?

Entonces llaman a la puerta.

—Dios —dice Phoebe.

Está segura de que será la novia otra vez, pero es Pauline.

—Tu almohada de coco —dice Pauline. Esta vez, la almohada enorme queda muy graciosa sobre la bandeja plateada.

—Ah. La almohada.

—¿Puedo ayudarte en algo más? ¿Puedo reservarte algún tratamiento de spa gratuito para mañana, para compensarte por

nuestra falta de servicio de habitaciones?

Pauline parece tan ansiosa por ayudar que Phoebe se siente tentada. ¿Quizás Pauline podría ir a la farmacia y conseguirle más pastillas?

—No, gracias —responde Phoebe—. Pero eres muy amable por ofrecerlo.

—Aquí la gente siempre dice lo mismo. Pero la verdad es que no soy tan agradable. ¡Solo soy una chica del Medio Oeste!

—Yo también —acota Phoebe y sigue de pie en la puerta, aunque no está segura de por qué. Phoebe preferiría morirse antes de estar hablando con Pauline, pero hay algo muy familiar en Pauline. Le recuerda a su hogar.

—¡No me digas! —exclama Pauline, y luego le cuenta que se acaba de graduar en hostelería en Kansas State y que está asombrada de haber conseguido este trabajo tan rápido—. En serio, me presenté para ser camarera. Pero me llamaron y me preguntaron si quería ser administradora de la propiedad. Me dijeron que tenía que llevar ropa informal de negocios de la zona costera, y la verdad es que tuve que buscarlo en Google.

Pauline se ríe como si fuera un gran chiste interno entre las dos, y Phoebe mira su ajustado vestido negro con un escote barco demasiado formal. En otra circunstancia, Phoebe no hubiera dicho nada, pero se siente mal por Pauline, una chica que se presentó para su nueva vida con el vestido equivocado. Quiere ayudar, como si este pudiera ser su último acto de bondad en la Tierra.

—Eso no es muy apropiado —dice Phoebe con delicadeza.

—¿No? —pregunta Pauline, mirando su atuendo.

—El cuello bote es un poco formal.

—Pensé que el cuello bote era como, relajado y de barco.

—Prueba más azules. Y blancos. Y linos sueltos.

—Ay, gracias por tu sinceridad. Este trabajo es extremadamente importante para mí, y aunque estoy haciendo todo lo posible por aprender, todo sucede muy rápido. En realidad, no estoy segura de estar calificada para el trabajo. Por favor, hazme saber lo que pueda hacer para mejorar tu estadía.

Phoebe siente que la invade una repentina oleada de cansancio.

—Gracias —dice Phoebe.

Cierra la puerta. Las pastillas hacen efecto. Lo hecho, hecho está. Y Pauline no puede ayudarla. Pauline no es su madre. Pauline es solo una flamante graduada de una carrera en hospitalidad.

Phoebe apoya la cabeza en la almohada de coco, que parece una almohada normal y se siente como una almohada normal, pero sin duda huele a coco. Phoebe se queda perpleja. Hunde la nariz en la almohada, pero no sabe dónde está el coco. Parece impregnar toda la almohada, formar parte de su constitución. Como si Pauline hubiera entretejido ella misma las fibras de coco en el hilo. Y quizá sean las pastillas, quizá sea la imagen de Pauline tejiendo, pero Phoebe empieza a sentirse rara otra vez.

Phoebe Stone, profesora y académica, encontrada muerta sobre una almohada de coco artesanal en el Cornwall Inn.

No. No puede morir en una almohada de coco. Vuelve al balcón para escuchar la música. El jazz es suave pero animado. Busca los prismáticos para echar un vistazo a la banda, pero en la oscuridad no puede ver gran cosa. En la oscuridad, cada músico tiene el mismo aspecto que su instrumento. Como si debieran enroscarse alrededor de sus instrumentos cuando se van a dormir cada noche, y

la imagen le da ganas de llorar. La hace pensar en lo hermoso que puede ser el mundo. ¿Cuánto tiempo llevan practicando estos hombres para unirse y crear esta armonía perfecta?

Aparece la novia: así es como se ve de nuevo en el patio. Ya no es Lila, con su padre muerto y su madre pasivo-agresiva, sino la hermosa novia con su vestido blanco de volados perfectamente adecuado para un cóctel junto al acantilado. Toma una copa de un camarero y busca a alguien. Parece ansiosa. Se mueve rápido, se ríe y saluda rápido. Besa a algunas personas en la mejilla y luego se inclina hacia un hombre alto que Phoebe supone que debe de ser el novio porque apoya la cabeza en su hombro. Phoebe no puede distinguir sus rasgos, pero se da cuenta de su edad: hay una falta de urgencia en sus movimientos. La sensación de que no hay prisa, no hay nada urgente, como si pudiera quedarse ahí con el brazo alrededor de su prometida toda la noche y estar tranquilo.

Se besan. Parecen, desde la distancia, muy enamorados, y qué raro es estar muriendo en un balcón mientras dos personas están abajo, enamoradas. Qué raro es pensar que una vez Phoebe fue la misma novia, apoyando la cabeza en el hombro de su marido, y ahora está aquí, a punto de morir.

¿Cómo ocurre esto?

La pregunta marea a Phoebe. Se tumba en la cama y es entonces cuando deja de escuchar jazz.

—Buenas noches a todos —dice una mujer por el micrófono—. Para los que no me conozcan, soy Patricia, la madre de la novia. Y antes de que esta fiesta se nos escape, he pensado en dar un pequeño discurso.

Phoebe siente que se pone tensa de golpe, como si estuviera entre el público ahí abajo. Esto no puede ser bueno, piensa, y no lo es. Patricia empieza diciendo lo injusto que es que no le hayan asignado un momento a la madre de la novia para dar un discurso en la boda y que haya tenido que inventarse ella ese momento.

—Y encima un martes —acota, y el público se ríe—. Pero antes de que me saquen del escenario, permítanme que les diga algo sobre mi hija, Lila. Como muchos de ustedes sabrán, Lila no era una niña especialmente divertida o juguetona. La mayoría de las madres se habrían sentido decepcionadas por esto, pero confieso que yo estaba impresionada. Lila nunca intentaba hacerse la graciosa como los demás niños, nunca corría de un lado a otro como una pequeña actriz no remunerada.

Es un comienzo preocupante. Lila tenía razón; su madre no parece una muy buena madre, aunque Phoebe no entienda qué es eso. Phoebe fue criada por un padre cuya relación más complicada era con los deportes televisados. Pero Phoebe se pasó toda la vida estudiando a las madres, prestándoles mucha atención cuando aparecían en las películas, y las mejores madres siempre eran las que morían jóvenes. Las que vivían tenían que hacer muchos panqueques, llevar una larga trenza y aparecer cuando nadie las esperaba con grandes bolsas de caramelos multicolores, riendo de todo lo que dicen los niños, hasta el momento en que deben ponerse serias. Compartir una verdad dura que el niño no apreciará hasta mucho después de que la madre haya muerto.

—Una y otra vez intenté que Lila participara en juegos creativos, pero no, Lila no lo toleraba. Yo señalaba a los patos del estanque y decía: “Lila, ¿qué secretos crees que intentan contarnos los patos?”.

Lila me miraba con una cara más seria que la de Churchill y me decía: "¿Cómo voy a saberlo? No hablan inglés". Dios, esto me hacía reír. Así que yo le decía: "Ah, ¿los patos hablan español?". Y Lila me respondía: "¿Cómo voy a saberlo? Yo no hablo español".

El público se ríe y Phoebe se pregunta si Lila se estará riendo. Se pregunta si esta historia la ha complacido o la ha herido de muerte. Si esta historia ha confirmado sus peores temores sobre sí misma, sobre su madre, o si realmente esta historia ha comunicado algo dulce que solo Lila puede entender. Phoebe lo duda, pero espera que así sea. Phoebe espera que la madre se retracte pronto, que salga de este agujero, que convierta la falta de imaginación de Lila en su mejor cualidad, por no mencionar la razón por la que es tan perfecta para el novio, la parte favorita de Phoebe en cualquier discurso de boda.

Pero Phoebe nunca lo sabrá. Para cuando la madre de Lila termine de hablar, Phoebe habrá muerto. Phoebe no sabrá cómo acaba el discurso ni cómo acaba nada. Y a Phoebe eso no le gusta. Phoebe siempre termina un libro o una película, aunque sea mala. "¿No quieres saber si se casan?", preguntaba cuando Matt sugería que la apagaran. Pero Matt no necesitaba saberlo. Matt decía: "Es una película malísima. Claro que se van a casar". Y Matt podía hacer eso —apagar el televisor, renunciar a un matrimonio— justo en medio de la escena culminante.

Siente que la invade una sensación de cansancio. La repentina somnolencia la asusta. Se parece demasiado a estar muy borracha. O como aquella vez que casi se ahoga en el río cuando estaba pescando con su padre, la última vez que la llevó. Phoebe se había asomado demasiado por el borde del bote, y de repente estaba en el

agua, y el agua la llevaba a toda velocidad hacia lugares que no reconocía. Después, su padre la encontró acurrucada en un remolino poco profundo al que el río la había escupido, y le gritó: "¿Qué hacías así tan cerca del borde? ¡Podrías haber muerto!".

Ella sabe que eso es lo que él le estaría gritando ahora si estuviera aquí, viendo que estaba siendo tan descuidada con su vida otra vez. "¿Qué haces tan cerca del borde?" le gritaría. Y tal vez su madre estaría con él, y tal vez estaría furiosa también, gritando algo de cerca al micrófono.

—Es realmente única —agrega la madre—. Ella es la razón por la que me levanto cada mañana. ¡La razón por la que ya no tengo mi propia vida!

El público ríe a carcajadas y Phoebe abre los ojos. ¿Qué se supone que está haciendo?

Está a punto de morir, lo sabe, y la madre está a punto de hacerlo: hacer que el final vuelva al principio, que lo peor de Lila sea lo mejor de Lila. Porque la madre debe hacerlo. La madre no puede terminar aquí, no puede insultar la imaginación de su propia hija delante de toda esa gente y luego hacer una reverencia. Phoebe no puede soportarlo. Piensa en Lila arreglándose esta tarde, preparando su vestido, pintándose los labios, peinándose, sintiéndose tan guapa, solo para acabar con los puños apretados bajo la mesa, intentando no llorar.

—Ahora, cariño, ven aquí arriba conmigo —le ordena la madre—. ¡Vamos, sube aquí!

Sí, piensa Phoebe. Levántate, levántate, levántate. Porque Phoebe no quiere morir. No, Phoebe solo quiere oír el resto del discurso. Se

da cuenta de ello con una certeza tan repentina que parece lo único verdadero sobre sí misma.

Así que se levanta.

No llama al 911. No pide que venga Gary el médico. No quiere arruinar la boda. Y solo son pastillas para gatos. ¿Y cuántas tomó? ¿Diez? ¿Once?

Corre al baño, porque eso es lo que hace la gente en las películas en momentos como este. Espera que sean médicamente precisas. Se mete un dedo en la garganta y vomita vino de chocolate y bilis hasta que ya no queda vino de chocolate, solo puro ardor.

Después, está demasiado cansada para moverse. Se queda ahí sentada, escuchando el final del discurso en ese cuarto de baño tan hermoso. Mármol blanco hasta el techo. Calacatta, ese con vetas doradas que Phoebe había soñado para su cocina. Aprieta la cara contra él. Quiere sentirse como una niña enferma durante unos instantes más, con la cabeza apoyada en el frío suelo, escuchando la voz de la madre como si fuera la voz de su propia madre.

—Lila, ya eres una mujer adulta, algo de lo que me he ido dando cuenta cada día que trabajas para mí en la galería. Y es impresionante. Quiero decir, esta mujer puede vender una obra de arte como su padre podía vender una basura, y lo digo como un cumplido. Es organizada. En este sentido, es en gran medida hija de su padre; descansa en paz, mi difunto marido, Henry. Sabe llevar una buena hoja de cálculo. Y créeme, esa es una habilidad que la mayoría de los artistas no tienen. La mayoría de ellos viven en su imaginación, siempre fingiendo ser algo que no son, pintando como Picasso un día o como Rembrandt al siguiente. ¡Están locos! ¡Nunca van a triunfar en este negocio! Pero mi hija sí, ¿y saben por qué? A

mi hija solo le ha interesado ser ella misma, para bien o para mal. Eso es lo que la hace única. Y cuando Gary vino a la galería aquel día y preguntó por uno de nuestros cuadros, por suerte no hizo aquello para lo que yo la había entrenado. No describió el modo en que William Withers yuxtaponía el hiperrealismo del jardín con la representación cubista de la mujer. No dijo nada sobre el modo en que Withers navegaba magistralmente por la tensión entre el espacio blanco del lienzo y su tema. Eso es lo que debería haber hecho, de eso trataba el cuadro. Debería saberlo: ¡era mi retrato! Pero no. Mi hija estaba enfocada en el negocio. Mi hija vio lo que solo mi hija vería y dijo: "Este cuadro mide un metro por metro y medio, quedaría genial sobre una repisa de chimenea o en lo alto de la pared del cuarto de baño, y lo puede llevar a casa en cualquier vehículo de tamaño estándar".

El público se ríe.

—Y Gary lo compró. Quiero decir, ¡literalmente lo compró! Supe en ese momento que debía ser un blanco fácil…

Los invitados vuelven a reírse.

—O que realmente se había enamorado de mi hija.

Todos aplauden. Y así es como Phoebe se queda dormida, en el suelo del cuarto de baño con la puerta del balcón abierta de par en par para poder escuchar todos los discursos improvisados que inspiró la madre. Todos los demás a los que no se les asignó un tiempo para hablar, como Roy, el primo de Gary, un antiguo francotirador que voló desde Kennebunkport para sugerir cosas inapropiadas sobre un tatuaje secreto que podría tener Gary en el muslo. Suz, una de las mejores amigas de Lila de la Abadía de Portsmouth, que no tenía nada más que decir aparte de que ama,

ama, ama a Lila y piensa que Gary es maravilloso. Y, por último, el padre del novio, que concluye la noche con su ronco acento de Boston. Da las gracias a todos por venir a la recepción, y dice que deberían estar atentos a la factura de la cena de esta noche que les llegará por correo.

—Es broma —aclara el padre—. Ya saben que no voy a pagar por esto.

Todos se ríen.

—En serio, Lila y Gary, estamos encantados de celebrarlo con ustedes esta semana. Brindemos todos por la feliz pareja.

MIÉRCOLES



Navegar

Cuando Phoebe se despierta, tarda un momento en recordar quién es y dónde está. Pero entonces ve las lámparas con flecos. Huele la almohada de coco.

—Estoy viva —dice en voz alta, para estar segura.

Fuera, el patio está tranquilo. La fiesta ha terminado. Y la almohada tiene tanto olor a coco que le cuesta volver a conciliar el sueño. Tampoco la deja el despertador gigante, que marca la hora de forma espectacular. Son las tres de la mañana. La hora del dolor, según el terapeuta de Phoebe. La hora del demonio, según los campesinos medievales. La hora a la que te despiertas cuando tienes exceso de cortisol en el cuerpo, según un médico al que Phoebe vio una vez.

Sea lo que sea, es la hora a la que Phoebe suele despertarse.

La novia tiene razón. Phoebe ha estado en suficientes bodas para saber que la novia siempre tiene razón. Phoebe tiene que hacer algo. Tiene que levantarse y hacer cualquier cosa porque sabe lo que sentirá si se queda sentada en la vergüenza vacía de las tres de la mañana, sobre todo después de haber intentado suicidarse.

En circunstancias normales, se sentaría en la cama y se haría preguntas que la hacían sentir como una basura: ¿qué clase de psicópata intenta suicidarse? Y, ¿qué está haciendo su marido en

este preciso momento? ¿Estaba durmiendo? ¿Estaba teniendo sexo con Mia en este preciso instante? ¿Estaba en algún bar, tomando tragos gratis porque a la gente siempre le gustaba darle cosas gratis por algún motivo? Luego, miraría la página de Instagram de Mia, a pesar de que la hacía sentirse como la mierda. Porque la hacía sentirse como la mierda. Ahí estaba siempre Mia, con un pintalabios brillante, diciendo: "Miren mis grandes labios rojos. Míranos en nuestro fin de semana otoñal. Miren este pastel que hice para el 4 de julio y miren a mi bebé dándole un mordisquito a ese pastel, ¿no es una pícara?".

Pero por suerte, el teléfono de Phoebe se quedó sin batería. Decide no volver a mirar el teléfono. No le ve sentido a seguir viva solo para hacer las mismas cosas que hicieron que se quisiera morir.

Así que Phoebe piensa: ¿Qué puedo hacer ahora en lugar de esas cosas?

La pregunta de Lila sorprendió a Phoebe, y no está segura de si es porque no esperaba preguntas profundas de parte de alguien que lleva tanto autobronceador o si es porque se ha pasado los últimos años abrumada por todas las cosas que no podía hacer, los trabajos que no podía corregir, las conversaciones que no soportaba tener, el bebé que no podía crear, los premios que nunca ganaría, el matrimonio que no podía arreglar.

Es hora, lo sabe, de imaginar las cosas que sí puede hacer.

Ahora mismo, no es mucho. Su cuerpo se siente agotado y sin ganas. Pero puede cepillarse los dientes. Puede usar enjuague bucal. Puede beber una botella de Everybody Water. Luego puede darse un largo baño en la hermosa bañera.

Pero cuando abre el grifo, se da cuenta de que no puede hacerlo. No hay tapón de desagüe.

Pero está bien, piensa. Mejor aún. Puede bajar al jacuzzi del hotel y mirar el océano.

Se desnuda hasta quedar en ropa interior. De encaje negro, la más elegante que tiene, porque se había negado a morir con ropa interior de mala calidad. Se envuelve en la bata gigantesca y mullida, del tipo de las que ha visto antes en los hoteles pero que, por alguna razón, nunca había pensado en ponerse. Sin embargo, ahora parece como si Dios la hubiera puesto allí para que pudiera sentirse suave en ese momento.

Está a punto de marcharse, pero entonces ve su anillo de boda. Se lo quita, lo deja en la bandeja de mármol negro del cuarto de baño y decide no volver a ponérselo nunca más.

ABAJO, camina por el vestíbulo vacío. Pasa por delante de la biblioteca de roble empotrada y, por primera vez, se da cuenta de que hay algo muy raro en los libros. Están todos al revés, de modo que solo se ven sus páginas. Crea un esquema monocromático, una tendencia que vio una vez en un programa de HGTV. Una locura. La ofendió entonces y la ofende más ahora en la vida real.

Saca uno de los libros.

Sonetos de Shakespeare.

Vuelve la vista a la recepción para ver si Pauline la está mirando, pero es Carlson.

—Hola, Phoebe —la saluda Carlson.

Debe ser norma de la casa saludar a cada invitado, aprenderse su nombre, del mismo modo que también es norma de la casa no

establecer nunca normas de la casa. Nunca cuestionar lo que hace el huésped. El huésped está pagando demasiado dinero para que se le cuestione. Haz que el huésped sienta que el hotel es su casa, incluso a las tres y media de la mañana, cuando los invitados que están en el bar piden otro Manhattan. Ve cómo el camarero se los sirve con la energía de un hombre que acaba de despertarse.

—Hola —dice.

Vuelve a colocar el libro en la estantería, pero mostrando el lomo.

Luego se dirige al jacuzzi, orgullosa de haber salvado a Shakespeare.

PHOEBE CREE QUE se puede saber mucho de un hotel por su bañera de hidromasaje, igual que podía saber mucho de su marido mirándole las uñas cuando lo conoció en el laboratorio de informática. Vio que las usaba muy cortas, todas iguales. No se las comía. Si tenía manías, no tenían nada que ver con sus manos.

Y este jacuzzi, si tiene defectos, ella no los ve. Está justo en el borde de la terraza, como si nada lo separara del océano a lo lejos.

Se mete en la bañera y siente calor en todo su cuerpo. Se sienta con la espalda pegada a los chorros. En realidad, no parece un masaje, pero ella finge que lo es. Cierra los ojos. Lila tiene razón. El agua ayuda. Es agradable el calor. Es bueno tener un cuerpo. Extiende los brazos y los deja flotar. Permanece así sentada durante un largo rato, en una neblina somnolienta. Cuando por fin abre los ojos para mirar las estrellas, ve a un hombre metiéndose en la bañera.

—Hola —dice el hombre.

Parece que no hay donde escapar de los invitados a la boda. Y este la mira sin disimulo cuando se mete. Por lo general, esta interacción humana hubiera sido suficiente para hacerla salir de un jacuzzi, pero está electrizada por el contacto visual directo. Es agradable que te vean en este momento. Es agradable no temer la mirada de otras personas. Ella es la única persona a la que teme ahora, es la única que acaba de tratar de matarla.

—Hola.

El hombre tiene una cara larga y angulosa, suavizada en los bordes por una barba. Es guapo, es como Phoebe siempre imaginó a los habitantes de la costa de Nueva Inglaterra. Un tipo de belleza curtida por el viento y el agua, como si hubiera estado navegando todos los días de su vida durante demasiado tiempo. Y tal vez así fue. Quizá por eso tiene arrugas junto a los ojos o se sienta lentamente en la bañera con un largo suspiro.

—No creí que viniera nadie a las cuatro de la mañana —dice el hombre.

—Yo tampoco.

—Bueno, no te preocupes. Te prometo que no te obligaré a hablar conmigo.

—Qué pena. En realidad, esperaba que me hablaras.

Parece sorprendido por su franqueza.

—¿De verdad? ¿Aún no te has cansado de hablar? —pregunta—. Todo lo que he estado haciendo en esta boda es hablar con gente y luego hablar con más gente.

—¿De qué has estado hablando?

—¿Qué tal el vuelo? ¿Qué te parece el hotel? ¿Qué programas viste durante la pandemia? ¿Qué hiciste para ser mejor con tanto

tiempo libre?

—¿Y? —pregunta ella—. ¿Qué hiciste tú?

El hombre se acaricia la barbilla como si estuviera pensando mucho.

—Más que nada, me dejé esta barba de cuarentena.

—Es una barba mejor que esa. Muy a la moda.

—¡Oh, vamos! No digas eso. Las barbas no pueden estar de moda. La gente siempre ha tenido barbas.

—¿En serio?

—Jesús tenía barba —dice el hombre—. Tolstoi tenía barba. Marx tenía barba.

—Marx tenía barba, pero no como la gente tiene barba ahora.

—¿Y cómo es la barba que tiene la gente ahora?

—La gente ahora tiene... barbas irónicas.

—¿Y qué tenía Marx? —pregunta—. ¿Una barba sincera?

—Mi mejor conjetura es que la fase de la barba fue producto del protestantismo bíblico y un auge de la filosofía helenística, todo ello confluyendo…

—En la parte inferior de su barbilla…

—Para formar la barba de Marx.

—Correcto. Bien. OK, bien, muy bien. Gracias por la *peer review* de mi barba. Ciertamente incorporaré tus comentarios.

Phoebe se ríe. ¿Quién es este hombre? ¿Es un académico? ¿Está flirteando? ¿Ella está flirteando? Ha pasado tanto tiempo que Phoebe no recuerda la diferencia entre divertirse y flirtear. Quizá no haya diferencia. Levanta los pies, deja que sus piernas floten en el agua.

—¿Y tú? —pregunta él—. ¿Cómo te fue durante el encierro?

Podría mentir, darle las respuestas que probablemente ha estado escuchando todo el día, las cosas que dijo a sus colegas cuando volvió al campus ayer. "Oh, escribí mucho durante la pandemia. ¡El libro sí que está avanzando!".

Pero así es como sucede, se da cuenta. Un momento en el que finges ser genial te lleva al siguiente momento en el que finges ser genial y, diez años después, te das cuenta de que te has pasado toda la vida fingiendo ser genial.

—Bebí mucho.

—¿Ayudó?

—Me ayudó a no preocuparme por el hecho de que básicamente dejé de cambiarme de ropa —dice—. O que mi tesis era en realidad una cagada.

Ella espera que él rompa el contacto visual, que mire su teléfono, que encuentre alguna excusa para salir de esta conversación. Pero él sigue mirándola, así que ella continúa.

—Y mi tutor me seguía mandando correos y me decía cosas como "¡A quién le importa si es una cagada! La tesis de todo el mundo es una cagada. Así son las tesis".

El hombre se ríe.

—¿Estás en la escuela de posgrado?

—Soy profesora.

—No sabía que teníamos una profesora en la familia. —La mira como tratando de entender algo—. No me resultas familiar. ¿Eres de la familia Winthrop?

—No.

—¿De la familia Rossi?

—En realidad no estoy aquí por la boda.

Parece confundido.

—Pensé que Lila dijo que todos los que venían al hotel, vendrían aquí por la boda. Recuerdo claramente que era algo muy importante para ella.

—Pues yo no.

—¿Así que estás de vacaciones y te sorprenden con una boda?

—No estoy aquí de vacaciones.

—Esto se está volviendo muy misterioso.

—Vine aquí para suicidarme —revela.

Phoebe se da cuenta de que este es el regalo que te pueden hacer unos desconocidos: la libertad de decir o ser lo que quieras frente a ellos. Porque, ¿a quién le importa? Él no la conoce, nunca la conocerá. Él enumerará todo tipo de razones por las que no debería morir, y ella le dirá que ya no piensa morir, y entonces saldrán del jacuzzi y seguirán con sus vidas sin volver a pensar el uno en el otro.

Pero todo lo que dice es: "Carajo", como si ella hubiera pisado un charco de barro. Hace que lo que ella dijo suene pequeño y solucionable. Como algo que él entendía.

—Quizá debería haber añadido que decidí no hacerlo —dice ella.

—Ese es un detalle clave. No debería bromear así. Lo siento.

—No, por favor. Bromea. Es la única parte de esto que podría ser divertida.

—¿Puedo preguntar cómo ibas a hacerlo?

—Profesora Stone, con los analgésicos para gatos, en Los locos años veinte —dice.

—¿Analgésicos para gatos? Eso es un poco...

—¿Cliché?

—No —se ríe—. Ineficaz. ¿Quién usa analgésicos para gatos?

—Aparentemente la gente que no está lista para que le vaya bien con su intento.

—Así que has venido hasta aquí para suicidarte con los analgésicos de un gato.

—Bueno, no era un gato cualquiera. Era mi gato.

—¿Y te viste en medio de una estúpida boda?

—Sí —dice—. Por eso no pude hacerlo. Por eso y porque no había servicio de habitaciones.

—Personalmente, nunca me mato a menos que haya servicio de habitaciones —dice él.

Phoebe se ríe, como si una nube saliera de su boca y flotara hacia el cielo.

—Y el aire acondicionado olía raro.

—No digas más.

De repente, todo le parece tan ridículo. Tan divertido.

—Siento que hayas sufrido tanto. Sé lo que debes haber sentido.

Ella lo mira fijamente. Ahora es ella la sorprendida por su sinceridad.

—¿Alguna vez... lo has intentado?

—No exactamente. Pero estuve cerca. Hace unos años, pensaba mucho en eso.

—¿Y ahora no?

—Ahora no.

—¿Cómo te detuviste?

—Sinceramente, creo que simplemente esperé. Eso y vi *Breaking Bad* todas las noches durante un mes.

—Las curas terapéuticas de los negocios de drogas que salen mal.

—Bromeas, pero al final sentí verdadero alivio por no ser Walter White. Como que al menos no me disparé con mi propia ametralladora después de que me persiguiera mi propio cuñado.

—Eh, spoiler —dice Phoebe.

Él se ríe.

—¡Han pasado diez años!

Se quedan allí sentados en silencio, con la cabeza apoyada en la bañera, y disfrutan del calor, como si hubieran compartido algo vital. Como si ya no estuvieran solos consigo mismos ni con sus secretos. Ella mira al cielo y el pie de él le roza la pierna.

—Lo siento —se disculpa él, muy deprisa, pero a ella le gusta. Siente algo que no había sentido en mucho tiempo. Acaba de ser tocada por un hombre que conoció hace horas y que no es su marido, y sí, solo ha sido un toque accidental con el pie, pero se sintió increíble. Quizá porque se supone que ya debería estar muerta o quizás porque se supone que es la mujer de su marido. ¿O tal vez solo quiere follárselo?

—¿Tienes algún otro secreto? —pregunta Phoebe.

—Por supuesto.

—Dime uno.

—Ni siquiera te conozco.

—¿No es mejor así?

Él se queda pensando.

—Una vez en la universidad, me hice adicto a las novelas románticas de mi novia. Empezamos a leer una juntos como broma, pero luego me enganché de verdad. Quiero decir, me volví completamente adicto. Las leí durante meses. Así que ahí lo tienes.

—Eso no es tan vergonzoso. ¿Qué tiene de malo?

—Claramente hay algo muy malo en ello —dice—. ¿Un chico de veintiún años en su dormitorio leyendo *Confesiones de una virgen victoriana*?

—No lo sé —responde Phoebe—. Siempre me ha impresionado la gente que lee cuatrocientas páginas solo para tener un orgasmo. Es mucho trabajo. Ver un video habría sido astronómicamente más fácil.

—Gracias por el apoyo, pero tengo la sensación de que mi tiempo podría haber sido mejor empleado leyendo *Moby-Dick* o algo así.

—*Moby-Dick* también es porno.

—*Moby-Dick* no es porno.

—¡Es porno de barcos! —dice Phoebe—. La fantasía total de ser un hombre en un barco, en una aventura salvaje. Pero en vez de terminar con una mujer teniendo un orgasmo triple, termina con una…

—¡Eh, nada de spoilers!

—Ballena gigante…

—¿Que tiene un orgasmo triple?

—Exactamente. Luego se estrella contra la nave y lisa y llanamente todos se mueren.

—Lo sabía —dice él, y se ríen. Ella extiende los brazos y pasea los dedos por el agua caliente, mira a la luna. Piensa que la vida es increíble. Anoche estaba a punto de morir sola en su habitación de hotel y ahora está aquí, en un jacuzzi, flirteando con un hombre al que antes habría considerado "demasiado atractivo". Lo habría visto en un bar y lo habría descartado porque era guapo. ¿No es ridículo? Que pusiera reglas para no sentirse atraída por gente demasiado

atractiva por la misma razón por la que su marido se negó a contratar a un filósofo con agente.

—Tenemos que preguntarnos si alguien tan famoso va a querer impartir nuestro curso de Introducción a la Ética —le preguntó.

—Yo creo que no. —Y ella estuvo de acuerdo, porque eso es lo que se preguntaba a menudo cuando conocía a hombres. ¿Alguien tan guapo va a querer lavar los platos? ¿Sostener el pelo de nuestra hija cuando vomita? ¿Escucharme hablar largo y tendido sobre los fundamentos ideológicos de la moda de la barba victoriana?

No. No podía imaginarlo. Solo podía imaginar gente hermosa haciendo cosas hermosas. Pero ahora mismo, se siente igual de hermosa. Más hermosa. Está viva. Encantada. Tengo dedos, piensa, y los saca a la superficie del agua. Mira estos malditos dedos mágicos.

—¿Y cuál es su especialidad, profesora? ¿Su campo? No estoy seguro de cómo se dice.

—Mi campo es la literatura victoriana —responde ella—. Sobre todo, novelas. Las tramas matrimoniales. Las Jane Eyre.

—¿El libro sobre la niña huérfana? —pregunta él—. ¿O estoy pensando en Annie?

—Las dos son huérfanas.

—¿Así que tu campo son... las huérfanas?

—Sí —bromea—. Me especializo en... huérfanas.

Ella le dice que siempre se sintió atraída por sus historias.

—¿Eras… una huérfana?

—No. Pero siempre quise serlo.

—¿Quién no? Los huérfanos sí que disfrutan.

—Lo que me pasó es que mi madre murió cuando yo nací.

—Ah, OK. Así que estabas a medio camino de hacer el sueño realidad.

—Pero me crio mi padre.

—Siento mucho oír eso.

—Sí, una verdadera tragedia —se ríe—. No. Era un buen hombre. Yo lo quería. Pero también estaba tan deprimido por la muerte de mi madre que la mayor parte del tiempo era como si apenas estuviera. Así que creo que me convencí a mí misma de que funcionalmente no tenía padres, pero seguía sometida a las normas de mi padre.

—Una huérfana sin todas las ventajas.

—Sola, pero sin la reputación que da la orfandad.

—Son extrañas las cosas de las que nos convencemos de niños —reflexiona el hombre—. Siempre quise que me molieran a golpes cuando era más joven.

—¿Por qué?

—A los chicos siempre les daban palizas en las películas, y parecía un rito de iniciación. Como si no pudiera crecer y ser un hombre de verdad hasta que alguien me desviara el tabique o algo así.

—Eso es lo que dicen todos los hombres de verdad.

—Desgraciadamente, nunca ocurrió. Soy una persona complaciente.

Se calla. Se echa hacia atrás.

—¿Te has cansado de hablar? —pregunta Phoebe.

—No. En realidad, estoy cansado, pero no de hablar. Esto no parece hablar.

—¿Qué parece?

—Parece estar, nada más. Es relajante.

Entonces él la mira, como si estuviera algo sorprendido por su presencia. Como si no acabara de creerse este momento, igual que ella. Quiere estirarse y tocarlo. Quiere creer que algo aún más asombroso puede suceder a continuación. Tiene la certeza de que este momento, y momentos como este, son por los que ha seguido viva.

—Sé a qué te refieres —dice ella.

Pero llega un momento en que una persona ya no puede estar en un jacuzzi, por mucho que lo desee. Hace demasiado calor. El cuerpo no lo soporta. Se levanta y recuerda que solo lleva puesta su lencería negra.

El hombre mira hacia otro lado.

—Discúlpame.

—No te disculpes. Quiero decir, soy yo la que está en ropa interior. Yo debería disculparme.

Pero no lo hace. Ni siquiera se pone la bata. Sigue ahí de pie. ¿Por qué la ropa interior debería ser más embarazosa que un traje de baño?

—Para serte sincera, nunca he entendido la lógica. Es decir, la ropa interior cubre exactamente las mismas partes de mi cuerpo y, sin embargo, porque está hecha de un tejido diferente, ¿de repente es inapropiada?

—Yo también me lo he preguntado alguna vez. Pero parece categóricamente diferente.

—Bueno —dice Phoebe.

Podría invitarlo a subir a su habitación. ¿Y por qué no? Su matrimonio ha terminado. No lleva anillo de casado. Y tienen una conexión. Phoebe está segura de ello, porque hace mucho tiempo

que no se siente conectada con alguien, ni siquiera consigo misma. Su conexión es lo más obvio, lo único que puede sentir en este momento.

Pero Phoebe duda. La antigua Phoebe nunca daba el primer paso. Ni siquiera con su marido tras años de matrimonio: siempre esperaba a que él tomara la iniciativa. Siempre le dio vergüenza admitir que deseaba algo, como si fuera humillante ser una persona con deseos. Pero ¿qué se sentiría al ser diferente? ¿Ser totalmente sincera sobre lo que quiere?

—Quiero follarte —le dice al hombre.

—Oh —dice el hombre. Se sienta más erguido en la bañera, ya no relajado—. Realmente no esperaba que dijeras eso.

—Yo tampoco. Solo pensé que en el espíritu de total honestidad…

—En el espíritu de total honestidad, debo decirte que yo…

—Estás con alguien —lo interrumpe, porque ahí está la antigua Phoebe, que llega corriendo a salvarla. La vieja Phoebe que asume que sabe todas las cosas terribles que la gente está pensando, así que las dice primero, como si esto de alguna manera la protegiera de la verdad—. Por supuesto.

Pero no parece ofendido ni avergonzado por lo que ha dicho. No dice nada por un momento. Se limita a observarla con curiosidad, como si fuera una especie de hermoso ciervo avistado en el bosque que desaparecerá si él hace otro ruido. Y de repente, la vieja Phoebe parece la tonta. Tan a la defensiva, tan temerosa, tan tonta ante este momento tan honesto de dos personas que simplemente se desean.

—Lo estoy —reconoce finalmente.

Ella asiente y se ata la bata.

—Bueno, espero sinceramente que alguien te dé una paliza esta semana —dice Phoebe.

—Gracias —se ríe—. Yo también.

Sonríe durante todo el trayecto hasta el ascensor. Su corazón late desbocado mientras está allí de pie. Se siente viva. Se siente tan real. Como si pudiera hacer cualquier cosa, así que empieza a dar la vuelta a más libros de la estantería. *La casa de la alegría*. *Huckleberry Finn*. No para hasta que saca *La señora Dalloway*, de Virginia Woolf.

Sostiene a *La señora Dalloway* como si fuera un mensaje del universo, aunque la vieja Phoebe no cree en los mensajes del universo. Es solo un libro que pertenece al hotel. Es solo un libro que probablemente consiguieron cuando encargaron libros al por mayor en alguna librería de segunda mano. Pero también es el último libro que nunca terminó.

Se lo pone bajo el brazo, sube al ascensor y así es como pasa a ser suyo.

UNA VEZ ARRIBA, tira los cigarrillos. Abre el minibar, que según la documentación de la habitación es "un refrigerador de bebidas". Saca una kombucha de guayaba e hibisco.

—No consumas nada del minibar —decía siempre su marido.

Pero a ella no le importa si la estafan. Quiere que la estafen. Ha elegido este hotel tan caro solo para que la estafen. Le da vértigo abrir la lata. Entonces abre la bolsa de *souvenirs* de Lila y saca las Oreo que no son Oreo porque están hechas con amor y no con grasas trans. Levanta las que no son Oreo en la palma de la mano y se come la caja entera, como solía hacer su marido. Hasta su

aventura, las Oreo eran lo único que su marido no podía mantener bajo control.

—Son tan buenas —decía—. No sé cómo hace la gente para parar.

Y así eran de buenas. Muerde una y piensa que incluso las que no son oreos son muy buenas.

Abre *La señora Dalloway*. No quiere pensar más en su marido. Ya ha pensado muchas veces en su marido, y ni una sola vez ha terminado *La señora Dalloway*. Siempre se decía que era porque no le gustaba el estilo de Woolf, las frases circulares, los pensamientos interminables puntuados con punto y coma; como esto; y esto; y luego esto.

"Si alguna vez quieren aprender a usar el punto y coma, no se fijen en Woolf", solía decir a sus alumnos.

Sin embargo, si hubiera sido sincera, Phoebe habría admitido que no le interesaba la vida interior de la señora Dalloway. La señora Dalloway era demasiado vieja, demasiado infeliz, demasiado casada, ya más allá de los años de vida que le interesaban a Phoebe en ese momento. Y odiaba a Septimus por las mismas razones: había vuelto de la guerra, amenazaba con suicidarse y, después de que él saltara por la ventana, ella se sintió traicionada por el libro, traicionada por Woolf y por todos los demás grandes autores que se suicidaron. Era demasiado horrible saber que casarse no era suficiente. Que crear sus obras maestras no había sido suficiente, que ir a la Segunda Guerra Mundial no había sido suficiente, que ser la mejor nota de su secundario y luego de su universidad no había sido suficiente... Su padre seguía deprimido. Seguía solo, siempre sentado en su silla viendo películas de la Guerra de Vietnam.

Así fue como lo encontró cuando regresó de St. Louis tras su primer año de licenciatura: muerto en su silla. Supuso que se había suicidado, porque eso era lo que siempre le había preocupado, pero entonces vio el tazón de cereales derramado sobre su barriga y apartó la mirada. Un derrame cerebral, pensó. O quizá un infarto. Y cuando volvió a mirarlo, la tristeza la cegó.

Volvió a la escuela, y la oscuridad fue todo lo que pudo ver durante días. Estaba sola. Realmente sola. Paseaba por los jardines de Forest Park y solo veía los hongos de las hojas. El olor a whisky del aliento de Bob en el pasillo. Y Nancy, la secretaria del departamento, que almorzaba atún todos los días de su vida y luego enfermó de cáncer y después murió silenciosamente fuera de escena y fue sustituida por alguien que tenía un corte de pelo idéntico.

Así que leyó las novelas sobre la lenta mejora incremental, sobre hermanas que también eran buenas amigas, mujeres que eran demasiado ingeniosas para la sinceridad de sus paisajes, mujeres que estaban por encima del matrimonio y sus convenciones y, sin embargo, conseguían ser bellas y experimentar las alegrías de todos modos. Dedicó su carrera a estos libros porque los necesitaba. No le importaba que la mayoría de los demás estudiantes de posgrado pensaran que era aburrido. Estas historias eran como pequeñas biblias para ella, que le enseñaban a ser normal, a soñar, a creer que la felicidad y una nueva familia llegarían en un mismo momento, en una sola página, como el crescendo repentino de una sinfonía. Necesitaba creer que esas personas estaban ahí buscándola, esas personas buenas y morales con grandes propiedades y corazones más grandes que se enamorarían perdidamente de lo sola que estaba, porque ¿no era la vida lo bastante dura?

Pero ahora necesita algo más. Ahora apoya la cabeza en la almohada de coco y empieza a leer *La señora Dalloway*. Ahora sabe lo que se siente al estar más allá de las tramas tradicionales de una vida, al sentarse en una silla en una habitación vacía sintiendo que no hay nada más que esta solitaria marcha hacia adelante. Sin embargo, tiene que haber algo más. De repente se siente presa de una curiosidad tan enorme que resulta primitiva. Necesita saber: después de la guerra, después del matrimonio, después del suicidio... ¿qué pasa después?

Antes de enamorarse, Phoebe y su marido se sentaban uno al lado del otro en el laboratorio de informática para graduados durante dos meses, sin hablarse. Los dos estaban ocupados intentando terminar sus tesis antes de que acabara su sexto año, ambos dotados de alguna habilidad escandalosa para concentrarse sin descanso en una tarea, incluso en las tardes más calurosas de St. Louis, cuando las tormentas parten el cielo en dos. Tecleaban y tecleaban y tecleaban, y probablemente habrían seguido así eternamente si no se hubiera ido la luz.

—Mierda —dijo Phoebe.

La habitación se apagó como un cuerpo que se muere. Por un momento, hubo demasiado silencio.

—No recuerdo la última vez que apreté Guardar —dijo Phoebe.

Matt se acercó a ella inmediatamente como si fuera un socorrista.

—Todo irá bien. No pasa nada. Siempre hay una forma de recuperar el documento.

Había estado reescribiendo un capítulo toda la mañana, páginas que ya no tenía que reescribir, según Bob, que empezaba a estar muy preocupado por lo que él llamaba su perfeccionismo improductivo. "Termina antes de mayo", dijo Bob, y ya estaban en abril.

—Lo recuperaremos —dijo Matt con la seguridad de un capitán de barco. Phoebe aún no sabía de dónde era Matt, aún no sabía que tenía una madre muy devota que ponía un árbol de Navidad de verdad todos los años. Pero podía sentirlo.

—Eso espero —dijo Phoebe, relajándose.

Bob entró, sacó papeles de la impresora y dijo:

—¡Qué bien! Se imprimieron justo a tiempo.

Luego miró a Phoebe con la mirada vidriosa de un hombre que no ha salido en todo el día, y dijo:

—Oh, hola Phoebe, no te había reconocido por un momento. Hoy no te pareces a Virginia Woolf.

Phoebe bajó la mirada. ¿Otros días se parecía a Virginia Woolf?

Estaba confundido. Nunca había pensado en sí misma de ese modo.

—Ah —fue todo lo que dijo—. Sí.

Su tutor se marchó y la sala quedó en silencio hasta que ella dijo:

—¿Eso ha sido un cumplido o un insulto?

—Supongo que depende. Virginia Woolf... ¿era linda?

Phoebe se rio.

—Es decir, nunca pienso en la belleza de ningún personaje histórico. Solo son entes sin cuerpo, polvorientos, en tonos de sepia.

Matt asiente.

—Incluso los presidentes de Estados Unidos, los que son famosos por ser presidentes sexys, como JFK, no son realmente lo que llamaríamos sexys.

Se sentaron allí y hablaron de los presidentes de Estados Unidos, diciendo cosas como: "Lincoln tenía una bonita estructura ósea, creo" y "¿Qué? Lincoln era famoso por lo feo". Debatieron si

Nietzsche estaría bueno si una de sus tías le hubiera afeitado el bigote, pero era demasiado difícil saberlo, demasiado imposible imaginar la cara del hombre sin ese bigote, así que Matt finalmente dijo:

—Oye, ¿quieres una cerveza?

Matt y sus amigos guardaban cervezas en el refrigerador de su departamento, porque se podían hacer esas cosas en Filosofía, donde el nuevo secretario era el mejor amigo de todos. Se sentaron bajo la inquietante luz púrpura de la tormenta y hablaron de lo agradable que era no estar escribiendo, y de cómo cada momento que pasábamos despiertos giraba en torno a nuestras disertaciones.

—Cuando me llaman mis padres, mi madre siempre me dice: "¿Pero vas a hacer algo divertido en verano?". Y yo digo: "Bueno, he estado pensando mucho en las formas platónicas".

Phoebe se río. Se sentía como si estuviera faltando a clase, y no porque alguna vez lo hubiera hecho.

—Me pasa lo mismo. Quiero decir, mi padre. Él tampoco lo entendía.

Le contó que su padre no entendía por qué leía tanto.

Le había preocupado, algo que le dijo durante su primera visita de Acción de Gracias en la escuela de posgrado. Se lo había pasado leyendo en lugar de salir con sus amigas o tener citas con hombres. Y sí, a veces leía demasiado. A veces leía libros en lugar de vivir una vida, pero ¿no significaba eso que su vida consistía en leer libros? ¿Y no podía ser una vida como era la vida de su padre flotar en un río? Cada noche, ella veía a su padre ponerse el equipo y, sin decir palabra, subirse a la barca e intentar pescar el mismo pez que había

pescado durante años, y a él nunca le pareció extraño en absoluto. Pero la miró leyendo *Emma* y le dijo: "Sal, vive un poco".

—Volvió la luz —dijo Matt.

Deseó que un tornado arrasara el lugar y los mantuviera escondidos en el sótano durante tanto tiempo que se vieran obligados a empezar una nueva vida juntos. Pero ahora la sala estaba iluminada, los ordenadores volvían a tener vida y Matt dijo:

—Bien, evaluemos los daños.

Abrió el documento de Word. El trabajo de la mañana había desaparecido.

—¿Eso es muy malo? —dijo Matt.

—Sí. Muy malo.

Tenía dos semanas para terminar su tesis. Y no tenía un trabajo fijo para el otoño, como Matt; un golpe de suerte, le dijo, una jubilación en el momento adecuado, pero Phoebe sabía que era más que eso. Phoebe sabía que todo el mundo en el Departamento de Filosofía debía querer de verdad a Matt, de la misma forma que ella sentía que empezaba a quererlo. Era el capitán del barco en todas las aulas, el que te hacía sentir que todo iba a salir bien. Dirigía el programa de prácticas, ayudaba a averiguar por qué a nadie le importaba ya la filosofía y publicaría un libro muy aclamado, un libro tan popular que, de hecho, ganaba dinero con él.

Pero Phoebe no era muy querida en su departamento. No la odiaban, pero tampoco era una estrella: no tenía publicaciones reales, como muchos de sus colegas, porque siempre estaba en el laboratorio de informática, intentando terminar su tesis.

Pero había valido la pena, pensó Phoebe, perder la mañana de trabajo a cambio de su compañía. Y tal vez era de esto de lo que su

padre había estado hablando. Tal vez esta era la vida que él había querido para ella.

—Me impresiona tu calma —dijo Matt—. Si hubiera perdido el trabajo de esta mañana, ahora mismo estaría debajo de la mesa, llorando y bebiendo gin.

—Bueno, no hay gin, así que… —dijo Phoebe.

—Oh, hay gin. Según las estadísticas, cada edificio académico tiene al menos una botella de gin.

—Vamos a buscarla.

—Primero, el trabajo. El gin, después.

Volvieron al trabajo, pero ella no podía concentrarse. La energía de la habitación había cambiado. Quería sentarse a beber gin con ese hombre. Quería saber: ¿cómo era Virginia Woolf?

Buscó su foto en Internet y se dio cuenta de que nunca antes la había mirado bien. Sí, había visto su foto cuadrada en la contratapa de los libros que leían sus colegas, pero aquella tarde pudo ver a Woolf de una forma nueva, como de repente pudo verse a sí misma: a través de los ojos de Matt. Y a través de los ojos de un hombre que se enamora, pudo ver lo enérgica que había sido Woolf, lo hermosa que era en el ángulo correcto. Phoebe siempre se había sentido así consigo misma. Guapa, pero solo desde ciertos ángulos.

—Bueno, me rindo. Todo lo que estoy haciendo aquí es googlear fotos de Virginia Woolf.

—Yo también —confesó Phoebe.

—Bueno, déjame decir esto. El profesor Mill te estaba haciendo un cumplido, no hay dudas.

Sonrió escondida detrás de su ordenador.

CUANDO LOS DOS terminaron sus tesis, pasaron el verano juntos, sin trabajar. Pasaron largas noches jugando a los bolos. Escuchaban los círculos de tambores en Delmar. Dieron largos paseos por el Mississippi. Comieron barbacoa en festivales de caza de castores. Phoebe empezó a leer *La señora Dalloway* y también se enamoró de la novela. Le escribía a Matt sus frases favoritas sin ninguna explicación y él las entendía.

Pero nada es tan extraño cuando uno está enamorado (¿y qué era esto sino estar enamorado?) que la completa indiferencia de los demás, escribió.

Es como hace un rato, cuando estaba en la gasolinera cargando combustible, le respondía Matt. *Pensé: ¿Así que todavía tengo que hacer cosas?*

Pero entonces Septimus se suicidó y empezó el semestre de otoño. Phoebe abandonó definitivamente *La señora Dalloway* y Matt se trasladó a su nueva oficina. Empezó a impartir su primera clase como profesora adjunta, mientras volvía a solicitar trabajo. Cada vez que se despedían antes de una de sus entrevistas, le resultaba molesto, era como una práctica para la vida real. Lo llamaba desde los hoteles, lo que la hacía sentirse como una niña en el colegio, intentando saber todo sobre Matt por teléfono. Cuéntame más cosas sobre tu madre, sobre tu padre, sobre el perrito que sostuviste en brazos mientras se desangraba en la calle, y ¿te gustan los postres de limón o de chocolate? ¿Te gustan los lagos o los océanos, los gatos o los perros, y por qué el mundo siempre nos hace elegir?

—A la gente le encanta crear falsos binarios —afirmaba Matt—. Es clarificador.

En noviembre le ofrecieron su primer trabajo: un puesto de titular en una universidad de Wisconsin. Buscó la ciudad en Internet, la investigó como si fuera un libro, le costó muchísimo saber qué hacer. Sabía que era una oportunidad, pero cuando se imaginaba allí, solo podía imaginarse a sí misma como su padre, sentada en una silla en una habitación oscura, completamente sola.

—Es tu decisión, por supuesto —le dijo Matt, y Phoebe se sintió decepcionada. Ella no quería que fuera su decisión. Quería que él decidiera, que fuera el capitán.

No tomó ninguna decisión. Leyó los borradores del nuevo artículo de Matt y le resultó más fácil corregir su trabajo que el suyo propio. Hizo sugerencias en forma de preguntas: "¿Conoces la forma de tu argumento? Cuando cierras los ojos, ¿puedes verla?".

—Vamos al parque —sugirió él una tarde.

Todos sus conocidos iban al parque. Llevaban dos días obsesionados con el eclipse. Incluso sus amigos que no creían en esas cosas pensaban que significaba algo. Había una metáfora. De alguna manera, representaba algo. Y ella quería sentirlo, fuera lo que fuera, así que miró directamente al centro oscuro que una vez fue el sol. La luz roja debía ser cegadora, pero ellos estaban bien, protegidos. Estaban enamorados, por no decir que llevaban gafas especiales, tomados de la mano en un parque, rodeados de mansiones construidas durante la Feria Mundial. A Phoebe todo le parecía precioso.

—Oye —le susurró Matt al oído—, ¿quieres casarte aquí?

Lo susurró tan despreocupadamente que dejó atónita a Phoebe. De la misma manera que dijo: "Oye, tomemos una cerveza". Como si

su matrimonio fuera algo tan natural, tan orgánico, que creciera a su alrededor como la hierba.

Al mediodía, Phoebe se despierta cuando llaman a su puerta.

—Sabía que no lo harías —afirma Lila. Entra y se pone frente al espejo del baño—. ¿Qué te parece este sombrero?

La madre de la novia tenía razón, piensa Phoebe. La novia tiene poca imaginación. Phoebe no puede imaginarse ser una persona con tan poca curiosidad por los demás. No puede imaginarse entrar en la habitación de hotel de otra persona, alguien que es abiertamente suicida, y no preguntar: "¿Cómo estás?". Ni siquiera podía empezar su sesión de terapia en Zoom sin preguntarle a su terapeuta: "¿Cómo estás?", lo que la enfadaba mucho porque ¿no le estaba pagando solo para no tener que considerar el hecho de que era un ser humano? Pero cuando le veía la cara, era tan claro que se trataba de otro ser humano, que empezó a preguntarse cómo sería estar sentado en Zoom durante nueve horas al día escuchando a gente como ella hablar de cómo ya no quieren acostarse con sus maridos.

—¿Se parece demasiado a un sombrero de marinero?

—Supongo que depende —responde Phoebe—. ¿Cuánto quieres parecer un marinero?

—Realmente no lo sé —responde Lila, como si esto fuera un gran problema.

Ayer, la despreocupación de Lila habría parecido una prueba más de su soledad. Pero esta mañana, la indiferencia de Lila es un regalo. Porque Phoebe no puede explicar lo de anoche. No quiere explicarlo. Lo siente como un secreto que solo tiene con el universo (y con el hombre del jacuzzi), un secreto que se convertirá en un recuerdo fundacional que llevará consigo allá donde vaya. Como el recuerdo de haber conocido a su marido, que fue tan vital que la sostuvo durante una década.

—Vamos a navegar —explica Lila—. Y Nat y Suz dijeron que se veía bien, pero ahora siento que ya ni siquiera puedo confiar en ellas.

Lila dirige la vista hacia el océano, como si fuera un viejo amante que pasa.

—Dios, me encanta la puta vista de tu habitación —dice Lila. Sale al balcón, se sienta. Suspira—. Lo juro, te has convertido en la única en quien puedo confiar en este lugar.

Phoebe también sale al balcón, espera a que Lila hable, porque Phoebe está segura de que en cualquier momento la novia empezará su monólogo. Pero Lila no dice nada.

—¿Por qué no puedes confiar en Nat y Suz? —le pregunta Phoebe, como si las conociera.

—Se supone que son mis mejores amigas, pero ayer dejaron que hiciera el ridículo por ahí con la comida entre los dientes —dice Lila —. Luego, después de la recepción, decían: "¡Qué noche tan perfecta! ¡Qué buenos discursos! Tu madre estuvo maravillosa". Y la verdad es que no. ¿Escucharon lo que dijo mi madre anoche?

—Le dio una vuelta al final, me pareció.

—No. Perdón por no hablar con patos. Dios. Esta mujer lleva toda mi vida esperando cosas de mí que no creo que las madres deban esperar de sus hijos. ¡Y ni siquiera contó bien la historia! Gary no compró el cuadro el primer día que nos vimos en la galería. Vino de nuevo una semana después a comprarlo. ¡Y ella ni siquiera estaba!

Lila se quita el sombrero.

—Y ahora ni siquiera sé a qué se refieren mis amigas cuando me dicen que algo es maravilloso. Esa es la única palabra que dicen Suz y Nat desde que llegaron. "¡Ay, Lila, Gary es tan, tan, tan maravilloso!".

—¿No es maravilloso?

—Es Gary.

—No te entiendo.

—La Navidad es maravillosa. Unas vacaciones en la Toscana son maravillosas. Un paseo en kayak por el lago es maravilloso. Esos pequeños soufflés que tienes que pedir con una hora de antelación en Marmot son maravillosos. Pero los Garys no son maravillosos. No se supone que tengan que ser maravillosos.

Phoebe siente que se despierta la profesora que hay en ella. La profesora siempre tiene ganas de decir algo sabio que haga reflexionar al alumno sobre sus propias palabras, algo así como: "Si no te parece maravilloso, quizá el problema no sean los demás". Porque, ¿no es eso lo que Lila viene a buscar? ¿La verdad sobre su gorra de marinero?

—¿Y qué se supone que son los Garys? —pregunta Phoebe.

Pero Lila no contesta. De repente parece confundida, como si no tuviera ni idea de para qué hay Garys en este mundo.

—Uf —dice, mirando su teléfono—. Me tengo que ir. Parece que hay un problema en la habitación de mi madre.

Lila se dirige a la puerta, pero se detiene al ver la cama deshecha de Phoebe.

—Si estás deprimida, deberías intentar hacerte la cama cada mañana —dice Lila.

—No hago la cama porque estoy deprimida.

—Pero se supone que hacer la cama te hace más feliz. Leí un estudio.

—Pues deberías decirles a los investigadores que conoces a una mujer que se hizo la cama todos los días de su vida durante cuarenta años y no funcionó.

—Pero tal vez funcionó. Tal vez te habrías suicidado años antes si no hubieras estado haciendo la cama. ¿Ves? Nunca se sabe.

—Te invito a hacer la cama entonces. Esta es la semana de tu boda. Deberías tener toda la felicidad que esté a tu alcance.

—No, literalmente tiene que ser tu cama para conseguir la felicidad.

—Bueno, esta no es mi cama, así que…

—Oh, ¿y no te encanta la almohada de coco? Pensé que a todos les divertiría mucho.

—Tiene mucho perfume a coco. Quizá demasiado. Por otra parte, no estoy segura de cuán fuerte debe oler una almohada de coco.

—Es la proporción perfecta entre coco y almohada, creo. Ya no puedo dormir sin una de esas.

Phoebe siente que empieza a tener un pequeño dolor de cabeza, de esos que le dan cuando espera demasiado para tomar café.

—Necesito café —dice Phoebe, y va a buscar la cafetera.

—Oh, no. No tomes —dice Lila—. Incluso en un hotel de cinco estrellas, el café de la habitación es una mierda. Es una regla de los hoteles. Pidamos un poco. Va a ser un día largo.

Lo es. El primer día de Phoebe de regreso a la vida. Porque si no va a morir, va a tener que vivir. Va a tener que reservar un billete de avión.

Enviar un email a Bob. Pensar en algo sabio, decírselo a Adam y que le cambie la vida. Volver a St. Louis. Enterrar a Harry, que ya es más de lo que puede pensar en este momento.

—¿Tomas el café solo? —Lila toma el teléfono.

—Con nata —dice Phoebe—. Y azúcar.

—Gracias a Dios. La gente que toma el café solo es siempre tan engreída, ¿sabes? Marla esta mañana decía: "Oh no, no, no necesito cosas en mi café. Me gusta solo negro, gracias". Y me daban ganas de decirle: "Bueno, lo siento, discúlpame, pero resulta que soy un ser humano y me gusta el azúcar".

Luego llama al servicio de habitaciones.

—Sí, me gustaría pedir café con nata y azúcar —dice Lila al teléfono—. Dos huevos. Y la tostada francesa patriótica.

—¿Tostadas francesas patrióticas? —pregunta Phoebe cuando Lila cuelga—. ¿En qué guerra peleó?

—Quizá tenga forma de bandera o algo así —aventura Lila.

—A lo mejor vota.

Lila suelta una media risa, como un caballo al que han tomado por sorpresa.

—Para ser una suicida, eres bastante cómica.

—Gracias.

Lila se dirige a la puerta, pero mira a Phoebe como si dejara atrás un triste sofá en una casa de caridad.

—Así que esto es lo que va a pasar —explica Lila—. Vas a comer tu desayuno patriótico, y luego te reunirás con nosotros en el vestíbulo a las dos para ir a navegar.

—¿Por qué iría a navegar contigo?

—Porque quiero que vengas.

—¿Por qué querrías a una mujer que no conoces y deprimida en tu velero?

—Honestamente no pareces tan deprimida —dice ella—. Y el capitán dijo que necesitamos un cierto número de cuerpos en el barco para mantenerlo equilibrado. Y parece que la mayoría de la gente está con demasiada resaca para estar en un barco. Y si no vienes, tendré que pedirle a mi madre que venga. Así que no te molestes en decirme que tienes planes, porque sé que estabas planeando estar muerta ahora mismo.

Sí, Phoebe debería estar muerta. Debería ser una losa fría en la morgue ahora mismo, pero en lugar de eso va a comer tostadas francesas patrióticas y va a salir a navegar. Porque, ¿no es por eso por lo que eligió el Cornwall con Matt? ¿Salir a navegar en un barco ganador de la America's Cup? ¿Para sentir la brisa del mar en el pelo? ¿Para ser de esa gente que pedía desayunos ridículos a sus habitaciones?

—Pero tengo que hacer la salida a las once —dice Phoebe.

—No hace falta. Ya te dije que reservaría la habitación para toda la semana.

—Y yo te pedí que no lo hicieras.

—Bueno, yo no quiero más desconocidos por aquí. Tú eres la única desconocida aceptable.

—Me aseguraré de poner eso en mi lápida. Phoebe Stone: la única desconocida aceptable.

Pero Lila no se ríe. En lugar de eso, levanta las cejas alarmada.

—Estoy bromeando —la tranquiliza Phoebe—. Y, además, no tengo nada que ponerme para salir en barco. Lo único que tengo es ese... vestido.

Las dos miran el vestido verde que Phoebe ha dejado arrugado en el suelo. El vestido parece un cadáver, caído donde le dispararon. Phoebe se pregunta si podrá volver a tocarlo.

—Pediré que lo laven —dice Lila, recogiendo el vestido—. Por ahora, compra algo en la tienda de regalos. Tiene cosas que no son tan horribles.

—Pero ni siquiera tengo algo para ir hasta la tienda de regalos, aparte de esta bata.

—Ya veo.

Se escrutan mutuamente el cuerpo para tener ese momento que suelen tener las mujeres entre ellas: ¿te queda bien mi ropa? ¿Tenemos el mismo cuerpo? Y la respuesta obvia es no. Lila tiene las patas flacas, como una mesa. Mientras, Phoebe tiene el cuerpo de una mujer que lleva un año bebiendo gin-tonics en la cama.

—Traeré algo de la habitación de mi madre —le avisa Lila. Phoebe se opone, pero Lila la interrumpe—. Está bien. Cada vez que dona algo se siente mejor mujer. En realidad, le estás haciendo un favor.

—Bueno, en ese caso, está bien.

Esto es exactamente lo que Phoebe siempre ha odiado y amado de la vida: lo impredecible que es, cómo las cosas pueden cambiar

en un instante. En un momento puede estar preguntándose qué prepararle a su marido para cenar y al momento siguiente puede entrar en la habitación y decirle que está enamorado de otra. Pero también es cierto que un día puede estar sola en una habitación preparándose para morir, y al siguiente, puede estar preparándose para estar en un barco con bellos desconocidos.

—Te veré en el vestíbulo a las dos.

LA TOSTADA FRANCESA PATRIÓTICA no tiene forma de bandera. No tiene nada de patriótica. Phoebe se siente decepcionada.

Pero se la come de todos modos. Se da cuenta de que tiene mucha hambre. Se lava la cara en el lavabo, luego se cepilla el pelo, y qué cepillo más bonito. Tallado en una pieza sólida de madera como un barco.

Se da una larga ducha, utilizando todos los productos, tan bien empaquetados que también quiere comérselos. Se frota todo el cuerpo con algo que tiene olor a bosque. Oye que llaman a la puerta, pero al abrirla solo encuentra una bolsa con la ropa que dejó Lila. La abre. Ve algo brillante.

—Dios —dice Phoebe.

Pero es emocionante, tiene que admitirlo, ponerse las lentejuelas de otra mujer por un día.

—Les presento a Phoebe —anuncia Lila.

El grupo hace un saludo colectivo, como si estuvieran todos en una secta. Rodete Alto es la primera en abrazarla.

—Soy Suz —se presenta Rodete Alto, aunque ya no lleva un rodete alto. Ahora lleva una larga trenza de espiga que cuelga despreocupadamente sobre su hombro derecho. Su pelo es interminable. Tiene algo casi prehistórico. No es de extrañar que el rodete fuera tan alto.

—Soy amiga de Lila de Portsmouth Abbey.

—¿Portsmouth Abbey? —pregunta Phoebe.

—No te preocupes, no somos monjas —aclara Almohada en Cuello, que ahora tiene un diminuto collar de diamantes justo en el centro de la garganta—. Solo supervivientes de un internado católico. Hola, soy Nat.

Nadie más abraza a Phoebe, pero cada invitado a la boda continúa presentándose diciendo su relación con la novia o el novio. La hermana del novio, Marla. La hija del novio, que se llama Mel, pero prefiere que la digan Juice.

—Claro —dice Lila—. Me olvido de que quieres que te llamen Juice. ¿Y eso por qué?

Lila espera con una sonrisa, como si le estuviera dando a Juice la oportunidad de contar una historia muy divertida sobre sí misma. Pero la hija del novio se queda ahí, jugueteando con un pequeño círculo de plástico verde en la mano. La que habla es la tía.

—Es que siempre la hemos llamado así —agrega Marla con un tono frío, alisándose con una mano el pelo oscuro que le enmarca la cara. El otro brazo cuelga rígido en un cabestrillo gris. Da un sorbo a su café negro.

—Sí, desde la noche de los tiempos —dice Juice, con una frialdad aprendida que suena a muchos años más que once, que es lo que Phoebe supone que tiene. Su atuendo también parece más antiguo: unas botas de combate negras, un top que le llega justo por debajo del ombligo. Resulta extraño el contraste con sus rasgos infantiles: la gordura infantil, el diente que le falta y que debe de haber perdido hace poco.

Phoebe espera a que Lila le responda con algo sarcástico, pero los tonos con que hablaron la hacen callar. Sus bromas, si es que son eso. Lila rodea con el brazo a su futura hijastra y, cuando Juice se aleja, Lila mira a Phoebe como diciendo: "¿Ves?". Y Phoebe lo ve. Phoebe siente unas ganas repentinas de proteger a Lila, que ya parece diferente de los invitados a la boda. Más tranquila, más apagada. No habla largo y tendido de todos los miembros de su familia a la vez. Es educada, graciosa, alegre hasta la saciedad, y Phoebe recuerda haberse sentido presionada para ser igual en su propia boda. Se alegra de poder decir cosas que Lila no puede decir.

—¿Como que el sexto día Dios creó los océanos y el séptimo la gente empezó a llamarte Juice? —pregunta Phoebe.

—Es muy gracioso, sí —agrega Marla, sin reírse—. Eso es exactamente lo que pasó.

—Pero estoy segura de que Dios creó los océanos el segundo día —agrega Lila.

—Sí, definitivamente eran una prioridad —confirma Almohada en Cuello, y las mujeres se ríen.

Pero Marla las ignora.

—¿Y tú quién eres? —Marla mira el atuendo de Phoebe, como si el atuendo fuera a responder, aunque Phoebe no tiene ni idea de lo que comunica con ese jersey de lentejuelas extralarge, unos leggings hechos de alguna tela de plástico de imitación de cuero que Phoebe evitó comprar durante casi veinte años de su vida adulta, y unas sandalias con un girasol artificial encajado entre los dedos que compró en la tienda de regalos.

—Soy Phoebe —se presenta. Siente que es surrealista presentarse ante los invitados a la boda. Ahora pueden oírla—. Me pidieron que fuera un cuerpo en el barco.

Las mujeres se ríen.

—Phoebe y yo nos conocimos en la galería de mi madre —dice Lila.

A Phoebe le sorprende la frialdad y rapidez con que la mentira sale de la boca de Lila. A Phoebe le parece innecesaria. Pero en cuanto la oye, a Marla se le ilumina la cara de interés.

—Oh, interesante, ¿trabajas en la galería? —pregunta Marla.

—No. Soy profesora —responde Phoebe.

—Phoebe vino un día a mirar —cuenta Lila—. ¡Y nos caímos bien!

—¡Así es como conociste a Gary! —acota Rodete Alto.

—Sí, todos conocemos la historia —agrega Marla.

Pero eso no impide que Lila la cuente, porque parece que nadie, ni siquiera Lila, puede superar la coincidencia.

—Cuando Gary entró en la galería, no tenía ni idea de que era el médico de mi padre —dice Lila—. En ese momento, solo pensé que era un tipo cualquiera.

—¿No estaba Jim allí también? —pregunta Marla—. Siempre dejas a Jim fuera de la historia.

—Porque Jim solo estaba allí por Gary —dice Lila—. Jim en realidad no vino a ver arte.

Gary era el que se interesaba en el arte, el que se quedó embelesado ante el cuadro de su madre y se quedó mirándolo durante lo que parecieron diez minutos. Finalmente, Lila se acercó, y él tenía un montón de preguntas. ¿Era acrílico? ¿Conocía Lila al artista? ¿Era local? No, era un pintor que vivía en Nueva York. William Withers.

—No puedo creer que Gary no tuviera ni idea de que el cuadro era de tu propia madre —opina Almohada en Cuello.

—¿Cómo podría saberlo? —pregunta Lila—. Aún no nos conocíamos.

—Pero sí que había cuadros para conmoverse y él se conmovió ante ese —agrega Rodete Alto.

—¿No era un desnudo? —pregunta Marla—. Siempre omites esa parte de la historia, también.

—Espera, ¿era un desnudo? —pregunta Rodete Alto.

—Definitivamente nunca nos contaste esa parte —le recrimina Almohada en Cuello.

Lila se sonroja.

—Solo un desnudo parcial. Y un poco abstracto, así que es como si ella ni siquiera fuera una persona. Es más, como un montón de cuadrados cubistas de color piel.

—Cuadrados de colores con pechos —dice Marla.

Almohada en Cuello y Rodete Alto se apoyan una en la otra mientras ríen.

—Oh, Dios, apuesto a que a tu madre le encanta esa parte de la historia —dice Almohada en Cuello.

—Sinceramente, era más por el jardín que tenía detrás —dice Lila.

—Bueno —acota Phoebe—. Es una historia realmente encantadora.

Pero entonces se hace un silencio. Nadie parece tener nada más que decir sobre el desnudo, ni siquiera Almohada en Cuello y Rodete Alto, que permanecen de pie a ambos lados de la novia como soldados. Phoebe no sabe qué esperaba de estos invitados a la boda, pero esperaba una conversación. Han sido tan ruidosos desde lejos, tan charlatanes en el patio. Y Lila, tan enérgica en la habitación con Phoebe, ahora está haciendo todo lo posible por ser educada.

—Bueno, supongo que deberíamos ir a buscar el coche —propone Lila.

—Pensé que estábamos esperando el coche —acota Marla.

—No. Solo estábamos... hablando —dice Lila.

Cuando salen del vestíbulo, los hombres de bordó se levantan. Rodete Alto le pide a uno de ellos que busque el coche y las mujeres se quedan ahí paradas en otro largo silencio. Todas miran su teléfono o hacen lo que pueden para fingir que el silencio es

totalmente normal, hasta que Marla mira a su alrededor, preocupada.

—¿Dónde están Gary y Jim? —pregunta.

—Nos encontramos con ellos y con tu padre en el muelle —explica Lila.

—Ah —dice Marla. Está visiblemente decepcionada por la respuesta, como si no se hubiera dado cuenta de que tendría que pasar la mañana en el coche con Lila y no con su hermano. O quizá es una de esas personas que parecen siempre decepcionadas, con el pelo aniquilado por una plancha, teñido de un negro tan monótono que la hace parecer una versión adulta de Merlina Addams. Su abrigo de lana marrón es demasiado rígido y formal para un día en un barco. Y luego está la férula de la muñeca, que Lila no deja de mirar, hasta que Marla se da cuenta y finalmente dice que tiene una combinación de túnel carpiano y codo de tenista.

—¡Ni siquiera me gusta mucho el tenis! Es algo para hacer con otras mujeres, ¿sabes? No hay ningún otro deporte al que puedas jugar con otras mujeres —se lamenta Marla—. ¡Qué triste!

—No creo que nadie deba practicar deportes —dice Rodete Alto. Ahora es antideportiva. Una enfermera convertida en preparadora física durante Covid que se ha cansado oficialmente de toda competencia. Ahora Rodete Alto se especializa en yoga y respiración nasal y en calmar su organismo.

—La competencia no es buena ni para el cuerpo ni para el alma. Ese es mi evangelio. Nos mantiene traumatizados. Nos mantiene inflamados. Eso es probablemente lo que está pasando con tus manos. Están inflamadas. ¿Tomas vitamina C?

—No estoy inflamada —insiste Marla—. Estoy lesionada.

—Una vez tuve túnel carpiano —cuenta Almohada en Cuello. Les dice que es música. Arpista de la Sinfónica de Detroit—. Fue un desastre total. No pude trabajar durante meses.

—¿Eres arpista? —pregunta Phoebe.

—Nat va a tocar para nosotros en el picnic de esta noche, y es buenísima —dice Lila al grupo—. Es una arpista experimental.

Marla finalmente se ríe.

—¿Una arpista experimental? Ah, no era una broma. Perdón, pensé que estabas bromeando. De verdad que no sabía que existieran los arpistas experimentales.

—No hay muchos —acota Lila—. Nat fue en cierto modo una pionera en esto, ¿no es así?

—Podría decirse que sí —dice Almohada en Cuello.

—Qué interesante —observa Marla.

Es muy fácil imaginarse a Marla jugando al tenis o hablando en un tribunal o de pie detrás de un podio presentándose como candidata a la alcaldía; menos fácil es imaginársela en una habitación de hotel, follándose a un juez federal. Pero mientras permanecen allí en un nuevo silencio, Phoebe intenta imaginar a Marla riendo en lencería de encaje, tendida sobre la cama, como tantas veces ha imaginado a Mia tendida para Matt.

—¡Dios, mira estos adoquines! —dice Rodete Alto.

Phoebe empieza a darse cuenta de que esta es una boda como cualquier otra: hay gente que viene de rincones muy distintos de la vida de la novia, solo para reunirse en una habitación y no tener ni idea de qué decirse.

—Lila nos consiguió un descapotable antiguo para la semana —dice Rodete Alto.

—Lo alquiló Suz —agrega Lila.

—Pero fue idea de Lila —Rodete Alto sonríe y se acaricia la trenza.

—Solo a Lila se le habría ocurrido algo así —interviene Marla, y no queda claro si se trata de un cumplido o de un insulto. Marla vuelve a mirar el teléfono y Phoebe se pregunta qué tenía de irresistible el juez federal. ¿Por qué estaba Marla dispuesta a renunciar a toda su vida?

—¡El coche está aquí! —anuncia Almohada en Cuello.

El hombre de bordó detiene el descapotable de época.

—¡Qué coche tan bonito! —exclama Rodete Alto.

—¿Pero cómo vamos a caber todos en él? —pregunta Marla.

—¡Nos apretaremos, no hay problema! —dice Rodete Alto—. Hemos metido a más gente en un coche.

—¿Recuerdas mi boda en el Viñedo? —pregunta Almohada en Cuello—. ¡Metimos siete personas en ese coche!

—Me siento adelante —decide Marla—. Me mareo si me siento atrás.

—Yo conduzco —indica la novia.

—¡Eres la novia! —dice Rodete Alto—. No deberías tener que conducir.

Es la gran semana de la novia. A la novia hay que dejarla indefensa, darle de beber, mimarla y halagarla a cada paso, apagarla como un fuego de cocina, apaciguarla como a un niño pequeño enfadado, pincharla como a una muñeca, y luego debe conducir el coche un desconocido bien vestido y llevarla hasta el altar de su nueva vida.

—Pero yo quiero conducir —insiste Lila—. Por eso pedí el descapotable.

Nadie, ni siquiera Marla, desafía a la novia. Si la novia quiere conducir, la novia conduce.

Pero cuando Lila sube al coche, no puede.

—¿Por qué pediste una palanca de cambios?

—No lo hice —dice Rodete Alto—. Pedí el descapotable más elegante y *vintage*.

—Bueno, por supuesto, es una palanca de cambios —dice Marla—. Es un coche de 1940 o algo así.

—Pues no lo sabía —dice Rodete Alto.

—¿Significa esto que aquí nadie sabe conducir este coche? —pregunta Marla.

Lila mira el volante desorientada.

—Sé conducirlo —dice Phoebe desde atrás—. En gran parte.

—¿En gran parte? —pregunta Marla.

—Es decir, en el pasado sabía —explica Phoebe—. Mi padre me enseñó.

—A mí me parece que con eso alcanza. —Lila sale del coche y mira a Juice aplastada en el asiento trasero.

—Mel, ¿estarías más cómoda sentada en mi regazo? —pregunta Lila.

—No —dice Juice—. Y te dije que quería que me llamaran Juice.

—Cierto. Lo siento —dice Lila. Se sube en la parte trasera, y Rodete Alto y Almohada en Cuello hacen un bailecito para darle la bienvenida. En el asiento del conductor, Phoebe pone la mano en la palanca de cambios y el pie en el embrague. Han pasado años, pero es una especie de memoria muscular de la infancia que nunca olvidará, avanzando por la carretera en el Saab de su padre,

aprendiendo a cambiar de marcha, mientras él decía: "Despacio, ahora, despacio".

—Adelante —ordena Marla, golpeando el tablero.

—¿Adónde voy? —pregunta Phoebe.

—A Bowen's Wharf —responde Marla—. Waze te dirá cómo ir.

—No tengo teléfono —dice Phoebe.

Las mujeres se quedan perplejas.

—¿En serio?

—Yo lo pongo —ofrece Marla, y le pasa a Phoebe su teléfono.

Mientras conducen, hay algo en lo que están todas de acuerdo: Newport es hermoso. Las mujeres en el asiento trasero dicen todo el tiempo: "Guau. Mira esa mansión. Y esa otra. Y esa otra. ¿Y esa no es de los Vanderbilt? ¿No son todas de los Vanderbilt?".

—¿Quiénes son los Vanderbilt? —pregunta Juice, pero nadie responde, porque el aire es demasiado fresco, los árboles demasiado verdes. La gente parece tan rica. Las carreteras tan carreteras.

—Eran una de las familias más ricas de Newport —explica finalmente Phoebe, siguiendo las indicaciones e intentando ignorar los mensajes que aparecen silenciosamente en el teléfono de Marla de alguien llamado Robert.

Estoy pensando en tu coño húmedo, escribe Robert.

Phoebe se sobresalta. Se pregunta si será el juez. Mira a Marla, pero Marla parece no tener ni idea de lo que le pasa a su teléfono, con la mirada fija en todo lo que hay fuera del coche: los altos bojes, los mirtos.

—Ese es el de los Vanderbilt —dice Marla, señalando a los Breakers.

—¡No puedo creer que ahí es donde vas a celebrar tu boda! —dice Rodete Alto.

—¿Ahí es donde vas a celebrar tu boda? —pregunta Almohada en Cuello—. La mierda.

—Lo sé. Es increíble. Sobre todo, porque nunca organizan eventos privados —dice Lila.

—¿Por qué te dejaron entonces? —pregunta Marla.

—Mi madre está en la junta de la Sociedad de Conservación —admite Lila—. Hizo una donación muy importante.

—Gary te dijo que nuestra madre nunca reconocerá tu matrimonio a menos que lo hagas en una iglesia, ¿verdad? —pregunta Marla.

—Espera, ¿qué? —pregunta Lila—. ¿Es una broma?

Rodete Alto se inclina y sube el volumen de la música. Alicia Keys. ¡¡¡Canta en voz alta y cambia la letra por: "Estamos en New-pooorrrrt!!! ¡Estas calles te harán sentir poo-ooobre!".

—¡Y los ricos te juzgarán! —canta Nat.

—¡Un aplauso para Newpooort, Newpooort, Newpooort! —añade Lila.

Las tres chicas de la Abadía de Portsmouth se ríen a carcajadas con su canción y, por primera vez desde que Phoebe las conoce, siente la historia compartida, el hecho de que Rodete Alto y Almohada en Cuello son en realidad Suz y Nat. Las mejores amigas de Lila desde el secundario, con quienes se rizaba el pelo antes de las fiestas y hacía ejercicios de Tae Bo por las mañanas y magdalenas de arándanos los domingos por la tarde y menstruaba exactamente al mismo tiempo y de lo que estaban orgullosa.

—¡No puedo creer que estemos aquí! —grita Suz.

—Uuh, uuh, ¡perras! —añade Nat.

—¿Qué? —pregunta Marla, dándose la vuelta —¡No puedo oírte con la música!

—Acabo de decir, ¡uuh, uuh, perras! —dice Nat.

—¿Iuu juu? —pregunta Marla, luego mira a Juice en busca de ayuda, pero Juice está callada y aplastada y humillada contra la puerta. Se encoge de hombros y vuelve a mirar su juguete verde.

Quiero golpearlo con mi miembro duro, escribe Robert*.*

—Gire a la derecha —ordena Waze.

En un momento, Marla sugiere cerrar la capota para que puedan oírse mejor, pero Lila dice que así se perdería el sentido de alquilar un descapotable.

—Ya tenemos coches con capota —dice Lila.

Suz asiente de inmediato.

—Es verdad. Todos mis coches tienen capota.

Phoebe se dirige a Ocean Drive y todas chillan, con las manos en alto. Phoebe está callada, pero se alegra de estar en movimiento. El viento hace casi imposible hablar. Aunque Suz sigue intentándolo de todos modos. Suz grita algo sobre que los descapotables son divertidos. Y Phoebe también lo siente.

Una especie de satisfacción al sentir que el coche se pega a la carretera mientras ella conduce un poco más rápido. Nunca condujo así el coche de su padre.

—¡Dios, más despacio! —pide Marla.

—Voy al límite de velocidad —explica Phoebe.

La niña va detrás, totalmente callada, traumatizada. Su cara parece cómica en el espejo retrovisor: exactamente igual cuando está en movimiento y cuando no lo está. Es como un perro. Phoebe se pregunta cuándo hablará la niña, qué podría contarle desde lo

más profundo de su conciencia. Juice le recuerda a Phoebe cuando era pequeña, siempre callada en el coche. El silencio es su comunicación.

—¡No, ve más rápido! —grita Lila—. Me encanta. Me encanta.

Pero cuando se acercan al centro, se topan con el tráfico. Una larga fila de luces rojas delante de ellas. Phoebe no ve el final. Disminuye la velocidad, y el coche da un bandazo tras otro lo suficiente como para que se vayan para adelante. No se le da muy bien ir en primera, pero nadie se queja.

—¡No puedo creer que estemos aquí! —exclama Suz.

La enfermera, a pesar de todo lo que ha visto en estos dos años de profesión, vive en un constante estado de incredulidad ante las cosas más cotidianas.

—Siento como si hubiéramos estado planeando esto desde siempre —acota Nat.

—¡En serio! —dice Suz.

Pero a Lila le preocupa que lleguen tarde al barco.

—¿Dice Waze cuánto durará el tráfico?

—Veinte minutos —responde Phoebe.

—Supongo que esto es lo que pasa cuando planeas una boda a un destino especial —acota Marla.

—Esta no es una boda a un destino especial —dice Suz—. Ellos viven aquí.

—Cualquier lugar al que te lleve más de treinta minutos llegar en Rhode Island es una boda a un destino especial —insiste Marla.

—En realidad estábamos pensando en celebrar la boda en Alemania, hasta que llegó el Covid —cuenta Lila.

—¿Por qué Alemania? —pregunta Nat.

—¡Se comprometieron allí! —responde Suz.

—Solo lo recuerdo vagamente —dice Nat.

—¡Ooohh, cuenta la historia! —le suplica Suz a Lila, aplaudiendo —. Cuenta la historia.

—Hemos oído la historia —dice Marla.

—Bueno, yo no la conozco —dice Nat.

—Yo tampoco —agrega Phoebe.

Así que Lila cuenta la historia.

—Seis meses después de conocernos, Gary y yo decidimos hacer un gran viaje a Europa porque mi padre estaba muy bien —dice Lila, inclinándose hacia delante. Parece que tiene muchas ganas de contar la historia, y Nat y Suz tienen muchas ganas de escucharla, y Phoebe imagina que probablemente podrían escucharla mil veces de la misma forma que su padre podía ver películas de la guerra de Vietnam una y otra vez. Las damas de honor necesitan el mismo tipo de historias que los soldados, historias que justifiquen por qué hacen lo que hacen. Por qué están dispuestas a sacrificar quiénes son y una buena noche de sueño por la noble causa de defender la democracia y el amor de Lila y Gary.

—Alemania fue nuestra última parada —agrega Lila—. Fuimos a la Selva Negra a ver el castillo de Walt Disney.

—Ah, qué bueno, ¿fueron al Castillo del Rey Loco? —pregunta Phoebe—. Siempre he querido ir.

—No, he dicho el castillo de Walt Disney —aclara Lila.

—Lo sé, pero también se llama el Castillo del Rey Loco —dice Phoebe—. O el Castillo de Neuschwanstein.

—Bueno, no sé cómo se llama en realidad —dice Lila—. Lo llamamos el Castillo de Walt Disney porque Gary me dijo que era el

castillo que Disney utilizó como modelo para el de la Bella Durmiente. Y Gary sabe que me encanta todo lo relacionado con Disney. Así que planeó alquilar un coche, llevarme al castillo y pedirme matrimonio frente a la puerta principal. Pero habíamos estado conduciendo una mierda de coche de alquiler que no iba a más de 60 kilómetros por hora, e íbamos a llegar tarde y perdernos la última visita del día. Así que Gary paró en un sitio de alquiler de BMW al lado de la Autobahn y rentó un coche nuevo que podía ir superrápido. No hay límite de velocidad en la Autobahn —añade Lila —. Fue muy divertido.

Phoebe los ve claramente. Gary, quienquiera que sea, con el pelo de entradas apenas visibles al viento, y Lila, con la boca grande y llena, riendo y mirando al cielo.

—Y cuando llegamos al castillo, me pidió matrimonio —cuenta Lila con una sonrisa—. La verdad es que me sorprendió mucho. Solo llevábamos saliendo seis meses.

—Es tan romántico —opina Suz.

—Él es realmente maravilloso —agrega Nat.

Pero algo no le cuadra a Marla.

—¿Por qué se llama también el Castillo del Rey Loco?

En el espejo retrovisor, Phoebe ve que Lila pone los ojos en blanco y que Juice parpadea con interés.

—Porque la gente pensaba que el rey que lo construyó estaba loco —dice Phoebe.

—¿Pero por qué?

—Porque construyó el castillo usando todo su dinero, a pesar de que ya había construido otros dos castillos. Se endeudó

construyendo este elaborado tercer castillo solo para él, y por eso corrió el rumor de que el rey debía estar volviéndose loco.

—¿Y estaba loco? —pregunta Marla.

—En algún momento lo encontraron ahogado en el estanque fuera del castillo.

—¿Fue asesinado frente al castillo de Disney? —pregunta Lila, y parece horrorizada.

—En realidad, sospechan que se suicidó —dice Phoebe, y mira a los ojos a Lila en el espejo.

—Claro que sí —dice Lila, y se echa hacia atrás derrotada.

—Pero no frente al castillo de Disney. En realidad, fue en otro de sus castillos —añade Phoebe.

—Bueno, está bien entonces —sigue Suz, y como una leal dama de honor, no deja que se demoren en el suicidio del Rey Loco—. Fue a Cornell, ¿verdad?

—¿El Rey Loco? —pregunta Marla.

—¡Gary!

—A Yale —dice Lila.

—Debe ser muy listo —dice Suz.

—Lo es —afirma Lila—. Muy listo.

—No es tan inteligente —la contradice Marla—. ¿Sabes cuántos idiotas entran en Yale todos los días?

A Phoebe le irrita el deseo de Marla de arruinarlo todo, a pesar de que Phoebe era la que estaba dispuesta a arruinar la boda de Lila la noche anterior. Pero hay algo horrible en hacerlo justo delante de la cara de Lila, a media tarde.

—Espera, ¿cuál es tu punto? —pregunta Phoebe.

—Lo que quiero decir es que Gary no es el héroe médico de Yale. A veces Lila habla de él como si fuera un dios —dice Marla—. Pero les haré saber que una vez, Gary prendió fuego a nuestra casa.

—¿Incendió tu casa? —pregunta Lila—. ¿Cómo es que yo no estaba al tanto?

—No es su anécdota favorita —explica Marla—. Quemó toda la cocina por accidente y tuvimos que vivir en un Marriott durante un mes. El mejor mes de mi vida, la verdad. Pero no se lo digas.

El sol se siente muy caliente. Marla empieza a cubrirse con crema solar.

Lo estoy acariciando ahora mismo, escribe Robert. *¿Dónde estás?*

Phoebe siente una punzada de placer, pensando en lo avergonzada que se sentirá Marla más adelante cuando se dé cuenta de que Phoebe vio los mensajes.

—Creo que deberíamos subir la capota —dice Marla.

—Pero es un descapotable —dice Suz—. Elegimos el descapotable para poder bajar la capota.

—Ya he tenido cáncer de piel y he sobrevivido, dos veces, gracias. No tengo ganas de morirme porque me he quedado atascada en el tráfico —dice Marla.

—¿Has tenido cáncer de piel dos veces? —se sorprende Nat—. La mierda.

—Está bien —dice Lila—. Está bien. Subamos la capota.

En el coche cerrado, en el tráfico, todo parece demasiado silencioso. Hay algo que no está bien. Las personas que se supone que deberían estar estrechando lazos no lo están haciendo.

—Nunca hay tráfico en *La Edad Dorada* —dice Suz.

—Mi mujer está obsesionada con ese programa —dice Nat—. Pero yo creo que es aburridísimo.

A Suz no le importa. Suz ve cualquier cosa cuando el gusanito está sentado tranquilamente en su regazo.

—El otro día vi literalmente siete horas de *Wife Swap* porque había dejado de llorar y no quería mover al Gusanito y buscar el control remoto.

—¿El Gusanito? —pregunta Phoebe.

—Así le dice Suz a su hijo —explica Nat—. Y yo, por mi parte, ya no estoy segura de querer tener un hijo.

—¿Todo este tiempo el Pequeño Gusano era tu hijo? —pregunta Marla.

—Hablando de todo un poco, debería ver cómo está. —Suz busca su bolso.

—¿A qué distancia estamos? —pregunta Lila de nuevo.

Según Waze, están a unos doscientos metros del muelle.

—Apuesto a que es un maldito muelle hermoso —dice Suz.

—Si alguna vez llegamos allí —acota Marla.

—Por supuesto, llegaremos —afirma Nat.

—Waze dice veinte minutos —indica Phoebe.

—Pero está justo ahí —dice Lila—. ¿Cómo podríamos tardar veinte minutos?

Suz levanta la vista de su teléfono.

—Mierda. El Gusanito está enfermo.

—Oh, no —se lamenta Lila, pero nadie en el coche pregunta qué tiene.

PASAN TANTO TIEMPO atrapadas en el tráfico que Phoebe se entera de que cada mujer está especializada en algo. Suz, la entrenadora, se especializa en famosos. Nat, la música, se especializa en instrumentos no tradicionales, como monedas de 25 centavos y clips. Y Marla, la abogada, se especializa en acoso sexual. Atiende casos e investiga si fue o no fue acoso sexual, y las mujeres están intrigadas.

—No sabía que había alguien que decidiera eso —dice Suz.

—¿Y cómo creías que se decidía? —pregunta Marla.

—No lo sé, supongo que nunca pensé en eso.

Entonces todas quieren saber si alguna vez han sido acosadas sexualmente o no. Incluso Phoebe.

—El lunes, el americanista de mi departamento me miró en la imprenta y dijo: "¡Gauuuu! ¡Qué vestido!" —les cuenta Phoebe—. ¿Eso es acoso sexual?

—Si crees que te están acosando sexualmente, es que así es —dice Marla.

Phoebe no pensó que fuera acoso en ese momento, porque el americanista era muy viejo, en ese abismo de la edad justo más allá del sexo, pero también porque estaba de acuerdo con él. Sí, el vestido era bonito. Por eso lo compró. Por eso se lo puso. ¡Eso es lo que quería que pensara su marido! Ella quería que él la mirara y dijera: "¡Gauuuu, qué vestido!".

—Entonces, ¿por qué iba a ofenderme cuando el americanista finalmente lo dijo? —pregunta Phoebe.

—Claro, el americanista fue el que lo dijo —dice Marla.

—¿Qué es un americanista? —pregunta Suz.

—¿A qué te dedicas? —pregunta Nat.

—Soy profesora —responde Phoebe.

—Es especialista en literatura decimonónica —dice Lila, y suena orgullosa.

—Lo que quiero decir, Phoebe —continúa Marla, como si en realidad estuviera proporcionando asesoramiento jurídico—, es que, si no te has sentido ofendida, no has sido acosada sexualmente. Así es como funciona la ley.

—Eso no suena a ley —opina Suz.

—La ley es parcialmente subjetiva —explica Marla—. ¿Habrías elogiado las prendas del americanista?

—No —dice Phoebe—. Nunca. Pero sobre todo porque el americanista lleva lo mismo todos los días. Mocasines y alguna camisa azul. ¿Qué se le puede decir de su ropa?

—Tengo mucho de que quejarme al respecto —dice Lila.

Todas las mujeres se ríen. Phoebe acelera. Vuelven a bajar la capota. Suz sube la música. Katy Perry. *Teenage Dream*.

—Odio esta canción —se queja Marla, y todas están de acuerdo en que sí, en cierto modo la odian, pero aun así la escuchan. Finalmente llegan al cartel que dice "Bienvenidos al Muelle de Bowen". Todo el mundo en la calle parece estar de vacaciones. Pantalones color caqui y rojo de Nantucket. Gorras de béisbol. Tal vez todos estén de vacaciones, o tal vez así es como se viste uno si vive en Newport. Phoebe aparca.

—¡Lila! ¡No puedo creer que te vayas a casar! —grita Suz.

EN EL MUELLE, todos los hombres van vestidos con polos y pantalones cortos caqui excepto uno: el hombre del jacuzzi. Está de pie, en

vaqueros y chaqueta cazadora, con las llaves en la mano. Es extraño verlo vestido, a la luz del día, al aire libre. Ya no es un hombre en un jacuzzi. Es más alto de lo que ella esperaba y parece muy preparado para subir a un barco.

—¡Gary! —grita Lila.

Besa a Lila y todos aplauden como la noche anterior en el patio. Se aparta, sonriendo, hasta que ve a Phoebe.

—Hola —le dice, mirándola perplejo.

¿Él es el novio? ¿El hombre del jacuzzi es Gary? Aunque está al lado de Lila, ella no puede imaginárselo. No puede verlo a toda velocidad en un BMW camino al castillo de Disney. Solo puede imaginárselo en el jacuzzi, tan resignado, tan solitario, tan desconectado de cualquier otra cosa en el universo excepto de Phoebe y su barba.

Pero tal vez esa sea la magia de la noche. Oscurece a todos, resalta la nada que los rodea. Tal vez en la oscuridad, todo el mundo parece más solo de lo que está. Porque él claramente no está solo. Está de la mano de Lila. Está rodeando a su hija con el brazo. Está erguido frente a un hermoso velero.

—Hola —responde Phoebe.

De repente, no sabe qué más decir. La tensión entre ellos es muy palpable para Phoebe, muy embarazosa, pero nadie más parece darse cuenta. Marla empieza a ponerle crema solar a Juice. Suz le pregunta a uno de los hombres si ha recibido la orden de abastecer el barco con la bebida favorita de Lila, a la que sigue llamando Vacación en un vaso.

—Phoebe es una buena amiga —le explica Lila a Gary.

—¿Ah, sí? —pregunta Gary.

Si Phoebe es sincera, no tiene ni idea de si ella y Lila son amigas. Ni idea de lo que significa ser una amiga. Ha olvidado cómo debe sentirse. Mia fue la última buena amiga que tuvo en su vida adulta. Entonces, ¿qué sabe Phoebe?

—Y yo que pensaba que conocía a todos tus amigos —añade Gary.

—Bueno, aquí hay una más —dice Phoebe, y extiende la mano.

—Cuantos más, mejor —afirma Gary, y la estrecha.

No va a reconocerlo, y así se confirma. Si todo hubiera sido normal entre ellos, habría reconocido que ya se conocían. Habría dicho: "Qué curioso, conocí a Phoebe en el jacuzzi". Pero no dice nada de eso, lo que hace que Phoebe sienta que su encuentro fue extraordinario. Como cuando Phoebe le decía a su marido: "Mia es tan linda", y él respondía: "Sí, Mia es muy graciosa". Cuando lo que realmente quería decir era: "Quiero acostarme con Mia".

—Ya… —Phoebe está a punto de decir algo cuando grita Juice.

—¡Mi perro está muerto! —E inmediatamente se echa a llorar, y Phoebe se sorprende al verla transformarse de adolescente huraña en una niña que llora en cuestión de segundos.

—Oh, cariño —dice Gary.

Gary se arrodilla para ponerse a la altura de Juice. En ese rápido movimiento, Gary ya no es el hombre del jacuzzi. Ya no es el novio. Es solo un padre con zapatillas blancas. Probablemente ortopédicas. Phoebe puede ver sus años de historia, la forma en que Gary debió abrazar a Juice tras el funeral de Wendy. Las comidas que le preparó en las tardes solitarias. ¿Y fue eso lo que le hizo querer morir? ¿Perder a su mujer?

Pero luego Gary se pone de pie, rodea a Lila con el brazo y vuelve a ser el novio, que se debe a su público.

—No se preocupen. Es solo un perro virtual.

—¡No es solo un perro virtual! —grita Juice. Levanta el círculo de plástico verde para que todos lo vean—. Me la regaló mi madre. Se llama Princesa Humana.

La gente se calla ante la mención de la esposa muerta o ante el hecho de que el perro se llame Princesa Humana. Lila no habla. Marla no habla. Ni siquiera Suz habla. Nadie sabe qué decirle a la niña que llora por la madre muerta, excepto el padre de Gary.

—Te dije que le compraras a la niña un perro de verdad —dice el padre de Gary, pero no es lo que había que decir.

—Papá —advierte Gary, al mismo tiempo que Juice grita:

—¡Para mí es real!

Phoebe puede ver cómo los invitados a la boda miran a Juice de la misma forma que la miró su terapeuta cuando le dijo que Harry estaba enfermo: como si quisiera preocuparse, pero no pudiera, porque ¿a quién le importa? Es un gato. "Y sé que es solo un gato", continuó Phoebe. "Pero Harry estuvo con nosotros todo el tiempo que estuvimos casados. Harry estuvo ahí con nosotros. ¿Y ahora se va a morir lentamente?". Y, sin embargo, ella podía ver que el terapeuta no entendía el horror de esto.

—¿Cómo murió la Princesa Humana? —pregunta Phoebe.

Phoebe empieza a preguntarse si es por esto por lo que está aquí, para llenar los silencios entre los invitados a la boda que no saben cómo llenar, hacer las preguntas que nadie se atreve a formular. Phoebe no tiene nada que perder aquí. No forma parte de esta familia. Ya no forma parte de nada. Es libre de una manera que ninguno de ellos lo es, así que se arrodilla y mira directamente a la chica, como si fuera ella hace muchos años.

—Cáncer —responde Juice.

—¿Desde cuándo los perros virtuales tienen cáncer? —susurra el padre de Gary lo suficientemente alto como para que se oyera.

—Por lo que parece, papá, es algo que pasa.

—¿Estás segura de que no se te cayó al agua? —pregunta Marla.

—¡No! —responde Juice—. La tenía en la mano y de repente… se murió de cáncer.

—Mi gato también murió de cáncer —dice Phoebe. Lo que habría dado por tener a Matt a su lado cuando encontró a Harry... por tener a cualquier persona a su lado ayer por la mañana para que la ayudara a decidir qué hacer. Le tiende la mano a Juice—. Vamos. Le haremos un funeral en el barco.

Juice asiente. Suz y Nat parecen horrorizadas. Lila se limita a mirar el agua.

Suz respira hondo, esboza una sonrisa, aplaude y dice:

—Bueno, no sé ustedes, pero yo estoy lista para una Vacación en un vaso.

—¡Subamos al barco! —grita el otro hombre. Se inclina hacia delante para estrechar la mano de Phoebe—. Soy Jim, el cuñado de Gary.

—Phoebe —se presenta ella.

Jim le toma la mano durante un momento, como si estuviera buscando un anillo, y quizá Lila tenga razón. Puede que Jim siempre esté tirándose lances con todo el mundo. Incluso con Phoebe.

—Encantado de conocerte —la saluda Jim.

—Igualmente.

Jim la suelta y bebe un sorbo de una botella de bebida energizante. Lila se alisa la camisa y se ajusta las gafas de sol.

—Bueno —dice la novia, tomando al novio de la mano—. Subamos a este barco.

Todos se sientan contra los laterales del estrecho velero. El capitán les dice que no se echen demasiado hacia atrás.

—No quisiera que el barco zozobrara —les advierte.

—¿En serio lo dice? —pregunta Marla.

—No, es una broma —responde el capitán—. Aunque en realidad no del todo.

Existe un punto en el que se daría vuelta.

Con la mirada, Marla le da a entender que un capitán no tiene derecho a hacer bromas sobre zozobras mientras están ahí metidos y en aguas abiertas, pero Lila no parece preocupada. Lila está sentada en el barco como si estuviera en el living de su casa, muy derecha, con la seguridad de una mujer que se ha quitado sistemáticamente todo el vello corporal. A una mujer así no le puede pasar nada malo durante la semana de su boda, ni siquiera en medio del océano.

—¿Y? ¿Qué te parecen esas Vacaciones en un vaso? —pregunta Lila, y Nat abre en ese momento la enfriadora.

—Sería "Vacación en vasos" —dice Marla.

—¿Perdón? —pregunta Lila.

—En realidad, el plural es Vacación en vasos —repite Marla.

—Así es como se dijo siempre —les explica el novio, con una sonrisa, y Phoebe se da cuenta de lo que está haciendo Gary, porque es lo que hace Phoebe. Está intentando descomprimir la situación, intenta burlarse del comentario de Marla para que parezca gracioso. Pero Lila no se ríe.

—¿Cómo sabes cómo se pronuncia la bebida? —le pregunta Lila a Marla, como si de verdad tuviera esa curiosidad—. Es una bebida que me inventé.

Antes de que Marla pueda responder, Suz empieza a contarles a todos la historia de cómo Lila creó el cóctel en su dormitorio una noche y cambió sus vidas para mejor.

—Antes de eso, siempre bebíamos vino robado de la iglesia —dice Suz.

—¿Robaban vino del sacramento? —pregunta Jim, mirando a Lila como si estuviera a la vez sorprendido y orgulloso.

—Que conste en actas que yo nunca me sentí cómoda al respecto —dice Lila.

—Bueno, bebiste lo necesario para enfermarte —dice Nat.

—No era… un gran reserva —corrige Lila.

Jim finge ser un feligrés que se detiene ante la Eucaristía.

—Disculpe, padre, ¿esto es un pinot?

Todos se ríen, incluida Lila. Gary sonríe y le da la mano.

—La última vez que bebimos el vino sacramental, Lila vomitó toda la noche —dice Nat.

—Todo el tiempo preguntaba: "¿Creen que nos vamos a ir al infierno, chicos?".

—Después de ese día, juré que no volvería a beber —dice Lila—. A menos que la bebida tuviera el sabor de una Vacación en un vaso.

—Y *voilà*, así nació las Vacaciones en un vaso —concluye Nat.

Durante la secundaria, dedicaron muchos meses a perfeccionar la receta. Y está claro que es de estos temas que las mujeres quieren quedarse conversando: de las cosas que solían hacer juntas, en los momentos especiales y divertidos que una vez las unieron.

—Cierto —dice Marla—. Pero si el singular es Vacación en un vaso, entonces el plural tiene que ser Vacación en vasos".

—Suena muy estúpido —opina Suz.

—Sí —refuerza Nat.

—No son muchas vacaciones en un solo vaso, ¿no? —dice Marla—. Son unas únicas vacaciones. Repartidas en vasos individuales.

Un pesado silencio se apodera del grupo. Apenas se han alejado de tierra y ya todos parecen hartos de Marla. Lila se queda allí sentada: su futura cuñada la dejó callada dos veces en una tarde.

—Suelta el tema, Marla —le pide Gary.

Gary lo dice con el tono cansino de un hermano que lleva toda la vida diciendo "Suelta el tema, Marla". Pone la mano en la espalda de Lila y el gesto sorprende a Phoebe, aunque no debería. No hay nada sorprendente: son el clásico combo de hombre mayor y mujer joven. Gary es el escenario y Lila es la canción. O más bien, Gary es la casa y Lila es la araña de cristal. Rubia y deslumbrante de una forma que sugiere que nunca ha comprado una hogaza de pan en la tienda. Y Gary, tan guapo y robusto, un hombre que siempre está trayendo pan de la tienda a casa.

Y, sin embargo, cuando mira a Gary, solo puede ver al hombre del jacuzzi, el hombre que una vez quiso morir. El hombre que leía novelas románticas en la universidad. Puede sentir ese cable invisible entre ellos, hasta que Gary pone a Lila en su regazo y la

abraza fuerte, como si la estuviera protegiendo de su dominante hermana.

—Por ejemplo, no dirías: Por favor, pásame unos *Sexes on the Beach* —continúa Marla—. Suena asqueroso.

Nat y Suz se miran y enarcan las cejas, como si a estas alturas no les quedara más remedio que condenar al ostracismo la perturbación. Phoebe se da cuenta de que así pasaron el colegio juntas, buscando los ojos de la otra en clase, riéndose a carcajadas de un profesor que era más papelonero que ellas. Pero Lila no se les suma. No puede burlarse abiertamente de su futura cuñada, la futura tía de sus hijos, la persona que estará en su mesa de Navidad para siempre.

En lugar de eso, Lila busca ayuda en Phoebe.

—Bueno, ¿y tú qué dices? —le pregunta Lila a Phoebe. Luego se vuelve hacia Gary—. Phoebe lo sabe todo. Es profesora de inglés.

Qué raro le resulta que la miren todos los invitados a la boda. Todos estos extraños que pueden verla. Están esperando que hable. Que diga algo que restituya la calma, que les devuelva la normalidad, que neutralice a Marla. A Phoebe la conmueve que la convoquen de esta manera. Tras la muerte de Harry, Phoebe había empezado a tener la certeza, en las profundidades de su casa, en el vacío de su depresión, de que ella no era real. De que nada era real. Como si se hubiera escapado del mundo conocido sin que nadie se diera cuenta, salvo Harry, que la seguía todo el día, escaleras arriba, escaleras abajo, hasta el cuarto de baño, donde se sentaba con su rostro serio a observar.

Pero ahora aquí está, a la luz del día, en un barco, con los invitados a la boda.

—¿Y? —pregunta Gary—. ¿Cómo se dice, profesora?

La mira de verdad por primera vez desde que subieron al barco, probablemente porque los demás también la están mirando. Se ha vuelto seguro mirarla fijamente, se ha vuelto seguro posar los ojos en ella. Quiere saborear esta sensación. Envasarla, bebérsela más tarde, cuando la necesite, cuando mañana esté de vuelta en casa, en la oscuridad de su habitación, sintiéndose como una mierda.

—Es Vacaciones en un vaso —dice Phoebe—. Tienes que pluralizar el sustantivo principal, no el modificador.

—Pero a nadie se le ocurriría decir "*Sexes on the beach*" —protesta Marla.

—Es cierto, pero eso es porque "sexo" no es realmente un sustantivo contable y por eso suena antinatural pluralizarlo.

—¿Un sustantivo contable? —pregunta Suz—. ¿Eh?

—Solo quiero decir que no decimos "Tuvimos dos sexos" —aclara Phoebe—. Decimos "Tuvimos sexo dos veces".

—Habla por ti —le pide Jim—. Yo tuve dos sexos ayer.

Todos se ríen, excepto Marla, que parece medio irritada, medio impresionada.

—¿Estudiaste idiomas o algo así? —pregunta.

—En la universidad —responde Phoebe—. Pensaba que quería ser filóloga.

—Pero actualmente no eres filóloga —dice Marla.

—No. Pero también sé que el idioma viene determinado de forma natural por las personas que lo hablan —añade Phoebe, para beneficio de Marla—. Así es como acabamos teniendo lenguas diferentes. La gente de las distintas regiones lo hace suyo. Así que,

en teoría, puedes pronunciar la bebida como quieras y dentro de diez años será correcto.

—¿Así que estás diciendo que no hay una respuesta correcta? —pregunta Gary.

—Hablas como un verdadero profesor de inglés —bromea Phoebe.

Todo el mundo se ríe.

—Bueno, ahora que conocemos la etimología de la bebida, ¿podemos tomarnos una ya? —pregunta Nat.

Suz sirve bebidas a todos y parece que la fiesta ha empezado de verdad. Pero Marla se echa hacia atrás, enciende el teléfono y pone cara de horror.

—Oh, Dios —suspira Marla.

¿Ha visto los mensajes sexuales de Robert?

Phoebe espera que Marla dé una explicación, pero nadie del grupo se la pide. Gary y Jim hablan con el padre de Gary. Juice sostiene en silencio a su perro virtual muerto y mira hacia el agua. Lila, Nat y Suz parecen decididas a ignorar a Marla. Están inmersas en una conversación risueña sobre su pasado, el vino robado de la iglesia, las cosas que solían confesar a los curas, lo atraída que se sentía Suz por Jesús, aquella vez que Nat le dijo al padre Leon que era gay… y es un lugar donde el resto de ellos no puede ir. Especialmente Marla.

—¿Está todo bien? —pregunta Phoebe.

—Acabo de darme cuenta de que la matrícula de mi coche está caducada —dice Marla.

Phoebe se pregunta si está mintiendo, pero entonces Marla saca su cartera y empieza a teclear cosas con furia en su teléfono. Esto es demasiado para que Gary lo ignore.

—¿En serio vas a volver a matricular tu coche mientras navegamos? —pregunta Gary.

—Es un delito literal conducir un coche sin matricular —dice Marla.

—Pero no estás conduciendo un coche en este momento. Hazlo cuando volvamos a tierra firme.

—Soy abogada, Gary. Necesito mantenerme del lado correcto de la ley. Y tengo una señal buenísima aquí en medio del mar.

Gary mira su Vacación en un vaso. Phoebe también. Levanta apenas la vista y se encuentra con los ojos de Gary. Gary levanta las cejas y ambos sonríen. Una gran liberación que hace que Phoebe se sienta mareada. Phoebe no puede evitarlo: Marla es demasiado. Pero Phoebe no quiere reírse de otra mujer por ser demasiado, ni siquiera de Marla. Así que bebe un buen sorbo y admite que la bebida está buenísima. Porque es terrible. Como Kraft Mac & Cheese. Como un Dunkin' Donut. El tipo de cosas que Phoebe nunca había podido disfrutar, porque estaba demasiado preocupada por su cuerpo, por los niveles de azúcar, por la fructosa. Incluso cuando estaba borracha, se daba un atracón comiendo un tazón de cereales de lino y bayas que siempre la hacían cagar a las ocho de la mañana, minuto más, minuto menos.

—¿Qué hay en esta bebida? —pregunta Phoebe. Se sienta contra la borda y el viento le levanta el pelo—. Está buenísima.

—Una vacación —responde Gary.

—Claro —dice Phoebe—. ¿Pero qué tipo de vacación? ¿Como un condominio frente al mar en St. Thomas?

Gary toma otro sorbo como si fuera un sumiller.

—Estoy recibiendo más bien una casa rodante de paseo en un campo de batalla de la Guerra Civil en el sur durante tres días.

Phoebe bebe otro sorbo.

—¿De verdad? Yo no siento ningún campo de batalla.

—¿No? —pregunta Gary—. Está claro que no tienes un paladar sofisticado. O un padre que te arrastró a todos los campos de batalla de la Guerra Civil cuando eras niño.

Ella se ríe. Él se ríe. Jim se les queda mirando como si la conversación fuera demasiado extraña para participar en ella.

—No, era más del tipo de padre ya-vivimos-en-una-pequeña-cabaña-de-pesca-en-un-río-así-que-no-hace-falta-que-tengamos-que-irnos-de-vacaciones —aclara Phoebe.

—Oh, no sabía nada de ese padre —dice Gary.

Hay algunas personas en este mundo que te recuerdan exactamente cómo te gusta hablar. No había conocido a una persona así en mucho tiempo, no desde que conoció a su marido, por eso fue tan doloroso cuando empezó a olvidar cómo hablarle a su marido. Cuando lo miraba, se acordaba con demasiada frecuencia de lo que no debía decir, de lo que nunca debía mencionar, como la ovulación, la depresión o cualquier cosa que pudiera conllevar un atisbo de tristeza.

Quizá por eso no le dijo que Harry había muerto. No quería darle más pruebas de lo incapaz que era de amar, de su fracaso. Tal vez por eso también lo cubrió con una manta y huyó.

—Ese padre está por ahí —indica Phoebe—. Bueno, técnicamente ya no. Está muerto.

—Oh, lo siento. Así que ahora eres huérfana de verdad.

Ella se sonroja. La conversación.

—Y sorpresa, sorpresa, ser huérfana no es lo que imaginaba —dice Phoebe.

—¿Las ventajas son incluso mejores de lo que pensabas? —pregunta Gary.

—¿De qué demonios están hablando? —pregunta Jim.

Todos se ríen.

—Phoebe soñaba con ser huérfana —explica Gary.

—Gary quiere que alguien le dé una paliza —añade Phoebe.

—Me imagino que saben que seguimos sin entender nada —dice Jim.

Phoebe da otro sorbo a su bebida.

—Ah, ahora sí, me parece que siento el sabor de los campos de batalla.

—¿Viste? —dice Gary—. Es como una pequeña nota al final.

Jim se da por vencido y se vuelve hacia Juice.

—¿Y tú cómo estás, mi hermosa sobrina?

Marla baja el teléfono con un profundo suspiro.

—¿Ya estás del lado correcto de la ley? —le pregunta Gary a Marla, poniéndole la mano en el cuello y dándole un falso masaje. Parece una disculpa por haber sido cortante antes—. No quiero fugitivos en este barco.

—Sé que te estás burlando de mí, así que me niego a responder —dice Marla.

Sentados uno al lado del otro, Phoebe puede ver que Marla y Gary se parecen mucho. Los dos tienen el pelo castaño oscuro y los ojos oscuros. Caras largas y angulosas que han heredado de su padre, cuya cara es tan larga que parece un pelícano en la proa. Pero Gary es un poco blando donde Marla es dura. Phoebe se pregunta si esto es lo que le ha hecho perder a su mujer. Si ha redondeado sus

bordes. O quizá sean las cervezas que Marla probablemente rechazó durante años, que le han rellenado los hombros y la cara.

—Crees que llegarás a una edad en la que tu hermano dejará de burlarse de ti, pero no —le dice Marla a Phoebe—, eso nunca ocurrirá. Tengo cuarenta y dos años y ya estoy lista para aceptarlo.

Luego ofrece una larga lista de todas las cosas que hizo Gary a lo largo de los años para arruinarle la vida y, sin embargo, Gary sigue siendo el Chico de Oro a los ojos de su padre.

—No —dice Gary—. Roy es el chico de oro.

—¿Roy es tu hermano? —pregunta Phoebe.

—Primo —responde Marla.

—¿Estás hablando de Roy? —grita el padre de Gary en medio del viento.

—¿Lo ves? —dice Gary—. Es como hierba gatera para él. No se cansa de Roy.

—Roy es un maldito héroe —le dice el padre de Gary a Phoebe—. El único héroe que tenemos en la familia Smith.

—Siempre —dicen Gary y Marla al unísono y luego se ríen. La risa cambia todo el rostro de Marla. Se vuelve blanda como Gary.

—¿Qué hizo Roy? —pregunta Phoebe.

—Fue francotirador en Irak —responde el padre de Gary.

—Luego Roy escribió unas memorias sobre esa experiencia —agrega Gary.

—Y alguien lo convirtió en una película —añade Marla.

—Una película fenomenal —le dice el padre de Gary a Phoebe—. Jude Law.

—No era Jude Law —corrige Marla—. Jude Law ya tiene como cincuenta años.

—Estás pensando en esa película en la que Jude Law interpretaba a un ruso francotirador —añade Gary.

—Ya sé quién es Jude Law —dice el padre de Gary.

—Bueno, no importa, lo que sea. La cuestión es que papá la ve al menos una vez al año y luego nos llama inmediatamente para decirnos que Roy es el único héroe verdadero de la familia —dice Gary.

—¡Parece que no importa el hecho de que fui a la facultad de derecho por ti, papá! —exclama Marla.

—Creía que habías ido para ser feminista —comenta el padre de Gary.

—Le da un codazo.

—Eso también —dice Marla—. Pero sinceramente, ¿qué sentido tenía estudiar Derecho si tu padre no lo respeta?

—Uff, basta. ¡Eres la maldita alcaldesa! —le recuerda el padre de Gary—. Por supuesto que estoy orgulloso de ti.

Marla da un sorbo a su bebida.

—En fin, ese es Roy —concluye Gary, y todos se ríen.

—Roy se emborrachó mucho anoche, ¿no? —pregunta Marla.

—Hablando de eso —dice Jim, y le da a Gary una cerveza, porque sí, sí, tiene un límite para los Vacaciones en un vaso, y entonces los dos hombres empiezan a contarle a todo el mundo las verdaderas vacaciones que se tomaron antes de la pandemia.

—Un viaje en auto a través del país que hicimos todos juntos —dice Jim y se queda pensativo. Toma un sorbo de cerveza y luego otro de bebida energizante.

—Acampamos en Wind River Range, en Montana —cuenta Gary.

—Le enseñamos a esta a pescar, ¿no? —dice Jim, y le da un codazo a Juice—. ¿Y recuerdas cuando se comieron a ese conejito delante de nosotros?

Juice asiente.

—Se lo llevó un halcón justo delante de nosotros.

—Fue espantoso —recuerda Jim.

Phoebe percibe cómo trata Jim de impresionarlos a todos con sus historias de aventuras, batallas y muerte. Escanea su rostro en busca de rastros de su hermana. ¿Wendy también era morena? ¿Tenía los mismos ojos grandes y ovalados? ¿La misma postura agresiva, siempre un poco inclinada hacia delante cuando habla? Jim tiene la energía de alguien que debería ser banquero de inversiones o vendedor de coches o cantante de bodas, alguien que funciona en el mundo, pero esto se debe probablemente a que Phoebe es una lectora, que siempre espera que las carreras de las personas coincidan exactamente con sus personalidades. En la vida real, Jim es ingeniero.

—En mi tiempo libre —le cuenta Jim a Phoebe— estoy construyendo un hidroavión.

—Es genial que sepas hacer eso —lo felicita Phoebe.

—En realidad no sabe cómo hacerlo —lo acusa Gary.

—Lo construyes —dice Jim—. Y así se aprende. Y, de hecho, también obtienes un diploma. En el estado de Rhode Island, construyes un avión y *voilà*, eres un mecánico de aviones diplomado.

—¿Pero cómo sabes que es un avión bien hecho? —pregunta Phoebe.

—Oh. No lo sabes —dice Jim—. No hasta que estás allí arriba.

—Pero entonces es demasiado tarde —afirma Phoebe.

—Así es —asiente Jim.

Todos se ríen y Lila por fin se asoma. Por un segundo, Phoebe se siente como si estuviera en clase y se hubiera metido en un lío. ¿Pero por qué?

—Jim, ¿estás hablando de ese avión para el que aún no has comprado las piezas? —pregunta Lila, y el grupo se queda en silencio.

—Pues ahora no, mierda —dice Jim, y todos vuelven a reírse.

Marla se apoya en la borda, satisfecha porque está del lado correcto de la ley. El barco se inclina en dirección hacia donde está ella y se le derrama la bebida por toda la camisa.

—La puta madre —dice Marla, y Suz se acerca para volver a llenar su copa.

—¿Así que eres profesora? —le pregunta Jim a Phoebe.

Phoebe percibe cómo los miran Lila y Gary, como si se estuviera formando una pareja, como si tal vez este fuera el plan de Lila y Gary: que Jim conociera a alguien en esta boda, que por fin sentara cabeza.

—Lo soy —confirma Phoebe, aunque parece menos cierto a medida que se adentran en el mar. Se siente muy lejos de su antigua vida aquí en el océano con los invitados a la boda. Lleva un día entero sin mirar el correo electrónico. Se supone que sus alumnos tienen que leer algo para la clase de mañana, Shelley, pero Phoebe ya sabe que no leerá a Shelley esta noche. No llegará a tiempo para la clase y, sin embargo, no siente culpa. Solo alivio. Solo la agradable sensación del viento en la mejilla. La dulce bebida en su copa. La certeza de que por fin ha hecho algo que nunca pensó que podría hacer: ha salido de la oscura habitación de su vida. Está aquí.

—Qué genial —dice Jim—. Muy genial. A mí tampoco me gustaban mucho los ingleses.

Se termina lo que le queda de bebida energizante, y Juice dice:

—Sabes que eso no es realmente leche.

—Ya lo sé —dice Jim—. Aquí lo dice: "Este producto no contiene leche".

—¿Entonces por qué lo bebes?

—Porque no quiero que sea leche —explica Jim.

—Eso no tiene sentido —opina Juice.

El capitán los lleva a Fort Adams, a un viejo faro, y mientras lo rodean, Jim hace más preguntas como si realmente quisiera conocer a Phoebe. ¿Qué enseñas? ¿Cómo son los alumnos? ¿Se siente bien ahí arriba, sabiéndolo todo? Ella lo siente avanzar hacia ella, como si él supiera que están destinados a acostarse, las únicas dos personas en el bote que no tienen pareja. Puede sentir que todos la miran de reojo, esperando que suceda, como si estuvieran en un programa de televisión.

Es un alivio cuando por fin Juice le toca el hombro a Phoebe.

—¿Podemos hacerlo ahora? —pregunta Juice, levantando el perro virtual para que Phoebe lo vea.

Phoebe mira a Gary, aunque está claro que Juice se lo está pidiendo a Phoebe y a nadie más. Phoebe también recuerda esa sensación. Cómo ir a casa del vecino y cenar ahí era más fácil que sentarse en su propia cocina con su familia, porque el señor y la señora Blank le hacían preguntas sobre su trabajo, sobre su concierto, y ella podía responderles lo que quisiera, porque los Blank no le importaban en absoluto: solo eran vecinos y ella no necesitaba su cariño, aunque de algún modo lo recibía por eso. Incluso podía

preguntarles por su propia madre, cómo era, cómo sonaba, y cuando el señor Blank se aclaraba la garganta antes de responder, ella no sentía ese nudo tenso en medio del pecho cada vez que lo hacía su padre.

—Sí —dice Phoebe.

—¿Qué hacemos?

Cualquier cosa sería mejor que lo que hizo Phoebe. Debería haberlo enterrado. Harry merecía una tumba. Había sido Harry, habría dicho Phoebe sobre su pequeña lápida, nuestro pequeño psiquiatra que nunca resolvió un problema.

—Primero, es costumbre decir algo sobre el difunto —afirma Phoebe—. Algo que te guste. ¿Qué te gustaba de la Princesa Humana?

Juice dice algo acerca de que la Princesa Humana siempre estuvo ahí en su bolsillo, que el perro siempre fue tan bueno, algo que ella podía abrazar siempre que estaba nerviosa durante las presentaciones de la escuela o por la noche. Phoebe puede ver a Gary inclinándose hacia ellos, intentando oír lo que dice su hija, pero su voz es demasiado baja. El viento es demasiado fuerte.

—¿Y ahora los demás dicen algo sobre la Princesa Humana? —pregunta Juice.

A Phoebe le parece increíble la facilidad con que los niños hacen preguntas. No les parece que tenga nada de malo. Saben que no lo saben todo, y a Phoebe, una mujer que se ha pasado toda su carrera fingiendo que había nacido sabiéndolo todo, le resulta un poco chocante. Se lo había sugerido Bob, diciendo que puede ser malo para una académica que la sorprendan haciendo demasiadas preguntas, y así se sentaba en el bar con sus colegas, y asentía, y

los escuchaba hablar sobre la Reforma Protestante o la imprenta en los primeros tiempos de América y cómo sus estudiantes carecían de una comprensión básica de la historia, y cuando la conversación se volvía demasiado impenetrable, demasiado deprimente, o demasiado enfadada (lo que siempre ocurría después de unos cuantos tragos), su marido le decía: "Pero, de verdad, creo que mis estudiantes me enseñan mucho más de lo que yo podría enseñarles a ellos". Phoebe enarcaba las cejas y esperaba a que él se diera cuenta de la estupidez, porque eso era algo que decían en sus declaraciones docentes para no parecer estúpidos, ¿no?

Pero ahora entiende lo que él quería decir. Hay tantas cosas que Phoebe ya no sabe. Cosas que los niños saben y que Phoebe ha olvidado, como por ejemplo mirar un círculo de plástico verde y ver en él a un perro querido.

Así es como se metió en problemas, piensa Phoebe. Cuando estaba sola, dejó de ver el significado de las cosas. Dejó de escribir en su diario, dejó de hacer comidas elaboradas, dejó de peinarse, dejó que Harry se quedara allí en el suelo del sótano, porque ¿qué importaba al fin de cuentas? ¿Qué importaba todo cuando estaba sola?

Pero todos en el barco están tan callados, mirando al perrito verde, que empieza a parecer un funeral de verdad.

—¿Puedo tenerla un rato? —pregunta Jim.

Juice le da el perro y Jim le habla directamente a él.

—Sabes, Princesa Humana, recuerdo cuando te compró mi hermana. Estaba tan emocionada que recuerdo que pensé: *Vaya, eso es amor de verdad*, ¿sabes? Cuando te emociona tanto la idea

de hacer feliz a otra persona. Así que gracias por hacer feliz a mi sobrina.

—Papá —dice Juice—. Te toca.

Gary parece incómodo. Pero se acerca. Tiene al perro en las manos. Se queda callado un momento.

—Jim tiene razón. Nos hizo mucha ilusión traerte a casa con Juice —dice Gary—. Sabíamos que serías un gran perro y lo fuiste. Gracias por hacerle compañía a mi hija todos estos años. Gracias por estar aquí cuando...

Entonces Gary hace una pausa, mira hacia abajo, como si estuviera a punto de llorar. Phoebe mira a Lila, que en ese momento es indescifrable, con la cabeza gacha y las manos en el regazo, como si estuviera en la iglesia, aunque Phoebe ya conoce a Lila lo suficiente como para imaginar lo que dirá después.

Jim palmea la espalda de Gary. Finalmente, Gary se recupera.

Ahoga las últimas palabras.

—En fin. Te lo agradecemos mucho, amiguita. Descansa en paz.

Gary envuelve al perro en una servilleta como si fuera un soldado. Le entrega Princesa Humana a Phoebe, que se siente como la madre de la niña, que también debería tener unas palabras.

—Gracias —le dice Phoebe al perro de Juice, pero también a Harry.

Gracias por hacernos compañía. Gracias por ser el único testigo de nuestro matrimonio. Gracias por esperarnos siempre por las mañanas frente a la puerta de nuestro dormitorio, y especialmente aquella noche que te sentaste frente a la ducha, vigilando atentamente. Porque Harry siempre sabía cuando algo iba mal. Y algo iba muy mal: Phoebe estaba embarazada de diez semanas y

sangraba. “Mira la sangre”, repetía una y otra vez, y Matt la llevó a la ducha, le puso las manos entre las piernas, como para atraparla. O quizá solo para sentirla. Para formar parte de ella. Después, Harry los siguió en silencio hasta la cama, y Matt se acurrucó alrededor de Phoebe, y Phoebe se acurrucó alrededor de Harry.

—Te quería de verdad —dice Phoebe, porque ahora que ha pasado el horror, Phoebe puede sentir la parte buena: este amor por su pequeña familia, la que tuvo y la que nunca tendrá. Es tan fuerte que la hace sollozar momentáneamente entre sus manos. Nadie dice nada, excepto Juice.

—¿Conociste a mi perro? —pregunta Juice.

Phoebe se ríe. Todos se ríen. Phoebe se seca las lágrimas y levanta la vista para ver que Gary le devuelve la mirada, sonriendo.

—No —dice Phoebe—. No conocí a tu perro.

Phoebe no conocía al perro. No conocía a su madre. No conocía a su hija. Ni siquiera sabía si habría sido una hija, pero imaginó a la niña tantas veces, cómo leerían obras de teatro en voz alta en el terreno detrás de su casa, porque habría un terreno. Phoebe se aseguraría de que así fuera. Llevarían a la niña al terreno y le enseñarían a bailar, a saltar. Buscarían ranas. Irían de campamento. Contarían cuentos por la noche y también por la mañana, y Phoebe le enseñaría a la niña a escribir el cuento, a atar las páginas con hilo, como su padre le había enseñado una vez. Quería transmitirle esa misma sensación a su hija. Quería enseñarle a su hija a crear, a hacer un montón de puré de manzana desde cero y a cosechar fresas, y cuando la niña se durmiera, Matt le prepararía cócteles de fresa y se acurrucarían a ver una buenísima película mala que

hubieran visto un millón de veces, como *Terminator* o *Dune* o todas las adaptaciones de Austen.

Esta imagen de su familia la sostuvo durante todo su matrimonio, durante las cinco rondas de FIV. Cuando se inyectaba los fármacos en la grasa del vientre, pensaba en la niña, en sus deditos arrancando las fresas. Los imaginaba tan a menudo y tan vívidamente que llegó un momento en que no podía imaginar que no existieran.

Pero no existirán. Nunca.

—Ahora la soltamos —dice Phoebe.

—¿La tiro al agua directamente? —pregunta Juice.

—Con suavidad, tal vez —sugiere Phoebe.

—Adiós, Princesa Humana —dice Juice, y mientras sostiene al perro muerto sobre el agua, Phoebe piensa: Adiós, Harry. Lo oye dentro de su cabeza como las últimas líneas de Ofelia en *Hamlet*: Adiós, Harry. Adiós hija. Adiós madre. Adiós marido. Adiós, adiós.

Pero antes de que Juice suelte al perro, Marla grita:

—¡No puedes tirarlo al mar! Es tirar basura.

—No es basura, es mi perro, tía Marla.

—Es plástico —dice Marla—. Tardará millones de años en descomponerse.

—¿Descomponerse? —grita Juice.

—Les pedimos que dejen todas sus pertenencias dentro del barco —dice el capitán en voz baja.

Juice mira a Phoebe como si estuviera tomando una decisión sobre quién ser, y Phoebe también toma una decisión.

—Adelante —dice Phoebe, porque a la mierda. Si va a vivir, esta vez va a vivir de otra manera—. Tengamos nuestro funeral.

Juice tira el perro al mar. Cuando se lo traga la espuma blanca del agua, Juice se ríe un poco. Es el regocijo de una niña que ha hecho algo que no debía, y Phoebe también lo siente, por eso espera a que alguien la regañe.

Pero el capitán no regaña. Empieza a hacer algo en las velas. Los demás han reanudado sus conversaciones. El funeral ha terminado. Se deslizan por el agua, mientras los adultos vuelven a ser invitados a la boda en un barco. Beben como si nada hubiera pasado. Pero algo ha pasado. Phoebe puede sentirlo cuando Juice se inclina hacia ella. Y Gary también debe sentirlo, cree, porque parece triste, como si supiera que acaba de presenciar algo importante en la vida de su hija, pero no supiera qué hacer.

—Oye, ¿qué tal un helado? —dice Lila, acercándose para formar parte de todo esto. Le da a Juice un sandwichito de la enfriadora.

Pero Juice no lo quiere. Lo sostiene a la luz porque desconfía incluso de eso.

—Esto no es helado de verdad, ¿sabes?

—¿Cómo que no es helado? —pregunta Gary.

—Estas cosas no se derriten. No es comida de verdad.

—Bueno, no tienes que comerlo, supongo —dice Lila—. Solo pensé que podrías tener hambre.

—No tengo.

Gary lanza una mirada de disculpa a Lila y Juice deja el sándwich de helado en el asiento junto a ella. Juice abre su teléfono y se tranquiliza leyendo la página de Wikipedia del Cornwall Inn. Lila vuelve con sus amigos al otro lado del barco y Gary sigue a su novia. Phoebe puede sentir cómo todo el cuerpo de Juice se relaja contra ella mientras lee en voz alta.

—El hotel fue construido en 1844 —le dice Juice a Phoebe—. Lo construyó un hombre llamado Albert Finland. Lo construyó para su amante.

Gary desliza un brazo alrededor de Lila, y se besan.

—¡Hey ho! —grita Jim, y todo el mundo aplaude.

Phoebe está dispuesta a creer en ellos como pareja. Espera oír cómo suenan cuando Gary y Lila se hablan directamente. Quiere entender qué les hace reír. Cómo flirtean. Está dispuesta a aceptar las cosas como son. Pero después de besarse, están totalmente de cara al público, entregados a sus invitados, contándoles historias a ellos y no el uno al otro. Y de vez en cuando, Gary mira a Juice y Phoebe como si quisiera decir algo. Al final, lo hace.

—Juice, por favor, tira el sándwich de helado si no te lo vas a comer —dice Gary—. Se está derritiendo en el bote de este hombre.

—¡Pero en realidad no se está derritiendo! —dice Juice—. ¿Ves?

Juice tiene algo de razón. En realidad, no se derrite. Mantiene su forma, lo que Phoebe admite que es inquietante. Pero a su padre no le impresiona. El padre solo ve basura.

—Tíralo —dice.

—¡Bueno! —Juice grita.

Juice tira el sándwich por la borda y Marla dice:

—¿Ves? Sabía que pasaría esto. Tirar basura es una pendiente resbaladiza.

—Basta, Marla —dice Gary.

Y luego mira a Juice como si estuviera a punto de castigarla, pero no lo hace. Vuelve con su novia y Juice mira hacia el agua como si estuviera contemplando algo condenatorio sobre su padre, o sobre Lila, o sobre su vida en general, pero Phoebe sabe que se está

aguantando las ganas de llorar. Phoebe conoce esta jugada. Observa cómo Juice vuelve a levantar el teléfono.

—¿Crees que realmente amaba a su amante? —pregunta Juice.

—¿Cómo dices? —pregunta Phoebe.

—Albert Finland.

—Supongo que sí —dice Phoebe—. No se hacen edificios para gente que te cae bien y nada más.

Pero es otro tipo de amor, Phoebe lo sabe. La esposa es la razón por la que el hombre se convierte en arquitecto. La amante es la razón por la que el arquitecto sigue construyendo. Los planos de los sueños que quizá nunca cumpla, así que los guarda en su cajón.

—Buen punto —dice Juice—. Aunque para ser honesta, nunca podría amar a alguien que se llame Albert.

—Los Alberts también son personas —dice Phoebe.

Juice estalla en carcajadas. Repite la frase:

—Los Alberts también son personas.

Juice sigue leyéndole a Phoebe sobre el hotel en voz baja, como si le estuviera contando un cuento secreto cuando ya ha pasado la hora indicada para ir dormir, y Phoebe se sorprende porque realmente le interesa, aunque no sabe por qué se sorprende, ya que es exactamente el tipo de cosas en las que le gusta pensar.

Para cuando ya casi están de vuelta en el muelle, todos parecen borrachos y felices de nuevo. Gary y Lila se ríen de algo que dice Nat. Marla y Jim están enfrascados en una conversación con el padre de Marla sobre Roy. Y Juice se apoya en Phoebe del todo, como si fuera un tope de biblioteca. Mientras se preparan para bajar del barco, Phoebe cierra los ojos. No quiere moverse. Como cuando

Harry estaba en su regazo y era tan tierno, Phoebe ni siquiera tomaba un sorbo de café. Phoebe no quiere arruinar el momento.

Pero ahora ya están atracados, y Phoebe mira hacia el muelle, a toda la gente y las casas y la nueva vida que la aguarda más allá.

—Qué divertido estuvo —anuncia Lila mientras se pone de pie.

—Muy divertido —coincide Suz.

Nat levanta la cámara.

—¡Besos! —dice.

Y se besan.

De regreso en el hotel, Pauline está detrás del escritorio de la recepción con un vestido de lino azul marino. Tiene la expresión de una mujer que lleva todo el día atendiendo peticiones imposibles de atender, pero cuando ve a los novios, dice alegremente:

—¡Hola! Bienvenidos. ¿Qué tal el paseo?

—Fenomenal —exclama Lila—. Y eso me recuerda algo. Tengo que hablarte de mi colchón.

Lila se vuelve hacia Pauline y el grupo se dispersa. Nat y Suz se van a hacerse las uñas. Marla y Juice necesitan una siesta. Jim se dirige al bar con el padre de Gary para encontrarse con el tío Jim. Y Gary y Phoebe esperan el ascensor en silencio, y escuchan a Lila mientras le explica a Pauline que el colchón no es lo bastante blando.

—No tan blando como esperaba —dice Lila.

Phoebe se pregunta si es así como funciona Lila. Lila está disgustada por el funeral en el barco, pero no puede decir nada al respecto, así que se queja del colchón con Pauline, porque es ahí donde está Pauline la mayor parte del día, dispuesta a recibir quejas. Pauline está dispuesta a arreglar cualquier problema, por eso Phoebe no se sorprende cuando ve que Pauline ya ha puesto los

libros de la estantería en su posición original, con las páginas hacia fuera.

—¿Hay algo que puedas hacer? —pregunta Lila.

—No estoy segura de que podamos hacer algo con el colchón —dice Pauline—. Los estamos estrenando.

—Por desgracia, los colchones a estrenar no son muy cómodos —dice Lila.

Gary se mira los pies como avergonzado, pero bueno, ¿qué sabe Phoebe de Gary? A Gary podría gustarle esta característica de Lila. A muchos hombres les gusta; ella tardó mucho en darse cuenta. A algunos hombres les gusta el alboroto. A algunos hombres les gusta que les digan lo que tienen que hacer, porque así nunca tienen que tomar decisiones, nunca tienen que pensar. Probablemente fue muy útil que Lila le dijera dónde colgar el desnudo, probablemente por las mismas razones por las que a Phoebe siempre le gustó ver a Matt enrollar el cinturón y formar un rollo perfecto. Le gustaba ver la mano de Matt barriendo la canaleta. Es excitante ver a alguien que resuelve con pasión todos los problemas. Especialmente para alguien como Phoebe, la eterna pasajera de la relación, según su terapeuta, la que siempre preguntaba: "¿Adónde quieres ir a cenar?", con la esperanza de que la otra persona supiera adónde quería ir.

Pero entonces Gary extiende la mano y toma una decisión. Da vuelta un libro igual a como lo había hecho ella.

Grandes esperanzas.

Gary levanta el puño.

—Libertad a los libros —dice, y Phoebe se ríe. Se sorprende. A lo mejor no conoce a Gary. Quizá Gary toma decisiones así todo el tiempo. ¿Y por qué ella siempre intenta reducir a las personas,

meterlas en esas cajas diminutas y conocibles en las que solo caben uno o dos rasgos de personalidad? Gary es el escenario y Lila es la canción, piensa. Pero luego piensa: Nadie es algo todo el tiempo. Porque un día, Phoebe se despertó y decidió suicidarse, y eso no es algo que hace una eterna pasajera de la vida. La eterna pasajera de la vida solo sigue sentada en la cama.

—Libertad a los libros —dice Phoebe.

Phoebe también da vuelta un libro. Siguen así, liberando los libros, mientras Pauline intenta apaciguar a Lila.

—Los colchones tardan un tiempo en acomodarse —dice Pauline.

—¿No les pasa a los colchones que empeoran con el tiempo?

—Bueno, no sé qué podemos hacer con los colchones, para ser honesta. Por desgracia, ya están aquí.

—¿Y una colchonetita? —pregunta Lila.

—¿Una colchonetita? —dice Pauline—. Sí. Vamos a hacer eso. Te conseguiremos una colchonetita.

Pauline dice la palabra colchonetita como si fuera extranjera, y Phoebe se imagina que está anotando en una libretita "¿qué es una colchonetita?". En cualquier caso, Pauline parece aliviada.

Para cuando regresa Lila, Gary y Phoebe han liberado dos estanterías de libros.

—¿Qué están haciendo con la decoración? —pregunta Lila. Los mira como si se hubiera topado con el robo a un banco.

—Son libros, no decoración —dice Phoebe.

Phoebe no tiene demasiadas creencias, pero esta es una de ellas.

—¿Me vas a decir que ahora los libros tienen alma o algo así? —pregunta Lila.

Se abren las puertas del ascensor.

—Voy a decirte que son libros —dice Phoebe—. Están hechos para ser leídos. Eso es lo que son los libros.

—Bueno, Siddhartha —dice Lila, y luego hace una pausa, como si se viera a sí misma demasiado parecida a la Lila que es cuando está cerca de Phoebe—. Pauline dice que me traerá una colchonetita para poner arriba del colchón. ¿Tú también quieres una?

—No —dice Gary—. Yo prefiero un colchón duro.

—Claro —dice Lila—. Tu espalda. ¿Cómo está?

—Es, ya sabes, todavía mi espalda —dice, y se ríe para sí mismo.

Luego viajan en silencio hasta que Lila dice:

—¿Por qué es tan lento este ascensor?

—Es de 1922 —dice Phoebe leyendo la placa.

—¿Pero por qué no lo habrán renovado cuando rehicieron el hotel?

—Ni idea —dice Gary, y ya están arriba de todo.

—Bueno, eso fue divertido —dice Lila—. Un día divertido.

—Absolutamente —dice Gary—. Muy divertido. Una gran idea.

Pero Phoebe odia la palabra divertido. Phoebe cree que, si la gente dejara de usar la palabra divertido, dejara de esperar que todo fuera divertido, todo podría volver a ser divertido. Estaba agotada por la insistencia de su marido en que todo debía ser divertido. Nunca decía esas cosas, cuando sí se divertían, pero al final, cuando ya nada era divertido, decía: "Vamos de copas, será divertido". "Vayamos de excursión, será divertido". ¿Y no fue por eso que ella sugirió que fueran al Cornwall? "Hagamos algo divertido para las vacaciones de primavera", le había dicho él.

—Así que Vivian, mi dama de honor, volará desde Chicago esta noche —dice Lila—. Es mi mejor amiga de la universidad. Es

maravillosa. Sé que les va a caer muy bien a los dos.

—Seguro que sí —dice Gary.

A continuación, Lila enumera otras cosas buenas que ocurrirán hoy: la recepción empezará a las siete en el patio. Nat tocará el arpa con un violonchelista premiado que sirvió en Irak y aprendió a tocar el violonchelo como parte de su tratamiento del trastorno de estrés postraumático, y quizá sería bueno contárselo a Roy.

—Se lo haré saber —dice Gary.

Se abren las puertas.

—Qué bien —dice la madre de la novia, besando a Gary y a Lila en la mejilla—. Volvieron.

Parece el tipo de mujer que Phoebe podría ver en un mercadito de cosas caras. Ropa suelta de lino que le combina con el color del pelo. Le da a Phoebe un beso en la mejilla.

—Te queda bien mi abrigo —dice la madre, y se aparta para mirarla.

Phoebe se olvidó de que no llevaba puesta su propia ropa, aunque no está segura de cómo pudo olvidarse de las lentejuelas en los hombros y de un girasol metido entre los dedos de los pies.

—Mamá —dice Lila—, ella es Phoebe.

—Así que tú eres la mujer de Missouri que no trajo un abrigo al océano.

Phoebe sonríe y se encoge de hombros.

—Primeriza.

—¡No sabía que todavía quedara gente así! Bueno, necesitas este suéter más que yo, sin dudas.

De cerca, la madre de la novia tiene una mandíbula fuerte, como si se hubiera fortalecido con años de mirar fijamente al océano.

Huele ligeramente a alcohol, aunque Phoebe no sabe de qué tipo.

—Trátalo con cuidado —dice la madre—. Fue el último regalo que me compró su padre.

—Oh —dice Phoebe, horrorizada—. ¿Sabes qué? Me lo quitaré.

—No seas tonta —dice la madre, agitando la mano. Le da a Phoebe una mirada que sugiere que, a estas alturas de su vida, nunca recuperará nada—. Disfrútalo. Es tuyo.

—Mamá —dice Lila, mirando a la puerta de su madre—. ¿Por qué hay un montón de estatuas alineadas frente a tu puerta?

—Ah, Carlson las va a sacar —dice—. Este hotel es muy bonito, pero el arte de la habitación es terrible. Muy morboso.

Busca una de las estatuas.

—¿Quién pondría una escultura de un pájaro muerto en la habitación de una anciana?

Todos observan la escultura del pájaro. Lila parece perturbada por ella, pero dice:

—No creo que ese pájaro está muerto.

—¿Está durmiendo? —pregunta Phoebe.

—Apuesto a que solo está durmiendo —dice Gary.

—¿Desde cuándo los pájaros duermen con el cuello así de torcido? —pregunta la madre. Señala a los otros pájaros que están contra la pared—. Míralos a todos. Parecen asesinados.

—Bueno, sí, cuando los pones en línea así contra la pared, es espeluznante —dice Lila.

Phoebe echa un vistazo más de cerca.

—Los cuervos duermen así, ¿saben?

—Claro que sabes cosas sobre los hábitos de sueño de los cuervos —dice Lila.

—Meten la cabeza en el pecho —añade Phoebe.

—Pues no parece muy cómodo para ellos —dice la madre.

—¿Y por qué todo el mundo se mete con la decoración del hotel? —pregunta Lila—. El Cornwall contrató a diseñadores galardonados para planificar cada detalle de este lugar. No pueden ponerse a mover las cosas.

—Carlson dijo que puedo hacer lo que quiera —dice la madre. Lila mira a Gary y a Phoebe.

—Sigan sin mí.

Lila empieza a entrar las esculturas de pájaros muertos a la habitación de su madre, mientras Gary y Phoebe caminan por el pasillo. No dicen ni una palabra hasta que doblan la esquina.

—¿Cómo sabes cosas sobre los hábitos de sueño de los cuervos? —pregunta Gary.

—En algún momento de su carrera, todos los profesores de literatura tienen que pasar un día entero investigando a los cuervos —dice Phoebe—. Están por todas partes. Los escritores no pueden resistirse a un cuervo. Ya sabes, símbolos de la muerte y el dolor y el inframundo y todo ese tipo de cosas.

—Ah, sí, me encantan esas cosas —dice Gary—. Poe, ¿no es cierto? ¿Ese era el poema del cuervo?

—Nunca más, nunca más.

—Dios, no lo leía desde la secundaria —dice—. Recuerdo que me gustaba, pero ahora no recuerdo por qué.

—Es muy emo —dice Phoebe—. La mayoría de mis alumnos suelen sentirse interpelados por esa razón. Un hombre con el corazón roto nunca supera la muerte de su mujer.

Lo dice sin pensar, pero él no parece afectado por sus palabras.

—Para ser sincero, me impresiona que se preocupen por los sufrimientos de un viudo afligido de mediana edad —dice Gary.

—A mis alumnos les encantan los personajes que se condenan a sí mismos a una pena interminable —dice Phoebe—. A los jóvenes les parece noble, creo.

—Poco saben que lo verdaderamente heroico es, de alguna manera... ducharse y salir de compras al supermercado.

Se ríen.

—Solo quiero darte las gracias por ayudar a Juice con su perro —dice Gary, y aún suena embragado por alguna emoción que experimentó antes este mismo día—. Sé que probablemente pareció raro, hacer tanto alboroto por un juguetito, pero ella recibió el perro de su madre justo antes de morir.

—Créeme, lo entiendo —dice Phoebe—. Me di cuenta de que no era un perro cualquiera.

Dice que incluso cuando Juice se hizo demasiado mayor para el juguete, todos los días veía cómo estaba Princesa Humana. Todavía anunciaba sus mayores logros en el desayuno, como "La Princesa Humana está comiendo" o "La Princesa Humana no ha sido arropada", y él y su mujer se reían tanto que les caían lágrimas.

—Le dije que le compraría uno nuevo después de la boda —dice Gary—. Pero eso es una locura, ¿verdad? Quiero decir, incluso mientras lo decía, no me lo creía. Probablemente no le compraremos uno nuevo. Pronto cumplirá doce años. Y mi padre probablemente tiene razón, probablemente es mejor que le consigamos un perro de verdad, ¿no?

—Probablemente —dice Phoebe—. Pero los perros de verdad requieren trabajo de verdad. No puedes tirarlos al océano cuando

mueren.

Ella y Matt debatieron durante años sobre cuánto trabajo supondría tener un perro y si merecería la pena. A veces pensaba que habría sido más fácil comprar un perro que debatir sin parar sobre si comprarlo o no.

—Pero tal vez es algo bueno que no puedas tirarlo así nomás al océano —dice.

Ambos parecen sentirse confundidos por un momento. Piensan en Princesa Humana cayendo al fondo del océano, sin ser alimentada, sin ser arropada en su cama virtual, cuando el tío Jim y la tía Gina de Gary salen de su habitación.

—Gary, el hombre del momento —dice el tío Jim, y le da unas palmaditas en la espalda.

—¿Cómo están ustedes dos? —pregunta Gary, con lo que parece su voz de médico. La enciende muy deprisa: suave, controlada, amistosa, sin ser invasiva.

—Oh, muy, muy mal —dice la tía Gina—. Tu tío se resbaló ayer y se lastimó el tobillo, luego jugó una ronda terrible esta mañana.

—Terrible —dice el tío Jim.

Algunos días al tío Jim le sale genial. Algunos días al tío Jim le sale pésimo.

—Perdí el *swing* —dice.

—Lo recuperarás —dice la tía Gina—. Siempre lo haces.

—No estoy preocupado, Gina —dice el tío Jim—. Sé que lo recuperaré, por Dios.

Entonces el tío Jim se inclina y dice:

—Oye, hijo, tenemos una pregunta para ti. Es sobre los intestinos de tu tía Gina.

—Es terrible —dice la tía Gina—. No he ido desde el viernes. Los viajes siempre me hacen esto.

—Acabas de llegar de Cranston —dice Gary—. Está a solo treinta minutos.

—Solo la idea de viajar me afecta —dice la tía Gina.

—Puedo pasar más tarde —sugiere Gary, y le da unas palmaditas en la espalda a su tío—. Pero sabes que no puedo darte indicaciones médicas, ¿verdad? No soy tu médico.

—Ah, basta —interviene el tío Jim—. Eres nuestro sobrino. Claro que puedes. ¿Qué sentido tiene que mi sobrino sea un médico especialista en caca si no podemos recibir indicaciones gratis?

Cuando se alejan, basta una mirada de Gary para que Phoebe estalle en carcajadas. Todo vuelve a ser ligero entre ellos, como antes en el barco. Como anoche en el jacuzzi.

—Te debe pasar mucho, ¿no? —pregunta Phoebe.

—Digamos que conozco la forma, el tamaño y el color de la mierda de aproximadamente el cincuenta por ciento de los habitantes de cualquier habitación —responde Gary.

Se ríen. Phoebe sabe que debería ir a su habitación. Sabe que han estado hablando demasiado tiempo. Pero aún no está lista para irse. No quiere volver a estar completamente sola en su habitación.

—Siento haber sido tan atrevida en el jacuzzi anoche. Pero no sabía.

—Por favor, no te disculpes. Debí haberte dicho que era el novio.

—Sí, ¿por qué no me dijiste que eras el novio?

—No suelo ir por ahí presentándome como un novio.

—Puede que tengas que empezar. Me hiciste creer que eras…

—¿Qué?

—Una persona normal en un jacuzzi.

—Tú también me hiciste creer que eras una persona normal. Pero aparentemente eres la amiga de Lila de la galería de arte.

—No es así. Supongo que me convertí en su amiga, literalmente anoche. O quizá esta mañana. No estoy segura. Pero no nos conocimos en una galería de arte.

—Entonces, ¿por qué diría Lila que se conocieron en la galería?

Gary parece preocupado, como si Phoebe fuera a decir algo que revelaría el verdadero carácter de su futura esposa. Phoebe no sabe por qué Lila les mintió a todos, pero sospecha que tuvo algo que ver con cómo se le iluminó la cara a Marla cuando mencionó la galería. O lo embarazoso que sería explicarles a todos cómo se conocieron realmente Phoebe y Lila.

—Mejor mentir que decirle a todo el mundo en el barco que soy la loca suicida que conoció ayer en el ascensor —dice Phoebe.

—No estás loca. Por favor, no digas eso. Eso es todo lo que te pido.

Asiente. No lo hará.

—Pero podría haber estado...

—No, estuviste genial —dice él—. Estuviste tan...

Gary piensa un momento, no como si dudara, sino como si intentara encontrar la palabra más precisa.

—¿Tan qué? —pregunta ella.

Le sorprende que realmente quiera saberlo. Siempre ha tenido tanto miedo de saber cosas sobre sí misma, tanto miedo de leer la verdad en las evaluaciones de los cursos, o de ver su nariz grande en una fotografía, o de escuchar a su terapeuta sacar conclusiones insoportablemente exactas sobre ella.

—¿Siempre has sido tan crítica contigo misma? —le preguntó.

Y sí. Sí. Lo ha sido. "Soy literalmente una crítica", le recordó a su terapeuta, y él se rio. ¿Y dónde aprendió eso? ¿Cómo llegó a ser tan buena identificando defectos? ¿En ver solo los hongos en los árboles?

—Viva —dice Gary—. Me pareciste una persona totalmente viva. Fue inspirador, la verdad.

Quizá debería dar vergüenza hablar así, ser tan sincero en medio del pasillo de un hotel a las cinco de la tarde, pero Gary no parece avergonzado. Quizá uno se sienta cómodo con la sinceridad cuando escucha a la gente hablar de su propia mierda con la mayor seriedad. Gary pasa sus días en una pequeña habitación donde la gente solo puede vivir o morir. A él se le confía la tarea de decir a la gente la verdad absoluta acerca de sus culos. Por no hablar de sus destinos. Mientras que Phoebe se formó en la escuela depresiva de su padre, y luego en la escuela de posgrado, donde le enseñaron a criticar los argumentos de todo el mundo, a ver los defectos fatales de los documentos, y había sido emocionante durante un corto período. "Para Matthews, afirmar que *Jane Eyre* es o no un texto feminista es malinterpretar lo que es el feminismo", escribió Phoebe en su único artículo publicado. Se había sentido orgullosa cuando salió a la luz, pero durante los meses siguientes tuvo un sabor amargo en la boca, como si hubiera sacado al mundo algo podrido, y cada vez que trabajaba en su libro, tenía la sensación de estar esperando a que un crítico le señalara las formas en que estaba dañado. ¿A quién le importa cuántas veces sale Jane Eyre a caminar? ¿Cómo puede Stone afirmar que el mundo natural es a la vez un espacio doméstico y un espacio público? ¿Y cómo la libertad

que Eyre experimenta en esos paseos con Rochester no contradice la afirmación anterior de Stone de que Jane está "atrapada en el mundo ‹antinatural› creado por un hombre"? Por lo general, es entonces cuando Phoebe deja de trabajar en su libro y enciende un cigarrillo.

Phoebe prefiere esta nueva forma de hablar. Y quizá sea una de las cosas buenas de hacerse mayor. Tal vez esta es la parte de su vida cuando empieza a decir lo que quiere decir, para bien o para mal. Porque ninguna dosis de verdad puede ser peor que la sensación que tuvo después de años de esconderse de ella.

—Gracias por decir eso —dice Phoebe.

—¿Te veremos en la... recepción entonces? —pregunta Gary, tan torpemente que parece el final de una cita. Y qué fácil sería todo si fuera el final de una cita. Qué bien se sentiría inclinarse hacia delante y darle un beso.

Pero no es una cita. Lila viene por el pasillo. Lila pertenece a Gary y Gary pertenece a Lila, y Phoebe no pertenece a nadie.

—No —dice Phoebe—. Como dije, realmente no soy parte de la boda.

—Cuídate entonces —dice Gary. Y le da una mirada larga y dura, como sabiendo que será la última vez que se vean.

—Adiós —dice ella.

En la habitación, Phoebe se siente decepcionada al volver a los hechos de su propia vida, a la noche que pasará sola en Los locos años veinte. Por no hablar de la vida que pasará sola. ¿Y por qué lo hace? ¿Por qué pasa un lindo día con la gente, se siente unida a

ellos, y luego, cuando está sola, solo piensa en los posibles horrores del aislamiento que la espera?

—Catastrofizas —le dijo una vez su terapeuta—. Realismo depresivo.

Ella lo sabe. Sin embargo, sus pensamientos siguen teniendo poder sobre ella. Hacen que se sienta clavada a la alfombra a cuadros, a su existencia solitaria.

Cree que debería consultar a un nuevo terapeuta. Pero sigue teniendo la sensación de estar fuera del tiempo. Debería estar muerta, y no lo está. Le hace bien cada vez que recuerda que está viviendo en una especie de vida después de la muerte en la que tiene vista al océano y un hombre llamado Carlson que aparece al atardecer para "preparar" la habitación "para la noche".

—¿Prepararla para la noche? —pregunta Phoebe.

—Alistarla para una noche de sueño —dice Carlson.

—¿Es un servicio que brindan aquí?

Phoebe imagina a Carlson abriendo las sábanas, arropándola como antes lo hacía su padre. Diciéndole a Phoebe cosas dulces sobre el universo, como solía hacer su marido. Acariciándole la cabeza mientras se sumía en un sueño sin sueños.

—Sí —dice Carlson—. Sentimos mucho haberlo suspendido para la recepción de anoche.

Phoebe observa a Carlson mientras prepara la habitación para la noche. Baja las persianas. Enciende las luces, esponja la almohada de coco. Abre las sábanas.

Es bonito este ritual. Le gusta que haya una frase específica para ello, este preparar la habitación para la noche, este reconocimiento

de que la noche es algo para lo que debemos prepararnos. Porque la noche es dura.

Suele ser el peor momento del día para Phoebe, cuando la depresión aflora como un quiste. Su terapeuta le sugirió que tal vez tuviera que ver con su cuerpo, que quizá solo tuviera una deficiencia de azúcar, y que tal vez sería más feliz si comiera seis colaciones al día. Pero empezó a comer seis colaciones al día y el sol empezaba a ponerse y ella miraba los zapatos de su marido que seguían junto a la puerta y sollozaba tan fuerte en la cocina vacía que se asustaba. Se metía en la cama y pensaba en todas las mujeres en las que podría haberse convertido. En todas las maneras en que terminan cada día las mujeres mejores. ¿Cómo terminaba Mia su día?

No sabía por qué el final de cada día siempre le parecía una tremenda prueba, pero así era. Se sentía como un ensayo para el final de la vida, lo que no le auguraba nada bueno, porque Phoebe a menudo lo hacía con una copa en la mano, viendo un episodio tras otro de algún drama de época. Phoebe encendía todas las luces de la casa y luego el televisor y bajaba los graves porque los sonidos de los rifles británicos eran demasiado realistas.

—¿Necesita algo más? —pregunta Carlson.

Es agradable que todo el mundo aquí le haga la misma pregunta, aunque solo sea su trabajo. Cada vez parece como otra oportunidad para practicar cómo pedir lo que necesita, algo que antes era tan difícil para Phoebe. Necesito tomar esas vacaciones en marzo, debería haber dicho eso. Necesito que me digas que me quieres más seguido, debería haber dicho eso también. Pero le había resultado humillante. Porque su marido no necesitaba nada: siempre estaba

tan ocupado, tan perfectamente bien, siempre saliendo por la puerta con un millón de papeles en la mano.

Pero Carlson espera, le da tiempo a Phoebe para pensar, la mira como si de verdad quisiera ayudarla, y tal vez sea así.

—Necesito un cargador de teléfono —dice Phoebe.

—Claro. ¿Algo más?

—Y un tapón de desagüe para la bañera.

—Por supuesto. Vuelvo enseguida.

—No irás a la farmacia, ¿verdad?

Carlson se ríe.

—No. Voy abajo.

Le gusta su acento sureño y se pregunta si, como Pauline, suena más amable de lo que es. Aunque sospecha que es así en la mayoría de los casos, especialmente en el de ella. Porque Phoebe no era simpática. No, Phoebe se esforzaba mucho por caer bien, incluso a Mia y a su marido, incluso después de la aventura. Se comportaba como si fuera una mujer muy simpática en una obra de Ibsen, esperando que el público la aplauda o se vuelva contra ella en cualquier momento. Para declararla una mujer horrible o una gran mujer. Pero en sus fantasías, no pensaba cosas agradables. Siempre les deseaba cosas malas a los dos.

—Aquí tiene —dice Carlson, y le acerca el tapón del desagüe y el cargador del teléfono en la bandeja plateada. Esta vez se ríe de verdad.

—Estas bandejas plateadas son graciosas.

—Tenemos que usarlas.

—¿De dónde eres?

—De Georgia, pero vengo de Carolina del Sur —dice. Trabaja en el centro turístico de allí. Está aquí para ayudarlos a acomodarse de nuevo después de Covid—. Nos falta personal.

—Bueno, gracias por tu servicio —dice Phoebe, y es tan exageradamente formal que a él le da risa. Hace una gran reverencia.

—De nada, querida. Ahora disfrute la tarde.

¿CÓMO SE DISFRUTA la tarde?

Carga su teléfono. Se pone la bata esponjosa. Llena la bañera victoriana. Se suelta el pelo. Se peina con el cepillo más suave que sintió en su vida mientras el cielo se tiñe de rosa.

Entra en el agua caliente, un pie primero y el otro después. Abre *La señora Dalloway*. Llega hasta el suicidio de Septimus y sigue leyendo hasta que el agua se enfría. Abre de nuevo el grifo del agua caliente y empieza a lavarse. Levanta la cabeza de la ducha, y lavarse es menos romántico de lo que hubiera creído en una bañera con herrajes vintage. Va a mojarse el pelo y salpica agua por todo el suelo sin querer.

—Mierda —dice.

Al final, abandona todo intento de darse un baño perfecto en esta bañera. Abandona todo intento de sentirse como en un cuadro. No tiene por qué ser bella en este momento. No tiene que ser nada, nunca. Su marido no la está mirando. Su padre no la está mirando. Nadie la miraba realmente, excepto Phoebe. Phoebe era la única persona que esperaba en la oscuridad para condenarse por cada cosa cuando el día terminara.

"¿Puedes adoptar un enfoque diferente?", le preguntaba su terapeuta. "¿Puedes por una vez intentar amar las cosas que odias de ti misma?".

En aquel momento no entendía la pregunta. No entendía cómo podía quererse a sí misma. Ni siquiera entendía qué querían decir las personas cuando decían que se querían a sí mismas. La verdad es que no les creía. ¿Cómo puedes amarte a ti misma? ¿Cómo puedes amarte cuando sabes todas las cosas horribles que has pensado? ¿Cuando terminas la mayoría de las noches fantaseando con tu marido penetrando a su amante contra la pared? Y a veces, Phoebe también está en la fantasía. Phoebe está ahí para mirar, para decirle a su marido que debe hacerlo más y más y más fuerte.

—Es enfermizo —le dijo Phoebe a su terapeuta.

—¿Por qué tiene que ser enfermizo? —le pregunta el terapeuta—. ¿Por qué no puedes ser tú, queriendo formar parte de eso?

—Está bien. Es enfermizo y además patético.

—No es patético querer cosas, Phoebe. Es bueno.

—No es bueno querer eso.

Pero ahora puede entender lo que él intentaba decirle. Sí es bueno querer cosas, incluso las humillantes. Incluso las cosas que se supone que no debes querer, como Gary, el novio. Porque cada vez que piensa en esa bañera de hidromasaje con Gary, se siente afortunada de estar viva. No puede creer que casi perdió la oportunidad de conocerlo. No puede creer que casi tiró su cuerpo a la basura. Este cuerpo hermoso, piensa, y pasa los dedos por la suave pelusa de vello que le ha crecido en las piernas. La cicatriz de la rodilla. Sus pechos, que sobresalen del agua como dos rocas lisas y antiguas en el océano. Y se excita un poco con solo mirarse los

pechos, así que empieza a tocarse. Siempre pensó que eran un mito, todos esos orgasmos acuáticos que tenían las mujeres en las películas, pero siente que se acerca, siente que todo su cuerpo empieza a temblar, cuando se abre la puerta.

—¡Phoebe! —grita Lila.

—Dios —dice Phoebe, y se sienta tan rápido que el agua se derrama por los bordes. Está colorada por el agua caliente y el calor de haber sido descubierta. Pero Lila solo se fija en el teléfono empapado en el suelo.

—Puedes ponerlo en arroz seco y estará bien. Seguro que Pauline puede traerte un poco de la cocina. ¿Quieres que la llame?

—No —dice Phoebe.

Phoebe no está preocupada por el teléfono. Phoebe está más preocupada por cómo ha entrado Lila. Pero Lila empieza a hablar.

—Dios, no puedo entender el parentesco de Gary con Marla —dice Lila—. ¿Puedes creer lo que hizo Marla hoy? Sinceramente, lo de las Vacaciones en un vaso. Ni siquiera sé por qué me molesto en ser tan amable con ella. Y con Juice también. ¡Siento que me odian! Probablemente me odian. Y bien, lo entiendo. Soy rica hasta el hartazgo. Sé que es molesto. Pero no soy grosera con la gente. ¡No soy una perra como Marla! Y sé que se supone que no debería decir eso de otra mujer, pero ¿qué se supone que debo hacer si ella es una perra?

Phoebe se queda mirando incrédula mientras Lila se sienta en la diminuta silla negra del cuarto de baño, que de repente parece puesta ahí solo para que Lila pueda sentarse en ella y decirle perra a la gente.

—Estuvo todavía peor hoy en el cóctel —dice Lila—. Tosí porque se me fue un poco de vodka por el tubo equivocado, y Marla me miró y me dijo: "Lo siento, pero ya no puedes toser así en público". Y no dije nada, por supuesto. Porque va a ser mi cuñada. Voy a tener que pasar el resto de la semana con ella. Quiero decir, el resto de mi vida, técnicamente. Aunque no tenemos que pasar todas las fiestas juntas. Nos queda Halloween para nosotros solos, ¿verdad?

La bañera vuelve a estar fría. Phoebe abre el agua caliente, pero está demasiado caliente y le quema los dedos. Así es como sucede. Deja que la gente a su alrededor haga lo que quiera. No les llama la atención. Finge que no tiene necesidades, que está bien entrar en su habitación cuando está intentando tener un orgasmo.

—¿Cómo has entrado? —pregunta Phoebe.

—Tengo una llave.

—¿Tienes una llave?

—Sí, me dieron una llave cuando reservé la habitación para la semana.

—Está bien. Pero eso no significa que puedas entrar sin más mientras me estoy bañando.

—Ah, no me importa que estés desnuda —dice Lila, mirando directamente a los pechos de Phoebe—. He compartido habitación toda mi vida. Ver a una mujer desnuda es básicamente como ver el empapelado de la pared.

—Ese tampoco era mi punto —dice Phoebe.

—¿Entonces cuál es el punto?

—¡La cuestión es que estaba a punto de tener un orgasmo!

—¿En el agua? ¿Eso es realmente posible?

—Ahora nunca lo sabremos, ¿verdad?

—Y mi vida no es perfecta. ¿Has estado escuchando una palabra de lo que he estado diciendo?

—Te he escuchado, sí. Tienes una cuñada que no quiere tener Covid. Una madre que no está muerta y que asiste a tu boda. Por no hablar de un prometido que es realmente maravilloso.

—Dios mío, tú también no. Suenas como Nat y Suz.

—Nat y Suz tienen razón —dice Phoebe—. Es maravilloso.

—¿Qué crees que tiene de maravilloso?

—¿No sabes ya qué tiene de maravilloso?

—Claro que lo sé. Pero es más interesante oír lo que te parece maravilloso a ti.

Lila espera.

—Por favor.

—Es sincero —dice Phoebe, porque si Lila quiere sinceridad, tendrá sinceridad—. Parece aceptar que la gente es, bueno, humana.

—Bueno —dice Lila, claramente insatisfecha—. ¿Pero qué más?

—Es inteligente. Pero también es curioso. Un aprendiz vitalicio.

—¿Un aprendiz vitalicio?

—Está comprometido con el mundo. Como si tuviera la misión de conocerlo mejor. Y es divertido, pero no del tipo que se ríe de las personas. Es difícil notarlo al principio, porque parece más simpático que gracioso, pero una vez que lo haces, no puedes dejar de verlo.

—¿Pero crees que es atractivo? —pregunta Lila.

—¿Quieres saber si creo que tu prometido es atractivo?

—Tengo curiosidad por lo que ves.

—Sí, creo que es atractivo —desliza Phoebe, y le hace bien reconocerlo en voz alta. Especialmente ante Lila—. Muy atractivo,

para decirte más.

Esto parece complacer a Lila, pero luego se muestra dubitativa por un momento.

—¿Incluso con la barba?

—La barba es quizás la mejor parte.

—Pero es gris.

—Un tipo sexy de gris.

—El gris no es sexy.

—Es como un toque de gris —dice Phoebe—. Lo suficiente para que se vea un poco arrugado.

—Se ve demasiado parecido a un hechicero.

—No parece un hechicero. Parece un hombre con barba.

—Pero tienes que admitir que la barba hace que parezca un hechicero.

—Créeme, Gary en serio tiene los pelos perfectos para un hombre de su edad.

—Eso es lo que solía pensar. Pero luego se dejó la barba y le salió toda gris. Creo que, si se afeita la barba, se vería mejor.

—No estoy segura de que sea tan simple.

—Eso suena enigmático.

—No es enigmático.

—Sí es enigmático. ¿Estás enfadada conmigo o algo?

—No, no estoy enfadada contigo —dice Phoebe, pero luego recuerda que intenta ser sincera—. Estoy molesta.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—¡Porque estaba intentando darme un baño! —dice Phoebe—. Y tú entras tan campante sin tocar, te sientas y te quejas de tu cuñada y de la sexy barba canosa de tu prometido y de tu boda millonaria

con una mujer desnuda, suicida y divorciada en una bañera, ¿y te parece que ese es el baño que quiero tener? ¿Crees que es justo hacerme eso?

Lila parece dolida, confusa o ambas cosas. Pero a Phoebe le da igual.

—¡Y creo que sí te parece justo! —exclama Phoebe—. Realmente crees que puedes ir por ahí, vomitando tu monólogo interior sobre todos, pero no puedes. Tienes que respetar a la gente. Tienes que tocar sus puertas antes de entrar en su habitación. A nadie le importa que seas la puta novia. Eso no te da licencia para mirar cómo se baña la gente. No eres Dios. Solo eres otra puta mujer, puesta aquí en la tierra como las demás.

—Pero toqué la puerta —explica Lila—. No contestaste.

—Si una persona no contesta, significa que no entras.

—¡Pues perdona, pero me preocupaba que estuvieras muerta!

—Ah —dice Phoebe.

La verdad es que a Phoebe no se le había ocurrido que Lila pudiera seguir preocupada por ella, ya que Lila no parece preocupada por nada que no sea su boda. Sin embargo, Phoebe se ablanda ante esta idea. A Lila le preocupaba que estuviera muerta. Sí, claro. Eso es lo que pasa cuando le dices a la gente que eres suicida. Se preocupan por ti. Se preocupan tanto por ti que también se enfadan.

—¿De verdad quieres hablar de lo que es justo? —pregunta Lila—. ¿Crees que está bien decirle a alguien que quieres morir, luego echarlo de la habitación y después actuar como si no fuera a afectarle de ninguna manera? No soy un monstruo, Phoebe. Me importaría si una mujer muriera en mi boda. Tengo sentimientos.

Pero todos creen que, porque soy rubia o algo así no tengo sentimientos, pero ¿sabes qué? ¡Ni siquiera tengo el pelo rubio!

—¿No? —pregunta Phoebe—. Es increíble lo natural que parece.

—¡Bueno, es castaño, como el de mi padre! ¡Y el de mi abuelo! ¡Somos italianos!

—¿En serio?

—¡Bueno, un cuarto! El padre de mi padre era italiano. En realidad, me llamo Lila Rossi-Winthrop, un guion por el que mis padres lucharon toda su vida. Mi padre estaba tan orgulloso de ser italiano que nunca le perdonó a mi madre que no adoptara su apellido, a pesar de que es un hipócrita total. Porque cuando me dejé crecer el pelo oscuro en la universidad, ¿sabes qué dijo mi padre? Dijo: "Me gustabas más rubia". Y ahora estoy aquí, con el pelo superrubio, porque ni a mi propio padre le gusta mi verdadero pelo. Que en realidad es su pelo. El hombre me lo dio, ¡y luego actúa como si fuera culpa mía por dejármelo crecer!

Lila se pone de pie.

—Todo el mundo me dice que puedo ser quien quiera, pero luego cuando hago algo que no les gusta, actúan como si me hubiera arruinado. Y por eso vengo aquí, porque eres la única persona en esta boda a la que parece que no le importa un carajo lo que yo hago.

Nada de lo que dice Lila es una sorpresa para Phoebe, pero sí lo es oírselo decir a Lila. Phoebe mira a Lila, una novia que aún lleva puesto su vestido blanco de seda. Tiene cerezas en el ribete. La hace parecer unos años más joven de lo que es. Le debe de haber llevado horas alistarse para la recepción, considerando cuidadosamente cada decisión, y, sin embargo, ni siquiera está en la

recepción. Esto hace que Phoebe sienta una repentina ternura hacia Lila, como si Lila fuera ahora la antigua Phoebe. Lila es la que se esconde en la biblioteca o en la oscuridad de su habitación porque se siente más cómoda ahí.

—¿De verdad es por eso por lo que estás aquí? —pregunta Phoebe.

—Sí —responde—. Y también porque mi dama de honor, Vivian, acaba de llamar para decir que no va a venir. Estaba triste.

Se ríen.

—Mierda —acota Phoebe.

—Su hijo tiene Covid.

—Doble mierda.

—¿Pero realmente necesita estar si el hijo tiene Covid? ¿No puede Max cuidar al niño por una vez? —se pregunta Lila—. Max es en serio el peor, por cierto. Quiero decir, él es el mejor en el peor sentido.

—No entiendo.

—Max investiga jaguares en peligro de extinción o algo así. Se enamoraron en un viaje de investigación para salvar al último jaguar vivo de Sudamérica. Pero ahora que tienen un hijo, ella siempre está en casa, mientras él viaja por el mundo contando todos los jaguares, supongo. No hace falta decir que es muy... molesto. Para Viv, quiero decir. Viv siempre está atrapada cuidando al niño.

—Tal vez no está atrapada. A lo mejor le gusta.

—A nadie le gusta algo así.

—A algunos les gusta.

—Yo trato de que me guste —confiesa Lila—. Pero la mayoría de las noches, Gary no llega a tiempo del trabajo y siempre cenamos

Mel y yo solas. A veces, está bien. A veces vemos una película o algo. Pero a veces, cuando la hago sentarse a la mesa, es insoportable.

Y no sabe si es culpa de Juice o suya.

—Casi nunca me habla —agrega Lila—. Y nunca sé qué decirle. Le pregunto por la escuela, por sus amigos, por qué quiere que ahora la llamen Juice. Pero ella dice: "No es asunto tuyo", lo que significa que tiene algo que ver con su madre, pero no quiere decirlo. Porque ahora se llama Juice, ¿entonces tengo que empezar a llamarla Juice?

Suspira.

—No sé. Quizá no soy muy buena con los niños. Mi madre tenía razón. Ni siquiera sabía cómo ser una niña cuando era una niña. Y a veces me pregunto si la gente que dice que le encanta estar con niños está mintiendo. Es como la gente que dice que le gustan las pasas de uva. Solo quieren ser personas a las que les gustan las pasas de uvas.

—Me gustan las pasas de uva.

—Pues claro que te gustan las pasas de uva.

—Tengo las manos como pasas de uva —observa Phoebe, levantando las puntas arrugadas de los dedos.

—Deberías salir de la bañera —le sugiere Lila.

—Pero si aún no me he lavado el pelo. Para ser honesta, es realmente difícil bañarse en esto. He decidido que es una de esas cosas que parecen más románticas de lo que son.

—Como el chocolate —acota Lila.

—Y esquí de fondo en el bosque.

—Y botes de remos. Detesto los botes de remos.

Lo que empieza a gustarle de Lila es esto: empieza a lavarle el pelo a Phoebe sin mediar palabra y continúa con su parloteo enfadado en tonos tan fijos, que llega a tranquilizar a Phoebe.

—¿No te parece raro que seas la única a la que puedo contarle todas estas cosas? —pregunta Lila.

—Yo no diría raro —dice Phoebe—. Sino quizás es un poco triste.

—Es triste —admite Lila—. Es muy triste. ¿Y cómo ocurrió? ¿Cómo terminé convirtiéndome en una persona que no tiene a nadie?

—Tienes a Gary.

—Pero no puedo ser sincera con Gary. No puedo decirle que no estoy segura de que me caiga bien su hija. Que odio bastante a su hermana. Que estoy harta de oír hablar de su mujer muerta.

—¿Y Nat y Suz? Podrías hablar con ellas.

—La verdad es que no.

Lila admite que no es muy buena para mantener el contacto con sus amigas cuando no las tiene delante. No tiene ni idea de lo que pasa en sus vidas. Sabe que Viv es en cierto modo responsable del aumento de la población del panda gigante en el zoo de Atlanta. Sabe que Nat está casada con el tercer violín de la Sinfónica de Detroit. Y sabe que Suz tiene un bebé, y le parece raro que lo llame Gusanito, pero también puede que sea tierno. La cuestión es que Lila no lo sabe. Le gustaría poder preguntárselo, pero ya no se preguntan cosas tan reales.

—Cuando murió mi padre, no me llamó ninguna de ellas —dice Lila.

Se limitaron a enviar mensajes. Emojis de corazón. Decían: "Cuenta con nosotras, Lila", y Suz envió una foto del Gusanito como si fuera un apoyo moral. Y todo eso hizo que Lila sintiera que no

podía llamarlas. Lo único que quería era llorar en sus brazos como había hecho una vez en el colegio. Pero esos tiempos parecía que ya habían pasado.

—Toda la semana he tenido la sensación de que estamos fingiendo que seguimos siendo amigas. Recreando la amistad como solía ser, cuando éramos cercanas —reconoce Lila.

Así se sentía Phoebe al final de su matrimonio. Recreaban el comienzo: tenían citas, se hacían invitaciones. Matt decía todo el tiempo: "Claro que sí, ven a tomar unos tragos". Pero notaba que a él no le importaba si ella iba o no. De alguna manera, su presencia se había vuelto irrelevante para su propio marido, y ¿cómo se supone que la gente tolera ese tipo de dolor? ¿Cómo se supone que pasas de ser el centro del mundo de alguien a ser irrelevante? ¿De llorar en los brazos de tu mejor amiga a tener miedo de llamarla cuando muere tu padre? Phoebe no lo sabe. A ella también la tomó desprevenida ese tipo de pérdida.

—Así es más o menos con todo el mundo aquí —dice Lila—. Como si estuviera fingiendo. Representando esta idea de lo que una vez fuimos o de lo que podríamos ser.

Phoebe quiere preguntarle qué finge ser con Gary. Pero no le parece bien. Está en un estado frágil. Tiene la impresión de que, si tira un poquito del hilo, Lila se desarmará. Y Lila seguramente tiene que volver a su cóctel. Solo son las nueve.

—¿Cuándo dejamos de fingir? —pregunta Lila.

—Me gustaría decir que cuando tú quieras —le responde Phoebe, pero sabe que no es verdad. Es más difícil—. Pero creo que se acaba cuando te hartas.

—¿Cuando te hartas de qué?

—De ti misma.

—¿Pero cuánto tiempo lleva eso? —pregunta Lila, como si estuviera en el médico, tomando notas.

—A mí me llevó cuarenta años.

—Bueno, eso no es prometedor. Falta muchísimo para los cuarenta.

—A ver, no tiene que ocurrir exactamente a los cuarenta.

Pero Lila pone la cara entre las manos.

—No puedo creer que no tengo dama de honor.

—Tal vez Pauline quiera.

Lila no sonríe. Parece que no le gusta el chiste.

—¿Podrías ser tú?

—No estoy en la boda.

—Soy la novia. Yo decido quién está en la boda. Es como ser el presidente de tu propio país. Así que *voilá*, ahora estás en la boda.

—Pero si ni siquiera te conozco —protesta Phoebe, y en cuanto lo dice, Phoebe se arrepiente. Sabe que ya no es verdad.

—Ya me conoces mejor que la mayoría de la gente en esta boda. Excepto quizá mi tutor del colegio.

—¿Y por qué invitaste a tu tutor del colegio?

—¿Es raro?

—Es un poco raro.

—Bueno, es de aquí. Y fue muy amable conmigo cuando era niña. Para mí fue mejor madre que mi propia madre. Incluso me ofreció su abrigo una vez que me bajó la regla en la silla de su despacho.

—Aún más extraño.

—¿Te parece?

—Me imagino que recibió la invitación y pensó ¿Cómo? ¿Qué? ¿La chica que menstruó en mi silla?

Lila se ríe a carcajadas y parece realmente feliz por un segundo.

—Es probable. Porque la verdad es que es un poco raro. Por fin tuve la oportunidad de hablar con él, y me resultó tan familiar y desconocido al mismo tiempo que, a mitad de la conversación, pensé: *Espera, ¿quién eres? ¿Por qué te invité?*

Vuelve a reírse y da gusto oír a Lila reírse de sí misma. Pero Phoebe empieza a comprender que algunas noches Lila es probablemente la chica más sola del mundo, igual que Phoebe. Y puede que todas se sientan solas. Quizá esto es lo que significa ser una persona. Reconocer todo el tiempo que eres un ser único en un cuerpo. Tal vez todos se sientan por la noche en la cama y crean explicaciones en su cabeza de por qué son la persona más solitaria del mundo. Lila no tiene dama de honor y Phoebe nunca ha sido dama de honor. Siempre ha sido una vergüenza para ella que ninguna mujer de este mundo estuviera dispuesta a pedírselo.

—Pero escucha. Ni siquiera tienes que hacer mucho —dice Lila—. Viv ya lo ha planeado todo. Lo verás mañana, está todo en la carpeta. Solo tienes que leer la carpeta y luego quedarte ahí y hacer lo que habría hecho Viv.

—Yo vine a este hotel para suicidarme —le recuerda Phoebe.

Decirlo en voz alta la hace sentir muy lejos de aquella mujer que se puso su vestido verde y vino aquí a morir: pensar en alguien sufriendo tanto. Pensar en ella misma entrando aquí como si no tuviera otra opción. Phoebe quiere abrazar a esa mujer, no hacerle daño.

Su terapeuta tenía razón. No se suicidará. No es ese tipo de persona. Siempre lo ha sabido, pero lo había olvidado. Por algún motivo, todo se sentía muy oscuro en casa, y solo ahora que está aquí, Phoebe puede mirar hacia atrás y ver cuán oscuro estaba todo. En aquel momento, la oscuridad parecía la vida. Phoebe la conocía tan bien como conocía su propia casa. Podía ir al baño en mitad de la noche sin problemas, conocía los pomos de todas las puertas, podía sentir las paredes de su casa como si fueran las paredes de su propio cuerpo. Estar atrapada en su casa era estar atrapada en sí misma y en todas las decisiones que había tomado a lo largo de los años.

—Lo haré —dice Phoebe. Decirlo en voz alta es como agarrarse a algo.

—¡Sí! —exclama Lila. Aplaude y a Phoebe empieza a entusiasmarle la idea. Phoebe no tiene que volver, todavía no—. Mañana por la mañana, puedes venir con nosotros al brunch nupcial en el jardín de invierno.

La frase más ridícula que oyó Phoebe en su vida. Pero la idea le da alegría.

—Solo si me quitas este champú del pelo —pone Phoebe como condición.

Lila sostiene la cabeza de la ducha por encima de Phoebe. El agua le cae tibia por la espalda. Phoebe se hunde más en la bañera.

—¿Has probado el rascador de espalda? —le pregunta Lila.

—No hay rascador de espalda.

—¿No te dieron un rascador de espalda?

—No necesito un rascador de espalda.

—¿De qué otra forma pensabas frotarte la espalda?

—¿Necesito frotarme la espalda?

—¿Nunca te frotaste la espalda?

—Tal vez no.

La única vez que se lavó la espalda fue cuando se duchó con su marido. Al principio de su relación. Su primer viaje a los Ozarks, en el pequeño B&B, cómo se lavaban el uno al otro. Recuerda la sensación que la envolvió cuando él le pasó jabón por la espalda, y le deslizó las manos por la columna.

—La cabeza hacia atrás —dice la novia.

Solo obedece, piensa Phoebe. Echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos y deja que el agua corra por tu cuerpo. Deja que la novia te enjuague el champú del pelo si eso es lo que la novia quiere hacer. Ahora eres la dama de honor.

PARA CUANDO Phoebe enciende el teléfono, el sol empieza a ponerse. Se sienta en el balcón y escucha cómo llegan todos los mensajes a la vez. Un tintineo familiar, pero el teléfono le resulta extraño en la mano, como un objeto sacado de una excavación arqueológica, lleno de mensajes que ya no tienen nada que ver con ella.

Bob pregunta por qué se fue en medio de su clase de Introducción a la Literatura.

Su alumna Sam, que quiere que sepa que hoy ha faltado a clase porque a su abuela le sangró la nariz y las páginas de *Hojas de hierba* se llenaron de sangre y le parece que hay una alta probabilidad de que haya un riesgo biológico si lleva el libro a un espacio público ahora, aunque sabe lo que piensa la profesora Stone de los alumnos que no traen sus libros, pero el silabario no

menciona qué hacer si el libro está cubierto de sangre humana real... Esto es lo que necesita saber. *Gracias*, escribió.

Y luego Bob otra vez.

¿Estás bien? , escribió Bob. Porque Bob no es un idiota total. Bob se pregunta dónde está. ¿Necesita una licencia médica? ¿Necesita conseguir otro adjunto para cubrirla por lo que queda el semestre? ¿Volverá?

Y luego están los mensajes de su marido. Empiezan a última hora del martes, justo antes de medianoche.

Phoebe, decía el mensaje de su marido. *Puede que esto te suene raro, pero también me pareció raro no haberte deseado un buen comienzo de semestre cuando te vi hoy en la oficina. Supongo que lo que quiero decir es que espero que te haya ido bien en las clases de hoy.*

Pero esta mañana, ya estaba preocupado.

Odio molestarte de nuevo, pero Bob me envió un correo electrónico y se pregunta dónde estás. Le dije que no lo sé. ¿Te encuentras bien?

Y ahora está muy preocupado.

Phoebe, sé que no tengo derecho a pedírtelo, pero si por favor pudieras decirme si estás bien, te lo agradecería muchísimo. Estoy muy preocupado por ti.

¿Ahora está preocupado? Esta repentina preocupación la deja atónita. ¿Por qué no se preocupó hace dos años cuando la dejó? ¿O en su cumpleaños en mayo, cuando se despertó y el primer sonido que salió de su boca fue un sollozo que sonó tan parecido al de un animal muriendo en el bosque que la dejó a Phoebe muda del susto?

No responde. Tal vez no vuelva a responder, piensa.

Pero debería escribirle a Bob. Escribe y borra algunas respuestas.

Volveré dentro de una semana, cuando termine de ocuparme de la herencia de mi abuela moribunda.

Estoy investigando las fincas del siglo XIX en East Coast para mi libro, que intentaré publicar el año que viene. (¿Sabías que Edith Wharton vivió en Newport?) Mi investigación podría llevarme todo el semestre.

Pero nada de esto es cierto. Escribir estos correos electrónicos la hace sentir como sus alumnos cuando inventan excusas. Y está mintiendo: no tiene ni idea de lo que hará después de la boda. No puede imaginar volver. Pero tampoco puede imaginarse no volver.

Necesitaré a alguien que dicte mis clases esta semana, le escribe a Bob. *Siento mucho haberme ausentado sin avisar, y te escribiré en cuanto pueda, cuando tenga más información sobre lo que voy a hacer respecto al resto del semestre. Gracias por tu comprensión.*

Apoya el teléfono y termina *La señora Dalloway*. Pero entonces, no entra. Quiere quedarse y mirar las estrellas. En casa, nunca se quedaría sola en la oscuridad. Pero la noche en un hotel es otra cosa. De noche, un hotel cobra vida. Las luces del jardín empiezan a brillar. La arpista y el violonchelista experimentales empiezan a tocar. Los invitados a la boda salen del salón y se reúnen en el patio. Siguen de fiesta. Los invitados a la boda están siempre de fiesta. Es como si Dios los hubiera enviado con esa misión. Andar con la corbata floja alrededor de sus camisas de cuello blanco y reírse muy fuerte mientras golpean las mesas con las palmas de las manos.

Una vez leyó que el violonchelo es relajante porque refleja algo de nuestra fisiología. Phoebe no recuerda exactamente qué. Pero es cierto que la tranquiliza. También el sonido de las puertas que se

cierran, se abren, se cierran, se abren. El agua del lavabo en el dormitorio de al lado. Las risas que suben y bajan como las olas. El movimiento constante del mundo. Todo el lugar está diseñado para evitar que caiga en la desesperación. En cada pared hay pruebas de que alguien ha pensado en su estancia aquí. Las velitas en las mesas de abajo. Las antorchas se encienden automáticamente al anochecer.

Es tan fácil odiar a la señora Dalloway por preocuparse tanto por su estúpida fiesta, como es tan fácil odiar a la novia, piensa. Pero al final, todos van a la fiesta y ese es el punto. La que los reúne a todos en un mundo moderno es la señora Dalloway, un mundo lleno de ferrocarriles y guerras y enfermedades que siempre están separando a la gente. Si el problema es la soledad, entonces de esta manera, y quizás solo de esta manera, la señora Dalloway es la heroína que les da a todos un lugar donde estar.

JUEVES



La despedida de soltera

Phoebe se despierta al amanecer con la urgencia de tocar el océano. Ha llegado el momento. Vuelve a ponerse el abrigo de la madre de Lila (hoy tiene que comprar ropa nueva, decide) y baja las escaleras hacia el sendero junto al acantilado.

Mientras se dirige a la salida, le sorprende ver a Gary y Lila en el jardín de invierno: les están sacando fotos bajo dos helechos gigantes. Le parece que es demasiado temprano para algo así, para estar vestido tan formalmente antes de que se haya disipado la bruma del océano, pero ahí están, apoyados el uno en el otro. Parecen dibujitos animados bien vestidos. Tal vez porque los pantalones de Lila se ven demasiado limpios o la chaqueta de Gary demasiado a cuadros.

Phoebe se sirve un café mientras posan. Le parece que Lila está preciosa con su crop top de seda, aunque imagina que Lila no lo llama así. Puede oír a Lila en su cabeza diciendo: "Los tops sin breteles son para chicas de los noventa en el centro comercial, Phoebe. Las blusas sin breteles son para mujeres a punto de casarse".

—Si puedes, pon la mano justo ahí —le sugiere el fotógrafo a Gary, así que Gary pone la mano justo ahí. Le aparta el pelo del hombro. Sí, sí, así. Inclínate hacia él. Y Lila lo hace, pero su cara

está demasiado rígida, como las caras de la gente cuando tienen los abdominales ligeramente apretados.

Lila la ve. La saluda y Gary hace un gesto con la cabeza. Phoebe le devuelve el gesto y sale de la habitación. Hay algo muy incómodo en quedarse mirando a una pareja que se saca ese tipo de fotos. Ver a una pareja que intenta ser una pareja, aunque ya son una pareja.

En el sendero junto al acantilado, aún no hay gente. Solo un perro amarillo que vaya una a saber de quién es dando vueltas frente a la entrada de los Cuarenta Escalones, aunque no ve a nadie con el perro. Comienza a caminar más rápido, lo que le hace pensar al perro que se trata de una competencia, y entonces empieza a correr una carrera contra este perro cualquiera por sobre el sendero del acantilado.

Me voy a agenciar un perro, piensa. Sin ánimo de ofender a Harry. Pero el perro saldrá a pasear con ella por la mañana. El perro la mantendrá conectada con el mundo. Y se siente increíble decidir algo así, algo como voy a tener un perro.

El perro reduce la velocidad y trota alegremente dos pasos por delante de ella. Juntos, pasan junto a señales que les indican que no se salgan del camino, pero hay senderos angostos de tierra hechos por quienes no hicieron caso, como este perro, que empieza a caminar hacia las rocas.

Alto riesgo de lesiones, advierte el cartel, en el que no falta la instructiva imagen de un hombre que cae al vacío y muere. Sin embargo, Phoebe lo sigue, porque la gente, como los perros y el pescador que se ve abajo, hace cualquier cosa por acercarse al agua.

—¡Eh, eh! —exclama el pescador en cuanto ve al perro. El perro ladra—. Gracias por traerlo hasta acá.

El pescador sonríe, como si ella le hubiera hecho un gran servicio al perro. Cuando la mira, la linterna que tiene adosada a la frente le estalla en los ojos.

—Discúlpeme —suplica, mientras intenta apagarla—. A veces olvido que tengo esto en la cabeza.

—No pasa nada —responde Phoebe.

Él se vuelve hacia el agua y ella se sienta en una roca, a pesar de que él no le ha pedido su compañía. Pero ella concluye que *algunas personas son así* (concluye que le gusta sacar conclusiones sobre las cosas ahora que tiene cuarenta años y está sola, *algunas personas son así*). Algunas personas no piden lo que necesitan. Algunas personas son así como niños religiosos, que confunden el sufrimiento con la bondad. Su padre actuaba como si estar solo fuera un buen ejercicio, algo que al final daría sus frutos, y a veces no era así, pero cuando pescaba, sí. Mientras llenaba su cubo, dejaba caer cada pez sin ceremonias, y le decía a Phoebe: "No se emocionen, amigos. Solo es una mojarrita".

Siempre le gustó que su padre hiciera eso: que dijera "amigos" cuando solo estaba ella, como si Phoebe fuera un gran público. Sin embargo, Phoebe seguía estoicamente las instrucciones, como si solo fuera una buena chica, una chica a la que le gustaba ser una buena chica, y a las buenas chicas no les gustaba matar cosas. A las chicas buenas les gustaba la brisa a través de sus largos cabellos, y el rubor en la cara de un hombre cuando golpeaba al pez contra una roca. Lo mataba al instante. Lo tiraba en el cubo.

Las olas crecen en la distancia y chocan con las rocas, y ella no puede apartar la mirada. Phoebe se siente agradecida, como si hubiera logrado algo monumental solo por estar sentada aquí, al nivel del mar, aunque desde aquí abajo, sobre las rocas, el océano es aterrador. Es la encarnación de lo más parecido a la eternidad. No puede ver su final ni su fondo. No puede ver la oscuridad de su extensión, pero sabe que hay criaturas que tienen que vivir en él. Que piensan que es normal. Extiende la mano y lo toca.

Le vibra el teléfono.

Por favor, dime que estás bien y que no debo llamar a la policía, dice el mensaje de Matt.

Así es como su marido le muestra afecto. Como su padre, que para demostrarle cariño, se sentía muy cómodo anunciando las formas en que pensaba que podría morir Phoebe: ¡te vas a tropezar con estos calcetines y te vas a romper el cuello! ¡Podrías resbalar con un poco de hielo negro y salirte de la carretera! Siempre estaba preocupado por proteger a Phoebe de sí misma. Como cuando Phoebe estaba embarazada, Matt miró las dos líneas en el test de embarazo y dijo: "Es demasiado pronto para emocionarse, ¿verdad?" y ella estuvo de acuerdo, pero cuando empezó a sangrar diez semanas después, se odió por haber estado de acuerdo, por no haberse emocionado cuando tuvo la oportunidad.

Así que no le responde a su marido. Piensa que él no merece una respuesta. Merece sufrir como ella, perder el control. Porque ese era el problema. Él nunca perdió el control. Ni ella tampoco.

—¡Eh, eh! —grita el pescador, y empieza a tirar de su sedal—. ¡Tengo uno!

Mira a Phoebe, muy emocionado. Necesita que Phoebe vea el pez. Y Phoebe quiere verlo. Pero cuando llega a él, se le ha soltado.

—Mierda. ¿Podría tener esto un momento? Seguro se llevó el anzuelo.

—Con gusto —dice ella.

El pescador se agacha para buscar más calamares de su cubo. Phoebe siente la fuerte tensión del agua. Mucho más fuerte que la del río. Hace falta fuerza para mantener quieta la caña, para no asustarse cuando el agua rompe contra las rocas y se acumula alrededor de sus pies. Se imagina que aquí es fácil que te arrase una ola.

Pero el hombre actúa como si estar aquí en las rocas resbaladizas fuera solo un negocio. Sostiene unos calamares frescos y le dice que recoja la línea. Pero ella empieza a sentir pequeños tironcitos, mordisquitos de algo que está vivo en el agua.

—Creo que hay algo —observa, y tira bruscamente de la caña para enganchar el anzuelo en el pez—. ¡Lo tengo!

Recoge la línea lentamente hasta que el pez queda suspendido sobre el agua. Es tan chocante: este pez, que ha sido arrancado de su oscuro mundo acuático, es precipitado en uno completamente nuevo, donde las cosas más simples, como la luz y el aire, son estremecedoras para él. El pez se agita salvajemente en el extremo del sedal, la fuerza de su voluntad de vivir es enorme. Es como la polilla de Virginia Woolf, agitando las alas: todo lucha, todo vida.

—Es precioso —dice Phoebe.

—Bah —minimiza el pescador—. Es un rubio. Nadie los compra.

Retira el pez del anzuelo, le mira la boca enorme y fea y lo devuelve al mar. Se limpia las manos en los leggings y le devuelve la

caña al pescador.

—Está en una buena racha —observa el pescador—. ¿Quiere probar otra vez?

—Tengo que irme.

Quiere ver la casa de Edith Wharton antes del almuerzo nupcial. Se despide, le da una palmadita en la cabeza al perro y vuelve a subir por las rocas. Por el camino, Phoebe se resbala, se cae, se raspa la rodilla, pero no llega hasta el agua como el hombrecito del cartel de advertencia.

"Siempre tuvo la sensación de que era muy, muy peligroso vivir siquiera un día", escribió Woolf.

Y es verdad. Qué fácil es estar muerta. Qué suerte estar viva, aunque solo sea por un día. El padre de Charlotte Brontë lo entendía muy bien: el hombre había perdido a todos y cada uno de sus hijos excepto a Charlotte, y por eso rechazó una y otra vez a su pretendiente. Tenía miedo que el matrimonio y luego el parto la mataran. Y un año después, ocurrió.

Pero Phoebe sobrevivió. Ha vuelto al camino. Nada destruyó a Phoebe. Es muy consciente de ello mientras sigue caminando.

Nunca le gustó mucho caminar, nunca entendió realmente el sentido de caminar solo por caminar, lo que a veces la hacía sentir como una victorianista. No lo añoraba como Jane Eyre ni vagaba por los páramos como las Brontë, aunque siempre imaginó que podría hacerlo si tuviera un páramo a su disposición.

Pero un océano es como un páramo. Es un horizonte acuoso abierto, y camina por el borde hasta llegar a Land's End. La casa de Edith Wharton. Ya no es realmente la casa de Wharton. Los nuevos

propietarios son unos desconocidos de Connecticut, que es todo lo que puede investigar en el teléfono.

Trata de acercarse para ver mejor, se trepa por unas rocas y no es lo bastante fan de Wharton como para que esto le parezca una santa peregrinación, sobre todo porque sus libros acaban con demasiada tragedia, un malentendido al estilo de Romeo y Julieta que Phoebe respetaba, pero odiaba. Pero le encantaba todo antes de ese punto trágico. Las fiestas, la ropa, las conversaciones. Le encantaba el sentido del humor de Wharton. Su mirada atenta. Le encantaba Lily Bart y se sintió desolada cuando se suicidó al final.

Pero Wharton no había publicado ninguno de sus libros mientras vivió en esta casa. En Land's End era una desconocida, una mujer casada infeliz. Aún no se había convertido en la verdadera Edith Wharton. Aún no se había divorciado. Aún no era novelista. Aún no era corresponsal de guerra en Francia. Se pregunta lo aterrador que debe haber sido, el no saber nada de esto sobre una misma, sentarse en este gran césped, mirando al mar, sintiéndose como si estuviera al final de todo. Se pregunta qué fue lo que le hizo darse cuenta de que había otro lugar adónde ir.

EL CAMINO DE REGRESO le parece más largo, pero le gusta sentir el cansancio de las piernas mientras va pasando junto a una mansión y luego otra a su izquierda. De repente, le da curiosidad pensar en lo que aún no ha llegado a ser, y se siente orgullosa de sí misma cuando regresa a los Cuarenta Escalones. Y tal vez en eso se convierta: en una mujer que disfruta de un buen paseo en soledad.

Phoebe, estoy en casa y la verdad es que parece como si te hubieran secuestrado mientras preparabas el desayuno. ¿Dónde

estás? ¿Te llevaste a Harry?

Le incomoda pensar que después de todo este tiempo está en casa. Está otra vez entre las cosas que eran de los dos, subiendo y bajando las escaleras. Pero llega demasiado tarde. Como un invitado a una fiesta al que odias porque se aparece cuando estás tirando la comida que sobró.

Acabo de encontrar a Harry en el sótano bajo una manta. Supongo que sabes que Harry está muerto.

—Sí, sé que Harry está muerto. Así que vete a la mierda. Pedazo de hijo de puta.

Siente el impulso de arrojar su teléfono por el acantilado, de alejarlo de ella, como si sus textos fueran a cobrar más fuerza cuanto más tiempo los tuviera en la mano.

—Uh, ah —dice un hombre.

Se da vuelta y lo ve a Gary, con ropa deportiva. Phoebe se afloja toda.

—¿Esta es la parte en que la protagonista arroja su teléfono al océano para simbolizar que está preparada para vivir una nueva vida? —le pregunta.

—Sí —dice Phoebe—. Y en la escena siguiente, me ves haciendo cola en la tienda de Apple para comprar un teléfono nuevo, tipo, ahí mismo, en el acto.

—¿Y te vería durante horas, comprando un teléfono y tomando decisiones sobre cómo configurarlo?

—Sí, en una palabra, así es como termina la película.

—Muy experimental.

—Un comentario.

—Que alguien le dé un Oscar a esta mujer —sugiere, mirando al mar como si fuera el público.

—Gracias, gracias —dice Phoebe. Se siente liberada y de buen humor.

—Lila me mandó a buscarte —explica Gary—. Se ha notado tu ausencia en el brunch nupcial.

—Ay. No me di cuenta de cuánto tiempo estuve aquí.

Gary se debe estar preguntando por qué la invitaron al almuerzo si en realidad no forma parte de la boda. Pero no pregunta.

El teléfono de Phoebe empieza a vibrar, y ambos se lo quedan mirando como si fuera el pez, haciendo el último esfuerzo hasta morir.

—¿Todo bien? —pregunta Gary.

—Me llama mi marido —responde Phoebe—. Mi exmarido, quiero decir. Tengo que practicar para que me salga.

—Buena suerte. Todavía me cuesta decir "mi esposa muerta".

—Tiene que haber alternativas mejores.

—Nada suena mucho mejor —suspira Gary—. ¿Mi difunta esposa?

—Demasiado formal.

—¿Mi finada esposa?

—Demasiado anticuado.

—Mi primera esposa.

—Estúpido.

—Mi esposa occisa.

—Ah, bueno, ahora suenas como si la hubieras asesinado. Tienes razón. Ya veo tu problema.

—Siempre tengo la opción de decirle Wendy y listo. Pero me siento mal si le digo así delante de Lila. Me siento... bruto.

Lo cual es una verdadera lástima, dice, porque siempre le gustó el nombre de Wendy. Y a Juice también, que prefería decir "Wendy" en lugar de "mamá", algo que tal vez tenía que ver con las veces que Juice había visto Peter Pan, no estaba seguro.

—A Wendy no le gustaba, decía: "¿Qué soy yo, su compañera de trabajo?" —le cuenta Gary—. Pero cuando murió me alegré de que desde el principio pudiera ver a su madre como una persona.

—Es una buena forma de verlo —dice Phoebe—. ¿Puedo preguntar cómo le pusieron el apodo a Juice?

—Es como le decía Wendy —responde Gary. Juice tenía mucha energía cuando era pequeña, iba de un lado a otro de la habitación con una fuerza increíble. Wendy siempre se reía de que tuviera tanta energía—. Dejamos de decirle así hace mucho tiempo, pero cuando Wendy murió, Juice empezó a pedir que volviéramos a llamarla así.

Luego, como si temiera haber sido descortés por hablar mucho de su familia, le pregunta a Phoebe:

—¿Tienes hijos?

—No —responde Phoebe—. Bueno, lo intenté.

Le cuenta acerca de todos los intentos. Sobre la FIV. Sobre cómo podría haber sido ese el desencadenante de la depresión. Era difícil saberlo. Difícil mirar hacia atrás y ver el principio. Todas esas citas médicas y al final, Matt ya no quería venir.

—¿Matt?

—Mi exmarido —dice—. Nunca quiso venir. Decía que estaba de acuerdo con la fecundación in vitro, pero luego miraba los medicamentos en el refrigerador y decía: "Todo esto es muy caro". Y lo era. Pero también sé que era su forma de decirme que quería que fuera de forma natural. Quería que el niño se encendiera dentro de

mí como una luciérnaga. Quería que fuera tan obvio, tan natural, que no hubiera lugar a dudas.

Pero tenían citas. Phoebe tenía pólipos. La operaron.

—Luego las ovutenciones —agrega.

—¿Las ovutenciones?

—Técnicamente, se llaman rescates. Pero deberían llamarse ovutenciones, ¿verdad? Las obtenciones de óvulos. Solamente tenía que estar ahí sentada.

Las ovutenciones, bromeaba con su marido. Parece una historia de terror que alguien debería escribir.

—Pero Matt no bromeaba sobre ello conmigo. Decía cosas como "Oh, Dios, ¿quién leería esa historia?".

—Mucha gente la leería.

Ahora ya se ve el hotel. El almuerzo nupcial espera dentro. Phoebe da pasos pequeños y lentos.

—Allá vamos —se da ánimos Gary.

—¿No estás listo para volver a hablar con gente?

—Es mucha familia. Se supone que debería estar tomando un café con ellos ahora mismo, pero hay un límite para el número de veces que puedo escuchar a Marla enumerar el precio de las casas del barrio.

—Marla es muy graciosa.

—Sí, es verdad. Aunque sé que puede ser intensa para algunos.

—Intensa puede ser algo bueno. Puede que esté bien. Es mejor que nada.

Es lo que Phoebe anhelaba en el silencio de su casa mientras crecía. Su padre no era una persona ruidosa, y ella tampoco, pero

quería serlo. Le habría gustado que hubiera mucho ruido en la cocina, que sonaran las ollas, que la gente riera junto al fuego.

—Cuando era chica soñaba con una de esas familias numerosas de las novelas británicas del siglo XIX —dice Phoebe.

—Creía que soñabas con ser huérfana.

—Bueno, si no podía ser huérfana, entonces quería una familia numerosa y desordenada. Como en *Orgullo y prejuicio* o algo así.

—Diré "sí, claro" y haré como que también la leí.

—Es uno de esos libros que tratan de la familia numerosa, y de lo que esa familia numerosa se trae entre manos, y de cómo la familia numerosa va cambiando con el tiempo, y de todas las formas en que los miembros de la familia numerosa se irritan unos a otros, pero también acerca de cómo se quieren.

—Ya veo —dice Gary—. Entonces fingiré que soy un personaje de una novela de Austen que nunca leí, y todo saldrá bien.

—Muy saludable.

Le sostiene la puerta abierta como si fuera su mayordomo.

—Las señoras la esperan, Dama de Honor.

Se sonroja. Así que Lila ya se lo dijo.

—GARY, LLEGAS TARDE a tu Bourbon Bubbler —le recrimina Lila en cuanto entran en el jardín de invierno.

—¿Qué es un Bourbon Bubbler? —pregunta Nat.

—¿Y cómo conseguimos uno? —pregunta Suz.

—Lo siento —se disculpa Lila—. Es un masaje solo para hombres.

—¿Solo para hombres? —pregunta Marla.

—Es como cuando intentaron comercializar vino solo para hombres —dice Nat—. Como si hubiera uvas más masculinas que

otras.

—Vino para *bros* —repite Juice, y se ríe.

—A mí solo me parece bien que me froten si lo hacen con veneno —bromea Gary, y las mujeres se ríen.

—¿Estás listo para un veneno muy relajante, *bro*? —pregunta Juice, haciéndose la masajista.

—Ah, vamos. Es un clásico exfoliante de azúcar al bourbon —lo describe Lila—. La gente lo ha estado haciendo durante... años.

Lila se despide de Gary con un beso. Cada beso que se dan en público parece más grandilocuente que el anterior, diseñado para despertar aplausos. A Phoebe se le revuelve el estómago. Quizá tenga hambre. Tal vez necesita un gran desayuno, como los que solía pedirse cuando tenía resaca. Phoebe se sienta a la mesa de las mujeres, mira el menú, mientras la novia intenta pedir un café.

—Eso es todo lo que intento hacer —le dice Lila al camarero. Lleva una etiqueta con su nombre que dice RYUN, ENCARGADO DE LAS BEBIDAS.

—Oh, tenemos café gratis en el samovar —les recuerda Ryun.

—¿Qué es un samovar? —pregunta Juice.

Phoebe imagina que cuando a Ryun no le están preguntando qué es un samovar, pasa mucho tiempo intentando explicar por qué su nombre se escribe con "U" y no con "A".

—Es esa jarra de café que está ahí —indica Ryun, señalando una mesa.

—Sí, pero yo no quiero café gratis del samovar —protesta Lila. Señala el menú y dice—: Quiero este café.

—Pero es el mismo café —explica Ryun, sin dejar de sonreír—. La única diferencia es que este café cuesta seis dólares más.

—Mire, estoy tratando de pedir el café que está en el menú, este. ¿Puede darme este café, por favor?

Juice y Marla cruzan miradas sobre la mesa. Ryun asiente.

—Está bien, de acuerdo, entiendo —dice, y va a por una taza de café del samovar. Cuando se lo acerca a Lila, la taza se sacude sobre el platito.

—Gracias —dice Lila.

Lila es la única de la mesa que no está avergonzada.

—Aquí tienes tu carpeta, dama de honor.

Ser dama de honor conlleva una agenda de eventos y una lista de deberes, algunos de los cuales están tachados, como "Buscar el restaurante antiguo que le encanta a Oprah", "Reservar el spa acuático" y otros que aún no lo han sido: "Comprar vajilla reciclable con dibujos de penes", "Confirmar lectura del tarot, 19 horas" y "Confirmar la mujer del sexo, 17 horas".

—¿Confirmar la mujer del sexo? —pregunta Phoebe.

—¿Qué es la mujer del sexo? —pregunta Juice.

—Nadie lo sabe, querida —responde Marla.

—Se supone que yo no debo saberlo —observa Lila, y cierra la carpeta—. Se supone que es una sorpresa.

—Apuesto a que es una de esas mujeres que aparecen con juguetes y cosas, y nos enseña a tener sexo —arriesga Suz.

—¿No sabes cómo tener sexo, *bro*? —le pregunta Juice a Lila.

—Mel, por favor, no me llames *bro* —le pide Lila.

—Por favor, no me llames Mel.

—Pero Mel es un nombre precioso —observa Lila—. Y Juice es en realidad el apodo de un jugador de fútbol profesional que fue juzgado por asesinato.

Marla mira a Lila acusadoramente, y Juice pregunta:

—Espera, ¿qué dices?

—Es verdad —refuerza Marla, con cara de disculpa—. O. J. Simpson.

—¿Entonces por qué mi madre me decía así? —pregunta Juice.

—Sinceramente, no me acuerdo —confiesa Marla.

A Juice no le gusta ni un poco. Mira a Lila como si fuera culpa suya que su apodo se haya arruinado para siempre. Se sienta y se cruza de brazos en señal de derrota.

—¿Qué se puede pedir? —pregunta Phoebe mientras cierra la carpeta.

—Recomiendo mucho la tostada de calabaza —dice Lila.

—¿Qué pasó con la *avocado toast*? —pregunta Phoebe.

—Ya pasó de moda —responde Lila.

—¿Tan pronto? Recién empezaba a pescarle la gracia.

—Demasiado tarde. La tostada de calabaza vendría a ser la siguiente generación —dice Lila.

—La *avocado toast* fue una estafa total —dice Marla—. Y la tostada de calabaza es una estafa todavía mayor.

—¿Cómo puede ser una estafa? —pregunta Lila—. El menú dice cuánto cuesta.

—¡Sí, veintidós dólares! Más caras que las *avocado toast*, a pesar de que las calabazas han sido y son el vegetal más barato de la historia de la humanidad.

—¿Qué son las calabazas? —pregunta Juice.

—Algo parecido al zapallo —responde Phoebe.

—Entonces, ¿por qué la gente no dice "zapallo" y listo? —pregunta Juice.

Vuelve el Encargado de las Bebidas.

—Le pido la tostada de zapallo —dice Juice, pero el Encargado de las Bebidas no se inmuta.

—¿Alguien más quiere hacer un pedido? —pregunta.

—Lo mismo para mí —agrega Phoebe.

A Phoebe le importa una mierda lo que cueste. Phoebe tiene hambre. Phoebe aún está aturdida por el paseo. Phoebe quiere alimentar su cuerpo.

—Salud —dice, cuando por fin da un bocado.

Pero Phoebe sabe que si estuviera en esta boda de cuerpo entero como Marla está de cuerpo entero en esta boda, si fuera la Phoebe de hace diez años, también estaría haciendo una factura mental en su cabeza, haciendo cuentas de todo, creando un gran argumento sobre lo derrochador que es todo.

Pero ahora cuenta otras cosas.

—Solo en este ambiente hay diez puertas —observa Phoebe, y a ella le encanta esto de las casas históricas, aunque nadie más parece asombrado.

—¿Se supone que esto es el comienzo de un juego o algo así? —pregunta Suz.

Juice parte por la mitad un sobre de azúcar sobre su café.

—¡Juice! —le dice Marla, cuando la mitad del sobre cae sobre la mesa—. Acabas de desparramar el azúcar por todas partes.

—No hay problema —se defiende Juice—. Lo lameré como si fuera un cura.

—Lo siento —dice Phoebe—. Vas a tener que explicarme lo que acabas de decir.

—La abuela decía que cuando el cura derrama el vino, tiene que lamerlo del suelo —explica Juice—. Porque es la sangre de Jesús, literal. Y si no lo haces, Jesús se quedará ahí sentado en el linóleo por los siglos de los siglos.

—Espera, ¿en serio? —pregunta Nat, y Juice asiente, luego lame el azúcar de la mesa.

Lila vuelve la mirada hacia Phoebe.

—¿Sabes cuáles son los zapatos abiertos? —pregunta Lila.

—¿Es una prueba para la dama de honor? —pregunta Phoebe.

—Espero que no. Lo sabes, ¿verdad?

—Me niego a dignificar eso con una respuesta.

—¿Ves? —le dice Lila a Juice, que sigue lamiendo el azúcar—. Eso es lo que le dije a Mel. Quiero decir, Juice. Todo el mundo sabe lo que son los zapatos abiertos.

Juice se aparta de la mesa con repentina frialdad.

—Pues lo siento, yo no lo sé.

—Phoebe te va a llevar a comprar zapatos abiertos.

—¿Eso estaba en la carpeta? —pregunta Phoebe.

No es cómo se imaginaba que iba a pasar el día. Se imaginaba recibiendo un masaje. Se imaginaba tumbada en la piscina.

—Las dos necesitan zapatos —dice Lila—. Puedes llevarte el coche antiguo.

Lila mira a Juice buscando alguna expresión de emoción, pero solo hay desdén.

—¿Ese en el que anduvimos ayer? —pregunta Juice—. Odio ese coche.

—Es un coche precioso —observa Lila.

—Me da vergüenza —confiesa Juice—. La gente te mira cuando pasas.

—De eso se trata —dice Lila.

—¿Por qué quieres que la gente te mire todo el tiempo?

Lila abre la boca para responder, pero Phoebe se levanta como un modo de terminar la discusión.

—Vamos —indica Phoebe—. Juice, nos vemos en el vestíbulo a mediodía.

—Deberías comprar algunos vestidos mientras estás fuera —dice Lila, y nadie pregunta por qué Phoebe, que es la dama de honor, no ha traído ningún vestido para la semana. Ya han pasado tres días de la boda y están dispuestas a aceptar la realidad que dicte la novia—. Uno para cada noche. Bajen a Bellevue. Allí es donde tienen las mejores cosas.

Llegan más invitados a la boda y la novia es bombardeada. Grita al levantarse. Los abraza y presenta a cada uno de ellos al cortejo nupcial. Su primo, un esquiador que estuvo a punto de participar en los Juegos Olímpicos, pero no. Su tío, que lleva un abrigo de lino. Y luego su abuela, que se hace llamar "Bootsie" y luego presenta al hombre a su lado como "mi chico". Es vieja, a punto de ser anciana, y mira la habitación como si nunca se hubiera alojado en un hotel.

—No entiendo por qué no pudiste celebrar la boda en casa —dice Bootsie—. Como Jackie.

—Ya hablamos de esto, abuela —le recuerda Lila, dándole un beso en la mejilla—. Esta no es la boda de Jackie. Ahora hacemos las cosas de otra manera.

—Pero el Breakers es muy llamativo. Una pobre imitación de un castillo europeo —dice Bootsie.

—¿Puedes ayudar a la abuela a instalarse en la habitación St. Georges? —pregunta Lila mirando a Mi Chico.

Miran a Bootsie mientras se aleja y Phoebe susurra:

—¿Quién es Jackie?

—Jackie Kennedy.

En los locos años veinte, Phoebe abre la carpeta de la dama de honor y se siente como la de antes, a punto de embarcarse en una serie de tareas. Se da cuenta de que quiere que el día de hoy sea perfecto para Lila. Empieza por llamar al número de la mujer del sexo.

—¿Hola? —responde una mujer.

Phoebe esperaba que respondiera presentándose como hacen en muchas empresas.

—Hola, ¿eres la...? —empieza Phoebe—. Te llamo para confirmar tu visita a la despedida de soltera de Lila Rossi-Winthrop esta noche a las cinco.

—¿Rossi-Winthrop? —dice la mujer del sexo—. ¿Puedes esperar, por favor?

Para ser una mujer del sexo, parece muy formal. Teclea mucha información en el sistema y no hace ningún intento de llenar el silencio con conversación.

—Perfecto, así es. A las cinco de la tarde. ¿Y habrá proyector?

—¿Necesitas uno? —pregunta Phoebe.

—Históricamente, sí —responde la mujer del sexo.

En la recepción, Phoebe espera a Juice, le pregunta a Pauline dónde podría encontrar en esta ciudad vajilla reciclable con temática de

penes.

—¡Oh! —exclama Pauline, y si piensa que es una pregunta rara, no lo demuestra—. ¿Eso existe? No sé si existe. Pero si existe, sería en un lugar llamado Coastal Intimates en el distrito de la Marina. Puedo conseguir un chofer.

—No, llevaré el coche antiguo —dice Phoebe—. Ah, y necesitaremos un proyector a las cinco en punto en la sala de billar para la despedida de soltera.

—¡Por supuesto, absolutamente! —le asegura Pauline, como si fuera la petición más sensata del mundo.

Phoebe se da la vuelta y la ve a Juice esperando junto a las puertas dobles. Parece fuera de lugar de pie delante de las cortinas de terciopelo con sus grandes botas de combate negras. Como una chica del futuro, perdida en el tiempo.

—Hola —dice Phoebe.

Pero Juice solo la saluda con la mano. Ha vuelto a quedarse callada, como en el trayecto hasta el embarcadero. Phoebe no sabe si se debe a que es la primera vez que están solas sin su familia o si es algo que le ocurre a Juice bajo el sol radiante de la tarde.

—Su coche está listo —anuncia el hombre de uniforme morado.

Phoebe va rápido, pero no tanto como para asustar a Juice. Juice parece relajarse con la velocidad, lee algo en el teléfono, y Phoebe está cómoda con el silencio. Es más, es un alivio. Phoebe odia tener que fingir felicidad delante de los hijos de otras personas. Es probable que este sea el motivo por el que a Phoebe le han dicho muchas veces que no es maternal, pero a ella le parece que lo que le quieren decir es que no actúa como una madre de la tele, que suele ser ruidosa, siempre intenta abrazar a alguien, no importa a quién.

Pero Phoebe no es una persona abrazadora. Su padre no era un abrazador. Le daba una palmadita en la espalda cada vez que quería decirle "te quiero". No le decía a Phoebe "ahhhh", "uhhh" y Phoebe no anda diciéndole "ahhhh", "uhhh" a los hijos de los demás.

Pero eso no significaba que no le gustaran los niños. Simplemente no sentía la necesidad de esforzarse tanto con ellos, como hacía siempre su marido. Sospechaba que a los niños no les gustaba que los adultos se esforzaran demasiado, sobre todo porque a Phoebe nunca le gustó eso de niña. Sin embargo, la primera vez que su marido tuvo en brazos a la nueva hija de Mia, la hizo girar como si fuera un avión, y a ella pareció gustarle mucho.

—¿Ya come comida de verdad? —le preguntó a Mia.

Había sido su último Día de Acción de Gracias juntos, tres meses antes de que empezara la aventura. Mia y Tom habían venido de visita con su nuevo bebé porque Matt tampoco tenía una familia numerosa. "La gente de la universidad es mi familia", decía siempre. Y eso tenía sentido para él. Estaba casado con ellos de por vida.

—Hoy va a ser su primer día de comida de verdad —dijo Mia.

—Epa —dijo Matt. El esposo de Phoebe mostraba una emoción genuina, pero Phoebe no sabía cómo hacerlo. Se sentía gorda por su último ciclo de fertilización in vitro—. Va a esperar una cena de Acción de Gracias todos los días a partir de ahora.

—Cierto —dijo Mia—. Tendrá el paladar más complicado de todo el preescolar. Algo como: "Disculpen, pero ¿dónde está la salsa del pavo?".

Se rieron y, aunque el romance aún no había empezado, Phoebe ya se sentía ajena a algo que compartían. De algún modo eran diferentes: ellos eran los que hacían bromas acerca del pavo. Eran ellos los que debatían si la escuela Waldorf sería buena para la niña, y Phoebe era la que solo intentaba escuchar. Intentaba sonreír. Phoebe se estaba volviendo como Tom. Miró a Tom en señal de solidaridad, pero Tom estaba examinando el pavo.

—¿Estas son las menudencias? —preguntó Tom.

Phoebe sentía que estaba en un sueño. Miraba a Mia y a su marido y a la Niña Waldorf tan alegres en la cena de Acción de Gracias. A Tom, que preguntaba por qué el pavo estaba boca abajo, y a Matt que decía: "Es la única forma de hacerlo".

Su marido estaba lleno de consejos como ese. Sabía la mejor manera de hacer cualquier cosa, y Tom también parecía interesado en ser así. Tom le hacía un montón de preguntas mientras Mia

sacaba el pecho, y Phoebe no recordaba si era mala educación mirar el pecho o si era mala educación no mirar.

Phoebe trató de decir algo agradable sobre la Niña Waldorf. Se imaginó lo que diría otra mujer. Otra madre.

—Oh, qué tierno, miren esas pequeñas orcas asesinas en el body del bebé.

—Creo que ahora se dice orcas solo, sin "asesinas" —dijo Mia.

Y en otro momento, Phoebe podría haber mirado a su marido y se hubieran reído juntos. Creo que ahora se dice orcas solo, se imaginó Phoebe que decían los dos. Pero nadie la miró. Se quedó sola con su regañito. No era una broma, solo un dato fáctico. Los padres dicen orcas, no orcas asesinas. Ufff. Luego comieron y ella siguió notando cómo ninguno de ellos la miraba a los ojos en ningún momento. Cuando contaban historias, pasaban a Phoebe de largo, como si ella no formara parte de la conversación. ¿Tendría algo que ver con cómo tenía el pelo? Era una pared gris topo que se confundía con la pared gris topo. La mesa rugió. Su marido se río, con la cabeza hacia atrás, y miró a la Niña Waldorf con mucha ternura. Se le ocurrió que, si su marido no la dejaba, probablemente ella tendría que dejarlo a él. Verlo mirar así a una niña.

Cuando se fueron, Phoebe no se sintió aliviada. Se sentía nerviosa, como si se hubieran llevado a la vida real con ellos. El pastel de más. La Niña Waldorf. La vida entera. Empezó a limpiar, esperando que eso la devolviera a sí misma.

—Me gustan los niños —dijo Phoebe, ¿y por qué sintió la necesidad de decir eso?—. Pero me parece aburrido que sean el centro de atención todo el tiempo. Es como traer un juguete nuevo a

la cena y solo mirar el juguete nuevo y solo hablar del juguete nuevo y esperar que todos los demás muestren el mismo interés.

Su marido no dijo nada al principio. Se dedicó a lavar la bandeja del pavo.

—A mí me pareció divertido.

¿Fue este el momento en que se desenamoró de ella y se enamoró de Mia? ¿Era eso lo que estaba tratando de decirle en la cocina? Deja de ser tan negativa. Diviértete. Di orcas nada más, sin asesinas.

No fue hasta después de San Valentín cuando empezó el romance. Pero Phoebe se había dado cuenta de que algo había cambiado después de la cena de Acción de Gracias, porque dejaron de tocarse en la cocina cuando pasaban cerca uno del otro. Dejaron de tener relaciones sexuales, y Phoebe se asustó al ver lo fácil que se había vuelto vivir sin sexo con su marido. Se horrorizó ante el hecho de que prefería otra versión de su marido, la que ella creaba en sus fantasías. Pensaba en ese marido cuando se masturbaba por las mañanas. Se mareaba. Se sentía vacía, pero de una manera limpia. No tener sexo a veces era como renunciar a la carne o a la pasta. A veces se sentía absurdamente orgullosa de sí misma.

Pero después de tres meses así, a veces echaba tanto de menos a su verdadero marido que se acercaba a él en el sofá y le daba un beso en la boca.

—Es una consigna sencilla —dijo mientras corregía los trabajos. Era febrero, solo unas semanas después de empezar el semestre de primavera, y ya estaba muy molesto con ellos. No era propio de él—. Analiza la metáfora del cuervo. Pero se equivocan una y otra vez. Siguen describiendo al cuervo como un emisario de la muerte,

aunque nada en el fragmento sugiere muerte. Pero ellos esperan que los cuervos sean heraldos de la muerte, ¡así que no pueden ver que el autor está intentando decir algo sobre cómo los cuervos son en realidad criaturas muy curiosas y sociales! Eso es lo que quiero escribir en sus trabajos: ¿Ves las palabras en la página? ¿Por lo menos sabes qué es un cuervo?

A la hora de almorzar, su marido seguía tan enfadado por los cuervos que tuvo que tomarse un descanso. Luego decidió ir a poner las notas al campus porque tenía que terminar un trabajo allí. A él y a Mia les habían encargado elegir la decoración para el pasillo del centro de humanidades, y tenía que ir a ver los cuadros que le habían entregado.

Aunque estaba planeado, fue como un milagro ver a Mia en el pasillo; eso fue lo que le dijo a Phoebe en su primera conversación sobre el romance. Dijo que había estado corrigiendo trabajos en casa y que se sentía muy deprimido por todo, por su vida, por su matrimonio, por sus alumnos y por los cuervos, y que, cuando terminaron de hablar de los cuadros, no quería irse a casa. Le preguntó a Mia si quería ir a tomar algo y Phoebe se preguntó si se lo había dicho de la misma forma que una vez se lo dijo a ella: "Ey, ¿qué tal una cerveza?".

Para entonces, era whisky. Su marido había dejado la cerveza. Era un hombre adulto, un profesor, y solo bebía líquidos color ámbar mientras hablaban de sus vidas: de la depresión de Tom, de la depresión de Phoebe, de lo fácil que era deprimirse por la depresión de otra persona. Y luego, cuando se acabó la bebida, empezó a llover, lo que, según dijo, le pareció una razón para quedarse y tomar otra, porque ninguno de los dos quería cruzar el campus bajo

la lluvia. Y entonces su marido pensó: *¿Y si no tengo que volver a casa nunca más?* La verdad es que nunca se le había ocurrido, pero una vez que lo pensó, no pudo dejar de pensarlo. Podría no volver nunca a casa. Podría empezar una nueva vida. Tomar las manos de la mujer que tenía delante y decirle: "Te quiero".

Dijo que le salió así, como un estornudo que no se pudo aguantar. Una vez que lo dijo, comprendió que era totalmente cierto. Podía ver todo un futuro con Mia y la Niña Waldorf. Mia le devolvió el "te quiero" de inmediato.

Ninguno de los dos lo sabía hasta ese momento. Él dijo que enamorarse de Mia había sido como ser una rana sentada en agua que apenas hierve, y Phoebe dijo: "Supongo que esa no es la metáfora romántica que utilizas cuando hablas con ella de esto" y él dijo: "Solo quiero decir que fue lento, ¿OK?, tan lento que no me di cuenta" y ella dijo: "Pero la rana en agua hirviendo ¿no es un mito? Una rana no saltaría del agua hirviendo, simplemente se moriría".

Tenía la esperanza de que él le diera vueltas al asunto, que juntos desentrañaran la metáfora hasta dejarla sin sentido.

—La quiero —volvió a decir.

—Te encanta que tenga un bebé —dijo Phoebe.

—No todo se trata de eso, Phoebe.

Dijo que tampoco se trataba de sexo, lo que él parecía creer que la haría sentir mejor, pero solo la hizo sentir peor. Solo se habían acostado una vez antes de que empezó la pandemia, y había sido un error. Debería haber esperado, lo sabía. Debería haber hablado con Phoebe sobre lo que sentía por Mia. Pero llegó la pandemia y no sabía qué hacer. Matt y Phoebe, atrapados en su casa todo el verano. Mia y Tom, en la suya. Pensó que podría esperar hasta que

terminara la pandemia, pero en cierto punto, mentirle a Phoebe hacía que Matt se sintiera demasiado mal. Escabullirse para llamar a Mia estaba mal. Al final de ese verano, supo que tendría que tomar una decisión acerca de cómo quería vivir. Y así, en agosto, lo hizo.

—Me ha devuelto a la vida —le dijo Matt a Phoebe—. No puedo evitarlo. Necesito llevar esto a cabo.

Durante los meses que siguieron, le daban ganas de vomitar cuando pensaba en otra mujer haciendo que su marido se sintiera vivo. Phoebe había estado tan celosa, pero no solo de Mia. Su marido volvía a sentirse vivo. No podía ni imaginárselo.

PHOEBE SIENTE UNA leve emoción cuando el coche abraza la curva del campo. Sentirse viva en esta hermosa carretera, estar en la frontera entre el mar y la tierra. Estar aquí, conduciendo este hermoso coche en este hermoso día.

—Lila es una perra —dice Juice.

Juice no lo dice hasta que Phoebe empieza a buscar dónde dejar el coche, como si la habilidad de Phoebe para conducir en completo silencio, su insistencia en no hacer hablar a Juice, la hubiera impresionado tanto que le dieran ganas de hacerlo.

—¿Por qué dices eso? —pregunta Phoebe. Hace tiempo que practica este arte de mantener un tono uniforme con los alumnos, haciendo que sus preguntas suenen como afirmaciones.

—¿No me vas a regañar por llamar perra a tu mejor amiga? —pregunta Juice.

—No —responde Phoebe.

Juice parece confundida, como si nunca hubiera conocido a este tipo de adulto. Al que todo le importa un carajo. Y esta es una de las grandes cosas de no tener hijos, se da cuenta Phoebe. Realmente le importa todo un carajo. No tiene que preocuparse por el desarrollo de Juice ni por si el teléfono está reprogramando su cerebro, aunque por supuesto que es así. No es la madre de Juice, ya ni siquiera es profesora, ya no está de pie delante de la clase con una blusa completamente apropiada y una falda que enseña un poco de rodilla, pero por supuesto no demasiada rodilla. Ahora es libre de una manera que personas como Gary o Mia nunca lo serán. Puede llevar la falda tan corta como quiera. Puede hablar con Juice como si fuera una persona más en el coche, porque eso es lo que es.

—Pero quiero saber por qué dices eso —insiste Phoebe—. Si vas a llamar perra a alguien, deberías tener una buena razón.

—Honestamente, apuesto a que simplemente nació así.

—¿Como uno de esos bebés que salen del útero como una perra total?

—Exacto.

—Lila se asomó, y los médicos dijeron algo como "Felicidades, mamá y papá, es… ¡una perra!".

—¡Sí! —Juice se ríe. Una vez que entiende la broma, no puede parar—. ¡Sorpresa! ¡Es una flor de perra!

—¿Te gustaría envolver a tu perra gigante? —pregunta Phoebe, y esto hacer estallar a Juice.

Salen del coche. Caminan por la calle Bellevue y Juice se detiene delante de una galería de arte.

—Uff —dice—. Ojalá mi padre nunca hubiera entrado en esta galería.

—¿Esta es la galería? —pregunta Phoebe.

La Galería Winthrop de Arte Internacional. Está cerrada con llave, la luz está apagada, pero a través de la ventana, Phoebe puede ver grandes lienzos y marcos brillantes en la oscuridad. Intenta imaginarse a Gary entrando y a Lila en el mostrador.

—Espera, ¿es un cuadro de la Escuela del Río Hudson?

Juice se encoge de hombros.

—¿Qué es la Escuela del Río Hudson?

Entran en la tienda de al lado porque Phoebe ve unos zapatos contra la pared del fondo.

—De verdad no lo entiendo —se queja Juice—. ¡Ya tengo zapatos!

Phoebe mira las botas de combate de Juice.

—No son abiertos.

—¿Qué más da?

—Las botas no dejan que se vean los dedos de los pies.

—Sí, porque mis dedos de los pies son en realidad algo privado.

—No por mucho tiempo, me temo. En esta boda, solo hay dedos públicos.

—¿Alguien se ha preguntado alguna vez... por qué? ¿Por qué queremos tanto ver los dedos de los pies de los demás?

—Juice. Déjame hacerte la vida mucho más sencilla. Siempre necesitas los zapatos que la novia quiere que te pongas.

—¿Pero por qué? Estoy cansada de hacer todo lo que ella quiere.

—Es una regla, como las otras.

—¿Qué otras reglas?

—Nadie puede burlarse de tu padre, excepto tú. No te comas un pastel gigante antes de correr. Y compra siempre los zapatos que la novia quiere que uses en su boda.

Juice parece impresionada.

—¿Qué otras reglas conoces?

—Demasiadas.

PHOEBE AYUDA A JUICE a elegir unos zapatos dorados que no odia por completo más que a la vida misma, y Phoebe se compra un par negro para ella. Se los prueba y le quedan tan bien que se siente orgullosa de sus pies.

—¿Qué te parece? —pregunta Phoebe, estirando la pierna.

—Parece un pie —responde Juice—. Con un zapato encima.

—¿Pero te gusta?

—Suenas como Lila —observa Juice—. Lila está obsesionada con sus pies.

—¿Qué quieres decir con que está obsesionada con sus pies?

—Durante la pandemia se pasaba horas viendo la tele y remojándose los pies en una máquina de pedicura que se compró. Y era mi máquina de pedicura. Quiero decir, me la regaló por mi cumpleaños. Y ella decía: "Sí, pero nunca la usas". Y yo le decía: "Bueno, sí, ¿por qué iba a usarla? ¿A quién le importa cómo se ven los pies de otra persona?". Es como si no tuviera ni idea de que todos nos vamos a morir algún día.

Juice se inclina para desabotonarse el zapato.

—¿Le dijiste eso? —pregunta Phoebe.

—Una vez.

—Duro.

—Bueno, no es normal. Está obsesionada con su aspecto. Literalmente le lleva horas decidir qué ponerse... para ir al baño. Es

una pérdida de tiempo.

Es algo parecido a lo que pensaba Phoebe en el posgrado cuando todo el mundo llegaba a clase con cara de haberse pasado toda la mañana convirtiéndose en un cuadro posmoderno. La hacía sentir mejor el hecho de que ella iba en vaqueros. Pero Phoebe ya no cree que esa sea toda la verdad.

—A una mujer se la invita a salir tanto por su ropa como por ella misma —dice Phoebe—. Es una frase de una novela de Edith Wharton.

Una frase que a Phoebe le pareció muy cierta, aunque a sus alumnos siempre les pareció superficial. Igual que a Juice.

—Bueno, eso es triste —dice Juice—. No deberías invitar a salir a alguien por su ropa.

—Creo que Wharton quería decir algo más que eso —observa Phoebe—. Creo que quiere que pensemos en las cosas secretas que revela la gente a través de su ropa. Como que cuando admiramos el vestido o la chaqueta de alguien, en realidad estamos admirando algo más.

—¿Como su cuerpo? —pregunta Juice—. ¿Como cuánto dinero tienen?

Y sí, sí. Pero no.

—Está claro que nunca te has enamorado de un hombre porque lleva todos los días el mismo cinturón de cuero —dice Phoebe.

Juice se ríe.

—Espera, ¿te enamoraste de un hombre por su cinturón?

—Mi exmarido se lo puso para nuestra primera cita. Recuerdo que me encantaba el cuero liso y amarronado, y luego me di cuenta de que lo llevaba una y otra vez.

Era un buen cinturón, le dijo Matt cuando por fin le preguntó por él, le dijo que lo había comprado a los dieciocho años y que esperaba conservarlo hasta que muriera. Y ella pudo verlo todo, cómo aquel hombre cuidaría de aquel cinturón toda su vida, cómo recorrería el perímetro de su casa cada noche, asegurándose de que las puertas estaban cerradas y las tazas estaban en perfecto orden en el armario.

—¿Lo hizo? —pregunta Juice

—Sí —responde Phoebe.

—¿Entonces por qué no siguen casados?

—Tuvo un romance.

—Oh. ¿Como Albert Finland?

—Como Albert Finland.

—¿También le construyó un edificio a su amante?

Phoebe se ríe. Se siente bien de poder reírse de verdad.

—No, para nada.

—Así que te equivocaste con el cinturón. No te cuidó para siempre.

—No. Pero no me equivoqué con el cinturón.

Phoebe recuerda la última noche que pasó con su marido, cómo se desvestía para meterse en la cama y enrollaba el cinturón formando una bolita. Este era un hombre que se ocupaba de todo, pensó. Un hombre que doblaba la ropa con la precisión de una modista. ¿Por qué no podía ocuparse de esto también? ¿Por qué creía que, de algún modo, él siempre podría salvarla, como si su vientre fuera un armario con tazas todas mal puestas? Un lugar que su marido reorganizaría, si solo pudiera llegar a él.

—El cinturón reveló lo que ambos queríamos que fuera —dice Phoebe—. Pero no siempre podemos ser lo que queremos en cada momento. Y eso está bien. Así es la vida, ¿sabes?

Juice recoge sus botas y las mira como si ahora le parecieran diferentes.

—¿Qué quieres que digan de ti tus botas?

Como Juice no dice nada, Phoebe se preocupa y cree que la ha perdido, que esto pueda ser demasiado para la niña, de la misma forma que solía preocuparse por perder a sus alumnos cuando se callaban en clase. Porque su silencio durante la pandemia era atroz. Su silencio sonaba como la prueba de que la odiaban, la prueba de que no veían la hora de retirarse.

Pero Phoebe no siempre había sentido lo mismo por la enseñanza. Cuando recién empezó, le gustaba tanto que a menudo se sentía mal por los padres de los alumnos que no llegaban a conocer a sus hijos como a veces lo hacía Phoebe. Porque un profesor estaba en una posición única para abrir a los alumnos. Parecían inclinados a confiar en que cuando Phoebe hacía una pregunta, esta conducía a algún sitio al que valía la pena ir. Era agradable, pensó Phoebe, la frecuencia con la que la acompañaban. Cómo confiaban en que era una buena profesora, y ella confiaba en que eran buenos estudiantes que se sentaban en silencio no porque la odiaran, sino porque estaban pensando.

Así que decide confiar en el silencio de Juice. No se retracta de su pregunta ni se disculpa por ella. Se limita a esperar hasta que, por fin, Juice habla.

—Supongo que quiero que la gente sepa que no me importa cómo se ven mis pies —explica Juice—. Que no soy como Lila.

—¿Cómo eres?

—Como mi madre.

—¿Cómo era ella?

—Muy divertida. Solíamos pintar mucho juntas. Me dejaba usar las manos y los pies y caminar por el lienzo como un mono. Y una vez construimos una mini escultura de nuestra casa con panqueques. Y después de comérnosla toda, mi madre dijo: "¡Uy! ¿Dónde vamos a vivir ahora?". Nos reímos mucho. Y a veces siento que mi padre ni siquiera recuerda ese día. Es como si se hubiera olvidado de ella.

—No se olvidó —le asegura Phoebe—. Confía en mí.

—¿Pero cómo lo sabes?

—Porque me habló de ella esta misma mañana.

—¿En serio?

—En serio. Y puedes contarle estas cosas a tu padre, ¿sabes? No tienes que depender de tus botas para que hablen por ti.

—Bueno, eso es bueno —dice Juice—. Porque en realidad se están llenando de sudor. Hace mucho calor afuera.

Phoebe se ríe, coge un par de sandalias de trekking de la estantería y las levanta.

—¿Y qué tal estas?

En las otras tiendas, Phoebe se prueba vestidos que abrazan su cuerpo. Se encuentra en el centro del espejo de tres caras del probador y se mira con un vestido largo de color ciruela. Le sienta bien llevar un vestido ceñido, ver de nuevo el contorno de su cuerpo.

—¿Qué te parece? —le pregunta Phoebe a Juice. Sale del vestidor.

—No sé por qué sigues preguntándome eso —se ofusca Juice—. No sé qué le queda bien a la gente.

Phoebe puede sentir la vergüenza de Juice ante la pregunta. Puede sentirlo porque Phoebe solía avergonzarse así. Por eso Phoebe compraba pésimo, siempre agobiada por la idea de pasar vergüenza en el futuro, así que nunca compraba nada que pudiera considerarse excesivo, como un vestido con mangas abullonadas o tres copas en un bar.

—Primera reacción visceral.

—Te pareces a la señorita Scarlet de Clue —dice Juice.

—¿Está buena la señorita Scarlet?

Juice se ríe.

—Dios mío, nadie de Clue está bueno. No tiene nada que ver con Clue, Phoebe.

Phoebe se ríe. Le gusta que Juice pronuncie su nombre.

—Me lo compro —se decide Phoebe.

Es un viaje de compras épico. Phoebe necesita de todo. Antes de que terminen, Phoebe ha comprado otros cinco vestidos, ropa nueva para la semana, maquillaje, dos trajes de baño y todas las otras cosas que le parece que va a necesitar mientras esté aquí, incluido un sombrero para el sol cómicamente grande que parece más bien algo que llevarían los invitados a la boda.

—Este sombrero debería tener su propia escolta policial —le dice Phoebe a Juice, pero Juice está ahora junto a la caja registradora y solo la oye la mujer que está detrás del mostrador.

—Elegiste el más bonito de la tienda.

Phoebe se siente culpable, porque se lo puso solo como una broma. El empleado la mira con ojos de admiración, hasta que

Phoebe se siente presionada y lo compra, y fuera de la tienda, cuando se pone el sombrero gigante para el sol, Juice le dice:

—Dios mío. Es tan grande. Es tan vergonzoso.

Pero Juice lo dice con una sonrisa, como si ahora, en el anonimato de la calle, ahora con la guía de Phoebe, fuera bueno ser tan vergonzoso. Es divertido.

La gente de la calle se aparta para no rozar el ala de Phoebe con los hombros, y cuando lo hacen, Juice y Phoebe se miran y se parten de risa.

—¡Abran paso! —grita Phoebe, y bajan al asfalto.

—¡Despejen las calles! —grita Juice.

Cuando empieza a llover, Phoebe dice:

—Mira, ni siquiera necesitamos paraguas. Puedes meterte debajo del sombrero.

Phoebe la acerca.

—De todas formas, nunca llevaría un paraguas —afirma Juice.

—¿Por qué no?

—Es tan embarazoso.

—¿Llevar un paraguas?

—Es… humillante.

A Phoebe le fascina la vergüenza implacable de Juice. Phoebe quiere saberlo todo sobre ella, estudiarla como si fuera un libro. Está más acostumbrada a estar rodeada de universitarios, que no se toman tan mal la vergüenza.

—¿Es humillante que no caiga lluvia encima?

—Es humillante estar tan... preparado.

Después, compran el almuerzo en una cafetería que les pregunta si quieren chupitos de colágeno en sus cafés con leche. A Phoebe le

gusta cómo habla la barista, cómo su voz es mucho más alta de lo que ella espera. Phoebe le da un sorbo al café caliente y, cuando pasan por delante de la galería de arte de camino al coche, nota cómo a Juice le vuelve la amargura.

—En serio, no entiendo por qué la gente se preocupa por su coche —dice Juice, abriendo la puerta—. Es solo un trozo de metal.

—Algunos dirán que tu perro no es más que un trozo de plástico —dice Phoebe.

—Es diferente.

—Tienes razón. Es diferente, porque amabas ese trozo de plástico.

—Sí, es así, amaba un trozo de plástico. ¿Y qué?

—¡Exacto! ¿Y qué? Ama tu trozo de plástico. Y deja que los demás amen su trozo de metal.

—Bien —dice Juice, pero no parece satisfecha. Phoebe no está dejándola hacer lo único que quiere hacer, que es hablar mierda de su futura madrastra—. Pero no puedo hablar de mi madre con mi padre. Porque Lila siempre está ahí. Y Lila no nos deja.

—¿Te ha dicho alguna vez que no hables de ella?

—Pone esa cara. Y es como si todos supiéramos que, si hablamos de ella, se va a poner mal.

—Probablemente se pondrá mal.

—¿Pero por qué? Ella es mi madre. Y cuando Lila se pone mal, es como si, de repente, ya no se me permitiera tener una madre. Tenemos que fingir que nunca existió. Mi padre también. Es muy raro cuando está con ella. Como si fuera una reina o algo así. Le ofrece una copa de vino blanco cuando sale de la ducha, como si su ducha fuera traumática.

—Eso es lindo, ¿o no?

—Nunca hizo esas cosas con mi madre.

—Tal vez se volvió más amable después de que ella murió.

—Bueno, yo no me volví más amable.

—Está claro que no —dice Phoebe, y Juice se ríe.

—Quiero ser amable —dice Juice—. Es que no tenemos nada en común.

—Las dos disfrutan del aire. Y de la comida.

—Sí, está bien, a las dos nos gusta respirar. Pero no tenemos nada más en común.

—Tienes razón. El aire no es tan importante.

—¿Quién necesita aire? Yo, personalmente, odio el aire.

Phoebe pone las llaves en el contacto.

—Supongo que a las dos nos encanta todo lo relacionado con Disney —dice Juice.

—Ya es algo —dice Phoebe, y arranca el coche—. Ya es algo.

Durante el resto del trayecto, Juice pide que le pregunte cosas que sabe, como las capitales de los países. Tiene un examen la semana que viene. Pero también le parece divertido. Le gustan los mapas. Le gusta saber dónde están las cosas. Le gusta usar Waze y señalar cosas en la calle, como las mansiones más impresionantes. Salen del distrito histórico, y Phoebe busca un lugar para detenerse que no esté justo enfrente de la tienda erótica. Se detiene dos tiendas más adelante, frente a un refugio de animales.

—Dios mío, es el destino —observa Juice—. ¿Puedo tener un perro?

—Esa pregunta es para tu padre —dice Phoebe.

—Pero él siempre dice que no. Lila odia a los perros.

—Nadie odia a los perros.

—Solo quiero entrar a mirar.

—Créeme, no hay algo así como "solo entrar a mirar" cuando estás en un refugio.

—Pero estoy preparada para algo más que un trozo de plástico.

—Bueno, está bien. Tienes diez minutos para ir a adorar animales no plásticos.

—¿No vienes conmigo?

Phoebe no está preparada, no soportaría ver a todos esos animalitos con la nariz pegada a las jaulas.

—Tengo que hacer este último recado. Nos vemos en el coche.

Juice aplaude y entra sola en el refugio, mientras Phoebe mira su teléfono. Finalmente escucha el mensaje de voz de su marido.

No sé qué sabes de Harry, ni dónde estás, pero pensé que debía decirte que lo enterré en el patio trasero. Por favor, llámame, Phoebe.

Su voz... suena como él, aunque ella no sabe por qué esto debería sorprenderla. La hace llorar pensar en su marido con la pala, lo más seguro es que fuera la pala vieja de su padre de la Guardia Nacional que guarda en el garaje. Se pregunta dónde lo enterró. ¿Junto a la piedra, al lado del pino?

Pero ella no le devuelve el llamado. No es su responsabilidad hacer que su marido se sienta mejor. Es su exmarido, repite. Ex-marido. Y ella es dama de honor. Se seca las lágrimas, deja el teléfono en el bolso y entra en el *sex shop*.

PHOEBE HA PASADO cientos de veces por delante de *sex shops* en las calles de St. Louis, pero nunca se había metido en una. Nunca se le

había ocurrido entrar, igual que nunca se le había ocurrido parar en una iglesia. Era una mujer casada que nunca miraba pornografía, nunca había tenido un orgasmo teatral, nunca vio la necesidad de utilería. No le gustaba nada demasiado raro, le dijo a Matt.

Así que se sorprende de lo poco raro que es el interior, montado como cualquier otra tienda, excepto que donde deberían estar las blusas, hay vaginas de silicona. Cadenas en la pared. Bombachas por todas partes.

—¿Puedo ayudarla? —pregunta la vendedora.

—Busco vajilla con dibujos de penes —dice Phoebe, un poco avergonzada al principio. Ayuda que la vendedora no lo esté. Parece tan aburrida como si trabajara en una verdulería.

—Tenemos sorbetes con forma de pene —dice la mujer—. ¿Y esas vaginas de silicona? Supongo que podría usarlas como cuenco o algo así.

—Gracias. Por casualidad no son reciclables, ¿no?

—¿Quiere decir comestibles?

—No, reciclables.

—Bueno, tenemos ropa interior comestible. Pero no penes.

Todo el intercambio es tan formal que a Phoebe le dan ganas de volver el tiempo atrás y hablar en ese tono en la cama con su marido. Quisiera haber tenido el valor de pedir lo que quería, aunque sonara raro. Porque empieza a sospechar que en realidad le gustan las cosas raras. Que a todo el mundo le gustan las cosas raras, y que por eso los *sex shops* están abiertos un miércoles por la tarde.

Recoge los sorbetes de plástico con forma de pene y se pregunta si con Mia, por la razón que sea, Matt puede ser raro. Si es por eso

que la necesita. Si eso es lo que lo hizo sentirse vivo de nuevo. Y por primera vez, el pensamiento no la llena de horror, sino de esperanza. Quizá algún día encuentre a alguien y juntos sean raros.

Paga los sorbetes de pene, así como unas cuantas tangas rojas solo porque imagina que es imposible no sentirse sexy con ellas.

CUANDO SALE, VE que Juice no está en el coche. Phoebe se detiene frente al refugio, mira por la ventana y ve a Juice en una silla con un perrito amarillo aúpa. Juice parece muy feliz y Phoebe decide entrar. Quiere formar parte de esto. Está bien, dijo el terapeuta, querer formar parte de las cosas.

—¡Dios mío, Phoebe, deberías venir a tenerlo! —exclama Juice.

Entonces Phoebe levanta al perro. Palpa las suaves y esponjosas patas del animal.

—¿Cómo te llamas?

—Por desgracia, se llama Frank —responde Juice—. Pero lo puedes cambiar, ¿verdad?

—¿Yo? —pregunta Phoebe como si fuera una locura, aunque ya se lo imagina. Es Frank, su nuevo perro. Van a dar largos paseos juntos. Irán a buscar almejas por las mañanas cuando estén todos dormidos—. No puedo comprar un perro. El hotel no permite mascotas.

—Bueno, alguien tiene que comprar a Frank —dice Juice. Señala a un beagle más pequeño en una jaula—. Ya decidí que yo me voy a llevar a ese.

Durante todo el viaje de vuelta, Juice piensa nuevos nombres para el perro de Phoebe. Pero cuando vuelven al hotel, Phoebe le da la

noticia.

—No sé, Juice. Creo que me gusta el nombre Frank.

Antes de que Phoebe se vaya a la despedida de soltera, le devuelve el traje a la madre de Lila. Llama a la puerta del Cuervo.

—Gracias por prestarme tu ropa —dice Phoebe, y le entrega la bolsa.

Patricia está de pie con un cóctel en una mano, sorprendida, como si realmente se hubiera despedido de las prendas en su mente y no pudiera comprender cómo están aquí, de vuelta de entre los muertos.

—Ponlas ahí —dice Patricia, señalando la mesa de mármol donde están las esculturas de cuervos, como si allí tuvieran que ir todas las cosas muertas. Phoebe deja la bolsa junto a los cuervos, todos girados hacia la pared, como si estuvieran castigados.

Basta un rápido vistazo a la habitación para ver que hay cuervos por todas partes, uno pintado justo encima de la cama, otro apoyado bajo la pantalla de la mesita de noche. Al lado, Phoebe ve dos libros: *Cómo ser tu mejor amigo* y *Morimos solos*.

Patricia se vuelve hacia donde había estado sentada, lo que parece una señal de que Phoebe debería irse, pero Phoebe se siente obligada a quedarse. Quizá esta mujer muera sola, pero no debería beber sola.

—¿Puedo tomar una copa contigo? —pregunta Phoebe.

—¿Quieres tomar algo conmigo? —Patricia parece tan confundida como encantada, como si acabara de presenciar una repentina nevada—. A las amigas de Lila no les dan las piernas para alejarse de mí lo bastante rápido. Piensan que las pobres viudas son la peste.

Patricia saca una copa para Phoebe y abre la nevera de bebidas.

—Hoy pasé por la galería —le cuenta Phoebe—. Quiero decir, miré por la ventana.

—Treinta años llevamos formando esa colección.

—Debe de ser impresionante.

—Al principio eran solo artistas vivos. Luego, cuando nos hicimos mayores y algunos de esos artistas vivos murieron, empezamos a interesarnos por los muertos. Eso nos abrió muchas puertas.

Ahora atesoran una enorme colección de pinturas de la Escuela del Río Hudson, por no hablar de un Warhol.

—¿Tienes un Warhol?

—Debería donarlo al hotel, la verdad, darles algo digno de colgar en las paredes —dice, y luego mira el cuadro que hay encima de su cama—. Dime, profesora, es un cuadro sobre la muerte, ¿verdad?

Phoebe mira la imagen de un cuervo posado sobre una rodaja de naranja seca.

—No hay ninguna duda de que es un cuadro sobre la muerte.

—Gracias. Por fin alguien con un poco de sentido común. Lila se niega a reconocerlo, no me extraña. Y entiendo que el hotel intente conseguir cierto nivel de autenticidad, trayendo lo macabro de la era victoriana, pero ¿tienen que colgarlo justo encima de la cama de una anciana? Ya es bastante difícil conciliar el sueño sin que me vigile el pájaro de la muerte.

Patricia sostiene una botella amarilla.

—No me convencía esta margarita picante de saúco e hibisco —admite Patricia—. Desconfío bastante de cualquier cóctel con un nombre tan largo. Pero está delicioso.

Patricia le sirve.

—Seguro que Lila te ha contado todo tipo de cosas sobre mi forma de beber por la tarde, aunque yo no paro de explicarle que fue mi médico quien me sugirió que empezara a beber durante el día. Simplemente ya no puedo beber por la noche. Dos copas de vino en la cena y no me duermo más.

Phoebe coge el vaso y bebe un sorbo.

—Está bueno. Picante.

Pero Patricia no escucha.

—Y honestamente, ¿qué más espera la chica que haga aquí todo el día? Me dice que no puedo traer un compañero a la boda de mi propia hija. Me dice que no puedo dar un discurso. No puedo beber por las tardes. No puedo ir a la despedida de soltera. Espera que me quede aquí sentada sin hacer nada. Soy como Rapunzel. Excepto que nadie quiere secuestrarme. Y no me ha crecido el pelo más allá de las orejas desde que Bush padre fue nuestro presidente.

Phoebe se ríe.

—Dime, amiga de Lila de la que no sé casi nada. ¿Cómo es que no te conocía antes de esta semana?

—No soy de aquí —responde Phoebe.

—Pero ni siquiera he oído hablar de ti. La mejor amiga de Lila en el mundo, ¿y no oigo ni pío? Así son las cosas, Pamela.

—Phoebe, me llamo.

—¿Ves? Ni siquiera sé tu maldito nombre, Phoebe. Desde que murió su padre, Lila es muy reservada, muy cerrada conmigo. Solía

contarme cosas. Éramos lo que podríamos llamar amigas antes de que su padre enfermara. No es que crea en eso de que madres e hijas sean las mejores amigas. Eso es, francamente, antinatural. Pero la echo de menos. La verdadera Lila, la que se sentaba en mi cama y me hablaba hasta por los codos. ¿Sabes lo charlatana que es Lila?

—La verdad es que sí —dice Phoebe.

—Dios, de niña era aún peor. Un flujo total de conciencia. Era como vivir con una pequeña novela de Salinger. Cuando se le caían los dientes, me enteraba de todos los detalles. Cuando le vino la regla, fui la primera a la que se lo contó. Además de su tutor, pero eso no se podía evitar. Todo ocurrió en su silla, lo que es un poco raro, ahora me doy cuenta.

Patricia bebe un sorbo.

—Espera, Lila no fue abusada por su consejero de la escuela secundaria, ¿verdad? —pregunta Patricia—. ¿Por eso él está aquí?

—Oh, no. Para nada. Si habría sido así, dudo que él hubiera venido, ¿sabes?

—Qué alivio. No es fácil tener una hija que siempre se sintió atraída por hombres mucho mayores. Esa niña se enamoró de su profesor de piano de sesenta años cuando tenía nueve. Soy la única madre que conozco que tuvo que obligar a su propia hija a dejar el piano. Y no hace falta que me lo digas, sé que todo fue culpa mía. Yo, como dijo Lila hace poco, marqué la pauta.

—¿Henry era mucho mayor que tú? —pregunta Phoebe.

—Quince años —responde Patricia—. Tenía veintiséis cuando lo conocí. Dios, qué niña. No tenía ni idea de lo que hacía, salvo volver loca a mi madre de a poco. Eso estaba claro. Después de que nos

comprometimos, me dijo que ninguna hija de Paul Winthrop se casa con un católico que se hace llamar el Rey de la Basura de Rhode Island.

—¿Henry se hacía llamar así?

—Era el nombre de su empresa. Así le decía todo el mundo en Newport por aquel entonces, después de que empezara a hacer fortuna. Pero mi madre no lo entendía. No paraba de preguntarme si estaba en la mafia, y yo le decía que solo fingía estar en la mafia. Esa era su estrategia publicitaria, y funcionó. ¿Acaso le importaba a mi madre que hubiera creado un negocio millonario en menos de tres años? —dice Patricia—. No. Mi madre era una auténtica snob, y créeme, se lo tomaría como un cumplido. Se enorgullece de ser una snob, de decirle a todo el mundo lo vergonzoso que fue que la familia de JFK llevara frac a la recepción mientras que la familia de Jackie sabía que debía ir vestida de lino. Pero yo era una niña en los sesenta. No quería ser snob. No quería ponerme a discutir con mi madre acerca de quién vestía lino y quién no. Quería ponerme pantalones pata de elefante. Quería ser americana. Una más de la gente. Quería ir a Woodstock y casarme con un apuesto empresario que pareciera haber salido de los polvorientos campos de Ohio con un sombrero de vaquero solo para salvarme de mi horrible familia esnob. Pero mi madre no se equivocaba en todo.

—¿Qué quieres decir?

—No paraba de decirme: "Patricia, no te cases con este hombre pensando que puede salvarte de quien realmente eres —dice Patricia —. Eres una Winthrop. Una esnob terrible, como yo. Y un día, te despertarás y verás al Rey de la Basura de Rhode Island como lo que es". Y tenía razón. Un día lo vi.

—¿Qué era?

—¡Un mortal! Un simple ser humano. Cuando el primer médico le dio tres meses de vida, me quedé tan sorprendida que me puse a reír histéricamente ahí mismo, en el consultorio. No lo podía entender. ¿Mi Henry fuerte y grande? En realidad, dije: "¡Pero este es el Rey de la Basura de Rhode Island!". Y entonces Lila me prohibió ir a la siguiente cita con el médico.

»Dios, yo adoraba a Henry al principio —confiesa, y sonríe—. Era tan emocionante. Un hombre de negocios, construyendo un imperio. Me compró mi primer cuadro, ¿sabes? Y salíamos en esas largas citas borrachos, y lo escuchaba hablar de sus vertederos en la cena como si hablara del *Gran Cavallo* de Leonardo. No tenía ninguna oportunidad, de verdad. La mujer joven nunca tiene una oportunidad. Siempre está condenada a la veneración, desde el principio.

—A mí no me parece que Lila venere a Gary, así como dices —dice Phoebe—. No tengo esa sensación para nada.

—Deberías haberla visto cuando llegó de esa cita médica con Gary. Le brillaban los ojos, Pamela.

—Phoebe.

—Lo siento, una vez que decido un nombre en mi cabeza, bien podría ser tu nombre —explica Patricia—. Era como si la chica estuviera drogada. Me habló sin parar de ese médico maravilloso que iba a salvar a Henry, todo lo que necesitábamos era un poco de optimismo como el de Gary. Pero yo no tenía esa ilusión. Sabía que el primer médico había tenido razón. Sabía que Henry se estaba muriendo. Intentaba decírselo, prepararla, pero no me escuchaba. Tenía a Gary y su segunda opinión.

Patricia suspira.

—Aunque siempre ha sido así —dice Patricia.

—¿Así cómo?

—Cree que cada hombre con el que sale va a resolverle todos los problemas, a hacerla una mejor mujer, la que debería ser. La mujer que no sabe cómo ser ella misma. Pero nunca se comprometió con ninguno de ellos. Nunca llegó tan lejos como ahora. Esto es ridículo, y todo es culpa de Henry.

—¿Por qué?

—Le dijo que su único último deseo era que su pequeña se casara antes de morir. Y una semana después, ¡se comprometieron!

—¿Crees que no se quieren?

—Mi hija aún no ama del todo a la gente —dice Patricia—. No como ella lo hará en el futuro.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Phoebe.

—Quiero decir que ella ama a Gary como yo amo este cóctel. De la forma en que he llegado a amar una almohada de espuma. De la forma en que amaba a Henry al principio, cuando pensaba que el amor consistía en conseguir algo de las personas. Me enamoré de lo que me daba Henry. Y me dio mucho. Realmente lo hizo. Pero amar a alguien así no te hace una mujer mejor. Solo perderlos lo hace.

Se pregunta si tener una madre es esto, sentarse juntas, beber por la tarde, escuchar historias un poco dispersas sobre lo que significa amar de verdad. Phoebe se siente como si estuviera viendo a una mujer escribir su autobiografía póstuma en voz alta, como si Patricia fuera la versión muerta de sí misma cuya gracia salvadora es, de alguna manera, saberlo todo.

—¿Cómo te hizo mejor perder a Henry? —pregunta Phoebe.

—Henry desmejoró rápidamente tras el primer diagnóstico, y yo no podía dejar de tener la horrible sensación de que también me estaba muriendo.

Por la noche, se miraba los pechos caídos, las venas azules y la fina piel de las manos y se preguntaba qué le había pasado. ¿Cómo se le había afinado tanto la piel? ¿Cómo había llegado a adquirir tantos cuadros de artistas muertos? ¿Cómo había acabado en el comité directivo de la Sociedad de Conservación? ¿Cómo se había convertido en una mujer que se ponía delineador de labios igual que su madre? Una vez fue tan joven, tan hermosa, que un artista de su galería le pidió que la pintara, ¿y por qué no dijo que sí?

—Entonces me daba mucha vergüenza —responde—. En pocas palabras, me parecía que estaba gorda. Y no me parecía de buen gusto que una mujer casada hiciera algo así. Mi madre tenía razón. Era una esnob terrible. Pero qué pena. Porque ahora veo que entonces era demasiado joven y guapa para no estar desnuda todo el tiempo.

Cuando Patricia se dio cuenta de que era eso exactamente lo que sentiría a los noventa años, que había sido demasiado joven y guapa a los sesenta para no haber estado desnuda todo el tiempo, se puso en contacto con el artista.

—Habían pasado décadas —dice Patricia—. Pero llamé a William como si no hubiera pasado el tiempo y le dije: "Estoy lista para posar para ti". Dios, eso es lo que más me impresiona ahora. Cómo lo hice. Me pareció lo más atrevido que había hecho en mi vida, algo más aterrador incluso que casarme.

»William y yo no tuvimos una aventura —añade—. Aunque sé que Lila debe pensar eso. Solo quería que me pintara. Necesitaba que

documentara mi cuerpo tal y como era en ese preciso momento. Por supuesto, no sabía que se había convertido en un cubista en los últimos treinta años. Pero eso no viene al caso. La cuestión era estar allí de pie en el jardín, sabiendo que me estaba examinando, cada músculo, cada vena. Que me estuvieran observando de esa manera. Ser yo y todo mi ser delante de otra persona y no avergonzarme ni un poco. Sentirme orgullosa, en realidad. Eso me salvó. Pero que quede claro. No de mí misma.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Phoebe.

—No quería que me salvaran de mí misma. ¡Nadie quiere eso! Todo lo que queremos es permiso para quedarnos desnudos y ser nosotros mismos.

A Phoebe esto le parece cierto. Es exactamente lo que ella quiere, lo que siempre ha querido en secreto. Leer libros cuando quería leer libros. Estar triste cuando estaba triste. Tener miedo cuando tenía miedo. Enfadarse cuando estaba enfadada. Aburrirse cuando se sienta aburrida.

—Por supuesto, Lila se sintió terriblemente avergonzada por el cuadro —agrega Patricia—. No me habló durante semanas después de que lo llevara a la galería. Estaba histérica, no paraba de decir: "¿Papá está enfermo y tú te desnudas para otro hombre?". Así que le dije: "Cariño, a tu padre le encanta el cubismo" —se ríe—. Claro que ahora sé que a Henry también le llevó toda la vida admitir la verdad sobre sí mismo —dice Patricia—. Espero que a Lila no le lleve tanto tiempo. —Se vuelve hacia Phoebe—. ¿Está terriblemente avergonzada de mí? —pregunta—. Qué pregunta tan humillante para una madre.

—Está enfadada.

Patricia vuelve a asentir

—Está enfadada conmigo desde que Henry enfermó.

—Y usted ha estado enfadada con ella.

El comentario toma a Patricia por sorpresa, como si aún no hubiera sido capaz de admitirlo en voz alta.

—Cuando Lila le regaló el cuadro a Gary, fue una bofetada en la cara. No importa que un cuadro de William Withers se venda por no menos de veinte mil en una subasta hoy en día. Ese cuadro era de un valor inestimable para mí. Ni siquiera estaba a la venta, y ella lo sabía. Me dijo: "Sí, no parabas de decir que literalmente no se podía estimar el valor, así que lo regalé".

Patricia suspira.

—No es fácil estar enfadada con tu propia creación. Es como estar enfadada contigo misma.

Le preocupa que sea culpa suya y que, al darle todo a Lila, no le hayan dado nada. La han despojado de lo más importante: el deseo humano real. Su vida no tiene urgencia. No hay nada en juego.

—La chica derrama una botella de vino tinto en el sofá nuevo, y le compramos otro. Así de sencillo. Todo es reemplazable. Las ventanas del dormitorio, las Barbies a las que a veces se les caía la cabeza sin un motivo, todo es reemplazable. Su mundo es un mundo de un millón de Barbies; un mundo de dibujos animados, donde el Pato Lucas puede ser el relleno de un pastel al horno o caerse de un árbol y no sangrar nunca. Su padre fue lo primero que perdió de verdad, así que ¿qué otra cosa haría? Lo reemplaza inmediatamente con un hombre que trabaja en la gestión de residuos corporales.

Termina su cóctel.

—De todos modos. Ya no se puede hacer nada. El pasado es como el *Gran Cavallo* y no se puede arreglar el *Gran Cavallo*, ¿verdad? Lo que quiero decir es… ¿Quién no fantasea con dibujar el resto del caballo, y quizá el cielo alrededor del caballo? ¿Pero qué valor tendría entonces el cuadro? Absolutamente ninguno. Así que es lo que es. Imperfecto, inacabado, para siempre. Tenemos que seguir adelante, considerarlo una obra maestra, aunque no lo sea, y empezar a trabajar en un puto cuadro nuevo.

—Supongo que no me di cuenta de que eso es lo que se sentiría al envejecer —confiesa Phoebe. Siempre imaginó que envejecer era como una calle que se iba estrechando y oscureciendo a medida que caminabas. Una concreción de tu personalidad y de todas las cosas que te hacían ser quien eras—. Pero no es así, ¿verdad?

Patricia niega con la cabeza.

—Pamela, se trata de seguir adelante. Decir adiós a quien pensabas que eras, a quien pensabas que serías. Déjame que te lo demuestre.

Se levanta, abre la bolsa de la ropa. Sostiene su suéter a la luz.

—Henry siempre intentaba convertirme en una chica de lentejuelas, pero ahora que se ha ido, por fin puedo admitir que no soy una chica de lentejuelas. Así que, adiós.

Deja caer la camisa en el regazo de Phoebe.

—Para ser sincera, a mí tampoco me gustan las lentejuelas —confiesa Phoebe—. Fue divertido por un día, y listo.

—Fue divertido durante una vida —dice Patricia—. Pero ahora visto lino y bebo por la tarde, y que así sea. Porque, ¿cuándo se hicieron tan largas las tardes? Por Dios, que empiece la noche de una vez, ¿no?

La despedida de soltera comienza con un "viaje acuático" en un spa cercano.

—Me gustaría que no le dijeran viaje acuático —dice Marla en el vestuario—. En ese caso podría disfrutarlo de verdad.

—Shh —la calla Suz, y señala un cartel en la puerta que exige que susurren en todo momento. No solo por los demás huéspedes, sino por ellas mismas. Sin embargo, esto está resultando difícil para Marla y Lila.

—Esto es como las termas de Baden-Baden, pero no —comenta Lila.

—¿No se nos debería permitir tener nuestros teléfonos si este es nuestro viaje personal? —pregunta Marla.

Phoebe espera a que Lila responda, pero entonces recuerda que Lila casi nunca le habla directamente a Marla, solo se queda ahí y deja que Marla diga lo que quiera.

—No puedes curarte y enviar mensajes sexuales al mismo tiempo —dice Phoebe. Phoebe lo dice en broma, pero Suz se lo toma al pie de la letra.

—Marla, oh, Dios mío, ¿tú sexteas? —pregunta Suz.

—¿No enviamos mensajes sexuales todos? —pregunta Nat.

—¿Ah, sí? —pregunta Lila, que parece desbalanceada con su pequeño cuerpo y su enorme velo falso.

—Shh —vuelve a callarla Marla y le lanza una mirada a Phoebe. Pero Phoebe no tiene tiempo para eso.

—Escuchen, la mujer de facturación me ha dicho que podemos entrar desnudas porque es un evento privado —susurra Phoebe.

—¿Por qué querríamos estar desnudas? —pregunta Marla.

—¿Por qué no querríamos estar desnudas? —susurra Suz.

Mientras las mujeres debaten en voz alta y en voz baja, Phoebe se limita a quitarse la ropa. Evoca a Patricia sin evocar a Patricia.

—Somos demasiado jóvenes para no estar desnudas todo el tiempo —dice Phoebe, y todas las mujeres se quitan la bata, menos Marla.

—Marla, vamos —insiste Suz cuando entran en la zona de la piscina—. Si no estás desnuda, eso nos hace ver más desnudas a nosotras.

—No se puede estar más o menos desnuda que desnuda —explica Marla.

—Entonces, esas de ahí son las piscinas frías —susurra Phoebe—. Doce grados.

—Suena que va a doler —dice Marla.

—Por lo que dice aquí —agrega Phoebe, leyendo del folleto—, las piscinas frías ayudan con la inflamación, refuerzan tu sistema inmunológico, curan la depresión…

—Arreglan la relación con tu suegra —añade Suz—.

—Y a veces van a hacer las compras en tu lugar —agrega Nat.

Las mujeres se separan en diferentes bañeras, cada una con su propio viaje. O quizá solo quieren una excusa para pasar un rato a

solas. Marla va a la piscina más caliente, y Phoebe se mete en la fría simplemente porque es la que promete curar la depresión, aunque sabe que la depresión no funciona así. No hay una solución rápida, y a veces tratar de curarla solo la hace peor. Ir a yoga tres veces a la semana solo le confirmó que era realmente una causa perdida, ya que ni siquiera el yoga podía hacer que se sintiera mejor. Pero ¿qué otra cosa se puede hacer sino seguir intentándolo? Y la piscina fría es bastante fácil. Todo lo que tiene que hacer es sentarse allí y pasar frío. Éxito, piensa mientras se le entumecen los dedos de los pies. Siente que empieza a relajarse, hasta que llega Lila.

—La madre de Gary me acorraló por tercera vez esta mañana y me preguntó por qué Dios aún no ha hecho acto de presencia en esta boda —susurra Lila no bien pone un pie dentro—. Yo estaba como "Oh, no, me olvidé completamente de invitarlo".

Lila dice que no ha sido fácil estar tan molesta con una mujer que tiene principios de demencia.

—Me siento muy mala cuando me enojo con ella —se lamenta Lila —. ¿Pero cuántas veces tengo que explicarle que no tengo Dios? Que no puedo casarme por la iglesia, porque ¿qué iglesia? Mi madre era protestante y mi padre católico, y en realidad nunca nos sentamos a decidir qué era yo.

Ahora ella no cree en nada, excepto en el dinero. ¿Y qué tiene eso de malo? El dinero mantiene en pie las mansiones de Bellevue, ¿no? El dinero hace el arte, ¿no? El dinero hace que el mundo sea accesible para las personas discapacitadas, ¿no? ¿Dios hizo eso? Tal vez. Si Dios hiciera dinero.

—Pero la madre de Gary piensa que el matrimonio será inválido a menos que lo hagamos en una iglesia. ¿Y quién hubiera pensado

que la familia de Gary era tan católica? Marla y Gary nunca hablan de Dios. Deben estar traumatizados o algo así.

Phoebe la mira.

—Estás pagando mucho dinero para relajarte ahora. Te sugiero que lo intentes.

—Nunca me he sentido cómoda relajándome —admite Lila. Pero entonces se desliza un poco más dentro del agua—. ¿Qué hacemos, sentarnos aquí? Hace mucho frío. Marla tiene razón. No entiendo.

—Respira —dice Phoebe.

La piscina está tan fría que aún no ha superado el impacto inicial. Pero a Phoebe le gusta esa sensación, le recuerda que está viva.

—Recuérdame que te cuente mi sueño más tarde —dice Lila—. Era sobre Jim. Y fue horrible.

—Respira otra vez —le indica Phoebe, y entonces Lila respira hondo. Echa la cabeza hacia atrás. Parece que no le importa el hecho de que el dobladillo de su velo postizo se hunda en el agua. Pronto, toda la habitación se aquieta y vuelve a sentirse bien. Solo se oye el sonido del agua, las gotas que caen de cada mujer al salir de una piscina y meterse en otra. Por fin hay paz. Unidad silenciosa entre ellas mientras se cruzan en silencio hasta que terminan sus viajes.

PARA CUANDO están de regreso en el hotel, Phoebe se siente muy relajada. También Lila, cuyo rostro parece perdido en algún sueño. Cuando Jim la detiene en el vestíbulo, tarda un buen rato en comprender lo que le está diciendo.

—Tenemos un problema —observa Jim. Tiene la cara roja de un hombre que ha estado bebiendo todo el día o jugando al golf todo el día o ambas cosas—. Alguien se echó un polvo en el coche antiguo.

Nadie entiende a qué se refiere, en especial la novia.

—¿Alguien le echó un polvo encima? —pregunta Lila.

—No. Alguien se echó un polvo en el auto.

Las otras mujeres se despiden de Lila con la mano como si nada de esto tuviera que ver con ellas. Suz dice "Ducha" con los labios, antes de que todas se larguen, pero Lila no se da cuenta.

—Oigo las palabras que pronuncias, Jim, pero la verdad es que no las entiendo —dice Lila.

—De verdad que no sé de qué otra forma decirlo, Lila. Esto es lo que pasó. En el coche antiguo alguien… se echó un polvo.

Lila se queda de pie como si le hubieran tirado un cubo de pintura roja encima.

—Claro —interviene Phoebe—. Pero creo que no entendemos… ¿Qué significa eso exactamente?

—Alguien literalmente metió la verga en el tubo de escape y ya imaginas lo que pasó.

—¿Lo que imagino que pasó? —pregunta Lila.

—Lo que imaginas —responde Jim.

—¿Por qué alguien le haría eso a mi coche de boda? —pregunta Lila.

—¿Por qué alguien le haría eso a cualquier coche? —pregunta Jim.

—¿Cómo se hace eso? —Phoebe siente verdadera curiosidad. Le cuesta visualizarlo, cuando Gary entra con sus palos de golf. Lila va hacia él de inmediato.

—Alguien se echó un polvo en nuestro coche, Gary —dice Lila.

—¿Perdón?

Deja los palos en el suelo y se los lleva un hombre con uniforme morado.

—Díselo, Jim —le pide Lila, como si hubiera estado allí cuando ocurrió, como si ahora delante de Gary, que no sabe nada, Jim y Lila fueran la pareja, los portadores de las malas noticias, contándole a Gary lo sucedido.

—Estaba guardando los palos en el coche y vi el vehículo a la luz del sol y pensé: "Dios, es un vehículo precioso" —dice Jim.

—Jim, no necesitas preparar la escena —ordena Lila—. Solo ve al grano.

—He dicho literalmente dos frases. Ya casi iba al grano.

—Está bien, cuéntame qué pasó —le pide Gary.

—Así que estoy allí parado, mirando el coche, admirándolo, y entonces veo a este tipo, de pie justo detrás del coche, con su cosa en el tubo de escape, y ya sabes, ha sido un largo día, pensé que estaba alucinando por un segundo. Pero entonces le grité que se largara de aquí, y salió corriendo.

Gary no parece horrorizado, pero Phoebe se da cuenta de que Gary nunca pierde el control, ante ninguna situación. Parece importante para él, como médico, como padre soltero, que le presenten un problema y él en el acto se pone a buscar una solución. De acuerdo, sí, alguien se echó un polvo en el coche, pero por suerte se había preparado para esto.

—Deberíamos informarlo en la recepción —sugiere Gary.

—¿Y qué va a hacer la recepción? —pregunta Jim.

—¡Llamar a la policía! —exclama Lila.

—¿Y decir qué, "Auxilio, alguien se echó un polvo en mi coche"? —pregunta Jim.

—Lo siento, pero no creo que puedas follarte a un coche —dice Phoebe. No dará el brazo a torcer—. Es un coche. No se puede follar como... no se puede follar con un cortacésped porque es un cortacésped y no un ser vivo.

Pero Lila no se deja convencer. Se sienta en el sofá de terciopelo. Otra cosa arruinada, justo cuando empezaba a relajarse. Se aprieta las sienes con los dedos. Gary se sienta a su lado.

—Tengo una especie de ataque de pánico —dice Lila.

—¿Uno real? ¿O figurado? —pregunta Gary.

—Uno de verdad, Gary.

Pero no se mueve ni hace nada. Se limita a apartarse estoicamente el pelo de los ojos. Se reacomoda el velo alrededor de la cara. El ataque de pánico con más clase del mundo.

—¿Qué puedo hacer? —pregunta Gary.

—Necesito que le pidas otro coche a Pauline —dice Lila.

—¿Otro coche? —pregunta Jim—. ¿Por qué? Ese coche es perfecto.

—¡Se han echado un polvo en el coche, Jim! —dice Lila, pero es Gary quien se estremece—. No puedo llevar esa cosa a nuestra boda, sabiendo lo que le ha pasado.

—Técnicamente, aquí la víctima es el coche —afirma Jim.

—Yo soy la víctima —dice Lila con firmeza.

Nadie habla. Jim mira a Gary con las cejas levantadas. Pero Gary no le devuelve la expresión. No dice ni una palabra. Solo la rodea con el brazo como hizo con Juice en el muelle.

—De acuerdo —accede Gary—. Yo me encargo.

—Bien. —Lila vuelve a ajustarse el velo, como si eso fuera a transformarla de nuevo en la novia relajada y feliz que aún no había entrado en el vestíbulo—. Tengo que ir a vestirme para mi despedida de soltera.

Lila se aleja hacia el ascensor. Jim, Gary y Phoebe intercambian miradas.

—Jim, ¿por qué se lo contaste? —le pregunta Gary.

—¡Porque sucedió!

—Lila no necesita saber todo lo que sale mal.

—No es una niña.

—Sé que no es una niña. Es una adulta que ahora está estresada sin motivo. ¿Cómo lo habría sabido?

—Al final se enteraría.

—¿Cómo? No. Realmente no se habría enterado.

—Estará bien —dice Jim—. Yo me encargaré.

—No, yo me encargaré —dice Gary.

—Bien, saldré otra vez. Voy a ver si encuentro a ese pervertido.

Jim deja a Gary y Phoebe solos en el vestíbulo. El novio y la dama de honor ahora son los encargados de resolver el problema y Phoebe tiene la sensación de que se han convertido en los padres de Lila.

—Sinceramente, todavía no lo entiendo —dice Phoebe—. ¿El tubo de escape tiene el tamaño adecuado para eso?

—Supongo que depende de la persona.

—¿Supongo que tendría que haber... usado la mano antes y luego entrar?

—Porque no puedes usarlo como…

—No.

—Mierda.

Se ríen. Entra la abuela de Lila.

—Gary —lo llama Bootsie, y le entrega un recipiente Tupperware lleno de líquido transparente.

Por un segundo, Gary parece horrorizado, como si pudiera ser una muestra de orina.

—Es un gimlet —dice Bootsie—. ¿Puedes asegurarte de que les llegue a los Breakers para la recepción?

—Por supuesto —accede Gary—. Pero todavía faltan varios días, Bootsie. Y sabes que pueden hacerte un gimlet en la boda.

—Tengo por norma no fiarme de nada que salga de los Breakers —dice—. Y nadie lo hace como mi chico. Solo tiene cuarenta años de práctica. ¿Y quién eres tú, querida?

—Soy Phoebe —responde ella—. La dama de honor.

La abuela de Lila lo toma, por cierto. Es curioso que la gente cree que eres quien dices, piensa Phoebe. No está segura de por qué nunca antes se había dado cuenta de este poder que tenía. Pero es verdad. Es la dama de honor. Le pone la mano en el hombro a Gary y le dice:

—Yo me encargo.

—Gracias.

—Disculpa —le dice Phoebe a Pauline en la recepción—. Parece que la novia va a necesitar un coche nuevo.

—¿Le pasa algo al otro? —pregunta Pauline.

Phoebe entiende el problema de Jim: "hizo el amor" es demasiado raro. "Tuvo sexo con" no capta el espíritu del delito.

—Alguien se echó un polvo en el caño de escape —dice Phoebe.

Pauline ni siquiera pestañea, ni siquiera cuando se le cae una de las pestañas postizas. Permanece inmóvil, como si estuviera entrenándose para no volver a reaccionar en su vida ante nada.

—Eso es... muy inusual. Lo sentimos mucho. Tomaremos nota de ello. Ninguno de nuestros coches antes… Conseguiremos uno nuevo de inmediato. Ah, y por favor, dígale a la novia que el Commodore's Punch Bowl de esta noche va por mi cuenta.

Phoebe se marcha y se pregunta cuánto tiempo esperará Pauline antes de recoger sus pestañas.

UNA VEZ ARRIBA, PHOEBE se da una larga ducha para quitarse los aceites del spa. Agua… Esta semana no se cansa del agua. Está segura de que podría vivir para siempre si pudiera permanecer en esta ducha. Apaga todas las luces y se frota con algo llamado Jabón de Leche de Avena para Seres Humanos. Y funciona. Se sienta en el suelo húmedo y se siente más humana de lo que se ha sentido en muchos años.

Se pone el vestido y luego se maquilla con los productos que se compró con Juice. Antes se sentía obligada a despreciar este tipo de cosas, pero si es sincera consigo misma, le gusta maquillarse. Lo echó de menos durante la pandemia. Es un ritual agradable, y si haces algo el tiempo suficiente, se convierte en eso. Un ritual que tiene el poder de hacerte sentir algo. Se pasa el lápiz labial de un rojo intenso por los labios y de repente se siente despierta, preparada para la noche.

ABAJO, EN EL BAR, las mujeres están amontonadas alrededor de Lila. Brillan sobre el fondo de las cortinas azul oscuro, con sus vestidos de cóctel, como si fueran caramelos de distintos sabores. Pero cuando Phoebe se acerca, nota que el ambiente está caldeado.

—¿Crees que tuvo algo que ver lo bonito que era el coche? —pregunta Suz.

—¿Será esa la razón por la que una persona elige echarse un polvo en un coche y en otros no? —se pregunta Nat.

Las mujeres no lo saben. Ninguna de ellas puede empezar a entender la psicología de alguien que se echa un polvo en un coche, excepto Marla.

—No funciona así —explica Marla—. No tiene nada que ver con lo lindo que sea el coche.

—¿Podemos no hablar del coche? —pregunta Lila, con un tono de voz que no había usado en un tiempo. Parece la Lila que Phoebe conoció en el ascensor.

—Vamos a buscar unos cócteles y los subimos para la mujer del sexo —dice Phoebe.

—¿Dónde está el encargado de las bebidas? —pregunta Lila.

Suz recibe un mensaje de texto, lo que es un acontecimiento público para todas ellas, porque insiste en mantener el teléfono boca arriba sobre la mesa en todo momento.

—Uff. No sé por qué mi marido sigue enviándome mensajes de texto con cada pequeño detalle sobre la mierda del Gusanito —se queja Suz—. Como si diera por hecho que debo saber, ahora mismo, de qué color es. ¡Estoy en una despedida de soltera!

Pero no lo parece hasta que llega Ryun con cinco vasos de Commodore. Lila parece aliviada. Da un sorbo a su cóctel, y Marla le

pregunta a Ryun:

—¿Cuál es la diferencia entre un Encargado de Bebidas y un barman? ¿Y de dónde sale la "u" de tu nombre?

—Supongo que mis padres pensaron que sería más original.

—Uff. ¿Por qué todo el mundo necesita ser tan original hoy en día? —pregunta Lila.

—Querían que yo fuera especial, supongo.

—¡Pero esa es la peor parte! —exclama Lila—. ¿Por qué tenían tanto miedo de que no fueras especial? ¿Por qué no podías ser un bebé común y corriente?

Ryun se encoge de hombros. No lo sabe.

—Resulta que les salió el tiro por la culata, porque yo no soy muy especial.

Ryun es surfista. Trabaja aquí para mantener su estilo de vida.

—Literalmente no tengo más ambición que esa —dice. Ni siquiera quiere ser un surfista profesional. Es realista. Sabe que eso no es vida. Solo quiere... hacer eso.

—Bien, me alegro por ti —opina Lila—. No hacer nada de tu vida. Mi madre también quería que yo fuera especial. Espera que sea su gran obra maestra. ¡Y ni siquiera es pintora!

Ryun se ríe, la mira con su gran velo falso y su faja brillante.

—Yo te veo muy especial.

Las mejillas de Lila se sonrojan como si ya estuviera borracha, y tal vez lo esté.

—Gracias.

Marla fulmina a Ryun con la mirada por flirtear con la novia.

—Un brindis por la novia —dice Phoebe, y Lila sonríe—. Ahora vamos a ver a la mujer del sexo.

LA MUJER DEL SEXO ya está en la sala de billar cuando llegan.

—Llegan tarde —las reta.

Está de pie detrás de un proyector gigante con un traje gris topo y una cola de caballo baja. Le recuerda a Phoebe a su antigua yo en clase, enfadada en secreto con todos los alumnos que llegan tarde, pero tratando con desesperación de que no se note. Quizá por eso Phoebe se disculpa.

—Lo siento mucho —se disculpa Phoebe.

Se sientan en el sofá verde azulado con sus bebidas. Lila les dedica una gran sonrisa, como si ya estuviera mejor. Lista para divertirse.

—Buenas noches, señoras —dice la mujer del sexo—. ¿Y quién es la novia especial de esta noche?

Lila levanta la mano y las mujeres vitorean.

—Bueno, enhorabuena —dice la mujer del sexo—. Como seguramente saben, fui compañera de Viv. Trabajamos juntas no hace mucho cuando estaba en el zoo de Atlanta.

Todas asienten como si ya lo supieran.

—Pero desde la pandemia, obviamente he dado un pequeño giro a mi carrera. Resulta que hay más dinero en las despedidas de soltera que en el sector sin fines de lucro —bromea, y todas se ríen—. Pero más en serio, por si Viv no se los dijo, aquí me presento. Soy la mayor experta internacional en apareamiento del *Ailuropoda melanoleuca*, también conocido como panda gigante. He sido asesora jefa de tres zoológicos nacionales. He aparecido en dos especiales de conservación de la PBS y he participado

personalmente en las relaciones sexuales de al menos cuatro pandas de todo el mundo.

Nat y Suz se ríen. Marla mira a Phoebe y asiente con la cabeza, como si estuviera realmente impresionada por las credenciales de la mujer del sexo. Pero Lila parece confundida, susurra:

—¿Esto es una broma de Viv? —y se encogen de hombros.

Phoebe sospecha que, si estuvieran en el posgrado, en ese momento romperían a reír de forma incontrolable. Pero no lo hacen. Son mujeres adultas. No le parece bien burlarse de ninguna mujer que esté delante de ellas, por no hablar de los pandas. Se parece más a una conferencia académica y siente que tiene que levantar la mano, preguntar por los pandas. Pero es Marla quien lo hace.

—¿Participaste en sexo panda? —pregunta Marla—. ¿Qué significa eso?

—Buena pregunta —observa la mujer del sexo. Pasa la primera diapositiva—. Esta es Mei.

Señala una triste fotografía de un panda sosteniendo un único tallo de bambú.

—Ayudé a Mei a hacer el amor por primera vez, probablemente uno de los mayores logros de mi currículum hasta la fecha. Durante siete años, Mei no mostró ningún interés por aparearse con los otros pandas del zoo de Atlanta. Nuestras investigaciones sugieren que esto se debe en gran parte a su cautiverio. En cautiverio, el panda gigante ha olvidado cómo mantener relaciones sexuales. Al intentar proteger a los pandas, casi los hemos matado.

Más fotos de pandas en habitaciones separadas. Pandas con aspecto desolador.

—Esto es realmente muy desagradable —susurra Suz.

Phoebe también está preocupada. Phoebe se pregunta cuándo va a salirse del personaje, cuándo se transformará en lo opuesto a sí misma, se arrancará su coleta baja, repartirá vibradores, como el policía stripper que llega enfadado a la despedida de soltero y listo para hacer arrestos, justo antes de quitarse los pantalones.

¿Pero quizá no sea un personaje? Tal vez está aquí para hablar de pandas. Quizá Viv fue una dama de honor malísima. Phoebe debería haberle preguntado a la mujer del sexo por teléfono qué significaba ser una mujer del sexo. Pero ya es demasiado tarde. Lila mira a la mujer del sexo como si fuera el peor tipo de mujer del sexo que existe: el tipo aburrido.

—Durante la pandemia, mientras estábamos confinados en casa todos los días, me di cuenta de que nosotros también estábamos en cautiverio. Y al igual que Mei, yo también dejé de querer tener sexo. Y lo único que me ayudó a sobrevivir en esa época oscura fue creer que había otras personas tristes y sin sexo que se sentían igual que yo.

Empezó a organizar talleres de sexo por Zoom, a compartir sus investigaciones y descubrimientos. Los videos de sus talleres se hicieron virales y, para cuando terminó la pandemia, había ayudado a millones de personas de todo el mundo a volver a tener sexo.

—Lo que hemos aprendido estudiando a los pandas en cautiverio es que están, ni más ni menos, que atrapados en el paraíso. Hay demasiado ocio, demasiada comodidad, demasiado bambú. Demasiado ESPN, si saben a lo que me refiero.

Suz asiente con complicidad.

—Los machos dejaron de buscar a las hembras y ellas ya no frotaban sus glándulas anales contra los árboles cercanos como

hacían en estado salvaje —añade la mujer del sexo, y Suz deja de asentir—. Todas sus necesidades estaban cubiertas. No había coqueteo, ni juegos preliminares, ni bailes sensuales, porque, con el cautiverio, eliminamos casi todos los factores darwinianos naturales del apareamiento del panda. Lo que sabemos ahora, lo que todos sabemos ahora, es que no podemos meter a dos animales en una habitación y esperar que tengan sexo. Ni siquiera podemos esperar que lo deseen. Entonces, ¿por qué esperamos esto de nosotros mismos?

La mujer del sexo y sus colegas pasaron años enseñándoles a las pandas cómo acordarse del deseo.

—Les enseñamos videos de otros pandas apareándose —dice la mujer del sexo—. Videos para estimularlos.

—¿Tipo porno panda? —pregunta Suz.

—Sí.

—¿En serio los pandas se excitan cuando ven a otros pandas teniendo sexo? —pregunta Nat.

—Por supuesto.

—Es hermoso, la verdad —reconoce Suz y mira al resto del grupo.

Pero Lila no se inmuta.

—No es hermoso —insiste Lila—. Es porno, Suz.

—Sí, pero porno panda.

—El porno no se hace hermoso solo porque lo hagan dos osos —opina Lila.

—¿Hay… guiones para pandas? —pregunta Marla.

—Dos pandas, uno es campeón de billar y el otro necesita aprender —empieza Nat.

Se parecía mucho a un video que estaba viendo Matt una vez y Phoebe lo descubrió. Cuando lo encontró, se empeñó en participar, porque a él le daba mucha vergüenza que lo hubiera atrapado. Así que se sentaron a verlo y criticaron la trama como si estuvieran criticando un programa de televisión, como si no les excitara verlo. Pero en algún momento de la partida de billar, se quedaron callados. Observaron cómo el hombre se acercaba por detrás a la rubia y le acariciaba el brazo, la ponía sobre la mesa. Y Matt la buscó a Phoebe. Tuvieron buen sexo por primera vez en meses, pero después, Matt no volvió a tocar el tema. Y ella tampoco.

—Bromeas, pero para los pandas es una cuestión de supervivencia —dice la mujer del sexo—. Y para ustedes también, ¿no?

Las mujeres asienten.

—Así que, futura novia, esto me lleva a ti —dice la mujer del sexo.

—¿Cómo diablos te trae esto a mí? —pregunta Lila.

—Antes de que entres en tu cautiverio, digo, en tu matrimonio —bromea, y guiña un ojo—, estoy aquí para darte las herramientas que necesitas para asegurarte de que siempre quieras tener sexo con tu marido. Quiero que salgas de aquí sabiendo que no solo tendrás una buena vida sexual con tu hombre, sino la más larga, húmeda y caliente.

Pero primero, necesita un poco de información.

—¿Cómo se llama?

—Gary.

Luego le pide a Lila que describa su vida sexual actual con Gary, en una palabra.

—Eso es muy personal —dice Lila.

—Para eso estamos aquí, novia mía —dice la mujer del sexo.

—Está bien, maravilloso —admite Lila.

—¡Maravilloso! —dice la mujer del sexo, y pide a las demás mujeres que hagan lo mismo.

—Evolutivo —dice Nat.

—Verbal —dice Marla.

—Muerto —dice Suz.

—Germinando —dice Phoebe.

—Ahora, quiero que piensen en la última vez que se excitaron de verdad. A ver si identifican qué fue lo que las excitó tanto. ¿Qué fue lo que hizo que quisieran tener sexo? No porque la pareja quisiera, ni porque hubieran pasado semanas y empezaran a preocuparte por cómo habían pasado las semanas. Sino porque las invadió el deseo. Porque no querían hacer otra cosa que follar.

La mujer del sexo reparte papelitos. Todos escriben cosas, y finalmente, la mujer del sexo dice:

—Empecemos con la novia. ¿Qué fue lo último que realmente te excitó de Gary?

Lila se sonroja y mira a Marla.

—No puedo decirlo frente a Marla.

—Soy muy consciente de que Gary es un ser humano que tiene relaciones sexuales —dice Marla—. De hecho, lo pesqué una vez.

Pero Lila parece nerviosa. Phoebe no puede creer la diferencia que hay entre Lila dentro de la habitación de Phoebe y Lila fuera de la habitación de Phoebe. Phoebe se había acostumbrado a la sinceridad de Lila, a su forma de irrumpir, de sentarse, de confesar inmediatamente lo que fuera que la hacía infeliz. Phoebe se sentía como un sacerdote o un terapeuta. Pero aquí, con estas mujeres, Lila es reservada. Como si fuera demasiado difícil ser sincera delante

de Marla. O tal vez hay algo sobre su vida sexual que le da una vergüenza espantosa. ¿Pero qué es?

—Ay, no seas aburrida —se queja Nat—. Tú nos invitaste a este taller de sexo, te recuerdo.

—Bueno, está bien, besa muy bien.

—¿Puedes ser más específica al respecto? —pregunta la mujer del sexo—. ¿Recuerdas algún beso en particular? ¿Tenía algo especial? ¿Fue apasionado? ¿Usó la lengua?

—Una cantidad promedio de lengua.

Pero entonces se le pone roja cara, como si ya hubiera dicho demasiado.

—¿Por qué no sigo con otra? —dice la mujer del sexo, y se vuelve hacia Suz, que habla largo y tendido sobre un hombre que vio en un encuentro universitario, un hombre que solía burlarse de ella, un hombre que la conoció antes del Gusanito. Luego Nat dice algo sobre su mujer, Laurel, la jardinería, la suciedad en su cara, la pasión que sentía por hacer algo totalmente innecesario.

—La última vez que me excité de verdad, me estaban estrangulando —dice Marla.

—¿Robert te ahorca? De verdad que no me lo imagino —se sorprende Lila.

—Robert no —dice Marla, y luego se larga a llorar—. Robert no lo haría nunca. Ni siquiera cuando se lo pedí.

Robert es el tipo de hombre que utiliza viñetas en sus tarjetas de San Valentín para explicar las tres razones por las que la quiere, y ni siquiera son tan bonitas. Es un hombre patológicamente incapaz de hacerle un cumplido.

—¿Y saben lo que es que tu propio marido nunca te haga un cumplido? —les pregunta Marla—. Siempre pensé que era porque era juez. Era profesionalmente neutral. Pero un día, estábamos en algo de trabajo y yo estaba hablando con este otro juez, y él elogió mi vestido, como si no fuera gran cosa, y lo siguiente que sé, es que estamos en su casa en el Chesapeake, viendo las primarias de mitad de período…

Estallan en carcajadas.

—Qué sexy —observa Suz.

—A mí personalmente me gusta que me ahorquen viendo C-SPAN —agrega Nat.

—Lo mismo digo —acota Suz—. Pero espera, ¿cómo te ahorcó?

—Simplemente extendió la mano y me estranguló.

—De verdad que no le veo la gracia —dice Lila.

La mujer del sexo les recuerda a todos que no deben juzgar.

—Solo se trata de compartir. Mantenernos en contacto con nuestros deseos.

Se vuelve hacia Phoebe.

—¿Y tú?

—Estaba hablando con un completo desconocido —les cuenta Phoebe—. Fue la primera vez que realmente quise tener sexo después de divorciarme.

—Espera, ¿estás divorciada? —pregunta Lila.

—¿Cómo no sabes eso? —pregunta Marla—. Es tu dama de honor.

—Concentrémonos menos en el divorcio y más en lo que te excitó sobre este extraño —dice la mujer del sexo.

—No lo sé —dice Phoebe. Piensa en aquella noche, en el momento en que estaba con él a la luz rosada del amanecer. Cómo,

cuando le dijo que había venido a suicidarse, él no apartó la mirada —. Me gustó que hiciera contacto visual.

—El contacto visual puede ser muy sexy.

—No tenía miedo de mirarme. No le tenía miedo a lo que yo decía. No les tenía miedo a las peores partes de mí. Y me hizo sentir que esas partes estaban bien. Como si pudiera decir cualquier cosa. Ser cualquier cosa.

El recuerdo hace sonreír a Phoebe, y la mujer del sexo siente curiosidad.

—¿Qué te hace sonreír en este momento?

—De hecho, le dije que quería tener sexo con él, y eso debería haberme dado vergüenza, pero fue muy sexy.

—Anunciar nuestros propios deseos —dice la mujer del sexo—. Eso puede ser muy poderoso. Y ahora sabes esto de ti misma. Ahora sabes que cuando no estás de ánimo, cuando empiezas a sentirte desconectada de ti misma, puedes preguntarte: ¿Sobre qué no estás siendo sincera?

Durante el resto del tiempo, la mujer del sexo les muestra breves tutoriales sobre cómo tocarse con diversos lubricantes a base de hierbas, y luego concluye con un video de dos pandas teniendo sexo.

—Que todos conozcan esa dicha carnal —bromea la mujer del sexo, y las mujeres ríen y aplauden. A continuación, la mujer del sexo arroja un montón de juguetes sexuales sobre la mesita, sin ninguna explicación. Uno de los penes rueda por el suelo.

—Un vibrador puede ser una herramienta de memoria —explica la mujer del sexo.

Les dice que, al igual que los pandas, es importante mantenerse en contacto con sus deseos. Es importante reconocer sus manías cuando empiezan a manifestarse. Es importante tocar nuestros cuerpos si hemos olvidado lo que se siente al ser tocado. Luego mira el reloj. Este es el único gesto que la asemeja a una stripper. Fiel al minutero del reloj.

—¡Se acabó mi hora!

Apaga el proyector. Marla sigue llorando.

—Ahora, ¿quién quiere comprar un pene?

Las mujeres se ríen. Marla se seca las lágrimas. Todas extienden la mano y Phoebe elige uno morado.

—¡Casi lo olvido! —exclama la mujer del sexo—. Los Trapos de Eyaculación de cortesía.

Suz sostiene uno en la mano como si fuera cachemira.

—Vaya, qué buena idea.

—Tan ecológico —dice Nat.

—¿CÓMO SE LE OCURRIÓ a Viv contratar a esa mujer del sexo? —pregunta Lila en el restaurante.

—Por lo que nos contaste de Viv, es muy propio de ella lo que eligió —dice Suz.

Están cenando en la taberna White Horse. La taberna más antigua de Estados Unidos, según el menú. Paredes de un verde oscuro, sillas de respaldo alto y gruesas vigas de madera, pero comida perfectamente *trendy*. Ensaladas de coles de Bruselas y repollo. Vieiras con salsa de limón y hierbas. Dos colas de langosta en el plato de Phoebe. El vino de la casa se sirve en jarras transparentes

que parecen romanas. Está un poco aguado y tibio, pero parece que ese es el punto.

—Pero no somos pandas —dice Lila—. Ahora, cuando tenga sexo, en lo único que voy a pensar es en ser un panda. No veo cómo eso va a ayudar a mi vida sexual.

—Me pareció estupenda —opina Nat—. Lo que pasa es que no compartiste nada, así que ella no pudo ayudarte.

—¿Por qué necesito ayuda? —pregunta Lila—. Tenemos una buena vida sexual.

Ya todas están hartas de que Lila no diga nada real sobre su vida. Marla se vuelve hacia Phoebe y le dice:

—¿Y por qué te divorciaste?

—No puedes preguntarle eso a alguien, así como así —la reta Nat.

—Está bien. Mi marido tuvo una aventura.

—Qué hijo de puta —dicen todas al unísono, menos Marla.

—¿Y no pudiste perdonarlo? —pregunta Marla.

—Ni siquiera me lo pidió —responde Phoebe.

—Y tú ¿vas a divorciarte? —le pregunta Suz a Marla.

—No creo que debamos hablar de divorcio —les recuerda Lila.

—Cierto —dice Suz—. Entonces, eh, ¿qué es lo más raro que han hecho alguna vez en la cama? Empiezo yo.

Suz admite que una vez le gustó que un tipo de la universidad le echara cera caliente encima.

—No estaba en contra, pero tampoco a favor —dice Suz.

Una vez, Nat se hizo pasar por enfermera/jugadora de tenis delante de la cámara para una novia de la universidad, pero solo porque era su cámara y podía borrar las imágenes.

—¿Una enfermera y una tenista al mismo tiempo? —pregunta Suz.

—Un verdadero desafío teatral —bromea Phoebe.

Se ríen.

—Eso es lo que quería ella —dice Nat—. Una enfermera atlética. Alguien que fuera deportista y a la vez salvara vidas.

—¿Y tú, Lila? —pregunta Nat.

—De parte del novio —interrumpe el camarero, que trae una botella de vino que había elegido Gary y se las había enviado para la fiesta de Lila. Todas aplauden mientras el viejo sirve el vino en las copas.

—Gary es tan dulce —dice Suz—. Marc nunca haría algo así.

—¿Y? —le pregunta Nat a Lila—. ¿Qué es lo más raro que has hecho?

—Realmente no me siento cómoda diciendo esto delante de Marla.

—¿De verdad es tan raro? —pregunta Nat.

—No me sorprende —dice Suz—. Todos los médicos son raros en la cama.

—No todos los médicos son raros en la cama —dice Lila—. No puedes decir cosas así.

—Créeme, me acosté con muchos médicos durante la carrera de medicina —comparte Suz—. Y todos estaban tan aburridos de los cuerpos que siempre necesitaban algo extra.

—Gary no es así para nada —dice Lila.

—¿Entonces cómo es? —pregunta Suz.

—Dinos, nos lo dirás solo a nosotras —le pide Nat—. Solo estamos tratando de conocerte mejor. Eso es todo.

—Bueno, está bien —acepta Lila, aparentemente conmovida—. Gary es muy dulce. La última vez que tuvimos sexo, Gary se detuvo

a mitad de camino para decirme que me veía tan hermosa a la luz del sol, que era como una pintura de Vermeer.

Se hace el silencio en la mesa.

—Eso no es raro —dice Nat.

—Eso es realmente hermoso —dice Suz.

—Robert necesitaría dos décadas de terapia para decir algo así —observa Marla.

—¡Bueno, ya se los dije, no hacemos nada raro! —exclama Lila.

—Ni siquiera está cerca de ser raro.

—¿Por qué el sexo tiene que ser raro? No es que sea más especial cuanto más raro sea. ¿No puedo tener sexo bonito y ser feliz por eso?

—No lo sé —dice Nat—. ¿A ti te hace feliz?

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunta Lila.

—No pareces muy contenta con tu sexo lindo —dice Nat.

Lila mira a Phoebe como si le enviara un mensaje privado, como si le estuviera pidiendo con la mirada que le ponga fin a esta conversación.

—¡Oh, se me olvidaba!

Phoebe saca el paquete de sorbetes con forma de pene y los pone en los vasos de vino. Pero los vasos son demasiado bajos, los sorbetes demasiado largos, los penes demasiado pesados. Parecen siempre a punto de caerse de los vasos. Parecen inadecuados, demasiado neón y vulgares para esta tranquila taberna rústica. El camarero los mira con desconfianza cuando retira los platos, pero a Lila parece que le encantan. Contenta de que el sexo vuelva a ser una broma estúpida entre amigas. Se inclina y bebe un sorbo del pene.

—Ahora es una auténtica despedida de soltera —dice Lila.

Pero Marla les recuerda que Gary compró este vino de Burdeos. Fue a un viñedo premiado para investigar y lo eligió entre otros.

—Me niego a chupar una botella de Burdeos de cincuenta años a través de un pene verde neón —protesta Marla—. Este vino está hecho para ser saboreado.

—Pues chúpalo despacio —dice Nat, y todas se ríen.

—¿Qué pensarías de hombres que beben cerveza de vaginas de plástico? —pregunta Marla.

—¿Podemos no hablar de sexo? —pregunta Lila, mientras toma un gran sorbo del pequeño pene—. Es tan… histórico este lugar. Creo que deberíamos hablar de algo significativo.

—Está bien, ¿cómo qué? —pregunta Su.

—Como el cubismo —dice Lila.

—¿Quieres hablar del cubismo? —pregunta Nat.

—¿Qué es el cubismo? —pregunta Suz.

—Sinceramente, no es tan interesante —reconoce Phoebe.

—Oh bien, por supuesto que Phoebe sabe. Di algo sobre el cubismo —exige la novia.

Todas la miran. Phoebe se ríe un poco. Cubismo a la carta.

—Bueno, fue un movimiento artístico e intelectual de principios del siglo xx —dice Phoebe—. Creían que, si no estás viendo algo desde todos los ángulos, no lo estás viendo del todo. ¿Debería seguir, en serio?

—Dios, no —dice Suz, pero la novia asiente.

De regreso en el hotel, las damas de honor se reúnen en el salón azul para la lectura del tarot de la casa.

—Soy Thyme —dice una mujer sentada detrás de una vela encendida. Luego se vuelve hacia la novia—. ¿Le gustaría a la novia ser la primera?

Lila asiente, y Nat y Suz aplauden.

—Ven conmigo —le indica Thyme.

Fuera del salón, las damas de honor se toman un respiro en el pasillo. Luego, como en el spa, cada una sigue su camino por separado. Suz llama a su marido. Nat se va a su habitación para echarse una siesta. Marla mira a Phoebe y le dice:

—¿Una copa?

En cuanto se sientan, Marla no pierde el tiempo.

—¿Me odias porque tuve una aventura como tu exmarido?

Marla mira a Phoebe como si esperara que la condenara.

Phoebe no asiente ni mueve la cabeza.

—No te odio. No eres mi exmarido. Y sinceramente, ni siquiera lo odio a él.

—Qué alivio.

—Para ser honesta, la única razón por la que te odiaría es que no eres muy amable con Lila.

Marla asiente.

—Es verdad.

—Si te molestaras en conocerla, te darías cuenta de que en realidad es una persona interesante. Y una buena amiga.

—Eso es muy difícil de imaginar.

—La pones nerviosa. Ella es otra persona cuando tú estás cerca.

—Mira, sé que es tu amiga o lo que sea. Pero no tiene que gustarme solo porque se va a casar con mi hermano. Es tan malcriada. Y ridícula.

—Bueno, tú eres mala. Y tienes un romance.

—Ves, me odias por ello. Y no te culpo. Yo misma me odio por eso. Algunos días, no puedo creer que le hice eso a Robert.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Sentí que moriría si no lo hacía.

Veinte años asistiendo juntos a eventos, veinte años en los que su marido la miraba vestida y decía: "No está tan mal".

—¿Así que el juez tenía algo que tu marido no tenía? —pregunta Phoebe.

Pero Marla no lo ve así. Se da cuenta ahora de que en realidad no se trataba de ninguno de los dos.

—Se trataba más bien de lo que yo no tenía —reconoce Marla—. Según nuestro terapeuta, al menos. La aventura es la salida fácil: la fantasía de creer que otra persona puede darte lo que no sabes darte a ti misma.

A Phoebe le parece que esto es cierto respecto de su marido también.

—Creo que mi marido fantaseaba con perder el control —dice Phoebe. Su marido, tan tenso, como su cinturón. Un hombre que solo comía Oreos en privado—. No podía soltarse del todo conmigo, y no sé por qué.

—Pero eso no significa que sea culpa tuya —observa Marla—. Es su culpa. Por no ser capaz de hacerlo. Por no pedir lo que fuera que necesitaba de ti.

—Me empiezo a dar cuenta, supongo —dice Phoebe.

—Estoy aprendiendo a pedirle cumplidos a Robert. Y él dice que no puede, así que el terapeuta sugirió que empezáramos a enviarnos mensajes sexuales. Como una especie de droga de entrada a los cumplidos reales. Y ahora estoy en el proceso de perdonar a Robert y Robert está en el proceso de perdonarme a mí —dice Marla—. Así es como lo describe el terapeuta. Y cuando lleguemos al final del proceso, supongo que podremos volver a tener sexo de verdad.

Le preocupa lo largo que será este proceso.

—Solo llevamos sexteando desde el martes y ya me he quedado sin formas de describir mi vagina —reconoce Marla—. También es muy difícil hacer sexting con una sola mano.

—¿Funciona?

—Poco concluyente. La mayoría de las veces nos decimos groserías entre otras cosas prácticas, como: Chúpame los huevos, puta, y luego: ¿Ha venido el hombre a revisar la pérdida del lavavajillas?

Se ríen.

—Así es el matrimonio —dice Phoebe.

Phoebe recuerda el mensaje fallido que le envió a su marido, lo asustada que estaba, el miedo que tenía. Phoebe siente mucha ternura por esa persona que presionó Enviar.

—¿Te arrepientes? —pregunta Phoebe.

—Me arrepiento de haber herido a Robert —responde Marla—. Me arrepiento de haber mentido. Me arrepiento del hecho de que voy a tener que renunciar a mi trabajo. Pero incluso antes de la aventura, la confianza ya había desaparecido. Nos engañábamos pensando que no era así. Nos habíamos hecho daño de mil maneras a lo largo de los años, pero fingíamos que no. La aventura sacó todo eso a la

superficie. ¡Y ahora míranos! ¡Nos estamos sexteando! ¡Mira! Mi marido me está diciendo que quiere frotarme la vagina mientras hablamos. Levanta el teléfono—. Progreso —dice Marla—. Quizás cuando llegue, podamos tener sexo de verdad. Eso es lo que espero.

PARA CUANDO LE TOCA a Phoebe atenderse con Thyme en el sofá amarillo, la vela está derretida.

—Va a funcionar igual, aunque no esté la vela —dice Thyme. Thyme recoge las cartas.

—¿Tienes alguna pregunta?

—Oh —dice Phoebe—. La verdad es que no he pensado ninguna.

—Podemos enfocarnos en un período, si quieres.

—No —se niega Phoebe. Quiere hacer una pregunta—. Supongo que me he estado preguntando qué hacer.

—¿Sobre qué?

—Sobre cualquier cosa. Como, ¿qué hago a partir de ahora? ¿Qué sigue?

Aún no se ha permitido pensar en lo que pasará cuando acabe la boda. ¿Adónde irá Phoebe?

—De acuerdo —dice Thyme. Saca las cartas—. Oh, vaya. Aparecieron las dos cartas que pensé que aparecerían. Los niños y la carta de la carrera. El diez de oros es una carta que está muy centrada en los pentáculos. No hay otro enfoque. Es una cosa o la otra, parece. Lo que significa que probablemente te has enfrentado a una gran decisión. ¿Te parece correcto?

—Así es.

—La Emperatriz se está yendo, así que para mí eso se lee como que el embarazo se está yendo. Esto es tarot, ¿entiendes?, es tu vida, solo tú lo sabes, pero lo que estoy viendo es que los niños no son algo que vaya a pasarte en este momento.

Phoebe asiente.

—Pero aquí tienes la carta El Ermitaño. Tu carta. Esa eres tú.

—Eso no suena bien.

—Es una buena señal, en realidad. Me alegra mucho verla, porque eso significa que, pase lo que pase, siempre estarás aquí.

Se siente avergonzada por lo rápido que esto la ha conmovido. Ni siquiera se lo cree y, sin embargo, la está afectando. Es como ver películas de terror que sabes que son falsas, pero te tapas los ojos con la manta cada vez que apuñalan a alguien. Se siente tan real.

—Estoy viendo al Ahorcado —dice Thyme—. ¿Tu alma gemela? Está dudando. O tú lo estás. Uno de los dos está retrocediendo. Uno de los dos está preocupado. Parece que han tenido una gran conversación. ¿Se ha decidido algo?

—Sí.

—Sea lo que sea, aquí está el Ocho de Bastos. Eso significa moverse. Viajar. Vas a estar en movimiento. No al estilo *Comer, Rezar, Amar*. No. Lo siento, no irás a la India. No veo a la India en tu futuro. Pero puedes hacer otra cosa. Algo más pequeño. Puedes... comprar una pequeña propiedad. Y esta propiedad, tiene algo que ver con el dinero. Es mucho dinero o hay dinero en ella. No estoy segura.

No es poca cosa oír a esta mujer reimaginar un futuro para ella. No importa si resulta verdadero. No importa si es mentira. No importa que Thyme sea en realidad, como confiesa en algún

momento, una aspirante a escritora que intenta vender ficción histórica sobre la Revolución Americana. Durante mucho tiempo, Phoebe no pudo imaginar otro futuro posible para sí misma, y se maravilla ante la facilidad con la que esta mujer evoca un futuro con una nueva propiedad para ella. Para Thyme, es muy obvio que Phoebe está destinada a la grandeza, y también a mucho dinero, y quizá a un dúplex frente al mar, y en cuanto lo dice, Phoebe quiere que sea verdad. Así es como funcionan estas cosas. Por eso viene la gente.

Thyme gira otra carta.

—¿Y qué es esto? Aquí está tu Rey de Copas —observa Thyme—. Tu gran amor. Las copas son amor. Y el rey, bueno, tiene, no podría ser de otra manera, casi todas las copas. Pero esto es en el futuro. Esto no es ahora mismo. Las copas se mueven hacia ti, pero no están aquí. No te impacientes. ¿Entiendes?

—Sí

Da la vuelta a su última carta.

—¡Y tú! El Ermitaño. Sigues apareciendo. Esto es tan inusual. Estás tan presente en esta lectura. Es como si las cartas me dijeran que, pase lo que pase, estás aquí. Siento no poder ser más específica. Es todo lo que puedo deducir. Tú estás aquí. ¿Tiene algún significado para ti?

Phoebe empieza a llorar entre sus rodillas.

—Sí.

EN EL CAMINO hacia Boom Room, las mujeres comparten lo que Thyme predijo para cada una de ellas.

Suz va a tener siete hijos.

A Marla le irá bien en el comercio electrónico algún día.

—Eso es muy específico —dice Phoebe—. ¿Por qué no el comercio normal?

—No paraba de decir: "¡Comercio electrónico! Te veo casándote con un vendedor electrónico". —dice Marla.

—Mucho más sexys que los vendedores normales —dice Suz.

—Mi mujer y yo vamos a tener un hijo —les cuenta Nat—. Y luego nos iremos a Italia.

—Voy a adquirir una propiedad —anuncia Phoebe.

Pero cuando le toca compartir a Lila, dice:

—Se equivocó mucho.

—Pensé que habías dicho que era buenísima —se sorprende Marla.

—¿Dije eso? —pregunta Lila.

El tono es cortante, demasiado serio. El sonido de un día que está saliendo mal. Quizá ha consumido demasiado alcohol para su cuerpo de talla 4. Quizá sean los tacones sobre tanto adoquín. Phoebe puede sentir cómo se le forman las ampollas.

Pero entonces entran en el Boom Room y Lila dice:

—¡Vamos a bailar!

Nat y Suz pegan un gritito, como si no pasara nada, y empiezan a bailar juntas de una forma que a Phoebe le recuerda a las chicas de su universidad. Phoebe nunca bailó en la universidad. Apenas bailó en su propia boda. Ella y Matt no eran bailarines. Aunque tomaron clases, aprendieron los pasos, lo suficiente para hacer un foxtrot. Pero nunca bailó como estas mujeres, sin pensar, porque han bailado juntas así muchas veces, en sus dormis de la universidad, en

fiestas, con las manos en alto. Se pregunta si así era el secundario para ellas: Lila enfadada y luego no enfadada. Y después, un baile enloquecido.

—¡Vamos! —le dice Lila a Phoebe.

Y entonces Phoebe empieza a bailar. A Phoebe no le queda más remedio que bailar. Trató de zafar, de quedarse al margen, de abandonar este mundo. Pero sigue aquí. Así que entra en el grupo y ellas celebran su llegada, aplauden y giran a su alrededor. Al principio se siente tonta, pero ellas se lo hacen muy fácil. Son generosas con su entusiasmo. Se entregan por completo a Phoebe, la toman de las manos y le chocan las caderas, y cuando termina la canción, Phoebe se siente tan abrumada, tan parte del grupo, que avisa que va a ir al baño. Se mira en el espejo.

Estoy aquí, piensa.

—¡*Shots* de vodka! —exclama Lila cuando vuelve Phoebe.

Pero Marla no lo entiende.

—¿Qué sentido tiene tomar *shots* de vodka a esta edad?

—Creo que el objetivo es emborracharse muy rápido —dice Phoebe.

—Está bien. Pero ¿por qué? ¿No nos hemos emborrachado antes?

—Si no quieres emborracharte muy rápido, entonces no podré explicártelo nunca —dice Nat.

—¡Vamos, Marla! —exige Lila—. Sé mi hermana.

Marla parece extrañamente conmovida.

—Bueno —dice Marla, como diciendo: "Qué carajo, ¿por qué no? Seré una hermana".

Marla toma un *shot*. Luego otro.

—Vamos a emborracharnos muy rápido.

—¡No me puedo creer que me vaya a casar! —grita Lila, y todas vuelven a la pista de baile. Lila se revuelve el pelo, muestra movimientos que aprendió de chica en recitales de la escuela. Vuelve a ser la novia feliz, tan aniñada y emocionada con sus amigas, y da gusto verla.

Pero entonces se acaba la noche y el Uber no puede venir hasta dentro de una hora. Demasiada gente intenta tomar un taxi exactamente a la misma hora. Un hombre en la acera arroja un vaso a la cara de otro, y explota por todas partes.

Caminan a casa. Es un trayecto más largo de lo que dijo Marla. Cuando llegan a su calle, Lila se quita el velo. En el tranquilo espacio de la noche, con el coraje de su borrachera, confiesa que sabe que Thyme tenía razón sobre lo que dijo.

—¿Sobre qué? —pregunta Suz.

—Que no tengo personalidad —dice Lila.

—¿Te dijo eso? —pregunta Nat, como si no hubiera insulto más grave.

—Me dijo: "Querida, eres mil personas diferentes orbitando alrededor de un caño" —cuenta Lila, con acento francés.

—Pero no era francesa —dice Marla.

—¿No somos todos ese caño? —pregunta Suz—. A veces me siento como ese caño.

Phoebe también.

—Aunque a veces ni siquiera estoy segura de que haya un caño.

Se ríen. Lila parece menos angustiada. Aliviada. Pero Nat las mira a todas, con cara de asco.

—En serio, ¿qué les pasa a las mujeres heterosexuales?

—Esto no tiene nada que ver con que seamos heterosexuales —dice Lila.

—Sí, ¿qué tiene que ver con que seamos heterosexuales? —pregunta Suz.

—Me pasé toda la vida tratando de determinar quién soy y qué me gusta para que nadie lo haga por mí —dice Nat—. Es importante para mí. Pero ninguna de ustedes se molesta en hacer ese trabajo. Ni siquiera se molestan en pensar quiénes son y qué les puede gustar.

Nat está enfadada. Parece que hace años que quiere decir esto.

—Bueno, sí, como acabo de decir —dice Lila—. No tengo ni idea de quién mierda soy.

Lila queda aturdida en una especie de silencio por su propia confesión. Nat, también. Nat se echa a reír, como si estuviera encantada de haber dicho por fin lo que siempre había querido decir. Rodea a Lila con el brazo.

—Ya lo sabremos —dice Nat.

Después, el silencio, el sonido de los adoquines y los tacones, todo el camino de vuelta al hotel.

EN EL VESTÍBULO, Lila parece enceguecida por las luces del hotel, a pesar de que se trata de la luz suave de unas velas. Se apoya en Phoebe para mantener el equilibrio.

—Mierda —dice Lila—. Tengo ganas de vomitar.

Lila vomita en la maceta cerca de las escaleras. Mantiene la cara pegada al tronco del olivo. Se ríe. Dice:

—¿Quién ha puesto tierra en esta maceta?

En voz baja, desde detrás del escritorio, Pauline confiesa:

—Yo.

LE TOCA A PHOEBE acompañar a Lila a su habitación. Las otras mujeres parecen agradecidas. Parecen muy cansadas. Listas para irse a la cama. Seis días es demasiado tiempo para cualquier boda.

Pero Phoebe no está cansada de Lila. Phoebe no está cansada de nadie. Phoebe se siente como si acabara de regresar de un lugar muy lejano. Phoebe está *aquí*.

—La llave no funciona —dice Lila.

—¿Gary tiene una llave? —pregunta Phoebe.

—No. Estamos en habitaciones separadas. Su madre todavía piensa que soy virgen, ¿recuerdas?

Pero Lila llama a Gary de todos modos y le deja un mensaje en el teléfono pidiéndole ayuda. Cuando cuelga, Phoebe está a punto de sugerir que bajen a buscar otra llave, pero Lila introduce la llave en la cerradura de Phoebe.

—Ups, traje tu llave por accidente —dice Lila, abriendo la puerta de Phoebe—. Uff. No puedo superar la vista que tiene esta habitación.

—Está muy oscuro.

Lila se sube a la cama de Phoebe. Se apoya en una almohada como si fuera a dormirse, así que Phoebe le quita los zapatos. Hay sangre en el talón de Lila.

—Estoy sangrando otra vez. —La sangre la pone de mal humor—. Nat tiene razón. Nunca pienso en lo que realmente me gustaría.

—¿Qué quieres decir?

—Me preocupo y nada más —dice Lila—. No pienso en lo que quiero, solo me preocupa lo que pueda pasarme y luego pienso en cómo evitar que pasen esas cosas. Y cuando creo que sé lo que quiero, en realidad ni siquiera lo sé, porque lo que quiero es demasiado... raro.

—Pensé que habías dicho que no te gustaban las cosas raras.

—No es ese tipo de rareza —explica—. Es raro-horrible.

—¿Qué es?

—No puedo decirlo.

—Solo dilo —le pide Phoebe.

—Me da demasiado miedo.

—Yo te dije que me quería morir. ¿Qué podría ser más aterrador que eso?

Lila asiente.

—De acuerdo. Muy bien. La última vez que me excité de verdad fue por Jim. ¿No es horrible?

—No necesariamente —dice Phoebe. Le quita los pendientes a Lila. Su banda.

Lila levanta las manos como una niña.

—Anoche hicimos una fogata en la playa después de la recepción —dice Lila—. Y Jim me pareció tan buen mozo toda la noche, Dios mío, Phoebe. Se sentó a mi lado junto al fuego y se tomó una cerveza, y yo lo miraba absorta, y él me atrapó mirándolo. Me dijo: "¿Qué?". Y no sé por qué, pero nos reímos. Nos reímos tanto, Phoebe, que no puedo explicarlo.

»Luego me fui a la cama y tuve un sueño. Yo estaba en una gran casa de playa. Y Jim estaba ahí. Pero no es realmente Jim. Y yo salgo de la cocina para encontrarme con mi tutor, lo que es muy

extraño, pero Jim no me deja salir de la casa. Solo se queda ahí, cerrándome el paso. Me dice: "No. No puedes ir a ver a tu tutor". Y luego me pone contra la isla de la cocina y me levanta la falda y me dice las cosas más groseras... pero son las groserías de Jim las que me excitan. ¿No es horrible?

—No —dice Phoebe.

—Es horrible.

Phoebe le cuenta sus propias fantasías, las de su exmarido diciéndole cosas horribles a ella.

—Pero estabas pensando en tu marido. Yo como que nunca pienso en tener sexo con Gary. Ni siquiera cuando estoy teniendo sexo con Gary. Pienso en Jim.

—Bueno, pensar en Jim no tiene por qué significar nada —dice Phoebe.

—Se siente como si significara algo.

—Podría significar que quieres su aprobación. Tal vez es simbólico. Como, ¿quieres que se haga a un lado, que te dé permiso, por Wendy?

—Dios mío, ahora suenas como mi madre.

—Tendría sentido.

—¿Y si solo... quiero acostarme con él? —pregunta Lila—. A veces lo deseo tanto que no puedo soportarlo.

—Entonces lo deseas.

—¡Pero no puedo desearlo! —exclama Lila—. Soy un cuadro de Vermeer para Gary. Y Gary es tan maravilloso. Sé que lo es. Me trata tan bien. Es tan inteligente. Es tan buen padre. Pero a veces lo odio.

—¿Lo odias? —pregunta Phoebe—. ¿Por qué?

—Porque aquel día, en su consultorio, me puso la mano en el hombro y me dijo: "Todo saldrá bien. Este nuevo tratamiento puede funcionar". Y la forma en que lo dijo me hizo creerle. Realmente le creí. Lo amé por eso. De verdad. Pero después mi padre se murió. Y no estuvo bien. Todavía no está bien. Quiero decir, ¿cómo pudo Gary dejar morir a mi padre?

Pensar en su padre la hace sollozar y Phoebe la abraza. Su cuerpo es frágil, más delgado de lo que parece.

—Y nunca hablamos de eso. Nunca hablamos de nada. Siempre fingimos que todo está bien —dice—. Como lo estaba al principio. Pero no es así. Porque a veces no soporto que me toque.

Lila explica que es por eso que ella siempre se asegura de que estén ocupados haciendo cosas increíbles.

—Pero entonces estamos en el Louvre, y me aburría. Me aburría en España. Me aburría en Florencia. Me quedé pensando: Guau, Lila, estás en Italia con tu prometido. Mira todos esos edificios. Mira esas pinturas. Esta antigua iglesia. ¡El empedrado! Y Gary estaba tan fascinado, no dejaba de pensar: Imagina a los constructores poniendo cada una de estas piedras aquí a mano. Pero todo el tiempo, yo estaba honestamente como, no me importa. Quiero decir, ¿cómo a alguien pueden interesarle las piedras?

Se limpia la nariz.

—En fin. Así me siento a veces estando con Gary.

—¿Es como tratar de interesarse en las piedras?

—Es como ya no tener nada de qué hablar, así que hablas de piedras. Y a mí nunca se me han dado bien esas cosas. Mi madre tiene razón. Nunca he tenido imaginación. Estoy prácticamente

muerta por dentro. A veces, siento que no tengo nada real que decir nunca.

Phoebe niega con la cabeza.

—No —dice Phoebe—. Eso no es verdad. Ni siquiera es lo que realmente piensa tu madre.

—¿No?

—No. Y yo tampoco pienso eso.

Phoebe se ha sentado con muchos estudiantes que le han confesado cosas parecidas. Alumnos que no se describían a sí mismos como "lectores", alumnos que se encogían de hombros y decían: "Lo siento, las historias sobre mujeres no son lo mío", pero un día, se les hacía el clic. Un día, estaban sentados con ella hablando de lo estúpido que era Rochester.

—Lleva tiempo. Gary es doce años mayor que tú. Ha tenido mucho más tiempo para… cultivar su interés por las piedras.

—Pero a ti te interesan las piedras.

—Yo también soy doce años mayor que tú.

—Entonces quizás tú deberías estar con Gary.

—¿Por qué dices eso? —pregunta Phoebe, pero Lila no contesta. Entonces Phoebe la mira. Como un soldado, Phoebe recuerda su primera responsabilidad ante la novia. Ser siempre sincera. Decir lo que nadie más dirá en esta boda.

—¿Quieres casarte con Gary?

—No quiero no casarme con Gary. No quiero estar sola.

—Puedes estar casada y estar muy sola. Más sola que cuando estás, bueno, sola. Créeme.

Lila no dice nada, pero la mira a Phoebe, y espera que continúe.

—Tu marido no te va a cuidar como tú crees que te cuidará —afirma Phoebe—. Nadie puede cuidarte como tú necesitas cuidarte. Es tu tarea cuidarte así.

—¿Lo has leído en una almohada o algo así? —pregunta Lila, luego toma una almohada y se la pone sobre la cara, como si supiera que ha confesado demasiado, incluso ante Phoebe. Porque decir las cosas en voz alta es el primer paso para que se conviertan en realidad.

—Es un poco largo para una almohada.

—Esta almohada es tan de coco. Ufff. No sé ni lo que estoy diciendo. No sé por qué a veces es tan difícil ser una persona. No debería ser tan difícil. No tiene sentido.

Esperan en silencio un momento. Y entonces, desde debajo de la almohada, una voz:

—¿Y si no quiero casarme con Gary?

Phoebe se cuida de no decir nada, porque Phoebe está confundida. En la víspera de su propia noche de bodas, Phoebe no tenía dudas. Quería casarse con Matt, en cuerpo y alma. Por eso está confundida. Ella no sabe lo que se supone que debes sentir. No sabe qué garantiza un matrimonio feliz. No sabe si la ambivalencia de Lila hacia Gary significa que están condenados o si la ambivalencia significa que hay espacio para crecer, espacio para estar seguros con el paso de los años.

Pero esto está claro:

—No quiero casarme con Gary —vuelve a decir Lila.

Phoebe le quita la almohada de la cara, y esto le parece a Lila tan gracioso que se empieza a reír como loca. Cuando la ve reírse,

Phoebe se imagina cómo era Lila de pequeña, cuando aún se llamaba Delilah y dormía en la cama de su madre.

—Dios mío —dice Lila. Se levanta de la cama. Lo grita—. ¡Phoebe! ¡No quiero casarme con Gary!

—Bueno —dice Phoebe, y vuelve a bajarla—. Pero no lo grites.

—Pero necesito decírselo. Necesito que todos lo sepan.

—Por la mañana.

Tal vez sea la idea de la mañana o la imagen del velo en el espejo, pero deja de sonreír.

—Ufff. Esto no está bien —se lamenta Lila—. Se va a sentir tan mal. Todo el mundo se va a sentir mal. ¿Qué voy a hacer?

—Ahora nada. Mañana nos despertaremos y se lo diremos a todos, juntas.

—¿Me acompañarás?

—Por supuesto. Pero por ahora duerme un poco.

—Me alegro mucho de que estés aquí.

—Yo también.

—Y no te preocupes —dice Lila—. Yo no ronco.

LILA SÍ RONCA.

Ronca tan fuerte que Phoebe no puede dormir en la habitación. Le recuerda demasiado a cómo era dormir junto a su marido, las fuertes vibraciones que invadían toda la habitación. Phoebe se desnuda en un rincón oscuro y luego se envuelve en la bata mullida.

Revuelve el bolso de Lila hasta que encuentra la llave de la otra habitación y entra en la suite nupcial, que no es muy nupcial. Se llama Coronel. Hay cortinas de flores rojas brillantes y estampados

de flores rojas por todas partes. Una alfombra blanca. Una vista de la costa arruinada por un asta gigante que la corta por la mitad. Y una foto de un hombre muerto en la pared que ella supone que es el coronel.

Le sorprende lo desordenada que es Lila. Pensaba que Lila era en extremo organizada. Pero su ropa interior está por todas partes. Su vida, esparcida por toda la habitación.

Phoebe empieza a recoger algunos de los vestidos de Lila, para que la mañana no parezca tan abrumadora. Ya será bastante abrumador tener que cancelar esta boda gigante. Tener que decirles a todos la verdad. Al menos puede despertarse con el suelo despejado.

Pero entonces se sobresalta al oír que llaman a la puerta. La abre.

—Oh —se sorprende Gary—. Tú no eres Lila.

Phoebe se aprieta el cinturón de la bata.

—Lila se quedó dormida en mi cama —dice Phoebe—. No preguntes. Tuvimos una noche larga.

—Nosotros también tuvimos una noche larga.

Gary se sienta en la butaca con estampado de flores. Phoebe tiene un terrible presentimiento, la misma sensación que tuvo cuando miró a su gato en esas últimas semanas antes de que muriera. Qué horrible, piensa Phoebe, no saber la verdad sobre tu propia vida.

—¿Fue buena, al menos? —pregunta Phoebe.

—Fue una noche rara —dice Gary—. Digamos que ya no soy el novio de veintiocho años que recuerda Jim. Y ahora estoy... borracho.

Phoebe no le dirá a Gary lo que confesó Lila, por supuesto. Nunca lo haría. Pero no decírselo la pone nerviosa. No le gusta la sensación

de ser deshonesta con Gary.

—¿Por qué fue tan raro? —pregunta Phoebe.

—Me organizó exactamente la misma despedida de soltero. Nos llevó al mismo salón de fumadores. Al mismo campo de golf. Me compró la misma botella de whisky. Sinceramente, no sé si es porque estaba tan borracho en la última que no se acordaba de lo que habíamos hecho. O si solo está... tratando de molestarme.

—¿Por qué querría hacer eso?

—No lo sé. No puedo quitarme la sensación de que está enfadado conmigo.

—¿Por qué?

—Por seguir adelante con mi vida. Por olvidar a su hermana.

—Pero no has olvidado a su hermana.

—Pero creo que Jim piensa eso.

Desde el diagnóstico de Wendy, Jim fue su mejor amigo. Los acompañó mucho a todos. Hizo de todo. Cocinaba, limpiaba. Lloró con Gary en la tumba de Wendy, y eran hermanos en ese sentido. Después, fueron a Montana y cagaron codo con codo en el bosque, luego se rieron como locos con Juice hasta bien entrada la noche. Pero cuando se comprometió con Lila, las cosas cambiaron.

—Puedo volver a casarme. Pero él no obtiene una hermana nueva. Nadie puede mejorar eso. Y no puedo explicarlo más que diciendo que a veces siento que lo estoy traicionando.

—Dudo que piense eso.

—Prometí cuidar de su hermana por el resto de su vida.

—Y… lo hiciste.

—Pero se suponía que su vida iba a ser más larga —dice—. Soy un puto médico.

—Pero era cáncer de pulmón. Ni siquiera es tu campo. ¿Especialidad? ¿Cómo le dicen los médicos?

—Especialidad.

Pero está demasiado inmerso en la emoción como para bromear.

—Ella se quejaba de una tos, sabes. Y yo no paraba de decirle que fuera al médico, que fuera más cuidadosa cuando limpiaba sus pinturas. Yo sabía desde la escuela de arte que tenía que tener más cuidado con esas cosas. Pero no quería regañarla. Odiaba que le dijeran lo que tenía que hacer, sobre todo yo.

—No es por eso que tuvo cáncer —explica Phoebe. Tal vez sea el cansancio, o tal vez este tipo de pensamiento le resulta demasiado cercano, pero se irrita—. Si eso fuera cierto, todos los pintores estarían muertos a los treinta y cinco. En realidad, es ridículo pensar que algo de esto es culpa tuya.

—No es ridículo. Le doy consejos médicos a la gente todo el tiempo.

—¡Dios, somos todos tan ridículos! ¿Por qué todos pensamos que todo es culpa nuestra todo el tiempo?

—Debe ser algo evolutivo.

—Nos ayuda a sobrevivir de alguna manera —dice Phoebe—. Aunque nos destruya.

—Sí.

A Phoebe le duele. Gary está perdido. Atascado entre su primer matrimonio y el segundo.

—¿Cómo era ella? —pregunta Phoebe—. Wendy.

—Era un torbellino de persona —comienza a contar—. Nos conocimos en la universidad. Ella estudiaba arte y yo medicina. Solía pasar por los estudios abiertos cuando volvía del hospital. Fue la

primera vez que la vi, delante de un cuadro completamente rojo, y fue como si supiera que yo no lo entendía. "Tiene treinta tonos de rojo", me dijo, y yo seguía sin verlo. No hasta que empezó a señalármelos. Y eso me encantaba de ella. Siempre podía ver cosas que yo no veía. En serio, todo lo que yo veía era una mancha gigante de color rojo. Pero luego, unos días más tarde, vi todos estos colores diferentes. Y fue increíble.

—Creo que esa es la mejor descripción del proceso de enamorarse que he oído en mi vida —dice Phoebe.

Vivían en Tiverton, en una vieja y hermosa granja que aparecía en una pequeña revista sobre Tiverton. Tenían buenos amigos, poetas, escritores, artistas, actores, granjeros que venían a tomar cervezas al patio trasero. Juice iba a una escuela privada de la ciudad donde se relacionaba con otros niños a los que les parecía divertido ver cómo las orugas construían capullos.

—Nos divertíamos mucho. Una vez nos quedamos despiertos y vimos las tres películas de *El Padrino* en una noche. Inventábamos bebidas temáticas para, por ejemplo, el Día de los Presidentes. Y era perfecto. Realmente lo era. Pero la vida es extraña, siempre pensando que esta cosa te va a hacer feliz, porque entonces la consigues, y entonces quizás no eres tan feliz como imaginabas que serías, porque cada día sigue siendo simplemente cada día. La felicidad se hace tan grande que no tienes más remedio que vivir dentro de ella, hasta que ya no puedes verla ni sentirla. Y entonces empiezas a fijarte en otra cosa: quieres un hijo, y entonces el hijo está aquí, y esa felicidad es tan grande que empieza a parecerte nada. Como el aire que te rodea.

Hasta que se va, por supuesto. Hasta que entierras a tu mujer o te divorcias de tu marido, ¿y entonces qué? ¿Qué se hace? ¿Empiezas de nuevo? ¿Te obsesionas con lo nuevo que estás seguro que te hará feliz? ¿Cuántas veces hace esto una persona a lo largo de su vida? ¿La vida es eso?

—Teníamos toda una vida. Y toda esa vida... se ha ido. Parece absurdo que se suponga que debo superarlo.

—No sé si debes —dice Phoebe.

—Pero tengo que hacerlo. No puedo seguir así.

—¿Así cómo?

—Después de la muerte de mi mujer llegó la tranquilidad —dice—. Se desarrolló una rutina normal que no era realmente vida, pero que se parecía mucho a la vida. Podía pasar el día si me concentraba en tareas insignificantes. Nada me gustaba más que pelar papas para la cena. Juro que podía sentirme bien mientras pelaba papas. Pero entonces me preguntaste en el jacuzzi cuándo empecé a sentirme mejor, y es algo difícil de responder, porque en realidad no estoy seguro de si me siento mejor. Creo que he estado atrapado en ese lugar neutral desde entonces. Donde todo está... bien.

Dice que estar aquí es más raro de lo que esperaba.

—Todo el mundo me mira y me dice: "Enhorabuena, debes de estar muy contento".

—¿Por qué es tan raro?

—Ya no estoy seguro de que yo vuelva a ser feliz alguna vez. Desde que murió Wendy, ya no pienso en lo que me hace feliz. Es como que en algún momento hubiera decidido que nunca podré volver a ser feliz, así que debería limitarme a pensar en lo que hará felices a los demás.

Ella asiente. Mira los fuegos artificiales.

—Esa es realmente la razón por la que fui a la galería de arte de Lila ese día —admite Gary—. Porque Jim tenía muchas ganas de ir. Le dije que no, que estaba demasiado deprimido. Era mi aniversario de bodas. Pero Jim insistió y yo quise darle el gusto. Después de todo lo que hizo por nosotros. No entendía por qué Jim quería ir a una galería de arte. Creo que pensó que me estaba haciendo feliz a mí, dándome algo que hacer en un día triste. Pero no importa. Fuimos.

Recorrió la galería de la madre de Lila, molesto con Jim, molesto consigo mismo. Conocía los gestos, asentir con la cabeza, mirar profundamente los colores para asimilar cada uno de ellos. Pero no podía sentirlo, no podía sentir nada, y no sabía si eso significaba que algo andaba mal con él o con las pinturas. Siempre era Wendy la crítica de arte, la que los consideraba buenos o malos, mientras que Gary siempre se guiaba por el precio. Si el cuadro se vendía por cien mil dólares, debía de ser bueno.

—Pero el cuadro de Patricia no tenía precio. Me pareció una oportunidad, una prueba. Me quedé mirándolo mucho tiempo, pensando: ¿Es un buen cuadro? ¿O es malo?

Se había sentido culpable cuando Lila se acercó y empezó a hablar como si esperara que se llevara el cuadro a casa. Empezó a decirle dónde podía colgarlo, cuando ni siquiera se le había ocurrido comprarlo.

—Y entonces Lila entra en mi consultorio unos días después. Me habían pedido una segunda opinión. Fue una coincidencia enorme, como si nos hubiéramos encontrado por una razón. Lila tenía tantas esperanzas, que me las contagió.

La esperanza es algo poderoso. Miró las fotos de la colonoscopia, y vio la masa, pero todo parecía potencialmente solucionable para él.

—Sé que salvo vidas, pero también arruino la vida de la gente. Digo unas palabras y veo cómo una persona pasa de ser una cosa a otra totalmente distinta. No lo entendí hasta que un médico nos lo hizo a Wendy y a mí —dice—. Así que sugerí una ronda más de quimio. Sugerí que podría funcionar. O al menos podría alargar su vida durante años. Y se alegraron mucho. Me encantó esa sensación. Me sentí eufórico. Quería más de eso. Quería hacerla feliz de nuevo. Así que volví a la galería y compré el cuadro. Al menos, lo intenté. Pero ella insistió en que me lo llevara gratis. Un regalo por cuidar de su padre.

Le gustó llevarse el cuadro a casa. Ponerlo en el cuarto de baño, como le había sugerido Lila. Era lo primero que hacía desde la muerte de su mujer. Un pequeño paso de regreso al mundo, un gesto agradable, una lucha contra la entropía, algo que podía hacer para ser humano con otro humano. Pero sobre todo fue la decisión de decir: "No sé si esto es bueno o malo, pero creo que este cuadro tiene sentido".

—Porque ese es el objetivo del arte, ¿no? —pregunta Gary—. Los artistas observan el mundo y ven oportunidades para crear significado. Wendy siempre miraba su propio sufrimiento e intentaba ver algo en él. Incluso al final, cuando se estaba muriendo. Y creo que por eso siempre he sentido envidia de los artistas. Todos los días miro un colon y veo... muerte o mierda —dice Gary—. Confiaba en que Wendy viera otras cosas más bellas para mí.

Se echa hacia atrás.

—Sinceramente, me alegra oírte hablar así del arte. La verdad es que he estado un poco deprimida con el arte.

Ella le cuenta que últimamente le preocupa que siempre lee libros solo por las sensaciones que le producen al final, y no está segura de en qué se diferencia esto de leer porno.

—¿No fuiste tú la que me dijo que te impresionaba esa gente? —pregunta Gary—. ¿Esa gente que lee cuatrocientas páginas solo para tener un orgasmo?

—Ah, ¿quieres decir como tú? —pregunta ella, y él sonríe.

—Bueno, me parece increíble. Todo lo que hacemos solo para sentir algo. No creo que haya nada más humano que eso.

Phoebe está de acuerdo. Siente tanta ternura por él, pero no sabe cómo decírselo, así que dice:

—Extrañaba hablar así.

Le encantan las conversaciones profundas y sinuosas que suben y bajan, sobre todo en lo profundo de la noche, cuando todo el mundo debería estar durmiendo. Ha olvidado la forma en que las conversaciones, las realmente buenas, pueden cambiarla, darle forma como a un árbol. A veces la dejan desnuda, a veces la dejan más plena.

—Yo también he echado de menos hablar así. Es muy fácil decirte las cosas, ¿sabes? ¿Produces este efecto en todo el mundo?

—Históricamente, no —dice—. Soy conocida por hacer que la gente se sienta más incómoda de lo que estaba antes de empezar a hablar conmigo.

—No me lo puedo imaginar. Siento que podría decirte cualquier cosa.

La sinceridad de su comentario la atraviesa y apenas puede soportarlo.

—Estás borracho.

—No es solo eso —dice, y parece dolido.

Debería levantarse. Volver a su habitación. Pero entonces recuerda a Lila de pie en su cama, gritando: "No quiero casarme con Gary". Ella piensa: Esta boda ha terminado. Este hombre merece escuchar algo verdadero.

—Lo sé. Yo también lo siento.

Se rasca la barba, algo que hace, se da cuenta ella, cuando se pone un poco nervioso. Cuando se suspenda la boda, piensa, Gary no tendrá que afeitársela. Es la primera vez que Phoebe se permite fantasear con la cancelación de la boda. De un futuro en el que pueda tocarle la cara.

En alguna otra versión de esta historia, lo haría. Y se besarían. Y se despertarían y se sentirían fatal por la mañana. Pero Phoebe tiene criterio, no lo hará. Phoebe ha tenido demasiadas mañanas horribles para toda una vida. Así que Phoebe se queda admirando su cara, incluso las canas de los bordes. Sobre todo las canas. No entendía que esto es lo que pasa cuando te haces mayor: que lo mismo que le repugnaba cuando era joven es exactamente lo mismo que la atrae ahora.

Hay algo increíblemente sexy para Phoebe en las canas de Gary, en su agotamiento, en su genuina confusión ante la vida, y ni siquiera está segura de entender por qué. Se siente atraída por el agotamiento de una vida vivida, por el hombre que ha amado profundamente y luego ha sufrido una pérdida repentina y sigue adelante. Un hombre que ha enterrado a su mujer y se ha alejado y

se ha despertado para pelar papas para la cena. Un hombre que ha vivido lo suficiente como para apreciar las piedras bajo sus pies.

—¿Cuándo te dijo Lila que era un cuadro de su madre desnuda? —pregunta Phoebe.

Es bueno verlo reír.

—A los tres meses —dice—. Durante tres meses me duché junto a mi futura suegra desnuda.

Le toma la mano y se la aprieta. Gary parece sorprendido por el contacto, pero no confundido. Más o menos como cuando ella se puso delante de él en el jacuzzi y le dijo que quería follar. Como si él también quisiera, pero no se atreviera a admitirlo.

—Debería volver a mi habitación.

—Buenas noches.

Gary se va y Phoebe se mete en la cama de Lila. Esta vez no fantasea con su marido, ni con Mia, ni con las chicas de la tienda de vinos de Joe. Solo piensa en Gary, en lo cálida que sentía su mano, en que durante todo el tiempo que la sostuvo, él no apartó la mirada.

VIERNES



Las familias se mezclan

—Has hecho orden —dice Lila, de pie junto a Phoebe a la mañana siguiente—. Haré lo posible por no tomármelo como un insulto.

Phoebe se incorpora. Ve los vestidos de Lila, pulcramente colgados en un rincón de la habitación, y de pronto recuerda lo de anoche. El orden. El llanto. La mano de Gary. Lila, saltando sobre su cama, gritando que ya no quería casarse con Gary. Pero esta mañana, Lila parece como siempre que irrumpe en una habitación.

—¿No viste ningún antitérmico durante tu limpieza? —pregunta Lila.

—¿Entiendo que no te sientes bien?

—Eso es quedarse corta. Esta podría ser la peor resaca que he tenido en toda mi vida. Peor que el vino de la iglesia.

Phoebe espera que Lila diga algo más, que hable de sus confesiones de anoche. Pero alguien llama a la puerta.

—Habíamos quedado a las nueve en el vestíbulo para hacer surf —dice Juice, de pie en medio del marco de la puerta sin más ropa que un bañador y una toalla.

—Claro —dice Lila—. Surf.

Lila cierra los ojos como si ya estuviera cansada.

—Llegamos tarde —dice Juice—. Papá ya está abajo, en el coche.

—Dame unos minutos para volver a ser un ser humano de verdad y nos vemos —dice.

—Tú también vienes, ¿verdad, Phoebe? —pregunta Juice.

Phoebe siente el impulso de ir con ellos. Pero también sabe que necesita darles tiempo a solas. Hay cosas que necesitan resolver.

—No, no sé hacer surf —confiesa Phoebe.

—¡Nadie sabe! —exclama Juice—. Nos van a enseñar. Es una clase.

—Voy a perdérmelo esta vez, querida —dice Phoebe.

Cuando Juice se va, Lila evita la mirada de Phoebe. Phoebe espera, pero Lila abre un frasco de antitérmico.

—¿Cómo sabe el medicamento dónde está el dolor de cabeza? —pregunta Lila—. Nunca lo he entendido.

—Creo que reduce el dolor en todo el cuerpo. Incluida la cabeza.

Lila abre la ducha.

—¿Te vas a duchar antes de surfear? —pregunta Phoebe.

—No, no, hoy no habrá ningún surf.

—Acabas de decirle a Juice que vas a ir.

—No sé hacer surf, y nunca me va a salir, así que no me someteré al circo de intentarlo.

—¿Por qué planeaste una mañana de surf como parte de tu boda entonces?

—Porque fue lo único que pidió Juice. Y supongo que pensé que para cuando llegara la semana de mi boda, yo sería el tipo de persona que querría ir a hacer surf.

El maquillaje de anoche se empasta debajo de los ojos de Lila.

—Realmente me gustaría ser una persona a la que le gustara hacer surf, pero por desgracia, me he despertado para recordar que

no soy esa persona.

Lila nunca querrá hacer surf, por las mismas razones por las que nunca quiso hacer deporte y está dispuesta a admitirlo. Se envuelve el pelo en una toalla y menciona a su tío, que llega hoy de Santa Fe, y un tratamiento facial a mediodía. Pero lo dice sin entusiasmo. Parece oficialmente cansada de su propia boda.

—No tengo ni idea de por qué he planeado todas estas actividades —dice Lila—. ¿Puedes ir a surfear en mi lugar? Es una clase para tres personas.

Pero Phoebe no está dispuesta a rendirse todavía.

—¿Qué se supone que debo decirles cuando no te vean?

—Diles que tengo el estómago revuelto, lo cual no es mentira, por cierto, y que los veré más tarde cuando las familias se mezclen.

Lo dice como si fuera un acontecimiento cultural, luego se sienta en la cama y enciende el televisor.

—¿No vas a la ducha? —pregunta Phoebe.

—Siempre tengo la tele prendida mientras me ducho.

Lila pone Food Network y sube el volumen para oír a Giada hablar de bruschettas mientras se baña.

—¿En serio no vamos a hablar de anoche? —pregunta Phoebe.

—En realidad, tengo una pregunta sobre anoche —dice Lila—. ¿Comimos repollo?

—Sí —responde Phoebe.

—Puaj —dice Lila—. No puedo creer que mi dama de honor me deje comer repollo dos días antes de mi boda. La col me destroza.

—Así que la boda sigue su curso.

—Por supuesto que sí —confirma Lila.

Tal vez ahora es cuando Phoebe debería decir: En realidad, no puedo ir a surfear. En realidad, no debería involucrarme en esta boda más de lo que ya lo he hecho. En realidad, solo vine aquí a suicidarme, y el surf es más o menos lo opuesto a suicidarme. El surf es una actividad que pertenece a otras personas. Hay todo un conjunto de cosas como ésta que viven en una caja en su mente, cosas como bailar música tecno y hacer rafting en el Gran Cañón, cosas que ella decidió que eran para la gente de California. Gente como Ryun. Gente como su madre antes de que se muriera.

Pero vino hasta aquí para ver el océano.

—De acuerdo —dice Phoebe—. Como quieras.

Lila se quita la bata. Se mete en la ducha. Giada tuesta el pan. Phoebe se levanta para irse.

—Ah, ya que vas a salir, tráeme un medicamento para los gases —grita Lila, y la compasión que sintió Phoebe la noche anterior se desvanece. Esta niña mimada, gritando órdenes desde el interior de su ducha de mármol. Ni siquiera un gracias.

EN LA PLAYA, les entregan trajes de neopreno que parecen ser la mitad del tamaño de sus cuerpos. Phoebe y Gary se miran con desconfianza.

—¿Y se supone que estos son para nosotros? —pregunta Gary.

—Claro que sí —dice Aspen, la instructora.

Pero Phoebe no puede subirse el traje más allá de los muslos. El de Gary se atasca en la pantorrilla.

—Esto es ridículo —se ríe Gary, tirando de la tela—. ¿Se supone que tengo que meterme hasta el fondo en esta cosa?

Salta sobre un pie mientras intenta subirlo por encima de la pantorrilla y luego se inclina como un rascacielos rígido.

—Mierda. —Se ríe cuando cae al suelo.

A Phoebe le gusta su sonora carcajada. También le gusta cuando maldice. Hace que sea más fácil creer que una vez fue un adolescente. Que no nació siendo padre. O prometido. Solo es Gary, tratando de ponerse unos pantalones.

—¿Estás bien? —pregunta Phoebe.

—Nadie te cuenta esta parte, ¿no? —dice Gary.

—No —responde Phoebe—. En todas las películas de surf, siempre cortan todos los montajes de surfistas intentando ponerse el traje de neopreno.

—Esa es la película de surf que haré algún día —dice Gary—. Solo gente extremadamente sexy atascándose con una pierna en el traje y luego cayéndose.

—Me gustaría señalar que acabas de llamarte sexy.

—Espero que puedas disculparme sabiendo que lo hice solo para continuar una broma.

—Y valoramos tu sacrificio.

Baja la mirada hacia el traje adherido a sus pantorrillas. Se pregunta de dónde habrá sacado esas pantorrillas. ¿De su padre? ¿Fútbol en el colegio? ¿Gimnasio después del trabajo durante veinte años? No parecía el tipo, pero ella ya ha vivido lo suficiente como para saber que es una tontería sorprenderse por las aficiones secretas de la gente.

—Bueno, es una escena muy dramática, lo reconozco —dice Phoebe—. ¿Se podrá hacer? ¿O se quedarán atrapados allí, para siempre, en la arena?

—Eso parece. Quiero decir, no hay una puta manera de ponérselo.

Juice se acerca, ya con su traje de neopreno. Una profesional.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—No puedo pasármelo por las pantorrillas, cariño —dice Gary.

—No puedo pasármelo por los muslos —dice Phoebe.

—Ayúdanos —pide Gary.

—Puaj —se asquea Juice, y los mira a los dos—. Esto es raro.

Juice se aleja para practicar de pie sobre su tabla de surf. Phoebe se sube el traje, desliza los brazos por los agujeros y lo celebra, mientras Gary queda derrotado.

—Bueno —dice Phoebe—. Es básicamente como llevar leggings.

—Yo no uso leggings.

—Solo tienes que ir moviendo la prenda mientras la subes.

Phoebe se arrodilla hasta los tobillos de Gary. Va tirando de la tela, o como se llame, con cuidado.

—Creo que me acabas de arrancar algunos pelos.

—El surf es dolor, Gary.

—El surf en sí ya es demasiado difícil.

Logra pasar por sobre el montículo de la pantorrilla.

—Hurra —dice Gary, subiendo el resto con facilidad—. Ahora soy una persona en traje de neopreno.

Phoebe le sube la cremallera por detrás y ajusta los cierres de Velcro. El gesto es íntimo, como poner un collar en el cuello de tu mujer. Es tan encantador, piensa Phoebe. Es tan bueno, ahí de pie, preparándose para surfear con su hija, aunque tenga resaca y la espalda hecha mierda. Mira a Phoebe como si ella fuera buena por la misma razón. Quizá sean un equipo. Ella le choca los cinco como si

hubieran cumplido la gran misión del día. Es un gesto amistoso y esteriliza el contacto entre ellos.

—Listos para salir —dice Aspen, mientras se unta crema solar en la cara. Anuncia que tiene algo de arena—. ¡Exfoliante!

Luego hace unos estiramientos y anuncia:

—Bueno, a buscar las tablas.

Les enseña a tumbarse sobre ella, con el vientre pegado a la tabla y las piernas centradas para que no pierdan el equilibrio.

—El equilibrio es todo —dice Aspen.

El movimiento es como el yoga, piensa Phoebe. De repente, se alegra de todo el yoga que intentó hacer por Zoom durante la pandemia. Se da cuenta de que, después de todo, no fue una pérdida de tiempo si le permitió estar presente en este momento. Y quizá sea eso: haces las cosas en el momento por la persona que esperas ser dentro de dos años. No te suicidas cuando estás triste porque un día puede que no lo estés y quieras ir a hacer surf con un hombre que te gusta de verdad.

Phoebe se empuja con las manos desde la tabla en plancha y luego salta con los pies en posición. Gary la mira con asombro.

—Muy bien —la felicita Aspen.

Entran en el océano. A Phoebe le gusta el frío del agua en sus tobillos. Phoebe mete un dedo y la prueba. Siempre ha sido curiosa.

—Es realmente salada —dice.

—Es lo que la ha hecho famosa —dice Gary.

Las olas son pequeñas y Phoebe lo agradece. Aspen prepara primero a Juice, la empuja cuando viene una ola, y enseguida se pone de pie en la tabla. Gary y Phoebe lo festejan, aunque Juice probablemente no puede oírlos. Le encanta festejar el logro de

Juice. En cierto modo, el festejo es para los padres. Es lindo festejar a la niña por hacer algo que ha querido hacer apasionadamente desde que… Lila y Gary se comprometieron. Hasta Aspen sonríe.

—¿A quién le toca ahora? —pregunta Aspen.

—Las damas primero —dice Gary.

Phoebe se sube a la tabla con delicadeza y siente que Aspen la toma por detrás.

—¡Bueno, a remar! —grita Aspen, cuando llega la ola.

Pero Phoebe no entiende qué quiere decir Aspen cuando le grita "A remar". ¿Usa los dos brazos a la vez como si fueran largos remos? ¿O es más como nadar? ¿Usa solo las manos? Aspen no lo explicó. Durante un minuto, Phoebe se siente tonta remando, como una ballena varada, pero entonces llega la ola y ve cómo el agua se desliza sobre la tabla, sobre sus manos, y se empuja hacia arriba como lo hizo sobre la arena. Salta y ahí está, de pie sobre el agua. No se lo puede creer.

—¡Dios mío! —le grita a nadie, a sí misma, a Gary y a Juice. Está en equilibrio. Firme. Pero de repente se cae al agua.

Hacía tanto tiempo que no se caía así... Nunca, en realidad, se había caído así. Una caída total y completa, sin ninguna forma de agarrarse. Enroscada en el rizo de la ola. Y le encanta todo, el agua fría en la cara, el océano en sus oídos. Es la vida. Está en su nariz y en sus oídos y quiere tragársela todo.

Pero está muy salada. Se levanta y escupe el agua.

—¡Lo hiciste! —se alegra Juice.

—¡Sí! —exclama Phoebe.

Observan a Gary mientras intenta ponerse de pie sobre la tabla, y Phoebe puede sentir cómo Juice anima en silencio a su padre.

Phoebe también lo anima, en voz alta, y ¿es esto lo que se siente al formar parte de una familia de verdad? Gary se queda a medio camino, pierde el equilibrio inmediatamente y desaparece en el agua. Emerge a corta distancia, riendo.

—¿Qué tal el paseo? —le pregunta Gary a su hija.

—Increíble —dice Juice.

—Creo que tu hija acaba de adquirir un nuevo hobby muy caro —observa Phoebe, y Gary se ríe. Observan a Juice, que ya está volviendo a donde está Aspen, más allá de donde rompen las olas.

—Necesitaría un cuerpo totalmente distinto para ser bueno en esto.

Pero siguen intentándolo. Es divertido intentarlo. Es divertido cuando el objetivo es surfear y no sentirse más feliz. Durante el resto de la hora, se turnan con Aspen y ella los prepara para las olas.

Las olas crecen a medida que pasa la hora. Mientras espera su turno, Phoebe nada un poco más hondo para que no la derriben las olas. Le gusta. Le gusta el drama. El verde grisáceo del agua cuando no está iluminada por el sol. Cada vez que se forma una ola, Phoebe siente que la invade el miedo, sumerge la cabeza como le ha indicado Juice y se eleva con el agua. Siente lo fácil que sería dejarse llevar mar adentro, pero se resiste. Nada de vuelta a donde está Aspen. Da otro paseo, y luego otro, y luego otro. Cada vez que cae, se siente abrumada por la espuma blanca, la arena en sus oídos. Pero emerge.

Al final de la hora, todos están agotados. Phoebe está demasiado cansada para quitarse el traje de neopreno y, cuando se le atasca en el talón, esta vez es ella la que se cae. Se ríe cuando llega al suelo.

Se siente como una niña extenuada jugando en la arena. Siente que podría reír histéricamente o llorar de alegría. Quiere quedarse en la arena para siempre, con Juice tirando del traje, intentando quitárselo. Cada vez que Juice tira, las dos se ríen más fuerte.

Al final, Phoebe se lo quita. Se siente desnuda sin él. Gary les da toallas. Extiende una manta. Los tres se duermen así, la brisa fresca los seca.

—Me encantó —dice Juice cuando se despiertan.

A Phoebe también. Todavía le encanta. Pase lo que pase, le encantará para siempre.

—Hagámoslo mañana otra vez —pide Juice.

—Nunca —dice Gary, y sonríe.

Después, van a Lo de Flo y comen tiras de almejas fritas. Gary y Phoebe piden vasos grandes de agua. Brindan por el día. Se sientan junto a una pareja de ancianos con vellones que hacen juego y a Phoebe le gusta que pidan la misma bebida, pero uno con un giro y otro extra sucio. Lo dicen como si estuvieran orgullosos de las pequeñas diferencias que quedan entre ellos.

—Tengo que hacer pis —anuncia Juice.

—No tienes que decirnos exactamente lo que vas a hacer ahí —dice Gary.

Se ríe. Deja solos a Gary y Phoebe. El momento parece lleno de posibilidades y, al mismo tiempo, condenado al fracaso. La pierna de Gary se apoya ligeramente en la de Phoebe, quizá por accidente, quizá no. Puede que esté tan cansado que ni siquiera lo sienta.

—Eso fue diversión de la buena —dice Gary.

—Pareces sorprendido —dice Phoebe.

—Lo estoy.

La mira como si intentara decirle algo que no puede decir. Dilo, piensa ella. Pero no puede decirlo ahora. Debería haberlo dicho anoche, cuando pensó que la boda se había cancelado. Ahora no sabe si sería cobarde o valiente. No sabe si debe aprovechar el momento o dejarlo pasar.

—Es una gran chica —dice Phoebe.

—Tengo suerte.

—Puede que no todo sea suerte. Es posible que hayas tenido algo que ver.

—Supongo que estuve allí durante unas horas de su infancia.

—Dios mío —dice Juice, volviendo del baño. Sus manos aún están húmedas de lavarse—. Había un cartel en el baño que decía 40 personas máximo en esta habitación. ¿Por qué iban a estar cuarenta personas juntas en el baño? ¿Qué le dirías a cuarenta personas en un baño?

—¿Hola? —dice Gary.

Juice escupe el agua entre risas.

—¡Sí! Es un buen comienzo. Hola, cuarenta personas.

—¿Por qué estamos todos en el baño? —pregunta Phoebe, fingiendo ser cuarenta personas.

—¿De quién fue la idea, chicos? —pregunta Gary.

Se ríen, y entonces Phoebe se avergüenza de la risa. O le da miedo. No está segura. Sea lo que sea, es demasiado bueno. Los conecta a los tres. Los acerca. Es como si fuera un jersey calentito que tienen puesto. Phoebe se apoya en el respaldo de la silla y bebe un sorbo de agua. Nunca en su vida se ha sentido totalmente a gusto en la mesa de un restaurante. Ni siquiera con su marido. A

menudo le preocupaba qué decir, si les quedaba algo por decir y si tenía comida entre los dientes.

—Aquí tiene —dice la camarera y deja la cuenta.

Phoebe no quiere irse. Quiere quedarse en esta mesa con la pierna de Gary ligeramente en contacto con la suya y Juice leyendo el reverso del menú, que en realidad no es más que una breve historia sobre las veces que Lo de Flo fue arrasado por huracanes.

—En 1938 —dice Juice—. En 1954. En 1960. En 1985. En 1991…

—Así que... muchas veces.

—Muchas, muchas veces.

Phoebe imagina que reconstruir el lugar después de cada huracán debe ser una verdadera tarea, especialmente para un lugar como Lo de Flo, que tiene chucherías sobre cada centímetro de las paredes. Reconstruir cada vez con el mismo nivel de personalidad desbordante e idiosincrasia, ¿cómo se hace? ¿Cómo recordar dónde se clavó al azar cada cuchara oxidada? ¿Cómo sabes dónde colgar cada abridor de botellas cuando lo colocas por cuarta vez? ¿Cómo actúas como si esta existencia singular y estrafalaria fuera totalmente natural y no fuera a destruirse nunca más?

—Vamos yendo, ¿eh? —dice Gary.

Se levantan y salen. Phoebe se da cuenta de que éste es el único problema de enamorarse de extraños. No puedes quedarte con ellos. En cuanto llegan a los coches, observa cómo cada uno toma su propio camino.

Es un alivio cuando Gary la mira y dice:

—¿Adónde vamos?

En la farmacia, Juice proclama su amor por esta farmacia. Aquí hay literalmente de todo. ¡Todo lo que quieras! Juice se compra un antifaz para dormir con cebras. Luego siguen a Phoebe hasta el pasillo de las medicinas, aunque Phoebe no para de decir:

—Nos vemos en la caja en un minuto.

—No tenemos otra cosa que hacer —observa Gary—. Solo seguirte como tus asistentes.

—Sí, somos tus asistentes —dice Juice—. Nos pagan por hora. ¿Qué necesitas? Yo lo busco.

—Medicamento para los gases —dice Phoebe.

Juice y Gary sueltan una carcajada tan fuerte que el empleado del mostrador asoma la cabeza.

—Comimos repollo —es todo lo que dice Phoebe.

—No digas más —la calla Gary.

Cuando salen, Phoebe levanta la vista y se ve en la pantalla de seguridad durante un segundo con Gary y Juice. Se sobresalta ante la franqueza de la imagen, la realidad de verse en esta visita común y corriente a la farmacia, registrados para la historia, los tres juntos.

Lila no pasa a verla antes de la Mezcla de las Familias como Phoebe esperaba. Creía que Lila podría tener preguntas sobre su vestido o quejas sobre la madre de Gary, que ha pedido bendecir las mesas en la cena de ensayo.

Pero a las seis, el hotel está vacío y Phoebe se pregunta si Lila está enfadada con ella. Si es porque dejó el medicamento frente a la puerta de Lila sin bolsa. Si de algún modo sabe la alegría que sintió todo el día con Gary.

De repente se siente culpable, pero entonces recuerda que fue Lila quien le dijo que fuera a hacer surf. Fue Lila quien le regaló el día de hoy, y Phoebe está agradecida. Es un día que recordará el resto de su vida. Le ha recordado un sentimiento que ya no creía que volvería a tener, un sentimiento que creía que solo pertenecía a otras personas. Le dan ganas de devolverle algo a Lila, así que baja al bar a redactar el discurso que dará como dama de honor.

Pero cuando se sienta en la silla y abre el bloc de notas del hotel, descubre que no está segura de cómo empezar. No después de la conversación que tuvo anoche con Lila. Y luego la conversación con Gary. Escribir un discurso de dama de honor ahora se siente como escribir una conferencia sobre una disciplina en la que no cree.

Phoebe lo tiene cada vez más claro: no están enamorados. Puede que estuvieran enamorados, pero ahora son dos personas muy confundidas. Con muchas ganas de estar enamorados, porque Lila no quiere estar sola. Lila es una mujer que experimenta un problema, y luego encuentra a un hombre que se ve obligado a solucionarlo. Un hombre que es feliz solo porque puede hacerla feliz a ella. Pero ella no es feliz, así que ¿qué sentido tiene todo esto?

Phoebe le pide una cerveza al encargado de las bebidas.

—¿Tiene horario de oficina, profesora? —pregunta Jim, mientras se sienta antes de que ella le responda. Phoebe cierra su bloc.

—Ahora solo estoy bebiendo —dice Phoebe.

—Qué pena —dice Jim—. Esperaba que pudieras ayudarme con mi discurso. Resulta que la señorita Finnegan de décimo grado no estaba equivocada y en realidad soy una mierda como escritor.

—¿Una maestra te dijo eso?

Jim mira su cuaderno.

—¿Qué has escrito?

—¿En serio vas a copiarte de mí?

Jim se ríe.

—¿No podemos pensar en esto más como una sesión de *brainstorming*? ¿Una residencia de escritores?

Jim la mira como si estuvieran viendo quién va a ceder. Porque hay mucho en juego para la dama de honor y el padrino. Si ellos no creen públicamente en el amor de la pareja, ¿quién lo hará?

—En general, creo que las horas de consulta funcionan mejor cuando nos concentramos en el problema del estudiante —dice Phoebe.

—Me parece justo —observa Jim.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Jim dice que podría escribir un libro entero sobre Gary, sobre lo que han pasado juntos.

—Pero no conozco a este nuevo Gary que está con Lila. Yo solo conozco al Gary que estaba con mi hermana.

—No menciones a tu hermana.

—¿Entonces qué escribo?

—La buena escritura se basa en una pregunta. Y el ensayo es el mejor intento del escritor de responder a esa pregunta. Así que empecemos por ahí, por una pregunta.

—¿Pero cuál es la pregunta?

—Es un discurso de boda, así que la pregunta tiene que ser: ¿por qué estas dos personas son perfectas la una para la otra?

—¿Por qué alguien es perfecto para otro?

—¿Qué sacan el uno del otro que es especial, único?

—Son dos preguntas, no una —dice—. ¿Y cómo voy a saberlo?

—¿No es obvio?

—¿Lo es? —Vuelve a lanzarle esa mirada inquisitiva.

—¿Gary nunca te ha dicho nada sobre por qué ama a Lila?

—¿Lila nunca te ha dicho nada sobre por qué ama a Gary?

En todas sus conversaciones, Lila no ha hecho mucho más que enumerar temores y quejas: la barba, las canas, la familia.

—Es bueno con ella.

—Pero Gary es bueno con las cajeras del supermercado. Es bueno con todo el mundo.

Phoebe asiente. Jim se echa hacia atrás, derrotado.

—Esta es una boda rara, ¿no?

—Sí, así es.

—¿Sabes lo que necesitamos? Lo que usa todo escritor cuando tiene un bloqueo. Drogas.

—Creo que eso es solo un mito.

Phoebe le habla de famosos escritores que descarrilaron por culpa de las drogas. Pero a Jim no le importa. Uno de los primos de Gary le regaló medio kilo de dulces con cannabis y compró más de los que podía traer de vuelta en el avión.

—Nunca he consumido marihuana.

—Hablas como alguien que nunca ha consumido marihuana —dice Jim—. Tomaré dos cigarrillos, por favor.

Phoebe se ríe.

—¿Cómo es que nunca has fumado?

—Creo que es tan simple como que nadie me lo ha ofrecido nunca. Es como si la gente me mirara y de alguna manera supiera que no quiero consumir.

—Eso fue lo primero que noté de ti —observa Jim.

En la habitación de Jim, él le da un cuarto de su dulce.

—¿Y ahora qué? —pregunta Phoebe.

—Ahora, esperamos.

—¿Cuánto tarda? —Phoebe mira la bolsa.

—No lo dice en el envase.

—Así que no tenemos ni idea de cuánta vitamina A nos hemos metido.

Jim se echa a reír.

—Qué gracioso.

—¿Me volveré paranoica?

—Suena como si ya estuvieras paranoica.

—Sí, creo que de repente estoy muy paranoica por volverme paranoica.

—Si me pones paranoico acerca de tu paranoia ante la posibilidad de ponerte paranoica…

—Mierda, ya está actuando. Empiezo a sentir algo.

—¿Vas a relatar todo el proceso?

—¿Sería un problema?

—No, siempre que lo hagas como en una película.

—En un mundo donde una mujer se droga después de toda una vida sin hacerlo —dice Phoebe—. Dios, tengo la boca seca. ¿Es normal?

—Escucha, pongamos algunas reglas básicas para poder cortar la paranoia antes de que se apodere de nosotros —dice Jim. La mira a los ojos, le toma las manos—. Repite después de mí. Estamos a salvo. Somos adultos. No iremos a ninguna parte esta noche hasta que escribamos estos discursos.

—Estamos a salvo. Somos adultos. No iremos a ninguna parte esta noche hasta que escribamos estos discursos.

—Nos quedamos aquí en esta habitación.

—No nos movemos.

—No hay vehículos.

—No hay agua.

—Si tenemos hambre, podemos pedir comida.

—No hay nada de qué preocuparse —asegura Jim—. Así que respira hondo. Relájate. Y déjate llevar.

—Está bien —dice ella. Se sienta en el suelo, se tumba hasta quedar completamente acostada—. Me dejo ir.

—Te has ido.

—Adiós.

La despedida los hace reír.

—Esta es una boda rara —dice Jim.

—Ya lo dijiste.

—Porque es así de rara. Quizá sea porque es la única boda en la que he estado en la que realmente no conozco a nadie, excepto a la familia de mi hermana muerta. Y ni siquiera puedo hablar con ellos de lo único que tenemos en común porque mi cuñado se va a casar con alguien que se niega a reconocer su existencia.

—Eso suena raro, es verdad —dice Phoebe.

—Y eso ni siquiera es el final —dice. Se vuelve hacia ella—. Si te digo algo, ¿me juras que meterás el secreto en una cámara blindada?

—¿Qué cámara?

—Esa que tienen los putos bancos suizos, esas a las que no puedes acceder si no das una muestra de sangre.

Phoebe hace el efecto sonoro de una puerta que se abre.

—Es la apertura de la cámara blindada suiza.

—A mí me gustó Lila primero —dice Jim.

—¿Qué quieres decir?

—Antes de que Gary la conociera, yo trabajaba en la calle, frente a la galería de Lila. Un proyecto suelto, que me acercó el estado, una consultoría sobre la construcción de un nuevo drenaje de alcantarillado que estaban evaluando, lo que me llevó a estar siempre allí frente a la galería, viendo entrar y salir a Lila. La chica se tomaba muchos descansos para tomar café. Entraba y salía casi treinta veces al día, sin saludarme ni una sola vez, pero me daba

cuenta de que me miraba. Me daba cuenta de que nos gustábamos y de que yo debía decir algo. Pero no sabía qué decir. No quería ser uno de esos tipos que les dicen cosas a mujeres solo porque van por la calle. Y tampoco podía entrar en la galería con mis manos grasientas y empezar a hablar de Monet. ¿Qué coño sé yo de Monet?

—Era un impresionista francés.

—Gracias, profesora. Habría sido útil saberlo entonces.

—Entonces, ¿qué hiciste?

—Nada —dijo—. Y al final Lila salió y me habló. El último día, me vio guardando las cosas en el camión, se me acercó y me dijo: "¿En serio vas a verme pasar mil veces sin decir nada? ¿Cuánto café crees que bebo?" Y ahí ya estaba perdido. Estaba como, viendo cómo hago, dame un poco de tiempo, y entonces ella dijo: "No queda tiempo". Y yo le dije: "¿Te estás muriendo o algo así?". Y ella me dijo: "Si fuera así, ¿no sería una pregunta muy descortés?". Y entonces me dijo que su padre era el que se estaba muriendo y que el médico le había dado tres meses de vida, y se echó a llorar.

—¿En medio de la calle?

—Sí —dice, con una media sonrisa—. Se quebró allí mismo.

—¿Qué hiciste?

—La abracé. Cuando murió mi hermana, eso fue lo que me ayudó. Gente que me dejaba llorar, mierda. Como Gary. No intentó arreglarlo ni resolver el problema. Los dos sabíamos que nada podía arreglarlo. Solo quería estar triste, pero no triste solo. Así que la abracé y la dejé llorar. Y fue raro como no fue para nada raro. Me fui a casa, y no podía dejar de pensar en eso. En lo valiente que era. Cómo se puso a llorar así, delante de un completo extraño. ¿Delante

de mí? Ni siquiera me conocía, era solo un tipo en la calle, pero confió en mí, ¿entiendes? Me sentí especial. Así que el fin de semana siguiente, volví para verla, fui con Gary. Pero no le dije a Gary que estaba siendo mi cómplice. No pensé que vendría. ¿Quién quiere ser el cómplice de alguien, cuando estás deprimido en tu aniversario de bodas? Y realmente pensé que sería bueno para Gary hacer algo diferente. Ese tipo de cosas siempre lo animaban. Él y Wendy iban a galerías todo el tiempo. Así que dos pájaros, ¿sabes?

—Dos pájaros.

—Y entonces llegamos a la galería, y Lila y yo nos vemos enseguida pero no decimos nada. Estoy caminando por el lugar, y finjo mirar las pinturas, y es tan sexy, ¿sabes? Como si los dos supiéramos que vamos a hablar, como si los dos supiéramos que por eso había venido, como si los dos supiéramos que me importa una mierda el cuadro que está mirando Gary, yo solo estoy pensando en secreto cómo voy a pedirle su número. Y cuando Lila por fin se acercó, sentí que era mi oportunidad.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije: "¿Cuál es la onda con esta mujer desnuda?".

—¿Y qué dijo Lila?

—Se rio. Me dijo: "Para serte honesta, nadie sabe realmente cuál es la onda con esta mujer desnuda".

—Suena a Lila.

—A Gary le dio mucha vergüenza. Empezó a hacerle todas preguntas muy apropiadas, como quién es el artista, y es acrílico, bla bla bla, pero yo sabía que, por primera vez en mi vida, había dicho lo correcto. En el momento adecuado. Hice reír a una mujer, nada menos que en una galería de arte.

—¿Y? ¿Qué pasó después?

—Nos dio su tarjeta, dijo que llamáramos si cambiábamos de opinión sobre comprar el cuadro. Realmente pensé que me la iba a dar a mí. Pero se la llevó Gary. La metió en su cartera y nos fuimos. Iba a pedírsela a Gary unos días después. Pero entonces estaba en su casa para el cumpleaños de Juice ese viernes, y Gary dijo: "Nunca creerás quién vino a mi consultorio hoy. Esa mujer de la galería de arte". Una puta coincidencia. Parecía realmente movilizado. Dijo algo acerca de que su padre estaba enfermo, pero era optimista. Pensaba que podría darle al hombre unos años más. Luego me preguntó si me parecía raro que saliera con ella, y yo le dije: "Gary, si yo soy tu comité de ética, estás en problemas". Y él se rio y empezaron a salir y el resto es historia. Pero te digo, estaba decepcionado —dice—. Sé que todo el mundo piensa que soy un tarado, y tal vez lo sea. Pero la pandemia me afectó de verdad. En el buen sentido, quizá. Estuve solo, todo el tiempo, en mi apartamento. Solo yo, y en cierto momento, pensé que me estaba volviendo loco, ¿sabes?

—Sé de qué hablas.

—Finalmente pude ver por qué la gente se casa y todo eso. Aunque no durara para siempre, pude ver por qué seguía valiendo la pena. Creo que ya lo sentí cuando abracé a Lila en la calle ese día. Tuve esta extraña sensación. Esta es la mujer. Esta es tu oportunidad. Acaba de acercarse a ti en la calle, así que no la dejes ir.

—¿Por qué nunca se lo dijiste a Gary?

—No había oído a Gary hablar de otra mujer desde que murió mi hermana. Así que... se la dejé. Le tenía pena —dice—. Estaba tan

emocionado. Tenía que significar algo. Como si fuera la prueba de que el universo volvía a ser bueno. No podía quitársela. Y la verdad era que yo todavía estaba pasándola como la mierda. Y realmente no conocía a Lila. ¿Cómo sabía que ella era la elegida?

—¿Y ahora que la conoces?

Se ríe.

—Oh, es una mujer increíble.

—¿Qué te gusta de ella?

—Es muy graciosa. Esperas que sea de un modo, y a veces lo es, con todos los miembros de la familia, pero si estamos solos, es diferente. Es sincera. Aguda. Inteligente. Me atraviesa, me descubre las mentiras. Habla a millones de kilómetros por hora.

Suena a cómo es Lila con Phoebe.

—No hablan mucho entre ellos —dice Jim, volviéndose para mirar a Phoebe—. ¿Te has dado cuenta?

—Sí.

Siempre estaban uno al lado del otro, hablando con otras personas.

—Gary es diferente cuando está con ella —dice Jim—. Callado. Y no sé. Tal vez está bien. Tal vez es feliz así. Y si es feliz, me alegro de verdad por él. No quiero que el tipo sea un desdichado para siempre.

—Pero…

—Pero no parece feliz. No como lo era con mi hermana.

—Tal vez él es diferente ahora.

—Pero no lo es.

—¿Qué quieres decir?

—Pensé que el Gary que conocía había muerto con mi hermana aquel día —dice Jim—. Creí que no volvería a verlo. Pero entonces los vi a ti y a él hablando en el barco.

—¿Eh?

—Sí. Te habla de la misma manera que le hablaba a mi hermana.

—¿Cómo es eso?

—Como él mismo. Fue agradable verlo. Fue agradable verlo salir a jugar de nuevo. Después de todos estos años.

—Sí —admite Phoebe—. Sé lo que quieres decir.

Se quedan en silencio y Jim está como confundido.

—Aunque nada de esto importa. No sé por qué a veces me doy tanta cuerda. Se van a casar. Joder. Se van a casar. Y yo soy el padrino. ¿Y sabes por qué daremos nuestros discursos en la cena de ensayo y no en la boda? Porque Lila dijo que no confía en mí para hacerlo en la boda. Esa mierda duele. Pensé que, en medio de todo este lío, al menos Lila confiaba en mí. Y eso me hace sentir que todo estaba en mi cabeza. No me quiere. Probablemente nunca me quiso.

Como Phoebe no dice nada, Jim la mira.

—¿Verdad? —pregunta Jim.

Otra vez están viendo quién cede. Pero todo lo que dice Phoebe es:

—No es tan blanco o negro como crees.

—Eso significa que me quiere un poco —dice Jim, y sonríe—. Al menos puedo estrellarme con mi hidroavión sabiéndolo.

En el silencio, Phoebe oye los sonidos de la gente que vuelve a su habitación. La Mezcla de las Familias ha terminado.

—Lila y Gary están de vuelta —dice Jim.

Phoebe le pone un dedo en la boca.

—Shh —le dice—. Esto es una investigación.

Sacan sus blocs de notas, los lápices preparados, y esto los hace reír de nuevo. Pero solo se oye el sonido de Gary despidiéndose de Lila en su habitación. Los murmullos de la voz de Lila. Luego el cierre de una puerta.

—¿No se queda con ella? —pregunta Phoebe.

—Tiene una habitación con Juice —dice Gary.

Luego es un grifo abierto. El sonido de una mujer sola preparándose para ir a la cama. Cepillándose los dientes. Usando el inodoro. Las rutinas típicas de la noche. Sin embargo, a Phoebe la movilizan los sonidos. Puede sentir cada uno muy dentro de su cabeza. Debe de estar muy colocada. Se pone de lado como en clase de yoga. Debajo de la cama ve algo. Saca una tarjeta de crédito doblada por la mitad.

—Jim. Esta tarjeta de crédito es de 1991.

—¿Y?

—¿Por qué iba a ser de 1991? ¿No es raro?

—¿Lo es?

—¿Qué crees que le pasó a este tipo?

—Creo que enfocarse en la tarjeta de crédito es una mala idea en este momento.

—¿Pero qué hace esta tarjeta de crédito ahí, debajo de la cama, doblada desde hace tantos años? No se me ocurre ninguna razón razonable no extraña para que siga aquí.

Jim la mira.

—Creo que la hora de consulta ha terminado.

—Pero no estoy lista para volver a casa. Me gusta estar aquí.

—Pues no te vayas —dice Jim—. Quédate aquí.

Lo dice con tanta sencillez que a Phoebe le parece posible. Se quedará aquí, en el suelo de Jim, escuchando los sonidos de la tranquila noche de Lila.

—¿Está llorando? —pregunta Jim.

Phoebe escucha si hay sollozos, pero no puede oír nada excepto las suaves olas del exterior.

—Creo que eso es solo el océano —supone Phoebe.

Phoebe se queda mirando el techo y se pregunta qué piensa Lila cuando se acurruca en la cama. ¿Se arrepiente de haber planeado una boda tan grande? ¿Se siente orgullosa de sus decisiones? ¿Se siente atrapada en el espectáculo que ella misma ha creado? ¿Y cómo han llegado a ser así las bodas? ¿Cómo llegaron a ser tan grandes, tan importantes, como para que una mujer no pueda ver la manera de salir de ellas? ¿Para que una mujer sacrifique toda su vida por ella? Son grandes preguntas, piensa Phoebe, y la buena escritura siempre está impulsada por una gran pregunta.

—Sé qué escribir en mi discurso.

DE REGRESO EN SU habitación, escribe el discurso mientras se come las últimas Oreo que no son legalmente Oreo. Y no, no es su tesis, pero son cinco páginas enteras, y después se siente victoriosa. Ha completado una tarea de escritura por primera vez en muchos años y se siente capaz de hacer cualquier cosa.

Puedo ir a comprar el perro Frank, piensa. Puedo encontrar un trabajo aquí.

Busca vacantes para puestos de profesora en las universidades y escuelas de negocios cercanas. Busca pisos de alquiler en Craigslist,

aunque sospecha que ahora Craigslist solo sirve para asesinar a gente.

Encuentra un bonito piso en Mary Street con techos altos donde podría quedarse un mes. Un apartamento en Thames donde podría quedarse todo el año. Pero lo que más le intriga es el anuncio de una mansión en Ocean Drive, propiedad de un hombre llamado Geoffrey. Está buscando a alguien a quien llama Winter Keeper (cuidador de invierno) para que viva allí hasta mayo y la mantenga como una mansión durante el invierno. Ella nunca había oído hablar de la expresión Winter Keeper, pero le gusta.

Les envía mensajes a todos.

SÁBADO



La cena de ensayo

Por la mañana, Lila pasa de camino al vendedor de flores. No dice nada de la mezcla de las familias, solo habla de un apagón y de todas las flores que se están derritiendo en la nevera.

—¿Derritiendo? —pregunta Phoebe.

Pero Lila no da explicaciones.

—Necesito que te lleves a Gary a hacer unos mandados, porque un dato curioso sobre Gary es que ahora mismo apenas puede caminar.

—¿Por qué?

—Se ha vuelto a lesionar la espalda. Esta vez por hacer surf. Gracias a Dios que no fui. Qué desastre. Imagínate si hoy no pudiera caminar. No sé en qué estaba pensando la Lila del pasado, ¡una mañana de surf antes de su boda!

—Quiero señalar que solo son las nueve de la mañana y ya estás hablando de ti misma en tercera persona —dice Phoebe y Lila se ríe.

—Hoy Lila está demasiado ocupada para preocuparse por eso.

Pero Phoebe está preocupada: no está segura de que pueda pasar un día entero con Gary. Se supone que debe dejarlo ir.

—¿Por qué no lo lleva Jim? —pregunta Phoebe.

—Porque Gary tiene que probarse el esmoquin e ir al barbero, y no le tengo confianza a Jim. Estoy seguro de que Jim enviaría a Gary

de vuelta con un traje rosa y la cabeza rapada.

Phoebe quiere decir algo más, pero no está segura de qué. Lila se vuelve hacia la puerta.

—¿Tienes listo tu discurso para esta noche? —pregunta Lila.

—Sí, lo tengo —responde Phoebe.

—No puedo esperar.

Lila se marcha y Phoebe vuelve a mirar el discurso.

—Oh, no —dice. A la luz despiadada de la mañana, el discurso está todo mal. Es demasiado honesto. No tiene nada que ver con Gary y Lila. Es en parte un artículo de opinión, en parte un largo análisis literario, en parte un sermón sobre las bodas más extravagantes y derrochadoras de la literatura. "Cada boda, hasta la más exitosa, es un derroche", escribió Phoebe, seguido de una serie de ejemplos de la literatura que demuestran cómo la boda moderna se ha salido totalmente de control, cómo la mayor parte de la culpa la tenía la reina Victoria, porque antes de su gran vestido blanco, las bodas en la literatura del siglo XIX eran pequeños asuntos que sucedían en una frase: "Lector, me casé con él". A continuación, un comentario final totalmente aleatorio sobre lo molesto que resulta que la protagonista afirme que nunca quiere casarse y, sin embargo, consiga celebrar la boda más importante de la ciudad.

Parece que voy a improvisar, piensa Phoebe, y se sorprende por cómo la entusiasma el desafío. Siempre daba sus mejores conferencias cuando no las planificaba demasiado, cuando estaba demasiado ocupada para prepararlas. Si las planificaba con demasiada intensidad, si lo escribía todo de antemano, se ponía nerviosa a medio camino, porque siempre eran más largas de lo que pensaba. Exageraba. Rara vez se dejaba ser ella misma, aunque a

los alumnos les gustaba más cuando los miraba, cuando los interpelaba como una persona y era sincera sobre todo lo que sabía y todo lo que no sabía.

GARY ESPERA AFUERA, en su coche, un Hyundai normal, no uno antiguo. Ya está en el asiento del pasajero. Phoebe se sube para conducir.

—Me han dicho que estás dolorido —dice Phoebe.

—Muy dolorido —se queja Gary—. ¿Quieres oír más?

—Si hace que el dolor desaparezca, claro.

—Hará que el dolor se sienta... útil. Nos dará algo de qué hablar.

Phoebe baja la ventanilla. Quiere sentir el aire del océano.

—Entonces, el dolor.

—¿Es... doloroso?

—Correcto. Esa es la palabra. Doloroso.

Se ríen. Se ponen en camino. Él habla de sus dolores y ella de los suyos, y luego hablan de cuánto más divertido es hablar de sus dolores y molestias de lo que imaginaban que sería cuando eran jóvenes.

—Sinceramente, ni siquiera parece una queja —dice Gary—. Es solo como un material válido para un tema de conversación.

—Estoy de acuerdo. ¿Cómo no vamos a hablar de la lenta decadencia de nuestros cuerpos?

—Es realmente lo más dramático que nos va a pasar en la vida. Es básicamente como estar en un barco que se hunde. Salvo que nunca te permiten reconocer que el barco se hunde.

—Y luego la gente pone los ojos en blanco cada vez que mencionas que el barco podría estar hundiéndose —dice Phoebe.

Un coche se detiene junto a ellos en el semáforo con Kesha a todo volumen, lo que pone fin a la conversación. Se quedan sentados y esperan, dos fieles súbditos del universo de Kesha.

—La verdad es que no me lo puedo creer cuando la gente pasa con la música tan alta —dice Gary después de que Phoebe gira a la derecha.

—Quizá piensan que nos gusta. Algo así como cuando estás obsesionado con una canción y no puedes imaginar que otra persona no quiera escucharla mil veces. Probablemente van por ahí pensando que nos brindan un servicio, como diciendo: ¡¡¡A todo el mundo le gusta mi música!!!

Canta la última parte en voz alta y Gary se ríe a carcajadas. Baja la ventanilla y repite la canción:

—¡¡¡A todo el mundo le gusta mi música!!!

Este es su último día con Gary. Ella lo sabe. La entristece profundamente, pero, al mismo tiempo, está agradecida por ello. Emocionada, incluso. Decidida a disfrutarlo, a no querer nada más que el día en sí.

—Aspiro a ser ellos, de alguna manera —dice Phoebe.

—¿En serio? A mí me dan tanta vergüenza mis preferencias musicales que ni siquiera me gusta encender la radio cuando hay alguien en el coche.

—¿Qué harías si te pidiera que pusieras música ahora mismo?

—Yo desviaría el tema y te preguntaría qué te gustaría escuchar a ti ya que eres la conductora. Lo dejaría a tu elección.

—Oh, así que harías que tu problema pareciera un noble autosacrificio.

—Exactamente.

Se siente juguetona, como si todo fuera una gran carcajada. Incluso sus dolores, una broma entre ellos. Algo para compartir. Gira a la izquierda en Bellevue Avenue, y si Phoebe se olvida de que él se casa mañana, y de que su vida ha terminado, es un paseo precioso.

Paran en la licorería.

—Esto solo llevará un minuto —dice Gary—. Ya está pedido.

Entran y Gary intenta levantar la caja para llevarla al auto, pero no puede hacerlo por la espalda.

—Mierda.

—Yo me encargo —dice Phoebe. Mientras lleva la caja de bebida a su coche, se le ocurre que está ayudando literalmente a Gary y Lila a casarse con su propia fuerza física. Pero ese es su trabajo.

De vuelta en el coche, le suena el teléfono.

—¡Es Geoffrey! —dice Phoebe—. ¡Craigslist no es solo para asesinos!

—¿Eh? ¿Quién es Geoffrey?

—El encargado de mantenimiento de la mansión —dice Phoebe. Le pasa el teléfono—. El cuidador para el invierno. Oye, ¿puedes leer esto en voz alta?

—¿Con algún acento en particular? —pregunta Gary.

—¿Haces acentos?

—Solo frente desconocidos.

—¿Qué opciones me das?

—Nueva York. Boston. Rhode Island. Estoy limitado en cuanto a las regiones.

—Cuando estabas en Rhode Island.

—Hola, Phoebe —ensaya, con acento de Rhode Island, que no es más que una versión más pronunciada de la forma de hablar de su

madre—. Gracias por tu interés en la Mansión Newcombe. Debo decir que estoy impaciente por conocerla, ya que me ha encantado saber que tiene un doctorado en literatura del siglo XIX. Como sabe, la mansión Newcombe fue construida en 1845 por un héroe de la Guerra Civil, Jonathan Newcombe, así que me parece una gran casualidad. Espero tener la oportunidad de conocer a una interesada con su nivel de conocimientos.

»Espera, ¿un cuidador de invierno? —pregunta Gary, con su voz habitual—. ¿Qué son los cuidadores de invierno?

—Gente que se dedica al mantenimiento de mansiones. En invierno, cuando los dueños están en sus verdaderas casas. Resulta que es un trabajo en Newport.

—Newcombe es una propiedad de veinte habitaciones —vuelve a leer con su acento—. Me encantaría enseñársela. Estoy disponible para reunirme contigo en cualquier momento esta tarde o mañana. Espero tener el asunto resuelto antes de que acabe el fin de semana.

—¡Mierda! —dice ella—. Dile que puedo reunirme con él más tarde después de dejarte.

—No, lo siento —dice—. Voy contigo a ver esa mansión.

—Pero tenemos que buscar tu esmoquin.

—Eso puede esperar.

Le responde a Geoffrey, y ella pone la dirección en Waze.

—Espera, ¿por qué no tienes tú acento de Rhode Island? —pregunta Phoebe—. ¿No eres de Rhode Island?

—Tomé una clase de oratoria en Yale, me entrené para quitármelo.

—Vaya. Traidor.

La mansión Newcombe está custodiada por altas verjas de hierro que alguien pintó de azul. Las puertas se abren cuando se acercan.

—Era obvio —dice Gary.

Geoffrey los espera en la entrada principal. Es un hombrecito sureño, con un traje color damasco claro. Parece especialmente pequeño al lado de la gran casa. La entrada es muy formal, con gárgolas gigantes en el tejado, y cuando Phoebe saluda, casi espera que Geoffrey se incline o haga una reverencia. Pero él le da la mano como un estadounidense cualquiera.

Le da la bienvenida a la casa y empieza diciéndole que es un puesto exclusivo para cuidar el interior.

—Tenemos otra gente para los jardines. Pero quien fue nuestro principal cuidador de interiores los últimos hace diez años acaba de renunciar inesperadamente.

Él le pregunta qué experiencia tiene en el cuidado de mansiones del siglo xix, y ella le dice que no tiene experiencia, aunque investigó muchas para su tesis. No insiste en el hecho de que la mayoría de ellas eran fincas ficticias, a menudo consideradas principalmente metáforas del colonialismo.

—En mi trabajo investigo mucho sobre edificios históricos —explica—. Tengo un capítulo en mi tesis sobre los interiores domésticos victorianos. Estudio la manera en que las novelas del siglo xix retratan el espacio doméstico como primordialmente femenino y el mundo natural como primordialmente masculino.

Le habla de los años que pasó en los archivos del sótano, y se siente bien hablando otra vez de su investigación. Todas las horas que pasó en los estudios de posgrado catalogando los efectos de cada habitación en los personajes de Jane Eyre: se sentaba en la

biblioteca y miraba hacia arriba y pasaban las horas. Le encantaban esos primeros días, cuando aún no sabía exactamente lo que estaba escribiendo, cuando estaba a punto de descubrirlo.

—Excelente —dice Geoffrey—. Porque este es un trabajo de investigación. Digamos que este empapelado pintado de 1846 empieza a rasgarse. ¿Qué haces?

—No lo sé. Pero lo investigaría hasta averiguarlo.

Geoffrey se ríe.

—De alguna manera, te creo. ¿Seguimos?

Se vuelven hacia la puerta y Phoebe ve una cara tallada en la madera.

—¿Es Dante?

—Me alegro mucho de que lo sepas —dice Geoffrey.

LOS HACE cruzar el gran patio. Les habla del propietario, de cómo construyó esta casa para su hija Isabel.

—En el comedor se puede ver la colección de arte parisino de Isabel —explica Geoffrey—. Acabó casándose con un banquero francés, que aparece aquí en este cuadro. Pero no se llevaban bien, y Elizabeth pasó gran parte de su tiempo viajando por el mundo, coleccionando las obras de arte y los jarrones que verán por todas partes en esta casa.

Entonces recibe una llamada telefónica.

—Necesito atender esta llamada —dice Geoffrey—. ¿Por qué no pasan y miran el lugar por su cuenta y me dicen qué les parece?

RECORREN la casa. Todas las puertas están enmarcadas con elaborados trabajos en madera. Hay musas pintadas de oro en cada

rincón. La cara de Cicerón tallada sobre el baño. Y una bañera de mármol tan grueso que parece un ataúd. Phoebe le pasa el dedo al marco del espejo del baño.

—Creo que esto es hoja de platino.

—¿Hoja de platino? —pregunta Gary—. Ni siquiera sabía que existía.

Se dirigen al dormitorio, donde continúa la colección de arte de Elizabeth.

—¿Crees que una mujer que colecciona arte como este es la mujer más feliz? —pregunta Phoebe—. ¿O la menos feliz?

—La pregunta presupone que podemos ser felices —dice Gary.

—¿No podemos?

—Creo que hablamos mal de la felicidad. Como si fuera un estado fijo que vamos a alcanzar. Como si pudiéramos vivir ahí para siempre. Pero esa no es mi experiencia con la felicidad. Para mí, va y viene. Aparece y desaparece como una burbuja.

—¿Cuándo fue la última vez que fuiste realmente feliz? —le pregunta Phoebe a Gary.

—¿Quieres una respuesta sincera? —pregunta él—. Ahora mismo.

Quiere preguntarle a qué se debe. ¿A que se casa mañana? ¿O a lo que siente al estar juntos en esta mansión? Phoebe se siente sorprendentemente feliz, como si este tipo de conexión entre dos personas pudiera arreglarlo todo. Por un momento, se imagina viviendo aquí, juntos, recorriendo los pasillos, hablando de cuadros parisinos en el desayuno.

—Creo que el impulso del coleccionista es a la vez hermoso y repugnante —afirma.

Coleccionar es preocuparse más que la mayoría. Pero también es acaparar. Sacar cosas del mundo y hacerlas solo tuyas.

—Las colecciones de arte eran básicamente como recuerdos de viaje para esta gente —dice Phoebe—. Iban a París y se traían siete murales.

Se quedan mirando la cama de Elizabeth.

—¿Es aquí donde dormirías? —pregunta.

—Creo que aquí es donde duerme el fantasma de Elizabeth.

Él se ríe y ambos miran el retrato de Elizabeth que hay sobre la cama. Ella se siente atraída hacia esta mujer. Tal vez porque ella también vivió sola a su manera, vivió sola dentro de su matrimonio.

—Creo que tienes razón —reconoce Gary, y luego se vuelve hacia ella—. ¿Puedo ver tu teléfono, por favor?

Ella se lo da. Sabe lo que va a hacer incluso antes de que lo haga.

—Cuando vivas aquí, quiero que me llames cuando veas un fantasma —dice Gary, y agenda su número.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

—Nada. Tienes razón. Soy famoso por mi ineficacia contra los fantasmas. Pregúntale a Juice.

Se ríe.

—¿Pero me prometes que me llamarás de todas formas?

—Te lo prometo.

Mira el viejo suelo de madera y se guarda el teléfono en el bolsillo. Tiene la sensación de que guarda algo especial ahí. El futuro, en el que vive en esta hermosa casa y puede llamar a Gary cuando lo necesite.

Pasan a la habitación contigua.

—¿Qué crees que quiso decir Geoffrey cuando dijo: "Te creo"? ¿Fue un insulto?

—Creo que, viniendo de Geoffrey, es el mayor de los elogios.

—¿Es por mi voz o por mi pelo? —pregunta Phoebe.

—Creo que es toda tu onda. Pareces muy inteligente. Como si lo hubieras estudiado todo y tuvieras todo el conocimiento del mundo dentro de ti.

—¿Es antipático?

—Es buenísimo.

Cuando Geoffrey regresa, se disculpa rápidamente y luego dice:

—¿Y? ¿Qué te parece?

—Es maravillosa.

La lleva por el pasillo.

—Puedes usar toda la casa como tuya, pero este sería tu dormitorio. Nos gusta dejarle a Elizabeth el suyo.

Su dormitorio sería pequeño, pero a ella siempre le han gustado los dormitorios pequeños. Nunca le gustó que su cama en casa no llenara la habitación. Siempre tuvo la sensación de que faltaba algo. Pero este dormitorio es discreto, una sencilla paleta de colores amarillo y azul. Un lugar acogedor al que ir cuando la casa parece demasiado grande.

—Perfecto —dice Phoebe.

—El trabajo empezaría en tres semanas —anuncia Geoffrey—. Pero podrías mudarte unos días antes. Déjame que lo hable con mi socio esta noche y te llamamos mañana.

Luego, los lleva al jardín, un jardín formal con bojes tallados en espiral. Suben una pequeña colina y se sientan en un diminuto banco porque desde allí se ve el océano.

CUANDO VUELVEN al coche, Gary mira su teléfono.

—Carajo, tengo que pasar por el consultorio para firmar unos papeles. Debo ocuparme de algunas cosas antes de irme de luna de miel. ¿Te importa?

La luna de miel. En tres días, Gary y Lila estarán en un avión a St. Thomas. Se habrán casado. Estarán bebiendo champán con anillos en los dedos. ¿Y dónde estará Phoebe?

—No —dice ella.

El consultorio de Gary está en Tiverton. Parece una casa. Está al lado de una bonita carretera costera, porque la mayoría de las carreteras son bonitas aquí. En el borde del campo. Le da a Phoebe la sensación de que está a punto de caerse.

Dentro, las recepcionistas ven a Gary y se emocionan. Lo han extrañado, pero también quieren saber qué demonios hace aquí.

—¡Se supone que no te veremos hasta mañana en la boda! —dice una de las recepcionistas.

Qué lindo, piensa ella. Invitó a todo su personal a la boda.

—No podía estar lejos mucho tiempo —bromea Gary, y luego entra en su consultorio.

Phoebe espera en las sillas de afuera. Intenta imaginarse a Lila y a su padre haciendo lo mismo, pero le cuesta imaginárselo. Escucha a los pacientes de pie junto al mostrador, escupiendo despreocupadamente en voz alta sus trágicas historias familiares a la recepcionista, que les pregunta por las lagunas de su historial médico. Abuelos muertos de cáncer de pulmón. Un padre al que la hija no conoce. Muchos hermanos y hermanas, añade.

—Pero yo tampoco los conozco —dice la mujer, y no parece avergonzada. Es solo un hecho. No tiene familia. Luego se sienta y Phoebe se queda impresionada. Phoebe toma nota para empezar a practicar no avergonzarse de su historia familiar, sino entenderla como un hecho.

En la pared hay pantallas que puedes tocar para saber más sobre tu diagnóstico. Un parque infantil en un rincón. Decoraciones estacionales para todas las fiestas. A la salida, Gary explica que no tiene sentido quitarlos para después tener que ponerlos otra vez. Y que les gusta tener todas las fiestas con ellos en todas las épocas del año.

—Qué bien —dice Phoebe—. ¿Por qué no?

—Exacto —dice Gary.

Esta es la vida de Gary, piensa Phoebe.

En la sastrería, la mujer le dice que tiene la complexión de un jugador de fútbol americano. Le dice que separe las piernas.

—Qué bueno, le queda bien —opina y mira a Phoebe—. ¿Qué te parece?

¿Piensa que Phoebe es la prometida? Gary la mira, como esperando saber qué piensa ella también. ¿Y por qué? Si a ella no le gusta, ¿va a encargar uno nuevo? ¿No se va a casar? No.

—Se ve bien —dice Phoebe—. Pareces... un novio.

Afuera, en la calle, donde vuelve a ser posible la comunicación sincera, no hablan. Aquí están, juntos, dirigiéndose al coche. Aquí están, en el precipicio del resto de sus vidas.

—Entonces, si te conviertes en cuidadora de invierno, ¿significa que te mudarías aquí y dejarías tu trabajo en St. Louis? —pregunta

Gary.

—Sí —responde ella.

—¿Dejarías todo atrás?

—Ese es el plan.

Gary hace una pausa como si fuera escéptico al respecto.

—¿No lo echarás de menos?

—Claro que sí —dice Phoebe—. Pero incluso cuando estaba allí, lo echaba de menos.

Extrañaba todo, todo el tiempo.

Vuelven al coche. Se pregunta si lo que siente por Gary podría ser una nueva forma de amor, una que nunca ha conocido: amor sin expectativas. Amor de esa clase que te hace feliz solo con sentirlo. Amor que no intentas poseer como un cuadro. Pero no sabe si hay algo así.

Ella espera sí. Mira a un lado de la carretera, como si fuera una niña que va a hacer un recado con su padre, leyendo en voz alta los carteles que ve.

—Qué cartel aterrador. ¿Cuál es la música favorita de una mamá? ¿Por qué iba a ser eso un cartel publicitario?

—Creo que decía: "¿Cuál es la música favorita de una momia". No "¿Cuál es la música favorita de una mamá?".

Intentan adivinar qué tipo de música podría gustarle a una momia.

—¿Barroco?

—Realmente importaría cuando la momia muriera.

—Synth-pop.

—Una momia postmoderna.

Enciende el coche.

—¿Lista? —pregunta él.

—Lista —dice ella.

Pero siguen allí sentados un momento más, y se siente como en el jacuzzi otra vez, como si ahora tuviera que pasar algo, como si ella debiera decir algo que iniciara su flamante vida nueva, pero ¿qué?

Ella no puede destruir una boda. Esta boda es demasiado grande para fracasar. Esta boda es como la revolución de la tierra. Ocurrirá tanto si Phoebe dice algo como si no. Esté alguien enamorado o no lo esté. ¿Qué derecho tiene ella de decir algo?

—¿Adónde? —pregunta Phoebe.

Necesita volver, necesita salir de este coche antes de que diga nada.

—Al barbero —responde Gary.

VAN A VER a un tal Nick que solía ver cuando era niño. "Está un poco a trasmano, pero vale la pena", dice Gary mientras conduce. Nick solía tallar rayos en el costado de su cabeza. Nick le hizo su primer rapado. Luego lo afeitó para su primera boda. Pero han pasado años. Gary compró artículos para cortarse el pelo durante el Covid y nunca volvió. Sin embargo, aquí están, deteniéndose en una calle lateral, y Gary suena emocionado, como si estuvieran viajando atrás en el tiempo.

—¿Tienes cita? —inquiere Nick en cuanto entran, pero no aparta la cabeza del hombre al que le está cortando el pelo.

—Tú no haces citas —responde Gary.

—Ahora hago citas —dice Nick—. Desde el Covid.

Gary mira la fila de hombres que esperan en las sillas y dice que habría hecho una de haberlo sabido.

—Tengo sitio el lunes —le ofrece Nick.

—El lunes es demasiado tarde. Pero gracias de todos modos, Nick.

—¿Demasiado tarde? ¿Te vas a luchar contra los británicos o algo así?

—Me caso —dice Gary.

—¿Eres la novia afortunada?

—No —responde Phoebe—. Solo soy una amiga.

Nick los mira a los dos como si no acabara de creérselo. ¿Por qué si no iba a estar ella aquí, viéndolo afeitarse?

—Para ti, el novio, haré tiempo —dice Nick—. Pero tendrás que esperar.

Mientras esperan, no hablan. Escuchan a los hombres de la tele hablar de los Celtics. Luego de las turbinas eólicas que se levantan en la costa. Después, sobre los polémicos carriles de bicicleta en Providence. Hay algo rutinario en el silencio, como sentarse en el banco de una iglesia donde todo el mundo sabe que no debe hablar, incluso el niño pequeño que se limita a dar patadas con las piernas. Recién cuando Nick llama al último cliente, Gary dice algo.

—¿Así que realmente no echarás de menos la enseñanza? —pregunta Gary, como si hubieran mantenido una larga conversación al respecto.

—Echaré de menos algunas cosas de la enseñanza —matiza Phoebe.

—¿Qué cosas?

—Los momentos en que me conectaba con los estudiantes —dice —. Los momentos en los que realmente aprenden algo. Las idas y venidas. La sensación de dar una clase realmente buena. Me encantaba cuando empecé.

—¿Qué no echarás de menos?

—La simulación. Nunca me había dado cuenta de todo lo que había que fingir.

—¿Fingir qué?

—Fingir estar emocionada. Fingir que no has dicho exactamente el mismo chiste una y otra vez. Fingir que el conocimiento es algo hermoso, una colcha de hechos entrelazados. Fingir que todo lo que ocurre puede engarzarse en una narración lineal satisfactoria.

—¿Dijiste eso en tu entrevista de trabajo?

—Dije algo peor. Invoqué a Marx.

—Una buena jugada. Todo el mundo quiere contratar a una marxista.

—En aquel entonces, estaba muy comprometida con fingir que era marxista. No paraba de hablar de lo difícil que es medir el progreso de los alumnos, de que no hay garantías de que hayan aprendido algo y de que los profesores también están alienados de su trabajo. Rara vez llegamos a comprender nuestro efecto en los alumnos, y sin embargo seguimos trabajando.

Por eso siempre necesitó investigar y escribir.

—Fue lindo crear algo.

Le encantaba la emoción del descubrimiento, poder mirar el documento al final del día y decir "Lo hice yo". Es como ser barbero, imagina. Ver la creación final. Recortar el pelo de un hombre justo por encima de las orejas y luego quitarle el polvo. Y cuando dejó de querer escribir, fue una gran pérdida. Ahora se da cuenta, cómo ha estado afligida por eso, también. La pérdida de su creatividad.

—Los cabrones pusieron medidores mientras dormíamos durante el Covid —dice Nick. Recoge cambio de un viejo cenicero—. Tengo

que alimentar a esa cosa cuatro veces al día. Cuando vuelva, te toca.

Se quedan solos en la tienda. No hablan. Solo queda el sonido del televisor, que amenaza con embotar el momento, convertirlo en nada.

—¿Estás fingiendo ser algo en este momento? —pregunta Gary.

—¿Perdona?

Se pone colorada. Está fingiendo, sí. Está fingiendo que habla de fingir ser marxista cuando en realidad solo quiere decirle que cree que podría estar enamorada de él, que nunca se ha sentido tan unida a nadie, ni siquiera a su marido, porque nunca ha mirado a su marido a los ojos y admitido que quería morir, nunca le ha mostrado a su marido todo su ser. Toda esta semana la ha unido a él y hacer recados con él no ayuda. Hay algo en verlo firmar papeles en el consultorio, en verlo esperar en la peluquería, en verlo ser el Gary de siempre.

Pero sintió amor una vez, un gran amor, y al final eso no importó.

—Finjo no estar confundida —dice Phoebe—. ¿Cómo me está yendo?

—Excelente actuación. Nunca pareces confundida.

—Bueno, estoy confundida.

—¿Por qué estás confundida?

—Si tú estás o no fingiendo ser algo en este momento.

Hace una pausa.

—Estoy fingiendo que no quiero decirte algo en este momento. Estoy fingiendo que no me pone muy nervioso.

—¿Puedo preguntar qué es lo que te da tanto miedo?

—No sé cómo decirlo. No sé cómo decirlo. No sé qué pasará después de decirlo.

Tiene la sensación de que, si esta conversación continúa, ocurrirá algo irrevocable.

—Pero por desgracia no hay nadie más a quien pueda contárselo —dice—. Nadie con quien hablar de ello... excepto tú.

—Entonces háblame de ello.

—Es tan fácil contigo. No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Lo sentí cuando hablamos aquella primera noche. Sinceramente, no puedo dejar de pensar en esa primera noche en el jacuzzi. Y créeme, lo he intentado. He intentado averiguar por qué no puedo dejar de pensar en ti, porque me caso mañana.

—Sí —dice ella—. Te casas mañana.

—Pero me siento tan atraído por ti. Solo quiero estar cerca de ti, Phoebe. Porque cuando estoy cerca de ti, me siento bien. Me siento honesto. Me siento yo mismo. Como si tal vez volviera a entender qué es la vida. Sé qué decir, por fin, después de años sin saber qué demonios hacer o decir. ¿Sabes lo que quiero decir?

Phoebe lo sabe. Ella también se siente así. Exactamente. Y quiere decírselo. Se sentiría tan bien decírselo.

—¿Es una locura? —pregunta Gary—. Me miras como si fuera una locura.

—No creo que sea una locura. Creo que da miedo.

—Da miedo —dice.

—Me da mucho miedo que me digas todo esto la noche antes de tu boda. No creo que debas hacer esto.

—¿Cuándo más se supone que debo hacerlo? —pregunta Gary—. Si no lo hago ahora, ¿cuándo lo haría?

Se oye la puerta. Nick ha vuelto.

—Ahora tienes que usar una maldita tarjeta de crédito —dice Nick —. Entonces, ¿lo de siempre?

—Lo de siempre —responde Gary.

Gary se levanta lentamente. Phoebe observa cómo Nick lleva la maquinilla a la espesa masa de la barba de Gary. Phoebe observa cómo trabaja Nick, como un escultor, que va pelando capas de Gary, hasta llegar a "lo de siempre". A Phoebe la pone nerviosa ver cómo caen trozos de Gary al suelo. Después, Nick pone una toalla sobre la cara de Gary y, por alguna razón, cuando empieza a afeitarlo, Phoebe no puede mirar. Mira su revista. Siempre le ha gustado el sonido de la cuchilla contra la barba de un hombre. Como el sonido de un albañil extendiendo un mortero sobre un ladrillo.

Cuando está a punto de terminar, Phoebe levanta la vista y se miran en el espejo. Se quedan así un momento, mirándose. Nick le lastima la nuca. Phoebe se inclina instintivamente hacia delante como para ayudar con la sangre. Pero Nick la frena.

—Pasa todo el tiempo —dice Nick, y le pone una toalla en la piel.

—No sé si iría por ahí diciéndoselo a tus clientes —dice Gary, y los dos hombres se ríen.

—El mismo sabelotodo de siempre —concluye Nick.

En el camino a casa, es como si estuviera con otro Gary.

—¿Es raro? —pregunta Gary—. ¿Tengo cara de barba?

—¿Qué es cara de barba?

—Es como cara de gafas. Cuando solo has visto a alguien con gafas y se las quita y, de repente, es otra persona.

—Tal vez —dice Phoebe—. Creo que es más como cuando alguien lleva un perro a la peluquería y el perro sale como si le hubieran robado.

—Ah, mira tú, gracias. Un perro al que le robaron. Esa es la apariencia que quería lograr.

Se ríen. Él se mira en el espejo, se frota la barbilla, como si no pudiera acostumbrarse.

—Me siento un poco como si me hubieran robado —dice.

Tal vez ahora uno de ellos habría retomado la conversación que tuvieron en lo de Nick, pero Gary dice:

—Carajo, me olvidé el dinero en efectivo para los vendedores. Lo siento. Una cosa más.

—No hay problema —dice Phoebe.

NO PUEDEN RETIRAR suficiente dinero en el primer banco, así que se dirigen a otro y, en el segundo, Phoebe se queda esperando en el coche. Lo ve entrar en el edificio y luego observa a los extraños en la calle. Ve familias de vacaciones. Gente que no está invitada a la boda comiendo helado. Cafés con colágeno. Gente haciendo compras. Gente que no tiene ni idea de que Lila y Gary existen.

Es increíble pensar que la semana pasada Phoebe también era una de esas personas. Había sido tan audaz en ese momento, haciendo exactamente lo que quería, quizá por primera vez en su vida. Quiere volver a experimentar esa sensación, la que sintió en el ascensor, la que sintió en el jacuzzi, la sensación de erguirse orgullosa en ropa interior, de no deberle absolutamente nada a Lila,

de no ser leal a nadie más que a sí misma. Porque Phoebe sabe lo que Lila aún no puede saber: no hay razón para tomar decisiones que no quieres tomar a los veintiocho años. No hay razón para casarse con un hombre de patillas canosas si odias como se ven. Solo van a volverse más canosas.

Sí, Lila estará bien, piensa.

Pero entonces ve a Gary que sale del banco y mete el dinero en su cartera, la cartera en su bolsillo, y algo en esto le parece tan definitivo a Phoebe. Parece un novio, bien afeitado, metiendo dinero en la cartera para pagar a los proveedores de su boda. Y Phoebe vuelve a sentirse como la dama de honor, y puede sentir el peso de la caja de bebidas en el asiento trasero.

Ahora es leal a Lila. Leal a la producción que es esta boda, esa es la verdad.

Cuando Gary vuelve al coche, pregunta:

—¿Terminamos nuestra conversación?

Pero Phoebe dice que no.

—Sinceramente, no creo que haya nada más que decir.

Phoebe se enfoca en conducir.

CUANDO ENTRAN en el vestíbulo, el hotel parece muy vacío. Como un escenario justo antes de la gran representación. Todo el mundo debe de estar haciendo sus tareas de última hora antes del ensayo, vistiéndose con sus trajes.

Gary y Phoebe están en silencio en el ascensor, en silencio mientras Gary lleva su esmoquin y Phoebe lleva la caja de botellas por el pasillo. Gary le dice:

—¿Me tienes esto un momento? —Le da el esmoquin mientras él busca la llave. Es una sensación tan íntima, como si estuvieran abriendo la puerta de su casa después de un largo día de recados.

Pero antes de que entren, aparece Lila saliendo de su habitación. Lila mira a Gary y luego a Phoebe. Un parpadeo, como si hubiera comprendido: Phoebe está segura de haberlo visto. Está segura de que Lila lo sabe. Las mujeres pueden sentir esas cosas. Lo saben. Phoebe lo sabía. Phoebe lo supo en ese momento, cuando vio cómo se reía su marido con Mia. El amor es visible: pinta el aire entre dos personas de un color diferente, y todo el mundo puede verlo.

Pero lo único que dice Lila es:

—Gary, oh Dios mío, ¡tu cara está tan distinta!

—¿Distinta bien? —pregunta Gary—. ¿O distinta mal?

Distinta mal, piensa Phoebe. Es el novio bien afeitado listo para su ceremonia. Un hombre al que probablemente nunca llegará a conocer. Para cuando la barba empiece a crecer, serán extraños otra vez.

—Distinta bien, por supuesto —responde Lila.

Phoebe deja las bebidas sobre la mesa. Por la ventana, Phoebe ve a Carlson acomodando las sillas para la cena de ensayo de esta noche. Phoebe siente una niebla de dolor, una repentina depresión que avanza como una tormenta vespertina. Si no huye ahora, se la llevará viva.

—Debería ir a prepararme —anuncia Phoebe.

Lila le da a Phoebe un fuerte abrazo como el primer día que se conocieron. Quizá Lila no lo sepa. Tal vez todo lo que Lila puede sentir ahora mismo es miedo a lo que no quiere, a todas las cosas

malas que la rodean como una boa constrictora, apretándola con fuerza.

—Dos cosas —dice Lila—. Solo tú y yo conduciremos a la boda mañana. ¿Y puedes asegurarte de que mi madre no se emborrache demasiado esta noche? Al parecer, empezó a beber a las dos. ¿Por qué hace eso?

Es una pregunta retórica, pero Phoebe no puede evitarlo.

—No puede beber por la noche —dice Phoebe—. Lo entenderás, cuando seas mayor.

La madre de Lila está sobria cuando llegan a Breakers.

—Sinceramente, tengo ganas de dormir la siesta —le dice Patricia a Phoebe.

En el Gran Salón, los invitados a la boda están colocados por orden de importancia, según ha decidido Nancy, la organizadora de eventos de la Sociedad de Conservación. Primero está Roy, el primo de Gary, el oficiante de la boda, probablemente el único acontecimiento familiar en el que se le ha considerado el menos importante. Luego los padres del novio. La niña de las flores, el portador del anillo. Las damas de honor. La madre de la novia y su abuela. Y luego, por supuesto, la novia.

—No toques las paredes. No toques las ventanas —le ordena Nancy—. ¡No toques nada excepto a tu cónyuge! En general, me parece una buena regla para la vida, y también para Breakers.

Todos se ríen.

—Volveré —anuncia Nancy—. Y cuando vuelva, estense listos.

En cuanto se va, la gente se afloja. Marla se acerca para presentarle a Phoebe a su hijo Oliver, porque Phoebe es profesora de literatura. A Oliver esto lo entusiasma de una manera que no es normal en un niño de doce años.

—He leído todos los libros de Percy Jackson —dice Oliver—. Mi favorito por mucho es *La maldición del Titán*. ¿Lo has leído?

—Me temo que no —dice Phoebe.

Oliver parece decepcionado, pero luego se escapa con Juice para ver quién puede acercarse más a las paredes sin tocarlas.

Bootsie empieza a indicarles a Lila y Patricia las cosas que más le desagradan de los Breakers, mientras Phoebe recibe una llamada de su marido. Pone el teléfono en silencio. No quiere oír su voz esta noche. No aquí, en este Gran Salón, que más bien parece un patio. Ahora no, esta noche no. Phoebe ya está bastante confundida. Vuelve a dejar el teléfono en el bolso y Marla saca el suyo.

—Le envié mi último sexto a Robert antes de que subiera al avión esta mañana —le susurra Marla a Phoebe—. No ha respondido desde entonces, y ahora me preocupa que sea raro.

—¿Por qué iba a ser raro? ¿No está ahí mismo? —pregunta Phoebe, mirando a un hombre alto y delgado que se ha acercado para alejar a los niños de las paredes.

—Sí, por eso es raro. Le dije que mi vaginita está mojada y esperándolo, y luego solo nos saludamos en Breakers con besos secos en la mejilla —dice Marla—. ¿No deberíamos haber superado ya esta etapa? Llevamos quince años casados.

—Quizá sea el lugar adecuado —sugiere Phoebe—. Si estás empezando de nuevo, estás empezando de nuevo.

Entonces vuelve Nancy y exclama: "¡Vamos, vamos, vamos!" como si fueran niños que van a entrar en un campo de fútbol para el gran partido. Cuando Phoebe pasa junto a Nancy y cruza la puerta, espera una palmada en el culo que nunca llega.

Afuera brilla el sol. Da pasos lentos hacia la pérgola. Se detiene frente a ella, frente a Gary. Mira la cara de Gary, pero el sol brilla demasiado detrás de él. Mantiene la mirada baja, concentrada en los zapatos lustrosos de Jim. Se pregunta si serán los mismos que usó en el funeral de Wendy.

Phoebe camina hacia la izquierda, y se suma a la fila de mujeres que se situarán al lado de Lila. Desde allí, observa a Lila caminar lentamente por el pasillo con su vestido blanco. Lila le sonríe a Gary con tanta intensidad que parece que el momento de la barbería hace tiempo que quedó atrás. Es como si todos los momentos anteriores a este fueran irrelevantes. Esto es lo que produce en Phoebe el ritual de la boda, incluso el mero hecho de ensayarlo: nada puede competir con esto.

—Bien, entonces cortaremos la música y se quedarán aquí de pie mirándose profundamente a los ojos —dice Nancy, y se vuelve hacia Roy—. Y ahí dirás eso significativo que vas a decir.

—Y entonces estaremos casados y hurra —dice Lila.

Se besan, por si hace falta.

Ha terminado y salen, de a uno, cada mujer en pareja con un padrino. Phoebe lo toma del brazo a Jim. Le gusta cómo se siente su brazo entre los suyos. Es sólido, el brazo de un hombre que probablemente mantendría muy bien el equilibrio en una cumbre empinada.

Quizá esta noche me acueste con Jim, piensa Phoebe.

Le sorprende la idea. A Jim lo siente más como un hermano. Pero tal vez los dos necesiten reencauzar su deseo. Pasar una noche juntos. Ella nunca ha tenido sexo con un hombre más joven. Algo tendrá que ver el hecho de que pasa demasiado tiempo con

estudiantes. Su juventud la horrorizaba. Cuánto les faltaba por aprender. Lo poco que pensaban sobre la Batalla de las Ardenas.

Pero Jim es un buen hombre. Un ingeniero. Está construyendo un hidroavión.

—¿Llegaste a terminar el discurso? —le pregunta Phoebe, mientras dan vuelta a la esquina y regresan al Gran Salón donde empezaron.

—Sí, lo terminé —dice Jim, y parece orgulloso.

De regreso en el hotel, el patio se ha transformado en un mágico bosque de cuento de hadas para la cena de ensayo. Mesas de granja de roble, dispuestas en hileras, antorchas en fila en el suelo de piedra. De los balcones superiores cuelgan rosas blancas. Y justo en el medio de todo eso, Lila y Gary miran el cuadro gigante de Patricia desnuda.

—¿Quién ha traído este cuadro aquí? —pregunta Lila, cuando llegan Phoebe y Jim—. Yo no pedí que lo trajeran.

—Fue idea de tu madre —responde Gary—. Quería darte una sorpresa. Sabe lo mucho que significa para nosotros.

—Cierto —reafirma Lila, y asiente lentamente—. Pero aquí hay niños.

—Técnicamente solo dos —afirma Jim.

—Juice ha visto este cuadro un millón de veces —dice Gary, confundido.

—Y Oliver parece... versado —dice Phoebe.

Phoebe mira por primera vez el cuadro de Patricia. Ahí está la abstracción cubista de una madre desnuda bajo el sol brillante de un

jardín hiperrealista. Si la madre no se viera tan fragmentada, o si el jardín no pareciera tan muerto, no funcionaría. Pero funciona. Es hermoso. Y triste. Hermoso porque es triste o triste porque es hermoso.

—Traeré algo de beber —le dice Gary a Lila.

Cuando se aleja, Lila se queja:

—No entiendo por qué mi madre tiene que hacer que hasta mi boda sea sobre su cuerpo desnudo.

Jim se acerca al cuadro como si fuera a revelarlo.

—Por favor, no te acerques tanto a mi madre, Jim —le dice Lila.

Señala el libro que pintó Withers en la mano de Patricia.

—¿De verdad el título de este libro es *Nadie cuida el jardín solo*? —pregunta.

—Espera, ¿en serio? —pregunta Lila. Se echa a reír. Mira más de cerca el cuadro—. Le compré ese libro a mi madre por su cumpleaños. Pensé que le gustaría, que necesitaría un pasatiempo o algo así.

Jim la mira.

—¿Ves? En ese sentido, este cuadro en realidad sí trata de ti.

—De un farsante a otro, ese sí que es cualquier cosa —bromea Lila.

Jim se ríe.

—Pero gracias por intentarlo —dice Lila.

Se queda mirando a Jim con ternura y Phoebe aparta la mirada como si estuviera presenciando un momento privado que no debería ver. Hay algo en el intercambio, en el encuentro de las miradas. Un momento extraño en el que el universo presenta el orden correcto de las cosas, o al menos otro orden posible de las cosas. Si el padre

de Lila hubiera elegido otro médico. Si Jim no hubiera llevado a Gary a la galería ese día.

Pero en este universo, Phoebe ve cómo se alejan uno de otro. Lila va a buscar su bebida al bar, Jim se abraza con la madre de Gary. Se pregunta qué será de Jim, y le preocupa que perder a Lila pueda hacerle retroceder otra década. Se imagina que podría convertirse en un hombre al que le resulta más fácil construir un hidroavión antes que formar una familia. El tipo de hombre que vive solo durante tanto tiempo que acaba tratando su propia casa como un país, cargando con todo lo que necesita mientras recorre el perímetro, su sonora carcajada el himno que los vecinos oyen desde lejos. Pero quizá un día se limpie el aceite de las manos por última vez y piense: "¿Adónde se ha ido todo el mundo?".

Y Lila, ¿dónde estará entonces? Hará diez años que está casada con Gary. Quizá con dos hijos. Tomando ya su segundo somnífero en el dormitorio de arriba. Empezando a entender por qué su madre bebe de día.

—Entonces, ¿qué se siente realmente al ser un francotirador? —le pregunta Phoebe a Roy junto a la mesa con aperitivos. Tal vez se decida por Roy, piensa. Roy es el único hombre de los de aquí que no parece enamorado de otra persona. Y es grande, alto, como un héroe de acción demasiado grande para todos los trajes del mundo conocido.

—Fue fenomenal —dice Roy.

—¿Fenomenal? —dice Phoebe—. ¿Quieres decir en el sentido tradicional de la palabra?

—¿Qué quieres decir, en el sentido tradicional de la palabra?

—Como cuando antiguamente se decía fenomenal para describir algo celestial que se ha hecho visible.

—¿Eh?

—Una estrella fugaz, por ejemplo, era fenomenal, porque creían que era una señal de Dios.

Roy le dedica una larga mirada, como si tal vez entendiera lo que intenta decirle. Pero entonces se inclina y le susurra:

—¿Quieres follar?

Quizá no sea un pedido tan extraño, dos personas en una boda que no es la suya. Pasa en las películas todo el tiempo. Probablemente le pasa a Roy todo el tiempo.

—¿La gente se acuesta contigo solo porque se lo pides? —pregunta Phoebe, con curiosidad genuina.

—Las que me miran a los ojos. En Siria, las únicas mujeres que miran a los hombres directamente a los ojos son las prostitutas.

—Eso no puede ser verdad —dice Phoebe.

—Lo es.

Al principio era raro, pero luego se acostumbró y le pareció increíble a lo que uno se acostumbra con el tiempo. Dice que es muy duro volver a Estados Unidos.

—Las mujeres de aquí no tienen problema en mirarte a los ojos. Como tú, ahora mismo. Lo estás haciendo. ¿Qué significa?

Dice que nunca sabe quién quiere tener sexo con él y quién solo está siendo cortés.

—Debe ser muy duro.

PHOEBE REGRESA AL bar junto a Jim. Pasa junto a Nat y Suz, que llevan vestidos de flores hasta los tobillos. Junto a Marla y su marido, que comen aceitunas, y tratan de conectarse con la vida real. Luego, junto a Gary y Lila, que se han vuelto inalcanzables en la hora pico del cóctel. Están cerca de la puerta, saludando a gente nueva, sosteniendo bebidas que hacen juego con la puesta de sol. Cuando Lila se ríe, Gary le pone la mano en la espalda como hizo en el barco. Ya parecen casados. Phoebe recuerda su propia boda, cómo el mero hecho de tomar todas esas decisiones juntos los casaba de alguna manera. Cada apretón de manos era una forma de decir: sí, quiero, quiero.

Phoebe pide un margarita. Se pregunta si podrá volver a beber gin-tonics. Observa cómo el camarero exprime la lima.

—¿Y tú? ¿Has terminado tu discurso? —pregunta Jim.

—Sí —responde Phoebe—. Y aprendí a no escribir nunca un discurso después de haber fumado.

La risa de Jim es tan explosiva que parece que hay una alta probabilidad de que muera antes de que termine. Incluso Gary y Lila lo miran mientras se aprieta el pecho. Todos ven cómo le caen gotitas como a un tubo de escape. Pero sobrevive. Rodea a Phoebe con el brazo y Gary los mira. Se miran a los ojos, pero entonces llega otro invitado para darle la mano a Gary.

—Me haces reír —dice Jim—. Siéntate a mi lado esta noche.

—Creo que tenemos asientos asignados —dice Phoebe, mientras levanta la tarjeta con su nombre. Phoebe se siente orgullosa de estar en la mesa 1 por primera vez en su vida, sentada justo enfrente de los novios. Jim está sentado a su lado.

—Es el destino —dice Jim.

Lila levanta su copa y choca una cuchara contra ella. Gary levanta su copa de champán.

—No podemos expresar lo agradecidos que hemos estado por su apoyo y su comunidad esta semana —dice Gary—. Es maravilloso estar aquí, en este precioso hotel, con todos ustedes.

Cuando les habla a sus invitados, Phoebe tiene la sensación de que el Gary que estaba sentado junto a ella en la barbería ha desaparecido de verdad. Este Gary no tiene barba y no tiene nada que ver con Phoebe. Pero cuando Gary se da la vuelta para señalar el magnífico océano que hay detrás de ellos, Phoebe lo ve: la pequeña mancha de sangre donde lo lastimó el barbero.

—La cena será de cinco platos —les explica Lila—. Con un limpiador de paladar entre cada uno. Y después, nos iremos a la playa a disfrutar de los fuegos artificiales y malvaviscos para los niños. Así que, por favor, disfruten y ocupen sus asientos asignados.

Cuando todos se sientan, la madre de Gary se levanta.

—Tomémonos de las manos y demos las gracias —dice.

Phoebe le da la mano a Patricia, una mano que es tan suave y seca como una piedra, y le preocupa aplastarla por alguna razón. Del otro lado está Jim.

—Bendícenos, Señor, y a estos, tus dones, que estamos a punto de recibir de tu generosidad. Por Cristo, nuestro Señor —dice la madre de Gary—. Amén.

Mientras la mitad de la sala se persigna, Juice se estira para buscar el vino de Jim.

—¿Puedo un sorbo? —pregunta Juice.

—No —responde Jim.

—Pero todos los demás están bebiendo —observa Juice.

—Cuando seas mayor, tendrás tiempo de beber más vino del que quieras. Tu tío sabe lo que dice.

Gary se queda mirando todo esto, siempre un poco desconcertado ante los intentos de Juice de hacerse mayor. O tal vez solo está estudiando a Jim, que ahora se inclina hacia Phoebe, sin ningún disimulo, y le susurra algo al oído.

—¿Qué carajo es un limpiador del paladar? —susurra Jim.

—Una cosa de limón en una cuchara —dice Phoebe.

—Ah, claro, eso tiene todo el sentido del mundo.

Phoebe se ríe y, en este espacio, tan cerca de Jim, se siente segura para devolverle la mirada a Gary. Pero Gary ya ha apartado la mirada, y a Phoebe le resulta tan extraño que los humanos hayan aprendido a hacer eso, a apartar la mirada justo a tiempo.

—Pero ¿y si me muero? No a todo el mundo le llega el momento —dice Juice.

—No morirás —la tranquiliza Gary.

—Eso no lo sabes —le discute Juice.

—Sí, lo sé —afirma Gary.

—¿Eres Dios?

—Es un humano adulto —asegura Jim—. Según las estadísticas, la mayoría de los niños de Estados Unidos llegan a la edad de beber.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque soy un humano adulto! Sé cosas —dice Jim.

De vez en cuando, Marla y su marido hablan entre ellos pidiéndole a Oliver que haga algo del todo inapropiado, como conjurar en público un sustantivo latino, lo que incomoda enormemente a la mesa, aunque todos logran no demostrarlo.

—Su segundo plato —dice el camarero, y la madre de Gary se pone de pie.

—Tomémonos de las manos y demos las gracias.

Lila la mira a Phoebe, y Gary y Marla se miran entre sí, como si no estuvieran seguros de si son los primeros signos de demencia o el catolicismo tardío lo que la hace insistir en bendecir la mesa antes de cada plato. Pero nadie la detiene.

—Bendícenos, Señor, y a estos, tus dones, que estamos a punto de recibir de tu generosidad —dice la madre de Gary.

Jim pasa el dedo por la palma de la mano de Phoebe.

—Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

Después, Jim no le suelta la mano. Gary y Lila se quedan mirando las dos manos, mientras Phoebe intenta entablar una conversación jocosa sobre cuándo y con qué frecuencia se debe dar las gracias en una cena de cinco platos.

—Es una buena pregunta —observa Jim—. ¿Cuál es la verdadera comida? ¿Cuál es la verdadera cena por la que debemos estar más agradecidos, profesora Stone?

—Lo siento, no respondo preguntas filosóficas —dice Phoebe—. Si quieres debatir la naturaleza categorial de una comida, necesitarás a mi exmarido. Él es el filósofo.

Se ríen y se sueltan.

—No necesitamos que Sócrates nos diga que esto no es una comida —dice el padre de Gary—. Esto es solo sopa con pretensiones. ¿Y por qué está fría?

—Es gazpacho —responde Lila.

—¿Gazpacho? —pegunta Bootsie—. ¿Quién es español aquí?

Gary entrega el tupper de Bootsie al camarero.

—¿Puedes poner esto en un recipiente bonito?

Luego comen en relativo silencio, que se alarga demasiado. El tintineo de los tenedores contra los platos se hace insoportable, la confirmación de que las familias no tienen nada que decirse, excepto Phoebe y Jim.

—No puedo creer que aún no te lo haya preguntado —dice Jim—, pero ¿de dónde eres?

—Missouri —dice Phoebe. Phoebe es plenamente consciente de que todo el mundo está escuchando—. ¿Tú?

—Pawtucket, Rhode Island —responde Jim—. El último lugar de América que fabrica sus propios calcetines.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Phoebe.

—La fábrica cerró y ahora Estados Unidos no fabrica sus propios calcetines —dice Jim.

—¿En ningún lugar de Estados Unidos? —pregunta Phoebe. Le cuesta creerlo, pero no le sorprende en absoluto.

—No creo que eso sea cierto —opina Lila—. A Jim le gusta decir eso, no sé por qué.

—Porque es increíble —agrega Jim—. ¿Qué podemos decir de una superpotencia que no fabrica sus propios calcetines?

—Algo sobre dedos congelados —dice Phoebe.

—Tradicionalmente, la muerte empieza en los pies —concluye Gary.

—Eso es un poco morboso, Gary —dice Lila.

El camarero deja el siguiente plato.

—Filete mignon.

Todos esperan a ver si la madre de Gary quiere volver a bendecir la mesa, pero ya está cortando la carne. La fuente de filetes

diminutos parece un error al lado de los trajes de lino, el encaje blanco de sus vidas. Parte de la sangre se acumula en los bordes de la bandeja, y Jim pregunta:

—Se supone que tenemos que dar los discursos después del cuarto plato, ¿no?

Pero Lila lo hace callar.

—Asegurémonos primero de terminar la comida —pide Lila.

Phoebe se fija en un botón que le falta a la blusa de Patricia. Los dientes amarillos de la madre de Gary. Oliver, que muestra demasiado lo blanco del ojo cuando habla. Juice, que huele ligeramente a hierba mojada y alcohol. La comida en los dientes de Lila.

—Lila —dice Phoebe, intentando llamar su atención.

Pero a Lila le preocupa la hora.

—¿Ya viene el cuarto plato? —le pregunta al camarero.

—Sí.

Lila expresa su preocupación ante la posibilidad de perderse los fuegos artificiales programados a las nueve, y el camarero le asegura que hará un pedido para acelerar las cosas. Y así lo hace. Los filetes de pescado llegan casi de inmediato y la madre de Gary se levanta de nuevo.

—Jesucristo —dice Patricia—. Una vez está bien, se espera. Tres veces, no puedo. ¡Basta, Dios! ¿Ha pagado Dios esta comida? ¿Compró Dios todos estos filetes diminutos? No. Los compré yo.

—En realidad, los compró papá—explica Lila.

—¡Sí! Y deberíamos darle las gracias a Henry —dice Patricia mientras se levanta.

—¿No se cansa esta familia de hablar del Rey de la Basura? —pregunta Bootsie, y le da un sorbo a su gimlet.

—Gracias al Rey de la Basura de Rhode Island —les dice Patricia a todos—. Y por supuesto, al pueblo de Estados Unidos por producir tanta basura, por no reciclar nunca como deben, ellos han hecho posible que todos nosotros estemos aquí esta noche.

—Mamá —sisea Lila—. No se trata de ti.

—Lo sé, Lila —dice Patricia—. Nada tiene que ver conmigo. Soy consciente de eso.

La madre de Gary sigue de pie, confundida, así que Gary se levanta también.

—Tomémonos todos las manos —sugiere Gary, y Lila pone los ojos en blanco. Pero todos se toman de las manos y bendicen la mesa por última vez.

—Ahora vamos a llegar tarde a los fuegos artificiales —anuncia Lila cuando terminan.

—¿De verdad podemos perdernos los fuegos artificiales? —pregunta Jim—. Podemos ver el cielo entero desde aquí arriba.

—Sí, Jim, uno puede perderse los fuegos artificiales —dice Lila—. Porque hay un lugar preparado en la playa con una fogata y mantas y un tipo que probablemente ya esté haciendo malvaviscos para todos.

—Lo divertido de los malvaviscos, ¿no es ponerlos uno mismo al fuego? —pregunta Marla.

Lila parece que va a explotar, pero en lugar de eso se vuelve hacia Phoebe y Jim.

—En realidad, creo que tendremos que sacar los discursos —dice Lila.

—¿Sacar los discursos? —pregunta Gary.

—Jesucristo, Lila —dice Jim.

—¿Qué? —pregunta Lila.

—Jim trabajó mucho en su discurso —dice Gary, y es evidente que está muy decepcionado por la decisión de Lila.

Phoebe también está decepcionada. No tenía un discurso, pero aun así tenía muchas ganas de subir ahí, hablar delante del público, decir cosas bonitas sobre lo que significó Lila para ella esta semana y ocupar realmente su lugar como amiga de Lila. Pero quizá por eso es que Lila no tiene amigos de verdad, piensa Phoebe. No sabe cómo conservarlos. Sigue cambiándolos por otra cosa.

—Bueno, perdón —se disculpa Lila—. Pagamos cinco mil dólares por esos fuegos artificiales. Y ya estamos demorados. Puedes enviarme el discurso por email mañana si quieres.

Por un momento, Jim parece desconsolado, como si fuera a llorar, como si este momento se hubiera convertido en el momento que temía. Lo van a dejar afuera del programa que organizó la familia. Pero luego sonríe, como si acabara de aprender algo vital. Dobla la servilleta, la deja sobre la mesa y sube a dar su discurso.

—¡Jim! —le sisea Lila. Pero él no se detiene. No saca un trozo de papel. Simplemente empieza a hablar.

—Bueno, Gary —empieza Jim—, hemos pasado por muchas cosas juntos.

Empieza enumerando todas las cosas que han hecho juntos a lo largo de los años, como montar a caballo por los Tetons y construir un arenero para Juice en el patio trasero.

—Pero lo más importante que hicimos juntos, fue vigilar a mi hermana —y ahí es donde se traba.

No puede terminar la frase sin llorar. Lila aprieta el tenedor de postre en la mano. Gary mira hacia la mesa. Phoebe siente un nerviosismo repentino, el mismo tipo de nerviosismo que la invadía cuando hacía una presentación un estudiante que no se había preparado bien. Jim se muerde el costado del puño para no llorar y, cada vez que parece listo para hablar, se echa a llorar de nuevo. Finalmente, el padre de Gary se pone de pie, empieza a aplaudir y dice:

—Estamos aquí por ti, Jim.

Entonces todo el mundo empieza a aplaudir, todo el mundo se levanta, y esto hace que Jim llore y ría al mismo tiempo. Finalmente, cuando Jim se ha serenado, termina su discurso.

—Sé que no debería pararme aquí a hablar de mi hermana. Pero no sé de qué otra forma hablar de Gary. Nunca he conocido el tipo de amor que Gary nos ha mostrado a mi hermana y a mí a lo largo de los años. Nunca vi a un hombre soportar algo tan doloroso con tanta gracia. Y encima de todo eso, todavía tiene tiempo para responder a todas las preguntas sobre si los colores de las mierdas son normales…

Todos se ríen. Lila se sonroja. Juice bebe un sorbo del vino de Jim.

—Imaginen, el hombre incluso hace preguntas de seguimiento —agrega Jim—. "¿Diría que es más bien un malva? ¿O un granate?".

La sala se ríe aún más.

—Gary es el mejor. Todos queremos a Gary. Todo el mundo quiere a Gary. Gary es bueno. ¿Pero en qué no es bueno? Ser compinche de aventuras —dice Jim. Mira el cuadro expuesto—. Porque cuando estábamos en la galería aquel día, la idea era que yo iba a tratar de conquistar a Lila.

El público se ríe. Oyen todo esto como si fuera una broma, pero Lila se queda paralizada. Ella se da cuenta de que no es una broma.

—Pensé: *¿Quién es esta mujer encantadora?* Porque eso es algo que sabemos de Lila. Es encantadora. Tiene una gran personalidad. Tantas ideas. La persona más especial que conozco, ¿saben? Lila sabe exactamente lo que quiere. Y si no, miren este lugar, miren estos centros de mesa, miren lo increíble que es todo.

Suena el primer fuego artificial de la noche. Explota detrás de Jim con un gran estallido rojo, pero Lila no lo ve. Está subyugada por las palabras de Jim.

—Escuchen esos fuegos artificiales —les pide Jim, y el público se ríe—. ¿A quién más se le hubiera ocurrido contratar fuegos artificiales? ¿Quién más podría haber hecho esto posible? ¿Quién más nos habría pedido que nos quedáramos aquí una semana entera?

—Seis días, Jim —corrige Lila, y el público vuelve a reírse.

—Sin contar los días de viaje —dice Jim.

Son buenos juntos. Un dúo cómico.

—¿Ven? Lila es atrevida. Dios, realmente me encanta. Ese es su gran don. Eso es lo que va a hacer que la vida con Lila sea tan divertida. Mucho más grande de lo que el resto podríamos soñar. Y estoy tan agradecido de que me hayan traído aquí, después de una época realmente oscura, y que me hayan dado la oportunidad de estar presente en ese sueño, de desempeñar mi pequeño papel, de unirnos. Es lo que más he echado de menos.

Otro fuego artificial. Jim hace una pausa, como si esperara a que las luces se apaguen en el cielo. Luego levanta su copa. Todos en la sala están conmovidos, y Phoebe también puede sentirlo.

—Un brindis, por Lila y mi hermano Gary —pide Jim.

Gary tiene los ojos enrojecidos por las lágrimas. Todos aplauden y Gary se levanta para abrazar a Jim. Juice bebe otro trago del vino de Jim justo antes de volver a ocupar su lugar junto a Phoebe.

—¿Vas a terminar tu filete? —pregunta Jim.

—No —responde Phoebe.

Lila se queda mirando a Jim en silencio mientras termina el filete.

—¡Ha sido maravilloso! —dicen Suz y Nat, y estalla otro fuego artificial en la distancia.

Phoebe mira a Lila. Se señala los dientes.

—Oh —dice Lila—. Disculpen.

—¿En serio Jim estaba tratando de seducirme con su discurso de padrino? —pregunta Lila en cuanto están en el baño—. ¿Por qué es así?

—Porque te quiere —suelta Phoebe.

—No me quiere. Ha tenido unas quince novias desde que lo conocí —le cuenta Lila—. No quiere a nadie.

—Eso no es verdad, y lo sabes. La verdad es que Jim es un buen tipo.

Lila se vuelve hacia el espejo.

—Dios, ¿por qué siempre se me atasca la comida en este rinconcito? —dice Lila. También culpa de esto a su madre. Tiene los dientes demasiado apretados en la boca. Son demasiado grandes, blancos y brillantes. Se rasca entre los dientes y el gesto le resulta tan familiar que Phoebe siente como si hubieran vuelto a tener su primera conversación en Los locos años veinte.

—Bueno, es que no se dicen esas cosas en un discurso de padrino —dice Lila—. Nunca sabe qué es apropiado y que no. Es como salvaje o algo así.

—¿Pero no es eso lo que te gusta de él? —pregunta Phoebe.

—¿Qué quieres decir?

—Que dice las cosas. Que te descubre los jueguitos.

—¿Los jueguitos? ¿Qué jueguitos?

—Me refiero a que dice la verdad. Hace una broma estúpida sobre el cuadro de tu madre y te hace reír.

Lila se vuelve hacia Phoebe.

—Si me quiere, ¿por qué te quiere seducir a ti también?

—¡Porque te casas mañana! Soy su plan B. Su polvo consuelo.

—Espera, ¿te vas a acostar con Jim?

—Hay una posibilidad bastante grande, sí.

—¿Así que realmente está pasando algo entre ustedes dos? Le decía a Gary que no me lo imaginaba.

—¿Por qué no? —pregunta Phoebe.

—No eres para nada su tipo.

—¿Qué significa eso?

—Eres muy inteligente. De una manera realmente adorable. Pero no eres del tipo animadora de fútbol americano, ¿sabes? Eres un poco... bueno, suicida.

A Phoebe le causa un gran impacto la despreocupación con que lo dice. Como si no fuera gran cosa ser suicida. Haber aparecido aquí con ganas de morir. Como si fuera otra de las adorables manías de Phoebe.

—Sí. ¿Y alguna vez te preguntaste por qué era suicida? —pregunta Phoebe—. ¿Alguna vez me preguntaste: "Oye, ¿qué te pasa?"?

—Bueno, no quería ser indiscreta.

—No —dice Phoebe—. Solo querías hablarme a mí. No te importa lo que tenga que decir yo.

—Eso no es verdad. Literalmente te pedí que te parases frente a todos y dieras un discurso en mi boda.

—Sí, y luego lo sacaste.

—Realmente no tengo tiempo para una pelea. Esta es mi cena de ensayo.

Así que quizá no vayan a ser amigas. Tal vez hayan vuelto al punto de partida, Lila obsesionada con asegurarse de que nada arruine su boda perfecta y Phoebe, siempre a punto de arruinarla. Tal vez no exista algo así como la amistad, como pensaba Phoebe en las noches más oscuras, en su casa.

Pero Phoebe no puede creérselo del todo. Parece más cierto decir que la amistad es difícil. Requiere una honestidad extrema. Un tipo de franqueza que Phoebe sintió por primera vez en su vida aquella noche que llegó al hotel, tan ligera y libre de cualquier carga. Tan dispuesta a dejar este mundo. Pero ahora ya no es libre, es una persona en esta boda, y las responsabilidades de ser una buena amiga ya han empezado a cambiarla. Puede sentir que quiere ocultarle cosas a Lila. Alimentar sentimientos secretos en la oscuridad de su mente, porque la honestidad total es aterradora. Siente que esa honestidad puede arruinarlo todo. Y tal vez Patricia se refería a esto con lo de salvarse a sí misma. A lo que se refería la mujer del sexo cuando dijo que Phoebe, durante el resto de su vida, tendría que seguir "controlándose". Mirarse al espejo y preguntarse una y otra vez: "¿Estoy siendo honesta en este momento?".

—¿Puedo contarte algo con total sinceridad? —pregunta Phoebe.

Phoebe no quiere ser como Mia. No quiere fingir que sus sentimientos por Gary no son reales. Pero no sabe qué significa ser sincera en este momento. Confesarle a la novia lo que siente por el novio, ¿es el acto más egoísta o el más noble? No lo sabe. Lo único que se le ocurre hacer es dejar que la novia decida.

—Como si alguna vez no me hubieras dicho todo —dice Lila—. ¿No es típico de ti?

—¿Lo es?

—La primera vez que te vi, me dijiste que querías suicidarte.

Phoebe asiente. Le parece increíble que le haya dicho eso a una completa desconocida, pero ahora Phoebe lo ve claramente como un acto de desesperación.

—Siento haberte hecho eso —se disculpa Phoebe.

—Está todo bien. Pero de verdad que no puedo soportar más sinceridad ahora mismo después del discurso de Jim. Realmente solo necesito que la noche vaya bien. Y un poco de hilo dental.

—Pero pensé que querías dejar de fingir.

—Y yo que pensaba que eras mi dama de honor.

—Lo soy.

—Entonces ayúdame.

Phoebe abre su bolso.

—Toma. Usa esto.

—¿Tu tarjeta de mesa? —pregunta Lila, pero la toma. Empieza a usar la esquina afilada de la tarjeta para meterla entre los dientes. Lo saca. Victoria. Se vuelve a pintar los labios. Se acomoda el labial con los labios. Mira a Phoebe como si no pudiera estar más agradecida.

—Cuando volvamos, quiero que des tu discurso —le pide Lila—. Siento haberlo sacado. Realmente quiero escucharlo. A veces me pongo muy nerviosa, ¿sabes?

—Lo sé —dice Phoebe.

PERO CUANDO VUELVEN al patio, lo encuentran casi vacío.

—Les dije a todos que fueran a ver los fuegos artificiales —dice Gary—. Nos encontraremos con ellos allí.

—¡Pero Phoebe no ha dado su discurso! —grita Lila—. Y ni siquiera hemos comido ninguno de los limpiadores del paladar, ¿verdad?

—No se comen limpiadores del paladar, se usan limpiadores del paladar —la corrige Marla.

—Jesucristo, Marla, ¿a quién le importa cuál es el término correcto? —pregunta Lila—. No comimos ni usamos ninguno, ¿tengo razón o no?

—No recuerdo un limpiador del paladar, no —agrega Gary.

—Mejor así —dice Jim—. Estoy lleno.

Se frota la barriga como si hubiera crecido durante la cena, pero no es así.

—Pero pagamos por ellos —se lamenta Lila.

Lila pide ayuda, pero no es el camarero quien se acerca. Es Pauline.

—Sí, lo siento mucho —se disculpa Pauline—. El camarero me transmitió sus preocupaciones, y tomamos la decisión de omitir los limpiadores del paladar para que pudiéramos llevarlos a todos a tiempo para ver los fuegos artificiales.

—¿Omitieron los limpiadores del paladar, dice? —pregunta Lila.

—Me temo que los omitimos, sí —responde—. La comida se estaba alargando un poco más de lo previsto y tomamos una decisión ejecutiva.

—¡Ah! Si fue una decisión ejecutiva es otra cosa —dice Lila.

—Lila —dice Gary—. Está bien.

—¡No, no está bien! Esto es inaceptable. ¡Pedimos ciento sesenta limpiadores del paladar!

—Espero que los donen —dice Marla.

—¿La gente dona limpiadores del paladar? —pregunta Phoebe—. Eso me parece… cruel.

—Dios mío, ¿puede alguien decirme qué es un limpiador del paladar? —pregunta Juice

—Como una cosa de limón en una cuchara —lo describe Jim.

—¿Una cosa de limón en una cuchara?

—No lo sé. Pregúntale a la profesora —sugiere Jim.

—Es lo de siempre —aclara Phoebe.

—Pauline, gracias —dice Gary—. Nos encargaremos nosotros.

Pauline asiente, se marcha, y en su ausencia se discute mucho sobre si el hotel tenía derecho a hacer eso: omitir el limpiador del paladar, tomar una decisión ejecutiva sin consultar a los novios.

Gary parece pensar que es su responsabilidad como persona bondadosa perdonar al camarero por las decisiones que haya tomado, porque solo era un hombre sin buenas opciones, y Lila parece pensar que es su responsabilidad como novia no malgastar el dinero de su difunto padre en comida que se les negó.

—Hemos pagado mucho dinero por esta comida —se queja Lila.

—Bueno —dice Jim—. Aquí vamos otra vez.

—¿Cómo que aquí vamos otra vez? —pregunta Lila.

—Es decir, sabemos cómo va a acabar esto, porque así es como siempre acaba, así que ¿por qué no nos lo saltamos todo y nos vamos a ver los fuegos artificiales y a disfrutar de nuestra noche?

—¿Cómo acaba siempre todo? —pregunta Lila.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Creo que no —dice Gary—. Jim, creo que necesitas...

—No, realmente quiero saberlo —interrumpe Lila.

Igual que los demás que se quedan mirándolo.

—Te enfadas por algo muy pequeño y sin importancia —dice Jim —. Y Gary respira hondo y dice: "Bueno, bueno, vamos a solucionarlo", y luego lo va a solucionar, y entonces te sentirás mejor, hasta mañana, cuando encuentres otra cosa sin importancia por la que desmoronarte.

—No es algo sin importancia —se defiende Lila.

—¡Es una cosa de limón! ¡En una cuchara! —exclama Jim—. ¿A quién le importa?

—¡A mí! —grita Lila—. ¡A mí! ¿Qué tiene de malo que te importen las cosas? ¿Está tan mal querer que las cosas se hagan bien? Así es como se hacen realidad los grandes sueños, Jim. Así es como se construye un hidroavión. Tienes que encargar todas las piezas y luego asegurarte de que recibes todas las piezas correctas, porque si te falta, aunque sea una, ¡el hidroavión no funciona!

—¿Qué tiene que ver todo esto con mi hidroavión? —pregunta Jim.

—¡Ni siquiera tienes un hidroavión! —dice Lila—. Llevas dos años hablando de él como si tuvieras ese hidroavión, ¡pero no lo tienes! ¡Ni siquiera has encargado la estructura! Porque no te tomas nada en serio, ni siquiera tus propios sueños. Solo te sientas y hablas de

toda la mierda que nunca vas a hacer y de toda la gente que no está aquí, y siento que tu hermana esté muerta, ¡pero en serio tienes que seguir adelante y empezar a construir tu hidroavión! Todos ustedes lo necesitan.

La familia mira a Lila, un poco atónita

—Esto es agotador —se queja Jim—. Estoy harto de todo esto.

—¿Cansado de qué, exactamente?

—Estoy cansado de que exageres así —dice Jim—. De que le grites a todo el mundo. Y Gary ahí parado. Míralo. Está ahí parado sin hacer nada.

Todos miran a Gary y Gary se aclara la garganta. Pero no habla. Sigue ahí parado.

—Los dos pueden ser mejores que esto.

Otro fuego artificial estalla a lo lejos.

—Buenas noches —saluda Jim, y luego se va como si este hubiera sido el verdadero discurso que había estado escribiendo dentro de su cabeza toda la semana. Todo el año.

Phoebe medio espera que Lila le grite a Jim mientras se aleja, pero no dice nada, como si ya estuviera tratando de ser su mejor yo.

—¿Sabías que las gambas se comen a sí mismas desde dentro? —pregunta Juice, con un vaso de vino en la mano.

—¿Estás bebiendo? —pregunta Gary.

Marla levanta la mano.

—Yo me encargo.

—Juice —dice Gary—. ¿Por qué estás bebiendo?

—Dije que yo me encargo —dice Marla—. Ve al sendero junto al acantilado y disfruta de los fuegos artificiales con tu prometida. Es una orden.

Lila y Gary se miran, una especie de mirada de impotencia, como si ahora no tuvieran ni idea de cómo disfrutar de los fuegos artificiales. Pero se van, y Oliver parece angustiado, como si acabara de darse cuenta de que algo está profundamente mal con los adultos de su vida. Phoebe recuerda haber sentido lo mismo de niña, al ver a su padre acompañar a una mujer hasta la puerta después de cenar. Nunca la invitaba a quedarse. Nunca permitió que nadie entrara en su vida después de su madre. Se despedía de la mujer, fuera quien fuera, y Phoebe sentía que cometía un error, sentía que a veces no hacer nada era el peor error de todos.

Pero Oliver se limita a señalar el cuadro de la madre de Lila desnuda.

—¿Eres tú? —le pregunta a Patricia.

—Soy yo —dice Patricia.

Y Juice explota, por toda la mesa. Vómito rojo por todas partes.

—Dios mío —suspira Marla, llevándose la mano a la frente.

Marla mira a Phoebe.

—Lo siento, no puedo —dice Marla, y le da la mano a su marido por primera vez desde que llegó.

—El vómito me hace vomitar.

JUICE LLEGA EN silencio bajo el ala del brazo de Phoebe, hasta el ascensor.

—Lo siento mucho —se disculpa Juice.

—Ya lo sé —dice Phoebe.

—Quiero decir, estoy muy triste.

—Ya lo sé.

—Echo de menos a mi madre.

—Ya lo sé.

—Ojalá pudiera estar aquí.

—Ya lo sé.

Phoebe se siente impotente. Se imagina que eso es lo que sienten las madres. La impotencia integra el paquete. Así que hace lo que puede: la lleva a la habitación que Juice comparte con Gary. Pero en la puerta, Juice se pone a llorar.

—No quiero estar en la habitación de mi padre —dice Juice, y suena como si estuviera a punto de hiperventilar. Como aquel día en el muelle, que casi le pasa lo mismo—. Solo quiero a mi mamá.

El llanto de Juice penetra en lo más profundo del corazón de Phoebe… lo siente como propio.

—Vamos a mi habitación —sugiere Phoebe.

Dentro, Phoebe le trae un vaso de agua. Le quita los zapatos dorados a Juice. Le pone una manta por encima. Se sienta al borde de la cama y piensa: Habría sido una madre extraordinaria, y luego le acaricia el pelo a Juice.

—Me da mucha pena que tu madre ya no esté aquí —la consuela Phoebe—. Pero eso no significa que estés sola.

Juice sigue llorando, se hace un ovillo y se sube la manta hasta la barbilla. Espera que Lila aprenda a ser madre. Espera que Lila actúe al menos como su medio hermana. Que las dos estrechen lazos mientras ven películas de mierda y comen porquerías hasta altas horas de la noche.

—Estarás bien —le promete Phoebe—. Sé que ahora no lo crees. Pero ya lo verás.

—¿Pero cómo lo sabes?

—Porque yo tampoco tuve madre —dice—. Y estoy bien.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —dice Phoebe, y siente que dice la verdad. Estoy bien. Estoy viva. Estoy aquí.

Cuando Juice se duerme, Phoebe mira su teléfono. Tres llamadas perdidas de su marido. Ha perdido el control, piensa. Empieza a escuchar el primer mensaje, pero la interrumpe alguien que llama a la puerta.

—No podía quedarme ahí sentado viendo los fuegos artificiales —le explica Gary—. ¿Juice está bien?

—Ya está bien —le asegura Phoebe.

—Quiero decir, claramente, no está bien —dice Gary.

—Esto es duro para ella.

Gary se sienta en el sofá.

—Yo estaba convencido de que tarde o temprano iba a ser más fácil para ella. Tal vez a medida que avanzara el compromiso, lo iba a aceptar. Pensé que el hecho de que yo me casara de nuevo iba a ser algo bueno para nosotros.

El sonido de los fuegos artificiales es muy intenso, pero Juice no se mueve.

—Debe estar muy borracha.

Miran las explosiones verdes, rojas y azules en el cielo.

—Jim tenía razón —dice Phoebe—. No hay que perderse los fuegos artificiales.

—Jim suele tener razón —suspira Jim—. La vida nunca es lo que crees que va a ser, ¿no?

—No —dice Phoebe—. Ha sido una semana muy sorprendente.

Él la mira y le dice:

—Si hay que no esperaba era conocerte a ti.

—Yo no me esperaba a ninguno de ustedes. No esperaba nada de esto.

—Phoebe —dice Gary, como si fuera a retomar la conversación de antes—. Creo que estoy cometiendo un terrible error.

Pero entonces vuelven a llamar a la puerta. Puede oír la voz de su marido, que pregunta casi gritando:

—Phoebe, ¿estás ahí?

—Matt —dice Phoebe cuando abre la puerta.

—Phoebe —dice Matt.

Su marido está aquí. Porque si ella es totalmente honesta consigo misma, él sigue siendo su marido. Cuando lo ve, piensa: "Ah, mi marido está aquí". Tiene el mismo aspecto de siempre. Está en el pasillo como ha estado en todos los pasillos en los que ella lo ha visto.

—Hola —se presenta Gary—. Soy Gary.

Matt debe estar muy confundido al verla aquí con este extraño detrás de ella, y esa chica en la cama.

—Soy el marido de Phoebe —se presenta Matt.

Espera a que Matt se corrija, pero no lo hace. No sabe si es Matt el que parece raro al lado de Gary o si es Gary el que parece raro al lado de Matt.

—Encantado —dice Gary. Mira a Phoebe, como si intentara enviarle un mensaje con la mirada, pero Phoebe no lo capta. La presencia de su marido ha provocado un cortocircuito.

—Bueno, debería llevar a mi hija a su habitación.

Observan en silencio a Gary, que levanta a Juice de la cama y la saca por la puerta.

Cuando se quedan solos, Matt pregunta:

—¿Quiénes eran esas personas?

Pero Phoebe no contesta. Se niega a explicarle quiénes son los de la boda. Son de ella, no de él.

—¿Así que eres mi marido? —le pregunta.

—A veces todavía lo siento así. —Matt se sienta en la cama.

—Ponte de pie —le indica Phoebe—. No te sientes en la cama.

—Perdón —se disculpa.

Phoebe se siente muy protectora de su espacio. No le gusta verlo bajo el dosel. Esta es su habitación. Su hotel.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

—Te he llamado un millón de veces, Phoebe —dice. Se para frente a la puerta del balcón y se lleva las manos a la boca—. Siento aparecer así, de verdad. Sé que debe parecer una locura. Pero tienes que entender que, durante unos días, realmente me estaba volviendo loco. Pensé que podrías estar muerta.

—No estoy muerta —dice Phoebe.

—Me doy cuenta.

Se acerca a ella, como si quisiera rodearla con sus brazos, pero tiene miedo.

—Desapareciste, Phoebe —dice—. El primer día del semestre. Nunca harías eso.

—Ya no sabes lo que haría o dejaría de hacer —dice Phoebe.

—Sé que no te irías así si no fuera una emergencia. Todos estábamos muy preocupados por ti. Pensábamos que te había pasado algo terrible. Como a Larry.

Larry era un profesor que dejó de presentarse a las clases sin avisar por correo electrónico. Cuando lo encontraron, llevaba días vomitando sangre.

—¿Pensaste que había tenido un accidente cerebral?

—Solo podía pensar lo peor.

Phoebe no estaba en la casa cuando fue a buscarla, y no faltaba nada, ni había señales de que se hubiera ido.

—Y después no encontraba a Harry. Y no sabes lo que sentí, al verlo ahí abajo en el sótano. Cuando cavaba su tumbita.

Pensar en Harry la devuelve a su antiguo yo.

—Gracias por hacer eso.

Matt empieza a llorar solo de pensar en Harry.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Por qué iba a decírtelo? Te fuiste.

—Yo amaba a Harry. Tú lo sabes.

—¿Amabas a Harry?

—También te amaba a ti. Todavía te quiero. Siempre te querré. Ahora lo sé.

La toma de las manos.

—Cuando te vi el lunes, me quedé paralizado. Quería hablar contigo, pero no sabía cómo. Y luego pensé que habías muerto, y bueno... no pude soportarlo. ¿Por qué te fuiste así?

Phoebe no contesta. No tiene que decir nada. Técnicamente ya no es su marido. No le debe la verdad profunda de su vida.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunta.

Dice que fue fácil. Demasiado fácil.

—Nunca me sacaste de nuestra cuenta bancaria.

Vio el pago del pasaje y del hotel de Newport, y recordó el nombre, el Cornwall. No recordaba por qué le sonaba tan familiar, tal vez fueron allí una vez, tal vez se suponía que tenían que ir.

—Pero ¿por qué? Por qué te fuiste así, en secreto, para venir a... ¿una boda? ¿Y de quién es esta boda?

—De Lila —responde Phoebe—. Y de Gary.

—¿Gary? ¿El hombre que acaba de estar aquí?

—Sí.

—Ah —dice—. Pero parecía que... Pensé... No importa.

—¿Así que te tomaste un avión hasta aquí? Después de dos años de vivir a quince minutos de mi casa, durante los que no me visitaste ni una sola vez, ¿te tomas un avión hasta aquí para buscarme?

—Te he echado de menos. Más de lo que crees. He pensado en ti todos los días desde que nos divorciamos. Quería llamarte o mandarte un mensaje. Quería decirte algo, pero no podía. No sabía qué decir. Te traté tan mal. Y entonces, de un día para otro, te fuiste. No contestabas mis mensajes o llamadas. Y Bob dijo que tu email era muy enigmático. Lo siento, tenía que venir. Tenía que asegurarme de que estabas bien.

—No estaba bien. Estaba... muy alterada. He estado alterada desde que te fuiste.

—Lo sé. Siento mucho haberte hecho eso.

Pero ahora le molesta que piense que todo esto fue por él. Y aunque es cierto que fue una gran parte de todo, no lo fue todo. Era más grande que él. Ella lo sabe ahora.

—No tuvo que ver solamente con que te fueras —dice—. Es todo. Se trata de cómo he sido toda mi vida. He sido tan... reprimida.

—¿Qué quieres decir, reprimida?

—Vivía mi vida de una forma muy pequeña —dice—. Era demasiado pequeña. Estaba convencida de que solo había una

forma de vivir mi vida.

—Me gustaba nuestra vida.

—Parece que no.

—Estaba pasando por algo, Phoebe. Pero sé que eso no es excusa. Sé que podría haberlo manejado de otra manera.

—¡Ja! —dice ella—. Esa es una manera de decirlo. Te manejaste de una manera espantosa.

—Lo sé.

—Me abandonaste. Dios, no tienes que estar con una persona para siempre. Pero no tienes que abandonarla tampoco. Fuiste un cobarde. Estoy tan contenta de haberme dado cuenta.

—Fui un cobarde. Ahora también me doy cuenta yo.

—Te odiaba —dice ella—. A veces todavía te odio.

Sin embargo, se siente contenta de que la haya perseguido hasta aquí. Contenta de que se preocupara por ella, contenta de saber que su amor no desapareció. Y entonces siente vergüenza por alegrarse de que un hombre la haya acosado. Entonces recuerda que se supone que no debe sentir vergüenza, según su terapeuta y Thyme. Debería ser más amable consigo misma, porque ese hábito de destrozarse cada tres segundos en su mente le hace sentir vergüenza. Pero al menos lo nota. Al menos ahora se da cuenta de estas cosas.

—Me mataría si me odiaras.

—En realidad no te odio. Ya no. Me siento mejor ahora. De verdad que sí.

—¿Por ese tipo?

—Ni se te ocurra ponerte celoso.

Él lo sabe. También está avergonzado por eso. Lamenta estar celoso, lamenta haberse ido. Lamenta haberla engañado. Era lo que no había que hacer. Pero sintió que se ahogaba y no es excusa, pero no sabía qué más hacer.

—¿Ser honesto?

—No podía. Después de que Mia y yo nos acostamos, no podía creerlo. No podía creer que lo hubiera hecho. Después de que lo hice no me podía imaginar una cosa más horrible.

Había estado tan enfadado con Phoebe por estar deprimida y tan enfadado consigo mismo por estar enfadado porque su mujer estuviera deprimida y también un poco deprimido él mismo, y trabajando tanto para no caer en ese profundo y oscuro agujero con ella, que cuando se encontró a solas en una habitación con Mia, le pareció una oportunidad.

—¿Una oportunidad? —grita Phoebe.

—De ser padre. Volver a ser un buen compañero. Sentía que me estaba desvaneciendo.

—¡Yo también! —grita—. ¿Me estás tomando el pelo?

Lo grita tan alto que imagina que alguien podría llamar, quizá Pauline, y quizá su padre, para decirle: "Cálmate, esto es demasiado, te estás pasando de la raya". Espera que su marido se vaya. Pero no lo hace. Cuando termina de gritar, se tranquiliza. También siente pena. Sabe lo que es sentir que te estás desvaneciendo. Ahora entiende lo que él entiende por oportunidad. Lo siente cada vez que mira a Gary.

—Lo siento mucho —dice Matt—. Lo siento muchísimo.

—Lo sé. Lo sé.

—Me hizo sentir vivo. Solo quería volver a sentirme vivo y no sabía cómo hacerlo. Es un…

—Terrible cliché.

Odia oírse a sí misma decir eso. No quiere que esto con Gary sea un terrible cliché. Quiere que sea más porque siente que es más. ¿Pero cómo lo sabe? Su marido creía que lo sabía. Su marido estaba tan seguro cuando la dejó.

Pero ahora está aquí. Ahora está arrepentido. ¿Por qué esto con Gary sería diferente?

—Lo entiendo —dice—. Ahora lo entiendo.

Matt se acerca a ella.

—Estás preciosa. De verdad.

Sus cumplidos la hacen sentir más pequeña de lo que se ha sentido en toda la semana. De repente se siente una persona totalmente distinta de la que acaba de acostar a Juice. En presencia de su marido, vuelve a sentirse su esposa. Se acerca y le toca el hombro. Ella retrocede.

—No —dice ella—. Lo entiendo, pero no quiero eso. Ya no soy la misma persona.

Se asoma al balcón para ver si ve a Gary en la oscuridad, pero no lo logra.

—Yo tampoco. Casi todos los días, me despierto en casa de Mia y pienso: ¿Dónde carajo estoy? Estoy aquí, con el hijo de otra persona, haciendo panqueques en la cocina de otra persona. Un puto horno eléctrico que básicamente tarda una hora en calentarse. Mia y yo, eso no está bien. No sé en qué estaba pensando. No estaba pensando. Estaba siendo egoísta, y cometí un error, y nuestro

matrimonio ha sido lo único significativo de mi vida, si realmente soy honesto al respecto.

—¿Entonces por qué no llamaste, mandaste mensajes o escribiste durante todo ese tiempo? —pregunta Phoebe.

—Sentí que no podía. La ruptura entre nosotros fue tan dura. Tan oficial. Dios, ese día en Zoom. Phoebe, fue horrible. Lloré durante horas después. Pero no podía llamarte. No quería confundirte. Ni siquiera sabía qué decir. Quería estar seguro de lo que hacía cuando finalmente hablara contigo. Y ahora estoy seguro.

—¿Seguro de qué?

—De que quiero volver a intentarlo.

—¿Volver a intentarlo? —Se ríe—. ¿Te estás burlando de mí?

—Te quiero. Siempre te querré, Phoebe. Lo que tuvimos. Fue lo mejor de mi vida.

—Pero eso ya se acabó.

—No digas eso.

—¡Tú lo dijiste!

—Estábamos casados —dice—. Sinceramente, creo que no me di cuenta de lo que significaba estar casado hasta que me fui. ¿Cómo puedes saberlo hasta que recuerdas lo que fue? Cuando me fui, lo vi muy claro. Vi eso hermoso que había destruido.

Se aclara la garganta. Se sienta en la cama.

—Pero durante el matrimonio, de alguna manera dejé de ver el panorama completo. Tenía puestas unas orejeras. Seguía pensando que todo tenía que suceder de una manera precisa. Como si adoptar fuera algo espantoso. Claro que podemos adoptar. Claro que podemos recurrir a vientres de alquiler. Podemos hacer lo que sea. Si

queremos una familia, podemos hacer que funcione. Podemos tener una familia, Phoebe.

Siente que se ablanda al oír la palabra "familia". Toda la pandilla vuelve a aparecer en su cabeza: su pequeña familia. Las naricitas. Las risitas. Los deditos recogiendo fresas. Siempre los dedos, siempre las narices, nunca las caras enteras. Cuando intenta imaginarse las caras, lo único que ve es a Juice vomitando en la mesa. Los trozos rojos y brillantes del vómito.

—¿Qué tal un trago? —dice Matt.

—No. Tengo que irme.

—¿Ir a dónde?

—No lo sé —responde ella. Quiere llamar a Gary. Quiere terminar la conversación. Pero cuando levanta la vista, Matt ya ha servido algo color ámbar en unos vasitos.

—Debería advertirte que es como un millón de dólares.

—Mejor.

Quizá él también esté diferente ahora. Lo observa mientras bebe un sorbo. Se sientan en el sofá. Cada vez que él se inclina para beber un sorbo, se tocan las rodillas. Ella se pregunta si lo está haciendo a propósito, si pone el vaso cada vez más lejos en la mesa para poder tocarla. A Matt le gusta parecer tan despreocupado, como que no está haciendo un esfuerzo, pero como su mujer, ella es la única que sabe cuánto tiempo y esfuerzo dedica a parecer relajado y despreocupado. Hace ejercicios de respiración por la mañana para poder afrontar el día. Hace dieciocho borradores de su discurso para que suene natural. Se mira al espejo y dice: "Bien, allá vamos".

—A Bob lo dejaste totalmente atónito con tu partida. Todo el departamento está realmente preocupado por ti.

—Deberían estarlo.

—Lo están.

—Bien. No se preocuparon lo suficiente.

—Ya lo sé.

Cuanto más habla su marido de su vida en común, más le recuerda que fue su marido. Es Matt, el que le trajo una cerveza en la primera cita. Matt, el que le escribió cartas desde el escritorio de Edgar Allan Poe aquel mes que estuvo en Baltimore. Matt, cuyo hermano solía enterrarlo en la arena y poner migas de pan alrededor de su cabeza para las gaviotas. Ella deja la bebida en la mesa, se echa hacia atrás y sabe que es él, y sin embargo se queda mirando a su marido como si fuera alguien a quien mirara desde muy lejos. Ha engordado un poco, ahora tiene las mejillas más hinchadas. Pero no es solo eso. Ahora es alguien que se ha follado a Mia. Se peina hacia el otro lado. Tiene puesta una camisa que debe haber comprado después del divorcio. Y todo esto, por extraño que parezca, le dan ganas de tocarlo. Como si esta fuera su fantasía ahora, su marido es un completo extraño.

—¿Recuerdas el eclipse, cuando me declaré? —pregunta Matt.

Ella asiente. Estaban mirando el cielo. Phoebe oye los fuegos artificiales a lo lejos. Tiene la misma sensación que tuvo cuando miraban el eclipse, el mismo deseo intenso de convertir el momento en algo significativo, de convertirlo en una metáfora. Pero no lo consigue: los fuegos artificiales son lo contrario de un eclipse, una luz hecha por el hombre que irrumpe en un cielo oscuro. No sabe lo que significa.

La besa y eso la hace llorar.

—Te quiero, Phoebe. Te amo desde el primer segundo que hablamos.

Oye a la gente de la boda que está afuera. Oye los fuegos artificiales a lo lejos. Siente que la boda continúa sin ella. Sabe que la vida, la vida real, la espera en la playa. Sin embargo, aquí no hace frío. Aquí está su marido.

Matt ha aprendido una nueva forma de besar con Mia. Usa demasiada lengua. Pero cuando ella se aparta, él le frota el dedo por la espalda. Ella puede sentir cómo él está dispuesto a adorarla en este momento si ella se lo permite. Puede verlo todo, cómo le abrirá las piernas, cómo la penetrará, lo agradable que será tocar a ese desconocido, incluso antes de que ocurra. Se siente excitada y nauseosa a la vez. Siente que es la peor parte de ella la que lo desea. Pero ha pasado tanto tiempo.

DOMINGO



La boda

Por la mañana, Phoebe se despierta y ve a su marido en la cama. Ahí está otra vez, el hombre que duerme exactamente ocho horas cada noche. El hombre que vuelve a vestirse justo después del sexo y quizá por eso a Phoebe le resulta tan extraño, tan desnudo, como un cavernícola desenterrado y trasplantado al Cornwall.

Mira su teléfono. No hay mensajes.

¿Le manda un mensaje a Gary? ¿Lo llama? ¿Debería decir algo?

Se asoma al balcón en busca de algún indicio y ve a la tía Gina y al tío Gerald vestidos para la boda, bebiendo café. Así que la boda sigue en pie. La vida es como debería ser. Y, sin embargo, algo va muy, muy mal. Ha cometido un error. Ha perdido su oportunidad. Sin mencionar que ha traicionado a Gary, lo ha abandonado por su marido, pero eso no tiene sentido. Hoy es el día de la boda de Gary. Y su marido no es su marido.

—Hola —dice, acercándose a ella. Ella se desliza fuera de la cama.

—Tengo que ir a la suite nupcial a prepararme.

Cuando Phoebe entra en la suite nupcial, Suz y Nat ya están saliendo con peinados recogidos.

—Nos vemos en el Breakers —dice Nat. Se despiden de Phoebe con un beso al aire.

—¡Lila, la próxima vez que te veamos, vas a estar casada! —grita Suz, pero Lila no se da la vuelta.

Lila está inescrutable, con una bata de seda floreada frente al gran ventanal con vistas al mar, que la hace parecer más bien una viuda a la espera de algo. Se mantiene de espaldas a la habitación mientras la estilista le riza las puntas del pelo.

—Tu turno —le indica otra estilista a Phoebe.

Phoebe mira fijamente a la mujer con sus herramientas ceñidas a la cintura. Delineadores de ojos, cepillos, pintalabios y rizadores. Saca un peine con la disposición de un cirujano. Viste mucho más moderna de lo que Phoebe recuerda haberse vestido nunca a los veinte años. Unos vaqueros negros de corte alto, un top sin breteles y unas pestañas gruesísimas. Phoebe supone que es parte de su trabajo vestirse a la moda, igual que era parte del trabajo de Phoebe no vestirse nunca a la moda. Llevar tweed. Levantarse las gafas y decir: "Debería comprobar mis fuentes".

—Soy Tiff —dice la estilista—. ¿Qué te gustaría?

—Sorpréndeme —dice Phoebe.

Phoebe quisiera tener acceso a la cara de Lila. Quiere decir algo, pero siente el peso de todo el asunto.

—¿Segura?

—Sí —responde Phoebe.

Pero Juice es mucho más particular. Juice lleva toda la mañana estudiando fotos de Instagram. Muestra una foto en su teléfono. Juice no tiene ni rastro de resaca ni de la vergüenza que conlleva. Esta mañana vuelve a ser una niña.

—Quiero esto exactamente —le dice Juice a su estilista.

Tiff hace observaciones generales mientras peina a Phoebe, como "Tu pelo empieza muy arriba en la cabeza" y Phoebe dice: "¿Eso es malo?" y Tiff responde: "Para nada", y luego: "¿Pero te has fijado alguna vez en lo grande que tienes la frente? ¿O que siempre te estás acomodando el pelo por detrás de las orejas?".

—¿No es eso lo que hace la gente con pelo?

—No —responde Tiff, horrorizada—. Haces eso porque no tienes un flequillo lateral.

—¿Necesito un flequillo lateral?

—En mi opinión profesional, sí.

—Entonces hazme un flequillo lateral.

Tal vez esto es todo lo que venía necesitando. Tal vez este es el toque final del gran cambio de imagen. ¿Por qué no se le ocurrió antes? ¡Un flequillo lateral!

—¡Eres tan abierta! Me encanta. —Tiff saca las tijeras—. Evitará que el pelo te caiga delante de la cara. Confía en mí.

Saca unas tijeras rojas y le recoge la parte delantera del pelo en la mano.

—Qué divertido. Nadie me deja cortarle el pelo la mañana de una boda.

A Phoebe le gusta la tibieza de los dedos de Tiff y piensa en lo afortunada que será su futura hija. Tener una madre como Tiff, que le hará todos los cortes de pelo. Que sabrá exactamente lo que necesitas con una sola mirada. Phoebe quiere darse la vuelta y abrazarla, pero eso sería demasiado raro.

—¿Ves? —dice Tiff.

Phoebe sí ve. Porque la escena del cambio de imagen siempre funciona. Basta con un ligero cambio. Un flequillo lateral. Y *pum*,

una cara totalmente nueva. Una sensación totalmente nueva. Ha olvidado lo bien que se sentía después de un corte de pelo. Como cuando Matt y ella compraron cortinas nuevas para la casa: las ventanas ya no eran deprimentes y estériles, sino acogedoras.

Alguien llama a la puerta y esta vez es Jim. Está de pie con una bandeja con lo que parecen cien cucharas.

—Jim, ¿por qué nos has traído cucharas? —pregunta Marla.

—Ciento sesenta limpiadores del paladar —explica Jim—. O bueno, ciento cincuenta y nueve para ser exactos. Probé uno en el ascensor.

Todos esperan a que Lila reaccione, pero ella no se gira ni dice una palabra. Permanece quieta mientras el estilista le coloca el pelo alrededor de la cabeza.

—Los encontré en el refrigerador esta mañana —les cuenta Jim—. Y tenías razón, Lila. Se iban a echar a perder. Estaban ahí, en el refrigerador, y el cocinero ni siquiera me dejaba llevármelos.

—¿Y cómo los conseguiste? —pregunta Marla.

—Me los llevé —dice él.

—¿Los robaste?

—Los rescaté.

Esperan de nuevo a que Lila diga algo, pero no dice nada.

—De todos modos, solo quería decir que siento haberme pasado de la raya anoche. Siento muchas cosas. Espero que aceptes mis disculpas en forma de... ciento cincuenta y nueve cucharas. En realidad, son muy sabrosos. Muy... limpiadores.

Cuando Jim se va, Juice se come doce seguidas.

—¿Cuántos limpiadores del paladar tienes que comer hasta que estés completamente limpia? —pregunta Juice.

—Parece una pregunta para tu otra abuela —bromea Patricia. Patricia ya está totalmente mareada, empieza a ofrecerle champán a todo el mundo, y todos aceptan menos Lila.

—Me gustaría estar sobria para mi boda —dice Lila, y Patricia parece confundida.

—No veo por qué alguien querría eso —se sorprende Patricia y le sirve a su hija un poco de champán que Lila no bebe.

Phoebe espera que Lila arremeta contra su madre, pero hay algo sereno y estoico en Lila esta mañana. Quizá sea la mejor versión de Lila. ¿O tal vez hay algo que está saliendo mal?

Phoebe querría que todos se fueran. Querría saber qué pasó anoche con Gary cuando se fue. ¿Qué hizo cuando volvió a los fuegos artificiales? ¿Se sentaron bajo el cielo explosivo y se tomaron de la mano y se dijeron cosas muy sinceras y reafirmaron su amor el uno por el otro sobre la manta? ¿Confesó Lila que estaba enamorada de Jim y Gary confesó que estaba enamorado de Phoebe y sus confesiones los hicieron más fuertes, como suelen hacer las confesiones? ¿O no dijeron nada? ¿Se tomaron de la mano, se sonrieron y siguieron adelante como siempre? ¿Por eso Lila sigue aquí, con su traje de novia y las flores de colores pastel salpicadas por el pelo?

Phoebe no lo sabe. No puede saberlo. Debe quedarse allí sentada, debe tolerar el aliento caliente de Tiff en la cara y responder a cada una de sus preguntas.

—Profesora —dice Phoebe—. En St. Louis.

Es un alivio cuando todo el pelo está recogido y ha liberado su cuello. Las otras mujeres también han terminado y se dirigen a la puerta. Marla se ha planchado como de costumbre delante de un

diminuto espejo. Juice lleva una serie de trenzas entretejidas en el pelo. Las tres estilistas recogen sus cosas y se despiden de la novia.

Cuando se quedan completamente solas, Lila por fin se da la vuelta. Phoebe se queda de pie, esperando a que Lila la acuse de algo.

—¿Cómo se ve desde atrás? —pregunta Lila.

Phoebe piensa que las novias tienen un aspecto caricaturesco, y Lila no es una excepción esta mañana. Hay demasiado maquillaje, porque no está hecho para la gente de la sala. Está hecho para las fotos.

—Elegí algo clásico —dice Lila.

—Es precioso —lo elogia Phoebe.

—¿Y el frente?

—Aún más hermoso.

Es verdad. Phoebe se acerca a la novia y la ayuda a ponerse el vestido.

—Es victoriano —dice Lila.

Pero no verdaderamente victoriano, piensa Phoebe. Verdaderamente victoriano significaría capas de volados hasta el cuello, y Lila no querría eso. Lila quiere ser una novia victoriana pero sexy. Vintage pero sensual. Y este vestido es sexy. Estilo Flapper, con cintura caída y encaje enjoyado en el pecho.

—No me arruines el peinado, por favor —dice Lila cuando Phoebe le pone el velo.

—No arruinaré nada —promete Phoebe, y lo dice en serio.

Lila vuelve a mirar por el ventanal.

—Ni siquiera va a llover. Es un día perfecto. No lo puedo creer.

—Sí, es perfecto.

—Nada va a arruinar mi boda.

—No.

—Ni siquiera tú.

—Ni siquiera yo.

—Estaba segura de que algo iba a estropearla —afirma Lila—. Durante dos años, no dejaba de haber algo que la arruinara. Llegó un momento en que estaba convencida de que nunca iba a suceder. Y cuando te vi en el ascensor el primer día, pensé: *Dios mío, ya está. Esta mujer va a convertir mi boda en la escena de un crimen*.

—Pero no lo hice —dice Phoebe.

—Entonces pensé que tal vez Gary iba a cancelar la boda. Porque él se pone así, ¿sabes? Realmente no se involucra demasiado en nada. Por ejemplo, si estamos tratando de llegar a tiempo a un recital, y se nos hace tarde, y luego llueve, y todo se complica demasiado, se siente abrumado y dice: "Bueno, está bien, no vamos". ¡Somos adultos! Podemos decidir hacer cosas así.

—Pero Gary nunca cancelaría una boda —opina Phoebe, y mientras lo dice se da cuenta de que es verdad.

—¿Crees que no lo haría?

—Claro que no.

—¿Por qué no?

Porque no rompe sus promesas. Gary tiene un insufrible sentido de la lealtad. Gary es un médico al que no le gusta ser médico y, sin embargo, sigue siéndolo. Es un hombre que perdió a su mujer y sigue criando a su hija en medio de la depresión y la disociación y luego sale a palear el camino de entrada. Va en coche hasta una galería solo para hacer un esfuerzo y admirar un cuadro en el aniversario de boda de su difunta esposa.

—Porque te quiere —dice Phoebe.

Es lo que debe decir Phoebe como dama de honor. Está dispuesta a decir cualquier mentira. Así que la transformación es completa: Phoebe es ahora una de las personas de la boda.

—¿De verdad lo crees? —pregunta Lila.

Pero Phoebe no logra decirlo por segunda vez.

—No importa lo que yo piense. Importa lo que tú pienses.

—Odio cuando la gente dice eso.

Pauline asoma la cabeza. Anuncia detalles que ya conocen: el coche nuevo estará abajo en quince minutos. El champán estará listo.

—Gracias —dice Lila. Se levanta—. Realmente es un día tan hermoso.

—Realmente lo es.

La boda está en marcha. ¿Y qué esperaba Phoebe? Gary no es de los que cancelan una boda, y Lila tampoco. Lila ha gastado un millón de dólares en esto. Las copas de champán fueron enviadas desde Francia hace seis meses. Las novias que planean bodas tan costosas las llevan a cabo. La gente hace lo que se espera. La gente se mete en su casillero y allí se queda. Toman sus decisiones sobre los dibujos de los platos, y luego comen de ellos por el resto de sus vidas. Ella no puede pensar en una persona real que conozca que haya cancelado su boda el mismo día. Y eso es todo: Lila se casará con Gary.

Sin embargo, Phoebe se muestra incrédula mientras se dirigen a la puerta. Siente que se dirige al acontecimiento equivocado, al mundo equivocado.

—Te ves diferente —dice Lila.

—Flequillo lateral.

—No. Es otra cosa.

Phoebe no sabe qué decir. No sabe cómo explicar todas las formas, pequeñas y grandes, en que ha cambiado esta semana.

—Es el flequillo lateral, te lo digo yo —dice Phoebe.

Lila se detiene justo delante de la puerta. Mira las ciento cincuenta y nueve cucharas. Levanta una. Se la come. Asiente, como si hubiera tenido una experiencia.

—¿Tengo algo entre los dientes? —pregunta sonriendo a Phoebe.

—No —dice Phoebe—. Perfecto.

De regreso en su habitación, Phoebe mira su vestido verde. Hace seis días estaba dispuesta a morir con él puesto. En algunas versiones de esta historia, ya estaría enterrada con él. Pero en esta versión, Lila lo hizo lavar por el personal del hotel. Brilla en su percha. Es verde, como los vestidos de las damas de honor. Y es extraordinario ponérselo por una razón diferente. Es extraordinario poder lucir un hermoso flequillo lateral. Extraordinario ver a su marido aquí. Ahí está, en la ducha. Se está duchando para que puedan ir a una boda juntos. Es todo tan familiar, los sonidos de él tarareando *Yellow Submarine* sin darse cuenta. Sus piernas de futbolista, que siguen siendo fuertes y musculosas. Imagina que serán lo último que le quede a su marido; cuando sea mayor y pierda partes de sí mismo, sus piernas serán como las columnas de mármol de Grecia. Tan anchas y fuertes que durarán siglos.

¿Pero estará allí para verlo? No lo sabe. ¿Estará allí para tomarlo de la mano cuando muera? Siempre imaginaron que él moriría primero, algo relacionado con su condición de hombre, pero también

con la muerte de sus dos abuelos por cáncer de pulmón. Siempre se imaginaron a sí mismos como personas que nunca se jubilarían, sino que pasarían largos veranos en cruceros decadentes, recorriendo el Nilo mientras escribían sus libros. Sus hijos serían felices en la universidad. Y lo han pensado tantas veces que es como si ya hubiera sucedido. Puede verlos, leyendo por las mañanas, dando paseos a las cuatro de la tarde, justo antes de que se ponga el sol en invierno. Preguntándose con regularidad: "¿Crees que los niños son felices?".

Pero ella no quiere esto ahora, después de todo lo que ha pasado entre ellos. Ha pasado demasiado tiempo matándolo en su cabeza. Matándose a sí misma en su cabeza. Y ahora están juntos otra vez, pero son diferentes, porque nadie vuelve igual de la muerte. Siempre sales con un poco del inframundo encima, la lesión, la cicatriz, habiendo visto cosas indecibles.

—Me di cuenta de que no tengo nada adecuado para ponerme en una boda —dice Matt—. ¿Debería ir a comprar algo?

—No creo que haya tiempo para eso —observa ella. Quiere sugerirle que no venga. Pero le parece cruel. Ha venido hasta aquí —. Siéntate en el fondo.

—Estas toallas son increíbles —dice, y se frota la cara.

Se mira en el espejo por última vez y le entran ganas de llorar. Siente un gran alivio, como cuando volvía a casa después de un día de trabajo agotador y encendía las luces, de estar de nuevo en casa, de ver iluminado el lugar que conoce.

Su marido se acerca para rodearla con las manos. Le besa la nuca.

—Estás preciosa.

Parece que lo dice en serio. Ha intentado ser más expresivo. Ha empezado a ir a terapia. Ha aprendido que nunca se le dio bien decir lo que pensaba. Ahora está aprendiendo a hacerlo. Está aprendiendo a hablar de verdad. Se da la vuelta y mira su cinturón. Ahí está, a medio camino de su vida, liso en algunas partes, arrugado en otras. Palpa el cuero, esperando que se sienta diferente, pero no es así.

—Vamos —le indica Phoebe.

Abajo, en el vestíbulo, Matt se despide de ella con un beso y se sube con los demás al transporte hacia el Breakers como si hubiera formado parte de la boda todo este tiempo.

PHOEBE ESPERA CON la novia en el vestíbulo al nuevo coche de época.

—El coche está listo —anuncia un hombre vestido de morado.

Mientras Lila sale, Phoebe le sujeta la cola del vestido, todo el camino hasta la entrada, pasando las velas gigantes. Pero cuando ven el coche nuevo, Lila se detiene.

—Perdón, ¿qué es eso? —pregunta Lila.

—Su coche —dice el hombre.

—No me voy a subir a ese coche.

El coche nuevo es un coche negro normal. Como el que trajo a Phoebe desde el aeropuerto.

—¿Qué tiene de malo? —pregunta Phoebe.

—Es como un Uber Black. ¿Gary no pidió un coche de época?

Y de repente parece que nunca llegarán a esta boda, como si estuvieran intentando llegar al Bowen's Wharf en medio del tráfico otra vez.

—Yo lo pedí —dice Phoebe.

—¿Hay algún problema? —pregunta Pauline, saliendo por la puerta.

—Este es un Uber Black.

—Te aseguro que esto no es un Uber Black —afirma Pauline—. Es un flamante Mercedes 2022 con un sistema de sonido de última generación.

—Pero no es de época.

—Lo siento mucho —se disculpa Pauline—. No teníamos más coches antiguos disponibles con tan poca antelación.

Esperan a ver cómo reacciona Lila. Por un segundo, no reacciona. Pero entonces, sin decir nada, Lila se da la vuelta. Vuelve a subir las escaleras, mientras Phoebe y Pauline la siguen, intentando proteger la cola.

—Lila. ¿Qué estás haciendo?

—Lo sabía —afirma Lila. Se detiene en lo alto de la escalera. Empieza a frotarse las sienes—. Sabía que algo iba a arruinar la boda.

—No creo que esto arruine tu boda —dice Phoebe.

—Nadie puede obligarme a subir a ese coche.

—Técnicamente, eso es correcto.

—Necesitamos un coche nuevo.

—Por supuesto —afirma Pauline sin vacilar.

—No —dice Phoebe.

—¿No? —pregunta Lila.

—No necesitas un tercer coche. Lo que necesitas es llegar a tiempo a tu boda. Ya llegamos tarde.

—¿Y qué? No pueden empezar sin mí —dice Lila—. Soy la novia.

—Exactamente. Tú eres la novia. No importa en qué coche llegas a tu boda. De verdad que no. A nadie le importa un carajo. Ya está todo el mundo adentro. Ni siquiera lo verán.

—A mí me importa.

—¿Pero por qué?

—¡Porque sí!

—Dios, estás siendo tan ridícula.

—¡No me llames ridícula! ¡Estoy harta de que me digan ridícula!

—¡Bueno, deja de hacer el ridículo! —le ordena Phoebe—. ¡Es solo un estúpido coche de mierda! ¡Es solo un trozo de metal! ¡No importa lo que parezca!

—¡Entonces entra tú!

—¡Bien! Lo haré —accede Phoebe. Baja las escaleras y se sienta en el coche. Es, piensa Phoebe, un coche perfecto—. Ey, mira, interior de cuero de verdad. Huele como estar dentro de un bolso de cuero.

—La verdad es que eso no me suena muy tentador —dice Lila.

—El Veuve Clicquot está en la cubitera de cobre —interviene Pauline.

Pero Lila parece tan confundida. Lila la mira a Phoebe como cuando Phoebe le dijo por primera vez que tenía comida entre los dientes, hundiéndose bajo el peso de las imperfecciones de la boda. Lila no se mueve en ninguna dirección. Phoebe levanta el champán.

—Bueno, ¿vienes?

Lila no se mueve.

—El coche es tan... común. Está mal.

Se sienta en la entrada envuelta en la tela algodonosa de su propio vestido. Phoebe espera a que Lila se pare de nuevo, pero

como no lo hace, deja el champán, sale del coche y sube las escaleras para sentarse junto a la novia.

—¿Qué pasa? —le pregunta Phoebe.

—Me mentiste —le recrimina Lila.

—Juro que pedí un coche antiguo.

—Me refiero a que me mentiste sobre Gary —dice Lila—. Él no me ama. No de la forma en que quiero ser amada.

Phoebe no abre la boca, no se arriesga a mentir de nuevo.

—Y yo no lo amo a él —agrega—. No de la forma en que quiero amar a alguien.

Lila dice que ha estado pensando en esto durante algún tiempo. Desde que murió su padre, se preguntaba si estaban cometiendo un error. Pero no estaba segura. La pandemia, la vida sin su padre, era todo muy confuso.

—Y pensé que quizá si la boda era perfecta, podría volver a sentirme segura de la decisión —dice—. Como aquellos primeros meses. Pero no fue así. Y me alegro de que algo la haya arruinado.

Pone la cara entre las manos como la noche de su despedida de soltera. Pero ahora es diferente. No puede darse la vuelta, ir a dormir y esperar que todo esté bien por la mañana.

—¿Qué voy a hacer? —pregunta Lila.

Phoebe siente la adrenalina del llamado a la acción.

—Vas a subir a darte un baño muy largo —dice Phoebe.

—Puedo decirle a Carlson que te lo prepare —dice Pauline.

Lila asiente.

—Pero ¿cómo voy a quitarme este vestido?

—Pauline te ayudará —agrega Phoebe, y Pauline asiente.

—Aunque ese no es trabajo de Pauline —observa Lila.

—Puedo hacerlo —se ofrece Pauline—. Solo por hoy.

—¿Y después qué? —pregunta Lila.

—Después eres libre.

—Pero entonces estoy sola.

—Entonces puedes ir donde quieras —dice Phoebe—. ¿Dónde quieres ir?

—A un sitio en el que nunca he estado —dice Lila.

Pero esto es complicado para la novia, que ha estado en casi todas partes.

—Excepto a Canadá —agrega Lila—. Y a Rusia.

—Así que irás a Canadá.

—Puedo usar tu tarjeta de crédito para reservarte un vuelo y alojamiento en uno de nuestros hoteles canadienses ahora mismo —ofrece Pauline—. Tenemos uno en Montreal. Es básicamente un castillo de piedra.

La novia asiente. Se quita el velo. Lo tiene en las manos.

—Qué desperdicio —dice Lila.

Lo es. Un despilfarro. Un enorme despilfarro de dinero, que es exactamente lo que escribió Phoebe en su discurso de dama de honor, algo que Phoebe se da cuenta de que es probablemente lo que Lila necesita oír ahora mismo.

—Cada boda, incluso una boda con éxito, es un despilfarro —agrega Phoebe—. Cada boda es una cantidad atroz de dinero que podría haberse gastado, sí, en cosas mucho más prácticas, como, por ejemplo, una casa, un anticipo, una escuela en un pequeño pueblo de molinos. Una boda es siempre un espectáculo fugaz que se va a convertir con un cien por cien de probabilidades que va a

caber en un diminuto cuadrado de basura que algún día acabará en el vertedero de tu padre.

—Nada de esto es muy reconfortante hasta ahora —se queja Lila.

Entonces Phoebe salta a la última línea.

—Pero también es cierto que esta boda nunca será un desperdicio —dice Phoebe—. Porque vine aquí a morir. Y ahora mírame.

Y entonces las dos empiezan a llorar.

No, Phoebe nunca será madre. Phoebe nunca sabrá lo que es crear vida dentro de ella. Pero hay otras formas de crear. Otras formas de amar. Otras razones para vivir.

—Lila, todos los días de esta semana me has dado una razón para levantarme por la mañana, para ponerme un vestido bonito y formar parte de algo, y por eso siempre te estaré agradecida.

Phoebe va sola en el Mercedes al Breakers. El viaje es tan bonito y va cargado de tanto champán que, incluso sin la novia, parece todo un acontecimiento. Phoebe observa las mansiones a lo largo del camino y se pregunta cuántas de las personas que viven en ellas son felices. Se pregunta qué desean cuando desean una vida diferente. Se pregunta si es por eso por lo que siempre le han interesado las novelas del siglo XIX sobre gente rica: es un experimento humano gigantesco. Plantea la pregunta: ¿qué sigue necesitando una persona una vez que lo tiene todo? ¿Qué le sigue faltando desesperadamente a una novia cuando está en el vestíbulo justo antes de su grandiosa y hermosa boda?

Phoebe camina por el pasillo para decírselo a Gary. Phoebe se asegura de mirarlo todo el tiempo. Es tentador mirar al océano detrás de él, pero no quiere ser cobarde. No quiere esconderse de sus ojos ni dejarlo solo en este momento. Él busca en su rostro algún tipo de información, aunque ya debe saberlo. ¿Por qué si no iba a ser Phoebe la que caminara hacia el altar?

—Lila no viene —susurra cuando está a su lado.

Y por supuesto, por supuesto. Asiente con la cabeza con el estoicismo de un soldado al que acaban de dispararle. Parece que el hombre va a caer sin una sola expresión. Asiente, se mira los

zapatos, asiente una y otra vez, como si ahora se limitara a ver cómo la sangre gotea hasta el suelo.

Phoebe se da vuelta. Seguro que ahora los de la boda también lo saben.

Pero alguien tiene que decirlo en voz alta y hacerlo oficial.

—Lila y Gary no se casarán hoy —anuncia Phoebe. Es una buena práctica, hablar con firmeza. Ser directa. Decir las verdades duras delante de las personas de la boda. Phoebe quiere mejorar en eso. Phoebe mejorará en eso. Phoebe sabe que esta es la única manera en la que quiere vivir. Debe decir lo terrible, aunque sea difícil. Debe pensar lo terrible, incluso cuando da miedo.

—Ella les agradece a todos por su apoyo y amor, el tiempo y el dinero que les tomó llegar aquí.

La multitud murmura. Phoebe se pregunta cuánto dinero habrán gastado. Se pregunta cuántas veces dirán el tío Jim y la tía Gina: "¡Cinco mil! Cinco mil solo por venir a ver a alguien que no se casa".

—Jesucristo —dice Patricia—. Qué puesta en escena. ¿Dónde está?

—En el hotel —responde Phoebe. Se imagina a Lila en la suite nupcial, desnudándose lentamente hasta que ya no es una novia—. Pero luego se va a Canadá.

—¿Canadá? —pregunta Suz.

—¿Qué hay en Canadá? —pregunta Nat.

Para cuando Phoebe responde a todas las preguntas de la gente de la boda, las mismas preguntas que habrían tenido sobre Phoebe si se hubiera suicidado (¿pero dijo por qué? ¿Dejó una nota? ¿En qué estaba pensando?). Gary no está. Gary se ha ido de los Breakers. Debe haberse escabullido por la otra puerta. Debe estar

sintiendo algo terrible, pero ¿qué? Phoebe quiere seguirlo por la puerta, consolarlo, estar con él para siempre, pero no se siente capaz de seguirlo. Es demasiado pronto.

Y allí está Matt, de pie en el pasillo, esperándola. Esperan a que todos los invitados salgan del Gran Salón, igual que esperaron el día de su boda. Entonces Matt y Phoebe suben al coche normal, como marido y mujer.

—¿Y? ¿QUÉ LE PASÓ a la novia? —pregunta Matt en el Mercedes.

—No voy a volver contigo —anuncia Phoebe.

Tiene que decirlo enseguida o no lo dirá nunca.

—¿Al hotel?

—A St. Louis —dice—. No voy a volver. Simplemente no lo haré.

Es su fantasía, que por fin se hace realidad. Lo está dejando. Pero no parece su fantasía porque él ya la ha dejado. Y cuando ella se lo dice, él no grita "¡No!" y ella se alegra por ello. No quiere que él se ponga mal. No quiere que parezca una obra de Ibsen. Quiere que él diga: "Está bien, lo entiendo". Por primera vez desde que él la dejó, ella quiere que él esté bien. Y este sentimiento de buenos deseos es una señal prometedora.

—Tenía miedo de que dijeras eso —reconoce Matt. Le hace una serie de preguntas razonables como: ¿Vas a volver algún día? ¿Qué vas a hacer?

—Voy a pedir una licencia por motivos médicos —le explica Phoebe—, suponiendo que los adjuntos puedan hacer eso.

Es una vieja broma, un viejo sentimiento, esto de burlarse de su universidad.

—Oh, estoy seguro de que no pueden, ahora que lo pienso —dice Matt, e incluso se ríen un poco.

—Estoy segura de que Bob dirá: "Bueno, resulta que a los adjuntos no se les permite recibir tratamiento médico" —dice Phoebe.

—Resulta que los adjuntos tienen que pagar a la administración una pequeña cuota cada vez que enferman. —Le tiende la mano—. Te quiero.

—Yo también te quiero —dice ella—. Pero tienes que irte a casa.

Él mira por la ventana mientras ella le cuenta lo que quiere: vender la casa, vivir en la mansión del siglo XIX y escribir.

—¿Escribir qué? —pregunta—. ¿Tu libro?

—Cualquier cosa —dice ella.

—Quizá sea lo mejor —reconoce Matt—. Mañana tengo mucho que corregir.

Es una broma, un intento de aligerar el ambiente, pero se muerde el dedo para no llorar. Parece un niño pequeño. Como Jim de pie dando su discurso. Un niño pequeño sufriendo. Un niño pequeño que no esperaba que la vida fuera tan confusa. Ella le aprieta la mano, lo que lo hace llorar más fuerte, como si la idea de bromear con ella, de reír juntos después de todos estos años sin reír, lo hiciera sollozar de nuevo.

—Mierda, necesito controlarme.

—¿Por qué? —pregunta Phoebe—. No me importa si lloras.

—A mí me importa —responde Matt—. Sabes que me veo como el carajo cuando lloro.

—No estoy segura de haberte visto llorar de verdad.

—Eso no puede ser verdad.

—Lo es.

—Lloré cuando los Phillies perdieron la Serie Mundial.

—A eso me refiero precisamente.

El análisis de sus propias lágrimas le ha calmado. Le ha sacado de sus emociones y lo ha llevado a su cerebro. Ahí es donde le gusta estar a su marido. Ahí es donde está cómodo. Pero Phoebe ya no puede vivir allí. Phoebe quiere estar en su cuerpo. Quiere disfrutar de este hermoso vestido. Y de su flequillo lateral. Casi se le olvida. Se avergüenza de la diferencia que hace. Pero son las pequeñas cosas. Se inclina y busca el champán. Abre la botella. ¿Por qué no? Nadie va a beberlo ahora, excepto ellos dos.

—¿Por qué brindamos? —pregunta Matt.

—¿Tu primer llanto de adulto no relacionado con el deporte?

—Brindaré por eso.

Chocan las copas.

—Este champán es bueno —dice Matt.

Ella lo prueba.

—Sí que lo es.

Se pregunta cuánto le costó a Lila. Bebe otro sorbo. Se alegra de haber vivido lo suficiente para aprender la diferencia entre un champán decente y un champán realmente bueno, que ahora sabe que no solo tiene rico gusto al primer sorbo, sino durante todo el camino de vuelta a casa.

Todo el ambiente de Cornwall es diferente sin los novios. Hay demasiado silencio y parece una grosería seguir disfrutando del agua del spa ahora que se ha cancelado la boda. Incluso Pauline parece apagada y responde a las preguntas con voz solemne. "Sí, la piscina está abierta de nuevo", dice, y "No, lo siento mucho, pero no podemos devolverle el dinero de esta noche" y "Si hubiera sabido que su marido era alérgico a las naranjas, no habríamos metido en el agua del spa".

Phoebe se pone en la cola detrás de Nat y Suz, que ya están de vuelta con su rodete alto y su almohada en el cuello, intercambiando afirmaciones sobre la boda en susurros bajos.

—De verdad que no me lo puedo creer —opina Suz—. Y al mismo tiempo, no me sorprende para nada.

—Yo sabía que Lila no estaba enamorada de él —agrega Nat—. Lo sabía.

—Yo no lo sabía —dice Suz—. Pero sabía que algo no iba bien cuando estábamos con la mujer del sexo.

—¿Crees que Pauline nos devolverá el dinero de esta noche si realmente se lo rogamos? —pregunta Nat.

—No —dice Suz—. Pero al menos nos cambiaron los vuelos.

—¿Se van esta noche? —pregunta Phoebe.

Nat echa de menos a Laurel. Suz echa de menos al Gusanito. Entonces las dos se van por la tangente y hablan de sus bodas, de lo divertidas que fueron y de lo enamoradas que estaban. Pero Phoebe no está lista para irse. Phoebe quiere quedarse en este hotel para siempre.

—¿Lista para la salida? —le pregunta Pauline a Phoebe cuando la ve acercarse.

—En realidad me gustaría quedarme mañana por la noche si hay disponibilidad —pide Phoebe.

—Lo siento mucho, pero no hay más habitaciones disponibles —dice Pauline—. Hay otra boda que empieza mañana. Tenemos todo reservado.

—Oh —se lamenta Phoebe.

Phoebe se siente aturdida por la forma en que Pauline ha dicho "Tenemos todo reservado" con un tono tan decidido que no deja lugar a debate. Pauline también se ha transformado esta semana. Lleva un vestido suelto de gasa y el pelo ondulado le cae en cascada sobre los hombros. Y Phoebe se siente orgullosa, pero también nerviosa; no está preparada para marcharse. Phoebe le da a Pauline un momento más para que ocurra un milagro, para que mire al ordenador y diga: "En realidad, me he equivocado". Pero Pauline se limita a parpadear, con sus espesas pestañas como alas de gárgola. Phoebe se marea.

—Entonces me quedaré solo esta noche —dice Phoebe.

—La salida es a las once —le indica Pauline.

ARRIBA, PHOEBE se sienta en el balcón. Se pregunta dónde estará Gary. Piensa en llamar a su puerta, en enviarle un mensaje de texto, pero luego piensa que probablemente él quiera estar solo en este momento, igual que ella quería meterse en el agujero de su cama cuando Matt se fue.

Pero entonces considera que esta podría ser una situación muy diferente. Tal vez lo último que quiere es estar solo. Tal vez esté bien. Quizá esté buceando en St. Thomas ahora mismo. Tal vez ella no lo conoce realmente, y de nuevo, este es el problema: le preocupa no conocerlo.

Phoebe observa cómo Carlson pliega las pequeñas mesas circulares que puso para el *after-after-after-party*. Las apila en una larga escalera tan alta que parece peligrosa. Se echa la escalera de sillas a la espalda y se pierde de vista. Ahora es el turno de Ryun, que apuñala los globos blancos y lilas. Utiliza un cuchillo de cocina obscenamente grande. Phoebe se sobresalta con cada estallido.

Y luego desaparecen, y solo queda el sonido del océano y una cinta blanca que vuela desde el acantilado hacia la oscuridad. Un desperdicio. La idea siempre acecha detrás de cada objeto, de cada momento. Imagina que la cinta se hunde y, por un momento, siente que se va con ella al fondo turbio.

Pero entonces se levanta, camina hacia la puerta de Gary. Toca a la puerta. Como nadie responde, se gira y entonces la ve a Marla.

—¿Dónde está Gary? —pregunta Marla.

—No lo sé —dice Phoebe—. ¿Se fue del hotel?

—No lo sé —dice Marla—. Me acaba de mandar un mensaje pidiéndome que cuide a Juice hasta que vuelva. Pero no dijo cuándo será eso.

Oliver está al lado de Marla.

—¿Y por qué no enseñas a Percy Jackson? —pregunta Oliver—. ¿No te gustan los mitos griegos?

La aleatoriedad de la pregunta hace reír a Phoebe y Marla.

—He estado un poco ocupada —explica Phoebe—. ¿Pero sabes una cosa? Leeré uno de sus libros pronto y te haré saber qué me parece.

De vuelta en su habitación, Phoebe se entretiene, bebe un poco del agua embotellada costosa y come un macaron de cortesía. En cierto modo, se siente como la primera noche: insegura acerca de qué hacer consigo misma. Mañana tendrá que marcharse, buscar otro sitio al que ir. Comprar una maleta.

La idea de marcharse le hace sentir nostalgia de la habitación. No, siente amor por ella. Le encanta esta habitación, los techos altos, el baño de mármol, los suelos de madera vieja. Le gustaría poder llevársela consigo, capturar la sensación de estar aquí dentro para siempre, llevarla a todas partes adonde vaya.

Y quizá haya alguna forma de que pueda hacerlo. Abre su cuaderno.

Relee su discurso de boda. Como discurso, es malísimo. Pero como un análisis literario acerca de la curiosa ausencia de bodas en las tramas victorianas que incluyen un matrimonio, no está mal. Le gusta la parte sobre Jane Eyre que se casa en menos de una oración. Y el párrafo sobre la boda fallida de Jane, que es la única boda que describe Brontë con verdadero detalle. ¿Y por qué haría

eso Brontë? ¿Por qué pasaría más tiempo escribiendo la boda fallida que la boda exitosa?

Le suena el teléfono.

Geoffrey está interesado en ofrecerle el trabajo. Y sí, puede tener un perrito, siempre que sea de una raza común en el siglo XIX.

Al leer el correo electrónico, Phoebe tiene la misma sensación que cuando su padre le dijo que podía ir al campamento de verano un año. Quiere contárselo a Gary. Escribe y borra una serie de posibles mensajes.

¡Hey, conseguí el trabajo!

Hola.

¿Estás bien?

¿Crees que sería una buena cuidadora de invierno?

En cambio, descarga *Jane Eyre* en el teléfono. Relee las escenas previas a la boda fallida de Jane. En el bloc de notas del hotel, anota cualquier línea que parezca presagiar el fracaso de la boda. Intenta determinar el momento exacto en que el compromiso se convirtió en una trampa; ¿fue de camino a la ciudad después de que él se declarara? ¿O empezó mucho antes, mucho antes de que Rochester se declarara? En un momento, pide otro bloc. Escribe toda la noche. No fuma. No bebe. Le da energía la idea de no saber lo que está escribiendo, el hecho de decidirlo con cada frase.

LUNES



El almuerzo

Por la mañana, Marla está en el jardín de invierno. Dice que no se irá hasta que vea a Gary. Mientras tanto, sí, va a comer el almuerzo de la boda.

—Carlson fue el que lo sirvió —les indica Marla.

—Yo no he dicho nada —dice Phoebe.

—¿Hay alguna regla que diga que solo se puede comer el almuerzo si se celebra la boda?

—Se siente un poco mal, ¿no?

—Lo que sienta mal es ver cómo se pudre el aguacate delante de tus narices.

—Parece como si alguien hubiera muerto —susurra Juice.

—Nadie murió —dice Marla—. Esto es solo comida. Y alguien tiene que comerla.

—¿Tiene algo que ver con nosotros? —pregunta Juice.

—Podríamos haber sido más amables —reconoce Marla.

—Pero no se fue por eso —les asegura Phoebe.

Pronto se unen otros. La madre, el padre. El marido de Marla. Jim, también. Pero el novio no. Comen melón y cuentan historias sobre Gary en su ausencia, historias que no tienen nada que ver con Lila. Historias del pasado de Gary. Aquella vez que escondió la estatua de David cuando organizó una fiesta en el secundario. Cuando era

pequeño y robaba algo del mostrador. Y Phoebe tiene la sensación de que le están contando las historias a ella.

—Estaba profundamente enamorado de las donas —le dice Marla a Phoebe—. Era un problema. Nuestra madre solía esconderlas en el estante más alto, encima de las hornallas, y él, al intentar trepar para buscarlas, de algún modo, encendió una accidentalmente. No se dio cuenta, subió y, para cuando se hubo terminado toda la caja de donas, la casa se estaba incendiando.

—Desde aquel incendio, Gary ha intentado ser el Señor Perfecto —le dice la madre de Gary a Phoebe.

Cada vez que llega alguien para unirse al grupo, Phoebe espera que sea Gary.

Pero nunca lo es. Es el tío Jim. Es Roy.

—¡Es toda la maldita familia! —grita Jim al teléfono—. Trae tu culo aquí, Gary.

—¿Está bien? —le pregunta la madre de Gary a Jim.

—¡Oh, deja al hombre en paz! —exige el padre de Gary—. Lo acaban de dejar.

Pero Phoebe saca su teléfono. No quiere dejarlo solo. Al hombre lo acaban de abandonar. Ahora mismo, no debería estar solo si no quiere. Al menos debería tener la opción.

Deberías saber que la familia está contando historias sobre ti ahora mismo, le manda a Gary.

Su teléfono suena de inmediato. Pero es su exmarido, que le manda un mensaje para decirle que ha llegado vivo a St. Louis. Se pregunta cuándo dejará de enviarle mensajes como prueba de vida. Tal vez ese sea el verdadero final del matrimonio, cuando ya no necesiten saber: ¿sigues con vida?

En El Vestíbulo, están llegando otras personas para otra boda con sus maletas resistentes como el titanio, buscando dónde dejarlas mientras limpian sus habitaciones, y eso le recuerda a Phoebe que necesita equipaje.

—Custom Canvas está en el Támesis —sugiere Pauline.

—¿Hay un Marshalls o algo así? —pregunta Phoebe, y Pauline anota una dirección. Luego Pauline va a poner un nuevo cartel en el vestíbulo: Bienvenidos a la boda de Sophia y Stephen.

Se alegra de que Lila no esté aquí para verlo. Es horrible para la novia ver a otra novia ocupar su lugar, aunque ya no sea realmente la novia. Ella es solo una mujer que está comiendo poutine en Canadá con su madre.

Mi madre no para de tratar de seducir a nuestro camarero solo porque está haciendo un máster en arte prerrafaelita, es el texto que llega de Lila.

Los madrugadores se arremolinan, algunos ya con sus bolsitas blancas de bienvenida. La mitad de la sala se saluda, la otra mitad se despide. Intercambian números, dicen: "Sigamos en contacto", "Nos vemos dentro de un año" y ella se pregunta si lo harán. Espera que lo hagan, pero sospecha que no. Tal vez esta semana es solo un momento especial en el tiempo. Todos juntos aquí, en este vestíbulo, para no volver a verse nunca más.

—¿Cuánto tiempo es esperar demasiado antes de llamarlos? —pregunta Jim y Phoebe sonríe.

—Seguro que Lila te lo explicará en detalle cuando la llames.

—Bueno, Phoebe, espero que este no sea el fin de nuestra relación —dice Jim.

Phoebe también espera lo mismo. Así que hace lo que le parece más ridículo: le da su número, lo abraza y le dice:

—Seamos amigos.

Le hace sentir que tiene cinco años de la mejor manera.

—Siempre y cuando no me uses para conseguir marihuana. Nunca más me drogaré contigo.

—Dos cigarrillos, por favor.

Jim se ríe. Phoebe lo ve subir a su Uber. Entra en el hueco oscuro, y ve una persona en vaqueros y camiseta. Ya no es el padrino. Es un ingeniero de camino a Pawtucket, donde al parecer ya no hay calcetines.

Se pregunta si esta transformación ya le ha ocurrido a Gary. Se pregunta dónde y cuándo se despojó de su esmoquin. Se pregunta si todavía lo lleva puesto.

EN MARSHALLS, está en medio de una larga cola de gente comprando cosas cuando recibe su mensaje.

¿Es la anécdota de cuando escondí la estatua de David en una fiesta en el colegio?, pregunta Gary.

Sí. Y también la de prender fuego la casa.

Tan predecible.

¿Por qué escondiste la estatua de David de tu madre?

Esto fue antes de Wendy. Todavía no podía ver arte, ¿recuerdas? Todo lo que veía era un hombre desnudo apoyado en la consola de mi madre.

Definitivamente no usaste la palabra consola entonces.

No, acabo de descubrir la palabra, en realidad. No puedo dejar de usarla. Oye, ¿dónde estás?

En Marshalls intentando decidir qué maleta comprar.

¿Cuáles son las opciones?

¿Es algo que realmente quieres saber ahora?

Cualquier cosa ayuda.

O bien una rígida que podría sobrevivir a un viaje espacial, o bien una blanda que tiene la capacidad de cargar mi teléfono móvil.

Supongo que depende. ¿Vas a la luna?

A St. Louis.

No se da cuenta hasta que lo teclea. Pero necesita volver antes de mudarse a la mansión. Necesita despedirse de Harry. Necesita limpiar las migas de la encimera. Cerrar el grifo. Empacar sus cosas. Preparar la casa para venderla. Prepararse para la siguiente parte de su vida. Ahora se siente lo suficientemente fuerte como para afrontarlo.

Oh, Gary escribe. *Esa luna.*

No es para siempre, escribe. *¿Dónde estás?*

En el jacuzzi.

No te muevas de ahí.

TOMA UN TAXI para volver, pero hay tanto tráfico que decide que lo más rápido es correr. Pero correr con una maleta gigante es difícil, y cuando llega al hotel está cansada y sudando.

En el vestíbulo, todo está muy quieto y sereno. Desacelera. Piensa que este es uno de esos grandes momentos. Esto es todo lo que le gusta de la vida. Quiere saborearlo. Le deja la maleta a Pauline. Pasa los dedos por la pared como si ya fuera la cuidadora de invierno, para ver si está sucia. Admira las molduras de la estantería.

Da vuelta un libro y saluda con la cabeza a las personas que vienen a la nueva boda. Se sirve un vaso de agua del spa, que sabe que es agua normal con pepinos. No es agua mágica. Pero todo parece mágico dentro de ella.

Fuera, está Marla, con las dos piernas en el jacuzzi. Juice, sumergida hasta las orejas. Las nubes los protegen a todos del vasto e incognoscible vacío. Y allí, debajo, el novio.

EL NOVIO YA NO es un novio. Ahora es solo un hombre en un jacuzzi, con un traje de baño naranja tan brillante que Phoebe puede verlo a través del agua.

—¿No me digas que has estado aquí todo este tiempo? —le pregunta Phoebe a Gary.

—Se ha vuelto médicamente inseguro —dice Gary.

—Papá tiene un día de spa —bromea Juice. Se ríen.

—Se lo merece —opina Marla.

—No es un Bourbon Bubbler —aclara Gary—. Pero servirá.

Juice se levanta. Tiene la cara colorada.

—Tengo que meterme en la piscina.

—Tú también deberías salir, Gary —le ordena Marla.

—Lo haré, cuando deje de dolerme la espalda.

—Tienes que ver a un médico cuando llegues a casa —sugiere Marla.

—Él es médico —les recuerda Juice.

—Pero no puedes ser el médico de tu propia espalda —insiste Marla.

—Desde luego, yo no lo diría así —dice Gary. Todos se ríen.

—Hola, soy Gary. Soy médico de mi propia espalda —practica Juice.

—¿Ves? No suena bien.

Marla sale

—Es hora de irse.

—Es hora de la piscina —dice Juice, y se tira de bomba antes de que Marla pueda alcanzarla.

Phoebe cuelga las piernas en el agua. Se siente nerviosa por un momento, pero luego recuerda: este es Gary. A Gary le puedo decir cualquier cosa. Gary ha visto morir a una mujer. Gary ha sido abandonado en el altar. Gary es un hombre cualquiera en un jacuzzi.

—Entonces —dice Phoebe.

—Así que —agrega Gary.

Ambos vuelven a reír.

—¿Cómo estás? —pregunta Phoebe—. Ya sabes, aparte de tu espalda.

—Oh. Me siento muy raro en este momento.

—¿Raro cómo?

—He estado teniendo algunos pensamientos muy raros.

—Continúa.

—Bueno, hace un rato se me posó una mariposa en el antebrazo y pensé: *Oh, qué dulce. Qué bonito*. Pero luego pensé: *¿Y si no es bonito?*

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ¿sabemos realmente por qué las mariposas se posan sobre nosotros?

—Me gustaría creer que la ciencia ha progresado más allá de ese punto.

—Bueno, nunca he oído ninguna teoría al respecto.

—¿Deberíamos sospechar algo?

—¡Sí! No nos parece dulce que las moscas se posen en nuestra comida. Porque las moscas vomitan cada vez que se posan en la comida. ¿Lo sabías?

—¿No es un mito?

—No. Necesitan hacerlo, para digerir la comida. ¿Y si las mariposas también hacen eso? ¿Y si ellas, digo, tienen un orgasmo cada vez que se posan en un antebrazo?

—¿Crees que lo hacen por eso?

—Qué calentonas.

—Y pensamos que es tan dulce.

—Y ellas están dale que dale, ah, aah.

—Veo que las cosas le van muy bien por aquí, doctor.

Gary se ríe.

—Ahora es tu turno.

—¿Para qué?

—Dije algo raro, así que ahora tú tienes que decir algo raro. Hay que equilibrar.

—Me parece justo. De acuerdo. Bien. No me lavo la espalda a menos que esté casada con alguien.

—Eso no es raro. ¿Quién se lava la espalda?

—Obviamente, tú no.

—¿Eso es lo peor que tienes? ¿Ese es tu secreto? ¿Que tienes la espalda sucia?

—Sí.

—Yo, por mi parte, estoy escandalizado.

Una ardilla corre por el borde del jacuzzi.

—¿Adónde fuiste ayer?

—Al cementerio.

Pasó la noche dando vueltas con el coche, sin saber adónde ir. Tenía que salir y alejarse de la gente. No podía enfrentarse a ellos.

—Quería hablar contigo. Pero habría sido demasiado confuso.

Así que condujo hasta el cementerio y se sentó junto a la tumba de su esposa hasta que se quedó dormido.

—Jim tenía razón. Yo era un hombre totalmente diferente con Wendy. Una persona mejor. Porque estaba en ella. Pero con Lila, solamente estaba parado ahí. Dejé que ella dirigiera toda la relación. Como si fuera mi consejera o algo así. Y la amé por eso. ¿Cómo no amarla? Sentí tanta... gratitud, si eso tiene algún sentido. Tanto aprecio. Ella hizo que las cosas sucedieran. Ejecuta la vida muy bien. Si es su cumpleaños, da una fiesta. Si tiene una semana libre, reserva un gran viaje por Europa. Si se va a casar, organizará la boda más elaborada posible. Ese tipo de cosas me hicieron sentir... parte del mundo otra vez. Parte de algo más grande que yo, ¿entiendes?

—Sí, entiendo.

—Pero luego toda la gente se iba a casa o estábamos en el avión, y no teníamos nada que decirnos. O sentía que todo lo que le decía le molestaba o le aburría. Y supongo que seguía intentándolo porque sentía que era culpa mía. ¿Quizás yo era molesto? ¿O muy aburrido? Y aquí estaba esta mujer maravillosa que me estaba ofreciendo una segunda oportunidad de tener una vida normal, una mujer maravillosa que acababa de reservarnos un viaje para dos a París, y a Alemania, y a todos los lugares a los que yo soñaba ir, así que no la cagues. No te sientes en el avión y llores por tu esposa muerta.

En lugar de eso, me sentaba en el avión tratando de inventar cosas de qué hablar durante la cena. Literalmente planeaba temas de conversación. Como si estuviera practicando ser una persona. Y estuvo bien en huir de todo eso. Lila era valiente. Se lo dije en el hotel. Le dije que era muy valiente.

A Phoebe se le ocurre que quizá, de algún modo, todos fueron valientes. Incluso su marido, no por mentir o por engañar, eso no era valiente. Sino por perseguir lo que quería. Por ser el único capaz de admitir que algo iba mal. Por hacer la maleta y salir de casa porque la casa estaba enferma.

—Y Lila me lo contó todo —dice—. Cómo se había interesado realmente en Jim, y Jim se había interesado en ella, y lo mucho que odia el arte. Sinceramente, esa fue la parte que más me confundió. No paraba de decir que no quería estar en un matrimonio en el que se esperara que se sentara a hablar de los cubistas todos los días. Lo cual me confundió mucho, porque creo que yo no he hablado de los cubistas en mi vida.

—Ahora sí.

—¿Y quería ir a Canadá? Dijo algo de aprender a esquiar.

—¿No sabe esquiar ya?

—Lo sé, me sorprendió —dice Gary—. Pensé: *¿Cómo? ¿Todo este tiempo no sabías esquiar? Si lo hubiera sabido, habría cancelado la boda hace meses*.

—Obviamente.

—Me asusta el hecho de que yo no cancelé la boda. Después de la cena de ensayo, cuando vine a verte, supe que algo iba mal.

—¿Y qué pasó?

—No confiaba en mí mismo. No confiaba en lo que sentía.

—Es curioso cómo puedes vivir lo suficiente, pasar por cosas difíciles, y aprender a dejar de confiar en ti mismo.

—Y por curioso, supongo que quieres decir aterrador —dice Gary —. Porque quiero decir que no era feliz, pero no creía que eso fuera un problema, porque estaba convencido de que la felicidad no era real. Hasta que te conocí. Pero tampoco confié en ese sentimiento. Acababa de conocerte. Era la semana de mi boda. Y entonces apareció tu marido, así que después de que te dejé en tu habitación, esperé durante horas a ver si me mandabas un mensaje. Como si eso lo decidiera. Como si fuera una especie de prueba del universo. Si me manda un mensaje, esto es real. Si me manda un mensaje, lo cancelaré. Daré el paso.

—Pero no lo hice.

—Debería haberlo hecho de todos modos.

No es fácil abandonar lo que has construido y salvarte a ti mismo. Destruir el matrimonio de Phoebe fue como destruirse a sí misma. Abandonar el aula fue como matar a la joven de veintidós años que intentó salvar su vida matriculándose en una escuela de posgrado. Es tanto más fácil sentarse en las cosas y esperar a que algo nos salve. Durante los dos últimos años, Phoebe se sentaba en las cosas malas como solía sentarse en la nieve cuando era niña. Pasaba una hora y le costaba mucho volver a levantarse. En algún momento se miraba los dedos de los pies y se quedaba confundida: ¿por qué están congelados? Su padre la levantaba y le decía: "Es hora de entrar". Pero ahora tiene que aprender cuándo es hora de entrar. Tiene que aprender a revisarse los dedos de los pies cuando nadie más mira. A cuidarlos cuando nadie más lo hace.

La nueva novia sale a la terraza de la piscina.

—La lluvia va a ser un problema —observa la novia—. ¿Pero la carpa se instalará aquí para esta noche?

—Sí —responde Pauline, tomando notas.

La novia mira a los dos que están en el jacuzzi, como si sospechara de ellos: son extraños en un jacuzzi a los que su boda les importa una mierda. Tienen el poder de ridiculizar la boda de la novia con una sola mirada, de hacer que toda esta movida parezca innecesaria. Convertirla en una reina o en una tonta, así de fácil.

Pero Phoebe sonríe, y la novia le devuelve la sonrisa. Es demasiado fácil convertir a la novia en todo lo que queremos ser o en todo lo que una vez fuimos y nunca podremos volver a ser. Demasiado fácil olvidar que ella también es valiente, que sus tacones chasquean mientras da vueltas alrededor de la piscina, soñando con toda una vida.

—Siento como si estuvieran esperando que salgamos o algo así —dice Gary.

—Todavía tenemos veinte minutos —dice Phoebe.

—Bien.

Gary apoya la cabeza en el borde del jacuzzi para mirar al cielo, mientras Phoebe observa todo lo que tiene delante. Siente el viento en la mejilla y el calor en los dedos de los pies. Está emocionada por la lluvia que va a caer pronto. Escucha los pájaros en los árboles y el sonido de los niños de otras personas nadando en la piscina. Juice, que un día crecerá y olvidará qué era lo que le gustaba tanto de las piscinas de los hoteles. Se alojará en hoteles preciosos de todo el mundo y no usará la piscina ni una sola vez. Se mirará al espejo y pensará: ¿Quién carajo soy? ¿Por qué quise que me dijeran Juice? Me llamo Melanie. Tendrá que practicar para decir su nombre

completo, todos tendrán que practicar. Porque Gary no se equivoca: convertirte en quien quieres ser es como cualquier otra cosa. Requiere práctica. Requiere creer que un día te despertarás y lo será tu segunda naturaleza.

—Voy a convertirme en cuidadora de invierno —anuncia Phoebe.

—Felicitaciones. Aunque sabía que Geoffrey te iba a dar ese trabajo.

—¿Porque es un clásico Geoffrey?

—Es un clásico Phoebe —dice, y es estimulante oírlo decir eso. Hablar de ella como si la conociera—. ¿A quién más se le daría mejor vivir en una mansión con gárgolas aterradoramente grandes en el tejado?

—En teoría, las gárgolas estarán ahí para protegerme.

—¿Está eso en su contrato?

—Desde el siglo XIII.

—Me gusta que sepas cuándo se inventaron las gárgolas.

Phoebe se ríe.

—Me gusta que uses la palabra "inventaron", como recién.

—Bueno, así es como ocurrió —dice Gary—. Algún niño en el siglo XIII soñó que un día crecería e inventaría las gárgolas y lo hizo. No me arruines esto, Phoebe.

—Al principio eran básicamente los desagües —le explica Phoebe —. Nada más que canaletas inofensivas y medievales.

—Canaletas medievales que casualmente tienen forma de monstruos —dice Gary—. ¿Cómo no te asusta eso?

—No lo sé, podría asustarme —responde Phoebe.

Cuando salen del jacuzzi, Gary la mira y ella le devuelve la mirada.

—Sabes que iba en serio eso de que me llames si ves un fantasma.

—¿Y si no veo un fantasma? Algunos en la comunidad científica podrían argumentar que no hay pruebas de su existencia.

—Llámame de todos modos —le pide Gary.

ARRIBA, PREPARA su maleta. Le gusta su nuevo equipaje, lo resistente que es. Cuando sale, la hace rodar con facilidad por el pasillo, junto al candelabro de cobre. Cuando llega al ascensor, está convencida de que hará todo lo que promete la etiqueta.

En el vestíbulo, se detiene delante de la biblioteca. Pone a *La señora Dalloway* en la estantería, con el lomo hacia fuera. Es tan buena prediciendo lo que pasará en los libros, tan mala prediciendo lo que pasará en la vida. Por eso siempre ha preferido los libros, porque estar viva es mucho más difícil. Para estar viva, debe salir de este hotel, a pesar de la incertidumbre de todo. Recorrer el largo pasillo de esa mansión cuando llegue el invierno, sin saber qué será de ella, cosa que la asusta. Pero también siente una gran emoción al imaginar las velas que encenderá por la noche. Frank, el perro amarillo del siglo XIX, que dormirá en su cama mientras ella escribe. La nieve espolvoreando el océano.

Camina por el vestíbulo de mármol y tiene la sensación de que algo enorme está terminando, pero sabe que no es así. Sabe que ésta es una historia que contará una y otra vez durante el resto de su vida y que, uno de estos días, la contará como un principio. Para entonces, habrá olvidado algunos de los detalles, pero otros seguirán vivos cada vez que ella y Gary discutan sobre las partes menos importantes, como qué es exactamente la ropa informal de

negocios en la costa y por qué todos los libros estaban al revés y si las almohadas de coco son realmente mejores que las almohadas normales.

—Gracias, Pauline —le dice Phoebe, deteniéndose ante la puerta principal para despedirse. Pero Pauline está concentrada en las personas de la nueva boda, y está mirando a uno de ellos tan profundamente a los ojos, que no ve a Phoebe cuando la saluda con la mano y sale a través de las pesadas cortinas de terciopelo y hacia la luz brillante.

—Su coche —anuncia el portero, y se lleva su equipaje.

Phoebe se detiene un momento en la entrada, tentada de verlo todo como cuando llegó, como si la gente, el camino de ladrillos y los árboles fueran el atrezzo de una obra de teatro. Pero entonces le da una propina al hombre de morado y da un paso adelante para lanzarse de nuevo al mundo.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no existiría sin mis agentes, Molly Friedrich y Lucy Carson, que me guiaron en cada etapa de su desarrollo, especialmente cuando era una mera propuesta. Gracias a todos los que trabajan en (o junto a) la agencia Friedrich: Diana Spector, de CAA, que literalmente hace realidad los sueños; Marin, cuyo agudo ojo editorial me salvó en el último momento; Heather, que responde pacientemente a todas mis preguntas; y Hannah, que ayudó a que este libro existiera en otros países e idiomas.

Gracias a Caroline Zancan por ser una editora fenomenal y una amiga durante la elaboración de este libro. Tu brillantez, calidez y humor no tienen parangón; haces que los libros sean mejores y que los escritores sean mejores. Por no hablar de lo divertido que es trabajar contigo. Estoy igualmente agradecida con el resto del equipo de Henry Holt: Amy Einhorn, gracias por creer en el manuscrito. Lori Kusatzky, no dejo de asombrarme de lo bien que haces que todo funcione. Hannah Campbell y el resto del equipo editorial: estoy muy agradecida por su considerada atención a los detalles. Y a los equipos de diseño, ventas, publicidad y marketing: gracias por el tiempo y la creatividad que dedican a conseguir que la gente lea, no solo este libro, sino todos los libros.

Gracias a todos los que leyeron alguna versión de esta novela y ofrecieron comentarios cruciales: Chris Parrott, por tu intuitivo sentido de cómo terminar una escena y hacer un chiste; Diana Spechler, por tu superpoder de saber cuándo alguien "hace eso"; Shelly Oria, por tu perfecto sentido de cómo habla y piensa la gente; Cristina Rodríguez, por todas las conversaciones que hemos tenido a lo largo de los años y que me dieron el valor para escribir este libro (sin mencionar tus aportes editoriales); Emily Pittinos, por ser la poeta de mi vida; Mark Polanzak, por hablar conmigo sobre Lila en esas sillas Adirondack; Stephanie Boeninger, por tus conocimientos académicos (y, por supuesto, por hacerme tomar clases de surf contigo); y Michael Andreasen, Sarah Lazer y Kerri Angell: su amistad y entusiasmo por esta novela significaron mucho en un momento crítico. Tengo la suerte de contar con amigos con los que compartir mi trabajo; hace que escribir sea mucho menos solitario, saber que un día todos ustedes lo leerán. Pero, sobre todo, gracias a todos por ser personas inteligentes, divertidas y cariñosas que hablan y se ríen conmigo de las rarezas de la vida. Siempre pensé que tendría cada vez más miedo a medida que me hiciera mayor, pero no es así, y eso es porque estoy demasiado emocionada por todo lo que nos queda por hablar.

Gracias a los lectores que dan una oportunidad a este libro y ayudan a que mi obra tenga vida en el mundo. Me encanta tener noticias de ustedes. Estoy igualmente agradecida con los libreros que escriben reseñas tempranas cuando podrían estar haciendo muchas otras cosas.

Gracias a Alexis Gargagliano: ha sido muy especial volver a trabajar contigo. Gracias al Providence College por la beca CAFR que

ha financiado esta novela. A la gente de Tiny Pool: son nuevas luces brillantes en mi vida que me inspiran para seguir escribiendo. Y a mi gato, que sé que nunca leerá ni entenderá esto, pero que literalmente se sienta a mi lado y me da su pata de apoyo en el antebrazo mientras escribo cualquier cosa, un acto que por fin merece un pequeño reconocimiento público.

A mis padres, a mi hermano, a Andrea, a mis tíos y tías: gracias por su desmedido entusiasmo cada vez que ocurre algo con mis escritos. Le digo a todo el mundo (y quizá no se los digo a ustedes tanto como quisiera) lo afortunada que soy de tener una familia que lee mis novelas y luego me habla de ellas. Es un regalo muy especial tender un puente entre mi vida de escritora y mi vida familiar, algo que solo puedo hacer porque ustedes son asombrosamente abiertos, curiosos y cariñosos.

Por último, a los desconocidos que he conocido a lo largo de los años: la gente que me compró nachos y me hizo reír cuando me quedé varada en un aeropuerto, los que en las cafeterías me preguntaron en qué estaba trabajando, los que en trenes y aviones intercambiaron historias de vida conmigo cuando podrían haber hecho como si yo no existiera. Todos me ayudaron a sentirme como una persona en los momentos en que menos me sentía como tal. Me contaron historias que me recordaron las muchas maneras en que una persona puede vivir una buena vida, sobre cómo volver a empezar, sobre cómo superar ese imposible. Nunca he sabido cómo expresar mi gratitud a personas que nunca volveré a ver, excepto quizá de esta manera. Considera este libro una larguísima carta de agradecimiento por saludarme.

Índice

Martes. La recepción de apertura
Miércoles. Navegar
Jueves. La despedida de soltera
Viernes. Las familias se mezclan
Sábado. La cena de ensayo
Domingo. La boda
Lunes. El almuerzo
Agradecimientos

Espach, Alison
No estás en la lista / Alison Espach. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2025.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Laura Estefanía.
ISBN 978-631-300-338-9

1. Narrativa Estadounidense. I. Estefanía, Laura, trad. II. Título
CDD 810

Título original: *The Wedding People*
Dirección editorial: María Florencia Cambariere
Edición: Florencia Cardoso
Coordinación de arte: Valeria Brudny
Coordinación gráfica: Leticia Lepera
Diseño de interior: Cecilia Aranda
Diseño de tapa: Nicolette Seeback Ruggiero
Arte de tapa: Fabian Lavater
Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2024 by Alison Espach
© 2025 de la traducción del inglés al español por V&R Editoras S. A.
www.vreditoras.com

Publicado en virtud de un acuerdo con la autora, The Foreign Office Agència Literària, S.L. y The Friedrich Agency, LLC.

ARGENTINA
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444

e-mail: **editorial@vreditoras.com**

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

ISBN 978-631-300-338-9

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

¡TU OPINIÓN ES IMPORTANTE!

Escríbenos un e-mail a
miopinion@vreditoras.com
con el título de este libro en el "Asunto".

Conócenos mejor en:

www.vreditoras.com

VR.Editoras

VR.Editoras

VREditoras

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Alison Espach
Portada
Dedicatoria
Epígrafe
Martes. La recepción de apertura
Miércoles. Navegar
Jueves. La despedida de soltera
Viernes. Las familias se mezclan
Sábado. La cena de ensayo
Domingo. La boda
Lunes. El almuerzo
Agradecimientos
Créditos